

EL REICHH DE HIELO

El continente antártico ocultaba
un secreto letal

WILLIAM
DIETRICH



Lectulandia

El 1 de diciembre de 1938 el Schwabenland zarpa de Hamburgo con destino a la Antártida en viaje de exploración. Con el equipo de investigadores viaja Owen Hart , un piloto norteamericano que ya ha estado en la Antártida en el pasado y es contratado por su experiencia, Greta, la bióloga de la expedición, y Jürgen Drexler, un joven nazi que pertenece a la división Allgemeine , la élite del Führer. Es el año en que se inicia la espiral expansionista alemana y la Antártida se convierte en uno de los objetivos del Tercer Reich.

Un triángulo amoroso se forma entre Owen ,Greta y Drexler ,y la tensión a bordo del Schwabenland amenaza con hacer fracasar la expedición ,pero un acontecimiento imprevisto cambia la agenda de prioridades y pone a prueba la integridad de los miembros de la misión. En efecto, tras recalar en una isla a la que dan el nombre de Átropos, en una bahía formada sobre un cráter volcánico, la expedición encuentra los restos de un ballenero noruego, el Bergen, cuya tripulación ha muerto en extrañas circunstancias.

Una desconocida plaga parece ser el motivo de su suerte y la investigación del agente mortal no sólo pone en peligro la vida de los expedicionarios...

Años después, con los miembros de la expedición en bandos enfrentados por la II Guerra Mundial y ante el incierto desenlace de la guerra, la Alemania nazi trata de convertirlo en una poderosa arma biológica. Para ello se fleta un submarino de última generación, capaz de romper el bloqueo y llegar al continente antártico...

Lectulandia

William Dietrich

El Reich de hielo

ePUB v1.0

NitoStrad 14.07.13

más libros en lectulandia.com

Título original: *Ice Reich*

Autor: William Dietrich

Fecha de publicación del original: marzo 1998

Traducción: Carles Urritz Geli

Editor original: NitoStrad (v1.0)

ePub base v2.0

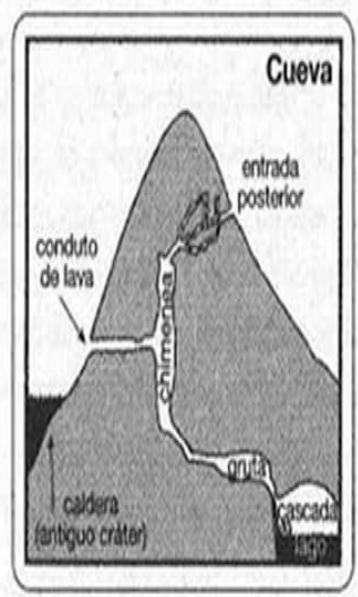
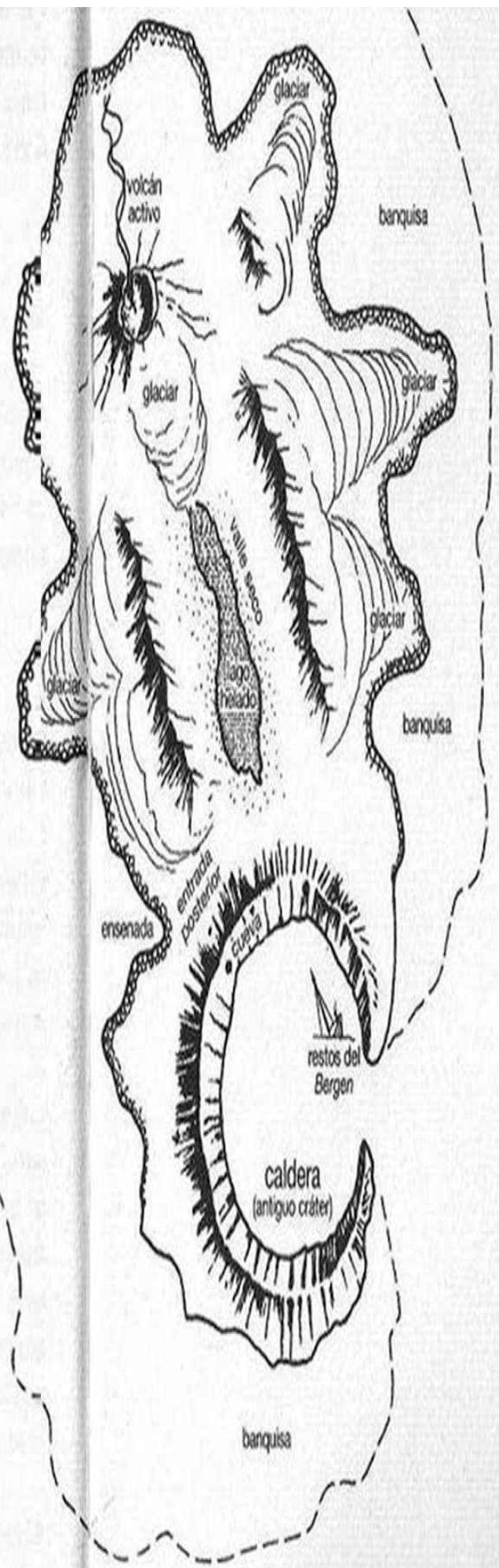
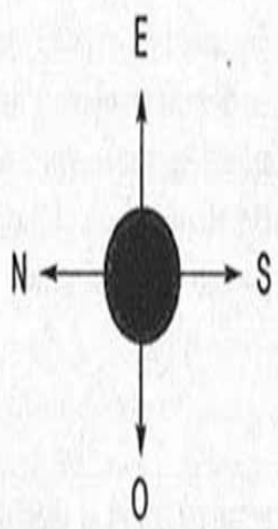
*Quien haya cometido errores antes, ahora tiene la oportunidad de hacer el
bien...*

Almirante Richard Byrd

¡Dios misericordioso! Éste es un lugar terrible...

Roben Falcon Scott

ISLA ÁTROPÓS



Primera parte

1938 — 1939

CAPÍTULO

1

El vuelo era horrible. El cadáver lo empeoraba.

Habían amortajado a aquella puta llamada Ramona con una manta roja de la Compañía de la Bahía de Hudson; colgaba de la parte inferior del avión de salvamento de Owen Hart como uno de esos torpedos aéreos tan en boga. Hart notaba su presencia debajo mientras el avión avanzaba a duras penas contra el impetuoso viento, pues los raídos cabos de la cuerda de cáñamo que sujetaba el cadáver golpeteaban con un incesante tamborileo contra la puerta de su cabina. A regañadientes, había accedido a transportar la macabra carga; en Fairbanks Field había quedado claro que no había lugar para el cadáver en la ya atestada bodega, y su primo Elmer le había convencido de que sujetara a Ramona a las riostras del tren de aterrizaje.

—Así no notarás su olor —precisó el esquimal.

Hart comprendía lo que pretendía el viejo al mandar a Ramona de vuelta a su lugar natal, a Anaktuvuk Pass, pero en definitiva aquello tenía mal cariz. El piloto sabía por experiencia que en general las mujeres acarreaban mala suerte, y daba por supuesto que una muerta mucha más.

Lo que dificultaba todo no era solamente la fricción suplementaria, sino el peso. El Stinson de un solo motor llevaba tanta sobrecarga que había tenido que retrasar el despegue hasta última hora de la tarde, a fin de que refrescara lo suficiente aquel viento de agosto para facilitar el despegue. Un tronado aparejo que esperaba que el aire tomara cuerpo. La luz se iba atenuando ya, Barrow había informado por radio de que el tiempo empeoraba hacia el norte y el avión traqueteaba con ritmo cansino mientras su hélice se aferraba al amplio cielo de Alaska.

Sobrevolaba unas tierras a las que no parecía haber llegado la mano o la imaginación del hombre. Ante sus ojos, desde Fairbanks y a lo largo de unos doscientos cincuenta kilómetros, se desplegaba el bosque boreal de pino, abedul y la vegetación de ciénaga, que terminaba en una elevada cordillera. Desaparecieron los árboles y más allá de los Brooks apareció la vasta llanura ártica, el North Slope, con su tundra, como una peluda moqueta con las tonalidades anaranjadas y rojizas de final del verano. Más allá, el gélido océano Glacial Ártico, en esta época con el hielo lejos de la costa y las olas golpeando en las solitarias playas de arena gris. En aquel espantoso vacío no podía existir nada capaz de convertirse en objeto del deseo

humano, a no ser la libertad o un lugar donde buscar refugio contra las desilusiones del pasado.

Desilusiones. Se imaginaba que la mujer que llevaba atada bajo el fuselaje habría tenido unas cuantas.

La cansada, la agotada Ramona —en la región, a las putas les llamaban «máquinas tragaperras»— se lo había hecho con los mineros, los tramperos y los pescadores en Nome, Fairbanks, Ketchikan y Juneau. El viejo Elmer decía que los malos recuerdos desaparecerían de su espíritu si volvía a su tierra. Aquello le parecía una razón suficiente a Hart, quien no tenía tierra propia.

—¡Qué fea era! —había exclamado Hart cuando el esquimal la levantaba, al tiempo que él afianzaba los nudos corredizos—. ¿Cómo demonios conseguía ganarse la vida?

—No hay que hablar así de los muertos —le regañó Elmer, quien sólo abordaba este tipo de maniobras en la temporada del arce—. Deberías de haber visto su sonrisa en aquellos tiempos, antes de que su marido la llevara a los campamentos y muriera borracho jugando a las cartas.

—Cuesta imaginarla de joven —respondió Hart, rotundo. Tiró de la cuerda—. Ya está bien sujeta.

—Eres un buen tipo, Owen, por llevártela.

—El caso es que tenía tanto dinero como cualquier otro pasajero que haya podido conocer en esa cámara frigorífica abandonada de la mano de Dios. En fin, como mínimo tendré compañía mientras yo mismo vuelo jugándome el todo por el todo.

Elmer no lo acabó de captar.

—Sí, tendrás a Iván.

Así se llamaba su perro esquimal medio ciego, medio cojo, con las orejas medio desgarradas. Aquel perro era chato y feo como Ramona y olía casi tan mal como ella, pero a pesar de todo Hart se lo llevaba a Anaktuvuk: probablemente también a su último lugar de reposo. El animal ya no prestaba ningún servicio al equipo.

—Nos transmiten en onda corta que el tiempo está empeorando hacia el norte —precisó Hart.

—Llevarás a un ángel sobre el hombro —le aseguró el esquimal. Hart sabía que Elmer tenía tanta fe en los ángeles como en el retorno del salmón o en el ciclo del invierno.

Ya en pleno vuelo, Hart descubrió la imperiosa necesidad de creer en el ángel de Elmer cuando el Stinson empezó a dar sacudidas y el tiempo se puso feo. Normalmente su pilotaje era perfecto, lo que significaba que manejaba el aparato con cautela, y evidentemente aquello lo había pagado con el despido en la buena época de 1934 y su traslado como un perro apaleado al norte.

«No le he contratado para que me aconseje sobre lo que no debo hacer, Owen,

sino para que encuentre la forma de conseguirlo», le había dicho el millonario Elliott Farnsworth mientras Hart giraba el avión para alejarse de las tormentas de la Antártida. Al abandonar, el piloto había echado a perder la primera gran oportunidad del explorador millonario de cruzar volando el continente sur. Farnsworth volvió a intentarlo de nuevo tres años más tarde, y consiguió por fin convertir una travesía que habría durado catorce horas en un trayecto de veintidós días, tras una serie de aterrizajes debidos a las constantes tormentas. Hart había sido despedido mucho antes, tachado de piloto sin agallas, de hombre indeciso, de aviador excesivamente exigente y cauto en el riguroso frío, pues se le había helado el corazón en el momento crítico. Como quiera que Farnsworth había invertido tanto en la aventura, no dudó en quejarse amargamente ante la prensa.

Había vuelto a aparecer el mal tiempo; las nubes se desplazaban hacia las áridas cumbres de los Brooks proporcionando algo así como el reflejo en un espejo de la espuma de las olas en una abrupta costa, y de nuevo Hart tenía en mente a una mujer. «Agárrese fuerte, señora», le susurró a Ramona. El Stinson topó con una bolsa de aire, rebotó y se oyó un ladrido y un gañido en la parte de atrás.

—¡A callarse, Iván! —gritó—. ¡Eres lo más feo que ha podido crear Dios aparte de la puta ésa!

La otra se llamaba Audrey. La había conocido en California cuando preparaba la expedición con Farnsworth. Mejor dicho, fue ella quien le conoció a él: se le acercó en una plataforma de Long Beach; Hart descubrió que tanto el hidroavión amarrado como el halo de sus cabellos tenían un tono encendido, reflejo del dorado crepúsculo. Era un tipo de mujer desconocido para él, la desenvuelta belleza, la persona que acude al muelle no tanto por el dinero como por la idea de aventura sin límites que puede sugerir un millonario como Farnsworth. Resplandecía en la eléctrica atmósfera del compañerismo previo a la expedición y se alimentaba de esa energía, divertida y fascinada.

Durante las semanas que siguieron, Hart perdió el corazón y tal vez algo más, pues cuando llegó el momento crítico en el extremo del mundo, el miedo se apoderó de él. Y no tanto por el riesgo de perder su vida como por el de perderla a ella, de no volver a todo lo que aquella mujer representaba: su perfume, las suaves caricias de su pelo, la promesa implícita de que la vida no se limitaba a una sombría lucha, sino que conllevaba asimismo la dulzura. Y al no arriesgarse, la había perdido aún más; evidentemente, la había perdido en un arranque de vergüenza, de orgullo herido y de devastador arrepentimiento. A partir de entonces había aprendido a contemplar a todas las mujeres con gran recelo.

La luz de Alaska era tenue, el sol se encontraba en algún punto por detrás de las montañas y tan sólo brillaba algún resquicio plateado. Esbozó sin darse cuenta media sonrisa —su reacción típica contra la preocupación—, se inclinó hacia adelante y

calculó sus posibilidades. Tenía el cuerpo esbelto como buen hijo de Montana que era*, con más nervio que músculo: cuerpo de vaquero, decía ella. Atractivo, con facciones duras, el pelo oscuro, que medio ocultaba unos ojos grisáceos y la nariz algo torcida, pues se la había roto contra un borde de la cabina cuando llevaba a un majara por una ruta turística rural. Los pómulos y la barbilla tenían la dureza de las tierras que sobrevolaba, aunque la mueca expresaba seguridad. Si se lo proponía, una mujer le aguantaría poco la mirada, antes de apartarla de su rostro con incertidumbre.

No quería volver atrás, sobre todo llevando a bordo un cadáver que pedía a gritos descansar en una tumba helada. Siempre que consiguiera encontrar a tiempo la entrada del paso, lograría avanzar entre la tormenta y llegar a la tierra de Ramona. Había abordado la cordillera por el punto oriental de la abertura, y en aquellos momentos bordeaba las estribaciones explorando, mientras los negros nubarrones se cernían sobre él como oscuras torres. El avión pegó un bandazo a causa del impetuoso viento y el perro esquimal de Elmer soltó un profundo aullido.

Lo mismo le había ocurrido en 1934, cuando Farnsworth pretendía convertirse en la primera persona en sobrevolar la Antártida a lo largo de más de 5.000 kilómetros. La mala suerte persiguió a la expedición. De entrada, el monoplano Northrop Polar Star se quedó sin tren de aterrizaje al romperse la costra de hielo utilizada como pista provisional; las alas, atrapadas entre los témpanos mientras el aparato se deslizaba hacia el agua, evitaron que el avión se hundiera en el mar. El millonario regresó inmediatamente a Estados Unidos para encargarse de la reparación —Hart miró de nuevo a Audrey y se sumergió sin remedio en el estanque de sus verdes ojos— y posteriormente volvió, demasiado tarde para la tarea, a finales del verano antártico.

En aquella ocasión el enemigo fue el clima, con semanas y semanas de tormentas y cielos cubiertos. Poco a poco, el estado de ánimo del millonario se iba asemejando al tiempo en lo hosco, hasta que por fin ordenó a sus hombres que lo recogieran todo para volver. Y entonces fue cuando se abrió una rendija de azul en el cielo que parecía la puerta del paraíso.

—¡Vámonos! —exclamó emocionado Farnsworth.

La tripulación cargó las provisiones en el aparato mientras Hart y su jefe revisaban por última vez los mapas. En poco más de una hora despegaron y salieron lanzados hacia el sur. Llevaban tres horas de vuelo cuando un espeso muro de nubes asomó por el altiplano polar y Hart dio media vuelta.

—¡Maldita sea! ¿Pero qué hace? —gritó Farnsworth levantando la vista de la carta de navegación.

—Con ese tiempo es un suicidio, Elliott. —El blanco antártico carente de rasgos distintivos había desaparecido bajo la niebla de la tormenta que se avecinaba—. Usted no me paga para caer allá abajo. Vamos a volver.

Farnsworth aseguraba que a lo lejos parecía amainar. O tal vez insistía en

atravesarlo, sobrevolarlo o rodearlo. Hablaba de estar dándole la espalda a la historia. Echaba chispas e improperios y la sangre le hirvió durante todo el largo viaje de retorno, mientras la tormenta les embestía y finalmente quedó clavada en el blanco horizonte como un provocador espectro. Ya de vuelta a la isla de Snow Hill, el potentado murmuró «valiente gallina» en un tono audible para toda la tripulación. Owen se largó indignado, tragándose su propio enojo; ni uno ni otro tuvieron claro en ningún momento si habrían podido encontrar un camino o si una abertura entre las nubes les habría conducido a un remolino que les arrojara a una tormenta de nieve y a la muerte. Hart, al seguir su intuición, había realizado una especie de suicidio, renunciando por sus dudas a seguir la estela de Lindbergh, a causa de los rumores desencadenados y los comentarios de los aeropuertos. Evidentemente nadie habló de ello directamente. Sobre todo la mujer. Audrey era incapaz de saber qué había que decir, porque ni el propio Hart lo sabía. Finalmente, como si los dos se encontraran clavados en una grieta abierta en el hielo, desaparecieron cada uno por su lado.

Así fue como Hart llegó a Alaska, donde no tenía que enfrentarse a nadie que hablara de aquello. Llegó a un país tan salvaje y yermo como su propio corazón. Donde los «casi», los «¿y si?» y los «rectifiquemos» no le obsesionaran, tal vez. Donde podía plantearse a solas si en el fondo el arrogante millonario tenía razón, en el sentido de que contempló aquellas heladas tierras baldías y dejó que le sorbieran el seso, que le estrujaran el corazón. Y entonces volvió.

Nieve. Hizo una mueca al observar cómo los copos pasaban zumbando por delante del parabrisas. Alaska estaba envuelta en una gasa, la vista iba perdiendo definición y Hart comprendió que con ello se le empañaba también la oportunidad de encontrar el paso de Anaktuvuk. A pesar de todo, al deslizarse hacia el bosque, la maleza le ofrecía un jirón de familiaridad: el oscuro verde de los árboles, el apagado peltre de los lagos de la taiga, una conocida escala de altura y distancia. En la Antártida, por el contrario, se había encontrado con la diáfana claridad de la atmósfera que impedía la profunda percepción: un infinito al parecer desprovisto de aire por encima de la estéril blancura sin el menor indicio de vida. Aquel continente, mayor que los Estados Unidos de América, hacía gala de un vacío tan intimidatorio como una celda, con sus nubes que hervían y se precipitaban desde el elevado altiplano polar. La creación primigenia y ajena, anterior al fuego.

Mientras el Stinson brincaba entre las bolsas de aire y las alas se agitaban al levantar la escarcha, el motor rugía y resollaba. En aquellos momentos vislumbraba únicamente las puntas de los Brooks, que se habían vuelto blancas. Se deslizó hacia el oeste, a la búsqueda del John River, que corría por los alrededores de Anaktuvuk, con la esperanza de no pasarse y captar el Alana, otro río que moría en las montañas. Maldijo su estampa por haberse mostrado tan impaciente y decidido al emprender el

vuelo desde Fairbanks, y maldijo también a Elmer por encajarle un cadáver en descomposición. Los cristales de la carlinga se estaban helando, y por ello maldijo asimismo la inútil calificación del Stinson. Costaba creer que el cálido tiempo de Fairbanks pudiera haber dado paso a aquella situación, pero estaba en Alaska. ¿Dónde estaba el ángel de Elmer?

«Tu mala suerte no tiene precedentes, Ramona, incluso muerta».

¡Ahí! Una tira de color blanco y gris plomizo que llevaba a un nudo de tormenta. Hart se ladeó y empezó a seguir el río. La ruta le llevó a una brecha de las estribaciones, por la que siguió, a unos quinientos pies encima del John River. En esa época del año el agua no estaba helada y tenía poca profundidad. Las piedras que quedaban al descubierto habían adoptado el color blanco con la acumulación de copos de nieve.

La atmósfera se había estabilizado desde que cruzó el límite de la tormenta, pero la luz y la visibilidad seguían disminuyendo, dejándole en una especie de caja de algodón. Se hundió un poco más en el amplio canal de gravilla, haciendo serpentear el avión, intuyendo, más que viendo, la grieta abierta entre los montes. Seguía sin divisar Anaktuvuk. Iván gimoteaba, arañaba para agarrarse a algo entre las sacudidas del avión.

—¡Perro! —dijo Hart—. Creo que será mejor que lo dejemos.

Se dio cuenta de que había sido un insensato al no decidirse antes. La bruma de la nieve le impedía determinar con exactitud a qué distancia se encontraba del suelo, lo que aumentaba la posibilidad de darse un batacazo al intentar aterrizar. Necesita un tronco oscuro que le sirviera de punto de referencia, pero había dejado todos los árboles atrás. Se estaba formando una tormenta de nieve que iba a producir la misma falta de visibilidad que había sufrido en la Antártida. «Un hombre en su sano juicio habría huido a Brasil», se dijo a guisa de recriminación, y no era la primera vez.

Si lograba soltar desde el avión algo que pudiera servirle como referencia podría valorar la distancia que le separaba del suelo. Tenía que ser algo grande, de un color vivo, algo... rojo.

La manta de Ramona era roja.

Lo consideró tan sólo un instante. El choque tampoco le convenía —quedaría aplastada en el caso de que se rompiera el tren de aterrizaje y el avión le pasara por encima—, y por otro lado, la nieve podría amortiguar su caída. No había que preocuparse de ella. El único inconveniente podía surgir del enojo de sus posibles familiares en caso de que el descalabro fuera excesivo. Pero en aquellos momentos la amenaza no tenía la misma envergadura que la que presentaba la implacable ladera de la montaña.

Ladeó tanto como pudo el aparato, giró río abajo, sin perder de vista con inquietud un montón de nieve que se estaba solidificando en la punta del ala. Siguió

girando hasta que se situó de nuevo de cara al norte, tranquilo al lograr mantener este rumbo. Divisó debajo una línea de gravilla, un terreno muchísimo mejor que el cenagal de la tundra para el aterrizaje. Liberó y abrió la puerta y el viento y el frío penetraron con un chirrido mientras la sujetaba con una pierna. Inclinando el cuerpo, con una mano en la palanca mientras giraba en círculo, empezó a tirar de los nudos corredizos que sujetaban el cadáver de Ramona. Iván soltó un gemido sordo de alarma.

Hart agarró con fuerza un trozo de la manta. Soltó lo que tenía sujeto en el punto donde se encontraban las dos corrientes del John River. Ramona se desplomó, el viento la empujó y el cadáver desapareció.

El Stinson pegó un salto hacia arriba y efectuó un giro. ¡Ahí! La roja manta destacaba como una cereza contra la nieve, a menos distancia de la que había imaginado; con gran nerviosismo, se elevó unos pies. Se dirigió inmediatamente hacia la forma que recordaba un puro, con la idea de rozar ligeramente con el tren de aterrizaje el cadáver. Con los alerones bajados y la velocidad reducida al mínimo, fue deslizándose hacia abajo, luchando contra alguna ráfaga de viento. El avión sobrecargado descendía lentamente. Se lanzó como si su objetivo fuera el cadáver de Ramona, pasó por encima de él en el último minuto, pegando contra la línea de gravilla situada un poco más allá. El avión dio un salto, luego otro, se estabilizó, tropezó contra una roca y empezó a reducir. ¡Lo había conseguido!

Entonces se complicó todo. La rueda de la derecha golpeó contra un agujero tapado por la nieve y se hizo añicos, el borde de un ala se encalló y el avión fue traqueteando hacia un lado, dando vueltas sobre sí mismo fuera de control. La hélice chocó en la gravilla, se desintegró y una de sus piezas acabó aplastada contra el parabrisas. El motor soltó un ruido agudo, rechinó y quedó muerto. Se habría hecho el silencio de no ser por los agitados ladridos de Iván. Hart parpadeó. Una sacudida lo había empujado contra el cuadro de mandos. La carga se había desplazado hacia adelante, situándose en el lugar que había ocupado su cabeza, y tuvo que levantar el brazo para apartar los bultos.

El aparato se había ladeado de forma peligrosa. Cogió impulso para abrir la puerta del lado elevado, la empujó y se dejó caer, sudando, contra el húmedo terreno salpicado de nieve. Permaneció unos instantes sentado en aquel duro suelo; luego se levantó, tambaleándose, y retrocedió para observar los desperfectos. La hélice se había convertido en dos trozos de madera. Una de las alas había quedado arrugada. Habían desaparecido las ruedas y los soportes y se dio cuenta de que si hubiera dejado el cadáver sujeto al avión lo habría aplastado. El avión estaba acabado, lo mismo que él. No tenía dinero para la reparación y, después de aquello, poca credibilidad le quedaba para un préstamo.

«¡Maldición, maldición, maldición!». El mundo se había convertido en un blanco

borrón de nieve racheada. Dio por supuesto que se encontraba cerca de Anaktuvuk, aunque no sabía a qué distancia. Pensó que no corría un serio peligro: en aquella época del año, la tormenta no podía durar. Tenía que esperar.

Rebuscó para sacar la parka y un poco de cecina y le dio un trozo al perro. Luego se sentó en la cabina. «¡Santo cielo!». Como mínimo le quedaba la salida de encontrar trabajo en el Lower 48, repartiendo el correo y nutriéndose de aburrimiento. También podía abandonarlo todo y quedarse allí pescando. «¡Al diablo! ¡Al diablo con todo!».

CAPÍTULO

2

Un largo aullido de Iván interrumpió el sueño de Hart. El perro levantaba el hocico: notaba algo o puede que oliera algo. La luz era débil y el piloto forzó la vista por entre la nevisca que se disipaba, en un intento de localizar lo que inquietaba al perro esquimal. La cortina de copos se desplazó un poco y un enorme bulto destacó avanzando por el extremo de la línea de gravilla. ¡Un oso pardo!

El pelaje color canela del oso estaba salpicado de nieve, los músculos de su cuello y lomo vibraban a lo largo de su espalda. Hart buscó a tientas su Winchester del 30 que tenía enfundado detrás del asiento y metió un cartucho en la recámara. El oso no se inmutó con el clic. Iván empezó a ladrar con gran desasosiego y el hocico del oso pardo se levantó en un gesto no tanto de temor como de desconcierto. El animal bajó luego lentamente la cabeza y empezó a avanzar con indiferencia siguiendo la corriente, como quien se bate en retirada sin querer admitirlo. Hart echó una ojeada a la cabina. El armazón metálico del avión, además de parecerle frío, de pronto se le antojó vulnerable. Le tranquilizó ver que el oso se alejaba.

De repente se acordó de Ramona. ¡Lo que faltaba! No le iba a resultar nada fácil explicar a los del poblado de Anaktuvuk Pass que además de utilizar a uno de sus nativos a guisa de bomba aérea, también había permitido que devorara su cuerpo un animal salvaje. La muerte no le había arrebatado a la mujer el derecho a un final digno. Tendría que recogerla.

Saltó del aparato con el Winchester preparado y empezó a andar hacia el cadáver de Ramona, notando en todo el cuerpo el cosquilleo de la incomodidad. El oso pardo había dejado unas huellas inmensas: parecían platos con garras. Un instante más tarde el Stinson había desaparecido tras él en la neblina, aunque de vez en cuando lanzaba una mirada en su dirección en busca del oso al acecho. El ímpetu del río anulaba cualquier otro sonido y Hart se veía incapaz de ver u oler nada. Quizá su propio olor asustaría al animal, lo que le dejaría recuperar el cadáver en paz.

—¡Oso! —gritó para animar a la bestia a que siguiera su camino. Al parecer el ruido no tuvo consecuencias.

Vio al oso pardo antes que a Ramona: como una roca grande y redonda que pegara sacudidas en el extremo de su campo visual, inclinada sobre la roja manta, removiendo el cadáver con su pesada pata. Esperó a comprobar si el animal perdía el interés, pero parecía entusiasmado. Lentamente levantó el rifle, notó la fría caja del

fusil contra la mejilla, disparó a la derecha del hocico del oso y observó cómo volaba la gravilla. El animal sacudió la cabeza con sorpresa, gruñendo.

—¡Fuera de ahí, oso! —gritó Hart sin muchas esperanzas.

Disparó de nuevo por encima de la cabeza del animal; la bala impulsó el agua hacia arriba. El oso, en lugar de huir, soltó un rugido y se irguió apoyándose en las patas traseras, intentando situar al intruso con su nublada vista. El piloto esperó a comprobar si el animal optaba por atacar o largarse mientras hacía deslizar las balas de repuesto en la recámara.

Entonces el oso atacó.

Hart estaba casi seguro de haber visto una contracción en el hombro del oso pardo, en el punto en que se había alojado la primera bala, pero el animal no disminuía el paso. Rugiendo, salvó el espacio que les separaba en un abrir y cerrar de ojos, convirtiéndose en un muro de pelo que llenaba todo el campo visual del piloto. Apuntó, disparó, apuntó, disparó, apuntó y disparó, como en una pesadilla, con la sensación de que aquello no surtía efecto, encomendándose a Dios para que el rápido Winchester no se encasquillara. Oyó el clic, la señal de haber disparado la última, el oso estaba tan cerca que podía oler... Y por fin se desplomó de repente, como si alguien hubiera tirado de un cordel y sus huesos se hubieran convertido en cera caliente. El oso pardo cayó de bruces, deslizándose, gruñendo, y de su fiero hocico salió la última bocanada de humeante aire. Luego quedó inmóvil.

Hart se acercó a Ramona. Costaba distinguir las heridas causadas por la caída de las que le había infligido el oso. La manta estaba sucia, medio revuelta, y de ella asomaba un brazo lleno de rasguños o mordiscos. Se arrodilló, dobló el brazo hacia el cuerpo del cadáver, lo tapó de nuevo y ató las cuerdas para mantenerlo envuelto. Luego, cargando aquel peso muerto al hombro, se dirigió medio tambaleante hacia el avión.

El perro esquimal arañaba, impaciente por salir. Hart se lo permitió, dejándole de guardia, metió a Ramona en la cabina y luego trepó hacia adentro. En Fairbanks se había negado a hacerlo, pero en aquellos momentos el cadáver no le importaba. Seguía consolando a los hombres solitarios. Sujetando el rifle entre los brazos e inclinándose contra la puerta contraria, se quedó dormido. Esta vez no soñó.

Le despertó una mañana resplandeciente. La tormenta estaba llegando a su fin y el sol tenía tanta fuerza que derretía la nieve. Saltó del avión con el cuerpo rígido, bebió un trago de agua del río y comió un trozo de cecina. No había ningún oso a la vista, ni nada más que se moviera, por cierto. La blancura y la falta de vegetación del paisaje le hizo pensar en la luna, mientras intentaba hacerse una idea de lo lejos que podía quedar Anaktuvuk de allí. Los nativos tenían noticia de que iba a llegar el día anterior y las radios estarían transmitiendo mensajes a diestro y siniestro.

La prudencia le aconsejaba esperar, a menos que la nieve fundida no aumentara el caudal del John River. Observó al viejo perro correr por el banco de arena, olisquear el oso y darse la vuelta rápidamente para descansar bajo el ala rota del avión. Con el cielo despejado, a Hart le parecía aún más estúpido haber estrellado el aparato. Tenía que haber vuelto a Fairbanks o a Bettles, con Ramona o sin ella.

Se acercó al perro y echó otra cabezada; le despertó poco después del mediodía el ruido de un motor. ¡Un avión! Procedía del valle situado al sur y el brillo metálico iba en aumento. Al parecer se trataba del avión de Karl Popper. Se acercaba al banco de arena; efectuó un giro, uno de los pasajeros asomó la cabeza por la ventanilla y siguió rumbo a Anaktuvuk.

Popper aterrizaría en el poblado y luego iría a pie con unos esquimales a recoger a Hart y el cargamento. El piloto esperó. Las nubes se acumularon de nuevo; primero adoptaron un tono blanquecino y luego gris. El sol se ocultó, el aire refrescó y empezó a llover. Con inquietud se fijó en que el río había subido más de un palmo al aumentar la temperatura. El banco se había reducido y los sauces de las orillas ya notaban el ímpetu de la veloz corriente. Si esperaba mucho tiempo, el agua habría subido demasiado para cruzarlo. Deseaba poder ver a los esquimales.

La lluvia arreció y arrastró la fina capa de nieve. Hart se agazapó bajo el ala y reflexionó. Lo mejor era cruzar e iniciar la subida del valle. Además tenía un hambre atroz.

Volvió a cargar el rifle al hombro y se metió el resto de comida en un bolsillo. Luego cogió a Ramona. Aquella sensación de responsabilidad no deseada estaba cediendo el paso al compañerismo de la experiencia compartida. El cadáver estaba ya demasiado rígido para cargárselo al hombro, por lo que tuvo que llevarlo entre los brazos, como si fuera un tronco. «Estás ganando peso», dijo con un bufido.

Había cubierto unos cientos de metros después de atravesar el río cuando han soltó un aullido. ¿Otro oso pardo? Hart dejó con cuidado a Ramona en el suelo y cogió el rifle. Ante él, un movimiento en los matorrales. Metió otra bala en la recámara y apuntó.

—¿Tanta hambre tiene que me ha confundido con comida fresca? —le gritó una voz. Una silueta envuelta en pieles surgió de la vegetación y avanzó a duras penas hacia él. Dos más le seguían a lo lejos.

Hart bajó el arma.

—Me pareció ver un oso.

—¡Vaya con el hombre blanco! —exclamó el esquimal—. Cuando vienen de caza no hay reposo para nadie. Yo me escondo en Anaktuvuk. —Se cubrió el rostro con los brazos simulando un gesto de terror.

—Yo me dedico al transporte de cargas, no me dedico a cazar —respondió Hart tímidamente. Preguntó al esquimal cómo se llamaba.

—Isaac Alatak —respondió el esquimal—. El señor Popper me ha informado de que había aterrizado con la carga para cazar, a juzgar por lo que ha visto desde el avión. ¿No tiene bastante con un oso?

Hart aceptó la inevitable pulla.

—Más que suficiente.

Les alcanzó el segundo hombre.

—Yo había oído hablar de la gran dedicación de los deportistas, pero estrellar un avión para hacerse con un oso pardo, me parece un poco exagerado, Hart. —Era Popper—. Creo que debería cambiar de afición.

—O de profesión. Te agradezco que hayas venido a recogerme, Karl.

—Me pagan por ello, para variar —dijo, indicando con la cabeza hacia la tercera silueta.

El otro se quedó unos pasos atrás sin decir nada, optando por observar al empapado piloto.

—Llevo un cadáver a Anaktuvuk —dijo Hart—. Ramona Umiat. Murió de tuberculosis. —Señaló hacia el bulto que tenía junto a los pies, en el barro. Se fijó, alarmado, en que la manta se había soltado un poco y de nuevo asomaba el brazo—. Creo que ha tenido un viaje agitado.

El esquimal se agachó y tocó aquella forma inerte. Luego se santiguó.

—¿Qué le ha hecho a mi hermana, hombre blanco?

Hart hizo una mueca al enterarse del parentesco.

—Lo siento. Nos hemos quedado atrapados en una tormenta. No podía divisar el poblado.

El esquimal parecía entristecido al contemplar el destrozado cadáver.

—Un día salvaje para el vuelo, hombre blanco. Salvaje para una responsabilidad tan sagrada. Debería aprender a ser prudente. Él hombre blanco siempre tiene tanta prisa...

Hart abrió la boca, pero no dijo nada.

—No creo que el señor Hart se estrellara adrede —dijo el tercer hombre. A Hart le sorprendió. Por el acento vio claro que no se trataba de un esquimal, ni tampoco de un americano. El deje era alemán—. Podríamos decir que ha sido muy prudente no estrellando a su hermana contra la ladera de una montaña. Sprechen sie Deutsch, Hart?

—Algo, de cuando era pequeño —respondió el piloto en alemán—. Me crié en una colonia alemana en Montana.

—En efecto, he comprobado sus orígenes —dijo el extranjero en alemán.

La respuesta obligó a Hart a hacer una pausa.

—¿Es usted... alemán? ¿Ha venido aquí a hacer alpinismo?

Algunos teutones acudían a Alaska por sus montañas. Les chiflaba el monte.

—No se trata de una casualidad —respondió el extranjero—. Pensaba hablar con usted en Fairbanks, pero se acababa de marchar. A pesar del clima. Una decisión que parece chocar con su fama.

—¿Fama?

—La Antártida.

Durante un momento se hizo el silencio.

—El tiempo era bueno cuando salí —dijo Hart—. Al volar, uno tiene que tomar decisiones.

—Lo respeto —dijo el extranjero.

Alatak se sacó una pequeña hacha y empezó a cortar ramas de sauce.

—Voy a hacer una parihuela para transportar a mi hermana mientras ustedes practican el alemán.

Popper se inclinó para ayudarle, pero Hart, desconcertado por el extranjero, no movió un dedo. Estaba completamente aturdido.

Cuando el alemán vio claro que no iba a abrir la boca, lo hizo él, y esta vez en inglés:

—Me llamo Otto Kohl. Soy un agente comercial germano-americano. He recorrido medio mundo para hablar con usted. Cuando transmitieron por radio en Anaktuvuk que su avión había desaparecido, temí haber perdido el tiempo esperando a un hombre que había muerto. Pero el señor Popper me convenció de que alquilara su avión para echar un vistazo. Ha tenido suerte al decidir hacerlo.

—No me habría ocurrido nada.

—Tal vez. —Kohl miró hacia el valle—. ¿Me enseña dónde está su avión? Quisiera redactar un informe completo. Aquello sorprendió a Hart.

—¿Un informe? ¿Pertenece usted al gobierno?

—No exactamente. ¿Está cerca de aquí el avión? Hart miró a Alatak.

—Adelante —soltó el esquimal, convencido de que no quedaba lejos—. Nosotros ocuparemos de eso.

Sin decir ni media palabra, Hart rehizo el camino hacia la orilla del río. Este iba aumentando en caudal a toda prisa y el banco prácticamente había desaparecido. Se había abierto un canal bajo el fuselaje y el destrozado Stinson se mecía en la corriente. Mientras lo observaban, se deslizó unos metros corriente abajo.

—Voy a perder toda la maldita carga.

—Sí —comentó Kohl—. ¡Qué curiosa es la fortuna! ¿Verdad?

El piloto se volvió para contemplar más de cerca a su compañero. Tendría unos cincuenta años, llevaba un recortado bigote, su piel era pálida, delicada y mostraba una irritante seguridad en sí mismo en aquel entorno salvaje. El caso era que no era su avión el que se había estrellado.

Permanecieron un momento en silencio mientras la lluvia tamborileaba sobre sus

cabezas.

—¿Quién demonios es usted?

Kohl sonrió.

—Vivo en Washington, pero represento al gobierno alemán. —Señaló el avión, que empezaba a ladearse—. Podría informar al Reich de que usted, haciendo gala de una gran imprudencia, decidió volar en condiciones adversas e hizo un desgraciado aterrizaje, que demostró su falta de valor y juicio. —Esperó a que Hart reaccionara, pero el piloto no respondió—. O bien podría centrar el informe en que usted posee el don de la supervivencia en el polo, que incluso ha salvado a un pasajero de las garras de un oso polar, aunque se tratara de un pasajero muerto.

—¿Por qué ha de importarme a mí su informe?

—Le seré sincero —respondió el alemán—. Su desgracia puede convertirse en una oportunidad para nosotros, puesto que tal vez le predisponga a aceptar mi oferta. Supongo que estará al corriente de que mi gobierno es controvertido. Probablemente conoce su limitada experiencia en la exploración de la Antártida: la presencia de Alemania ha sido muy reducida allí, a diferencia de lo que ha ocurrido con los británicos, los noruegos o ustedes, los estadounidenses, con el almirante Byrd. No me cabe la menor duda de que sabe que bajo el nacionalsocialismo mi país avanza a marchas forzadas para conseguir el lugar que se merece en el concierto actual de las naciones. Por otro lado, usted se encuentra en una situación económica difícil, me imagino. Acaba de perder su posesión clave. Perdió su reputación como piloto en 1934 y este incidente no le ayudará a recuperarla. Y yo estoy aquí para ofrecerle otra oportunidad. La de pasar a la historia.

Hart seguía contemplando el avión. Como si tirara de él una oculta mano gigante, se iba hundiendo en el curso de agua.

—¿Por qué yo?

—Muy sencillo. Usted domina la navegación aérea en la Antártida. Es la persona que nos hace falta.

—En la Antártida me echaron. Mi jefe dijo que me había acobardado.

—¿Es cierto eso?

Se hizo el silencio.

—He hecho mis comprobaciones —dijo Kohl—. Le despidieron por su cautela. Nosotros, los alemanes, podemos ser decididos, incluso tercos, pero sabemos que la prudencia es también una virtud. Sea como sea, usted entiende de aceites, combustibles, ropa y navegación en la Antártida.

—¡Un momento! —dijo Hart, digiriendo aún lo que estaba diciendo el alemán—. ¿Acabo de empotrar mi avión en el suelo y aún pretende contratarme?

Kohl se encogió de hombros.

—Yo le considero un hombre que acepta las opciones que tiene delante y sabe

escoger. Francamente, para nosotros su situación es la ideal. Queremos dejar claro a todo el mundo que la nuestra es una misión de exploración pacífica. Su presencia allí, como estadounidense, como extranjero, lo ratificará. —El alemán le miró resuelto—. En su situación actual, se me antoja que la política no cuenta...

—No estoy al corriente de la política. —Hart intentó reflexionar. No se había formado una idea sobre los nazis. Hitler era un dictador, sin lugar a dudas, pero había puesto Alemania en marcha. Lindbergh había visitado el país y volvió impresionado. Por otra parte, sabía por qué Kohl se había desplazado hasta Alaska. Nadie quería trabajar para el Reich. No todo el mundo había olvidado la Primera Guerra Mundial—. Pensaré en ello.

—Por supuesto. Piénselo todo lo que quiera, mientras volvemos andando a Anaktuvuk. Piénselo esta noche mientras cena y luego duerma. Piense y hágame todas las preguntas que se le ocurran. Luego tendrá que decidirse, porque el señor Popper y yo volvemos a Fairbanks por la mañana. Tenemos plaza libre para un empleado.

Kohl sonrió, pero se notaba poca calidez en el gesto.

Volvieron al lugar donde el esquimal había colocado a Ramona sobre unas ramas de sauce. El alemán y Hart cogieron la parihuela por uno de los extremos y Popper y el esquimal por el otro. El perro salió en cabeza. Como siempre, andar por la tundra resultaba penoso, el terreno se hundía y se torcían los tobillos, pero la caminata hacía entrar en calor.

—¿Se informará de la expedición? —preguntó Hart a Kohl en alemán.

—¿Informar?

—En los periódicos. En caso de que tenga éxito, ¿sabrás de ella el mundo?

—Los hombres que salgan airoso de ella tendrán toda la fama que puedan desear —respondió el alemán—. Y el éxito que se atrevan a imaginar.

Llegaron a Anaktuvuk después de medianoche; los perros esquimales atados en el poblado empezaron a ladrar montando un gran alboroto al notar la proximidad de Iván. A pesar de ser tan tarde, medio poblado salió a recibirles; recogieron el magullado cadáver de Ramona para limpiarlo, vestirlo y ofrecerle el reposo final. El estado de éste provocó algunas miradas hacia el piloto, pero nadie dijo nada. Había corrido la noticia del oso.

Hart cogió a Popper por su cuenta.

—El tipo ése me ha ofrecido un trabajo en Alemania —dijo—. ¿Qué opinas de él?

Popper hizo un gesto de indiferencia y comentó:

—Me ha pagado en dinero contante y sonante.

Más tarde, en la misión, los dos pilotos tomaron sopa y pan y se calentaron junto a la estufa. Hart pensó en lo que le había dicho Kohl. La llegada del alemán parecía

providencial. Se preguntó si en definitiva el ángel de Elmer había aparecido.

—Siento lo de tu avión, Hart —dijo Popper.

—En la Antártida resulta más sencillo —respondió Hart medio somnoliento. Estaba intentando evocar de nuevo aquel inundo.

—¿A qué te refieres?

—Nadie vive allí. Nadie se queda allí. Un país sin memoria.

—¿Sin memoria? ¡Quiá! Todos los lugares tienen su historia.

—No —respondió Hart—. Aquí la historia existe porque hay un pueblo para recordarla, pero allí no. Allí no hay pasado. Un ahora inmenso y cargado de tedio.

—Yo diría que lo simplificas demasiado.

Hart sonrió.

—Puede que tengas razón. —Soltó un suspiro—. Pero cuando todo es ahora, siempre puedes empezar de nuevo.

CAPÍTULO

3

Berlín era una ciudad parda encendida con el rojo de los estandartes nazis, cuyas telas acariciaban la dura piedra. A Hart, que llegó allí en otoño de 1938, le pareció una metrópoli ostentosamente conservadora, crepitante por la emoción de lo peligrosamente nuevo, un lugar que resurgía altanero con un punto de vigilante incomodidad. Un lugar para la escenificación, una gran ópera que se iba desarrollando con espectacularidad. Botas y tacones altos, uniformes negros y pieles plateadas.

—Bienvenido al futuro. —Fue el saludo que le dirigió Otto Kohl.

Los dos se habían separado en Fairbanks. Kohl se había ido directamente a Washington y de allí a Alemania, mientras Hart permanecía en Alaska recogiendo sus escasas pertenencias en la casa de huéspedes, guardando algunas y empaquetando lo imprescindible. «El hecho de ser soltero y estar arruinado confiere cierta simplicidad a la vida», reflexionó. Y en aquellos momentos un nuevo objetivo le animaba: la Antártida. Había pensado no acercarse nunca más a aquel lugar. Pero de pronto se le prometía por un lado la aventura y por otro la redención. ¡Y encima con una pandilla de teutones!

Al llegar a Hamburgo notó una curiosa mezcla alemana de arrogancia y recelo. La sensación de penetrar en algo cautivo que se abalanzaba hacia lo más desconocido. La energía de Alemania era palpable. Se oía el golpeteo de la industria que despertaba de nuevo, que se hacía patente a través del manto de vapor y grasiento humo que se cernía por encima de las fábricas del puerto. Destacaba el ir y venir de los diligentes y ceremoniosos burócratas uniformados, que sellaban esto, observaban atentamente aquello y olían a salchicha y cerveza. Estaba también el pitido de los transbordadores y el silbido de los vapores, el estrépito metálico de los trolebuses y el bullicio de la muchedumbre admirando un ejemplar del «coche popular» en forma de escarabajo que había inventado Hitler. No obstante, los alemanes eran más tranquilos de lo que él había imaginado: no es que se mostraran reservados, se les veía incluso algo jactanciosos de la sorprendente transformación que habían experimentado desde que los nazis llegaron al poder, aunque al mismo tiempo demostraban un comedimiento cauteloso. Se habría dicho que existía un límite implícito en cuanto a la risa y el entusiasmo. Lo que sí había era muchísimos uniformes.

Acababa de conferir al conjunto un tono surrealista el sinfín de escaparates

berlineses que seguían tapados con tablas desde el terror antijudío de la Noche de los Cristales Rotos, acaecida quince días antes. Hart había oído contar que algunos judíos abandonaban el país y corría el rumor de que otros habían desaparecido en el inmenso y nuevo sistema carcelario nazi. El piloto no conocía a ningún judío —como mínimo no tenía conciencia de conocer a ninguno—, pero consideraba inquietantes aquellas historias. Por muy desesperada que fuera su situación en Alaska, no podía por menos que preguntarse si había tomado una decisión juiciosa al aceptar el empleo que le ofrecía esta gente. Decidió que admiraba su resurgimiento, aunque ponía en cuestión el método. Se le presentaba la tarea de separar la aplicación de sus conocimientos de la zona polar de la política, de mantenerse centrado en la exploración y la ciencia.

Los alemanes respondían a su fama de eficiencia. Kohl se mostró enérgico en la estación de ferrocarriles de Berlín: dando órdenes con vigor a un maletero para que recogiera el equipaje del piloto, acompañándole casi corriendo hasta la parada de taxis, concretándole unas concisas instrucciones sobre el hotel y entregándole un fajo de nuevos marcos del Reich para comidas y gastos. A la mañana siguiente, a las nueve en punto, llegaría al hotel un mensajero con ropa adecuada, le explicó Kohl. A partir de entonces, Hart estaría libre hasta las cuatro, hora en que el alemán le recogería para presentarle a Hermann Göring, ministro del Reich. Viajarían hasta la mansión de Göring, Karinhall, a las afueras de Berlín, y cenarían con los responsables de la expedición antártica para preparar la partida a finales de año hacia el continente sur. Se había organizado la expedición para sacar partido del breve verano de la Antártida, la estación opuesta a la del hemisferio norte. Se trataba de una expedición muy de Göring, le explicó Kohl, y el influyente ministro le otorgaba su atención personal. Sentía curiosidad por el mundo.

Se le autorizaba a visitar Berlín, aunque no debía tomar notas ni fotos, hablar con nadie más de lo necesario ni comentar lo de la expedición. «La discreción es la clave de nuestro éxito», le había dicho Kohl al empujarle hacia el interior del taxi. El piloto se encontró ante el ostentoso hotel Adlon, en Unter den Linden, cerca de los ministerios de Exteriores y Propaganda.

Un mensajero del ministerio del Interior llegó puntualmente a la mañana siguiente, tal como le habían prometido, y dio la bienvenida a Hart a la puerta de la habitación de su hotel con el saludo nazi: el brazo en alto y un «¡Heil Hitler!».

Hart lo miró estupefacto.

—¡Baje ese brazo, por el amor de Dios!

El mensajero hizo un gesto como si le hubieran ofendido, como si le hubieran despreciado el cumplido, sin haberlo reconocido. Le entregó una invitación para asistir a Karinhall, a visitar al ministro del Reich, y una caja con un traje, una camisa y una corbata. Una nota manuscrita de Kohl le reclamaba, vestido con aquella ropa, a

las cuatro.

Para matar el tiempo, el piloto se fue a dar un paseo. El tráfico y el ajetreo de la gran ciudad le intimidaron y optó por dirigirse al parque Tiergarten, yermo y vacío en noviembre. Caminaba a paso ligero, disfrutando de aquel lugar despejado y del frío. Volvió a su habitación, dedicó una hora completa a batallar con el nuevo traje, bajó al vestíbulo con quince minutos de antelación y esperó incomodado. Se dio cuenta de que el conserje le miraba de reojo.

Como conducida por un reloj, a las cuatro llegó a la puerta del hotel una limusina Mercedes negra y un chófer abrió la puerta trasera del vehículo entrechocando los tacones de sus botas. El asiento de atrás estaba ocupado, pero en el de enfrente no había nadie, por lo que Hart se encontró rodilla con rodilla con Kohl y una bella rubia con traje de noche y estola de piel. La puerta se cerró y el coche emprendió la marcha.

—Le presento a Leni Stauffenberg, la actriz de cine —dijo Kohl, quien mostraba tanta desenvoltura en su traje de etiqueta como incomodidad Hart, vestido de aquella forma.

La mujer le dirigió una espléndida aunque distante sonrisa, lo suficiente para indicar que entre ellos se levantaba un infranqueable muro. No sentía ningún interés por un simple piloto.

—El ministro del Reich disfruta con la compañía de las adorables mujeres del mundo del cine —le explicó Kohl—. Puede que usted sepa que, después de enviudar, se casó con la actriz Emmy Sonnemann. Fue la ceremonia más espectacular del nuevo régimen.

—A mí me gustó más el Baile de la Opera del 36 —dijo Leni—. Tengo entendido que invirtió un millón de marcos en él.

—Más tarde se sintió atraído por la señorita Stauffenberg en tal vez su mejor trabajo, La conquista de la cima. Una notable película sobre alpinismo. ¿Ha oído hablar de ella?

—Las películas alemanas no llegan a Alaska.

—Evidentemente. —Kohl sonrió levemente.

—Estuve a punto de congelarme en el rodaje de esa película —dijo Leni—. El cabrón de Reinhardt insistió en rodar sólo exteriores. ¡Me quedé atrapada en un alud! ¡Por poco muero allí!

Hart la observó detenidamente. Le resultaba imposible imaginar a aquella mujer en una montaña, menos aún en un alud. Se preguntó qué pretendía al asistir a aquella cena. No mostraba el menor indicio de tener algo que ver con Kohl, y Góring, si bien era famoso, además de estar casado, era gordo. Quizás el ministro del Reich tenía algo que ver con la industria cinematográfica alemana.

Al darse cuenta de que observaba con tanto detenimiento a la actriz, Kohl se vio obligado a hacerle una advertencia:

—Debería aclararle que no es aconsejable que se muestre excesivamente curioso acerca de la vida social del ministro del Reich cuando se encuentre en Karinhall. La presencia de sus invitadas es decorativa, usted ya me entiende. No suponga nada más.

Leni dio un codazo a su compañero de asiento.

—Yo no soy una decoración —protestó—. Hermann es un hombre maravilloso —añadió con aires de suficiencia, mirando a Hart—. Divertido, entusiasta. Un crío, en realidad. Tiene que lograr que le enseñe sus trenes.

El piloto hizo un gesto irónico.

—Maquetas de trenes —dijo Kohl—. La mayor colección que he visto en mi vida. Pero no es un crío. Fue un as de la Primera Guerra Mundial.

—Pues a mí Hermann me hace reír.

—Derribó a más de veinte hombres, Leni.

La actriz se echó a reír.

—Tal como he dicho, tiene un encanto infantil. ¿Se ha fijado usted en las fotos de Karinhall? Era muy atractivo en aquella época. En cierta manera sigue siéndolo.

—El ministro del Reich es un gran hombre —saltó Kohl, algo molesto por aquellas desenfadadas muestras de admiración, que al parecer consideraba poco apropiadas—. El segundo después de Hitler. Dirige, además de la Luftwaffe, el ministerio del Interior prusiano, la Comisión Forestal y la de Caza. Es presidente del Reichstag y fundador de la Gestapo. Una energía realmente sobrehumana.

—Dicen que percibe seis salarios —dijo Leni guiñando el ojo.

Kohl decidió no hacer caso al chisme.

—Fue muy dolorosa la herida que sufrió en el Putsch de Munich. Tuvo que vivir a base de calmantes. No deje que la carga que lleva sobre sus espaldas el ministro del Reich desvíe su admiración hacia él, Hart. Como extranjero, su presencia en esta expedición es importante de cara a la imagen, pero delicada. He trabajado a conciencia para asegurar a las autoridades que usted no constituirá un problema. Góring es una persona clave. Cerciórese de que le cae bien. Mantenga a raya su curiosidad. Esté dispuesto a seguir las instrucciones que se le den. Reprima su despreocupación... americana.

—¡Buf, Otto! —le reprendió Leni con una risita—. Estoy segura de que el señor Hart sabrá mantener el adecuado respeto.

Hart únicamente había visto a Góring en documentales, y consideraba que tenía un cierto aire de payaso, pero se guardó la opinión.

—Actuaré lo mejor posible —dijo a Kohl, decidido a mostrarse educado aunque no pelotillero. Le molestaba que el alemán le tratara como un patán delante de una mujer—. Tendrá que aceptarme como soy.

Leni asintió con la cabeza:

—¡Bien hecho! ¡Ésta es la actitud que le gusta a Hermann!

El coche atravesó los suburbios; la alineación de viviendas iba clareando a medida que se alejaban del centro y penetraban en el bosque que rodeaba la ciudad. Hart tuvo la impresión de que todo Alemania era una especie de maqueta de ferrocarril: excesivamente arreglado para ser un lugar en el que vivían las personas. No se veían basuras, los coches estaban limpios y el mismo bosque estaba aseado, sin ramas ni hojas caídas. Tenía la impresión de haberse metido en un escenario; la compañía de la estrella de la pantalla intensificaba dicho efecto. La mujer empujó a Kohl a chismorrear sobre unos nazis de los que Hart jamás había oído hablar. Escuchaba la conversación a medias mientras contemplaba el paisaje.

Tardaron casi una hora en llegar al portal de la propiedad de Góring. Una carretera sin señalizar salía de la ruta principal, y el coche se metió en una senda bordeada de robles. Redujo la marcha al serpentear entre unos pilares de cemento y acercarse al puesto de guardia. Una barrera pintada de blanco impedía el paso y una serie de soldados con uniforme gris y subfusiles colgados del cuello se acercaron a ellos al detenerse la limusina. Apenas se fijaron en el chófer, puesto que le reconocieron en el acto, pero observaron con detenimiento a los pasajeros: en primer lugar a Kohl, luego a Hart, y finalmente, con admiración, a la señorita Stauffenberg.

—¡Documentación, por favor! —gritó un elegante teniente sin dejar de mirar a la artista. Ella no le hizo ningún caso.

Los guardianes observaron sus pases como si fuera la primera vez que veían algo escrito. Luego, con estudiada lentitud, se los devolvieron.

—Americano —comentó el teniente. Las alas de su uniforme le acreditaban como miembro de la Luftwaffe, la fuerza aérea alemana, que Góring había convertido en la más poderosa del mundo—. ¿De Nueva York, tal vez?

—De Alaska —respondió Hart.

—Ah, claro. —Quedaba patente que no lo situaba—. Pronto nuestros aviones llegarán a Nueva York. Puede que yo mismo la vea un día, desde el aire. —Su sonrisa era fría.

—¡El señor Hart es un empleado del Gobierno alemán! —saltó Kohl con contundente autoridad.

El teniente se puso rígido.

—Evidentemente. ¡Adelante! ¡Heil Hitler! —saludó con contundencia.

—¡Heil Hitler! —soltó Kohl despidiendo al centinela.

Se levantó la barrera y la limusina siguió adelante.

La propiedad de Góring incluía un gran bosque, un lago y un prado; el coche siguió una ondulante senda hasta llegar a una amplia extensión de césped. La coronaba Karinhall, un castillo medio construido en madera inspirado en un refugio

rural de la ex familia política sueca de Góring: un edificio con cristalerías emplomadas, elevadas torres y tejados en pendiente de pizarra gris. A Hart le recordó un pastel.

—¿Dónde están Hansel y Gretel? —murmuró, impresionado e incómodo a la vez al encontrarse tan próximo al poder.

Kohl le lanzó una mirada de advertencia. Leni sonrió levemente.

La luz de aquel día de noviembre se iba desvaneciendo y de las ventanas de la mansión llegaba una agradable luz amarillenta. Dos guardianes más, esta vez con uniforme negro, flanqueaban la maciza puerta de roble. Un pastor alemán se mantuvo alerta mientras la limusina aparcaba, aunque no soltó gruñido o ladrido alguno.

Un ordenanza descendió con aire diligente por la escalera de piedra a recibirles, dirigiéndose en primer lugar a la puerta de Leni. La mujer le cogió por el brazo, se mantuvo de pie con gran prestancia pese a sus tacones y la diminuta gravilla, para subir seguidamente los peldaños como si estuviera flotando, mientras la seda del vestido acariciaba ligeramente la piedra. «¿Cómo lo consigue?», se preguntó Hart, siguiendo sus pasos. La sólida entrada pareció abrirse por voluntad propia y en un instante se encontraron en un amplio vestíbulo enlosado, decorado con tapices medievales. Dos negras armaduras mantenían la guardia. No se divisaban ni esvásticas ni emblemas nazis.

—Bienvenido a Karinhall —dijo el ordenanza—, señor Kohl. —Movié la cabeza con respeto—. Nos alegra tenerla otra vez entre nosotros, señorita Stauffenberg. —Con ello esbozó una sonrisa. Luego, observando con más detenimiento, añadió—: Y evidentemente al señor Hart. El ministro del Reich siente un especial afecto por los pilotos. En realidad usted es el segundo piloto americano que nos visita. ¿Conoce al señor Lindbergh?

—Le conozco —respondió Hart escuetamente. ¿Existía alguien del ramo que no le conociera?

—Un gran hombre —dijo con entusiasmo el ordenanza—. Un gran hombre.

Hicieron su aparición unos criados que se hicieron cargo de sus abrigos y los tres pasaron al gran salón, una imponente catedral recubierta de madera. Sus paredes estaban adornadas con cabezas de animales, el fuego crepitaba en una amplia chimenea y su centro estaba ocupado por una mesa larga como una bolera. Todo seguía manteniendo un estilo de escenario, como si Karinhall no se hubiera pensado como un hogar, sino a modo de reino artificial que quisiera ensamblar el encanto germánico con el poder autoritario. Hart decidió que el poder estaba ahí, pero no el encanto.

—Queda claro que a herr Góring la política le ha compensado —comentó tranquilamente, volviendo la cabeza hacia arriba para contemplar el artesonado del techo.

—El ministro del Reich se mantuvo al lado del Führer en los negros días que siguieron al Putsch —dijo Kohl—. Arriesgó el pellejo intentando representar al partido mientras Hitler permaneció en la cárcel. Expuso su perspectiva económica de reconstrucción de Alemania. Una perspectiva que llegó a los confines del mundo.

—Un gran hombre —comentó Hart, intentando calcular la longitud de la mesa. ¿Quince metros? Le parecía rarísimo encontrarse allí después de lo de Anaktuvuk Pass.

De pronto, sin que nadie la anunciara, una silueta cruzó el umbral de la puerta. No era tanto un hombre como una presencia. De entrada, Góring era una persona corpulenta, casi decadentemente gordo, y cubría aquella imponente figura un uniforme blanquísimo con charreteras doradas en los hombros, botones y trenzados que intensificaban el efecto. Llevaba un cinturón negro con hebilla plateada: un águila nazi al acecho en relieve dorado. La vestimenta era cuidada, pero a Hart le parecía algo ridícula, como la de un portero de Nueva York. Y lo que le pareció más desconcertante es que el ministro del Reich, en lugar de llevar botas militares, luciera unas pantuflas forradas de piel. Tenía un cutis saludable, si bien excesivamente sonrosado en las mejillas, como si llevara colorete, y la grasa de la papada deslucía su porte militar. Con todo, el aire autoritario de Góring era inconfundible. Rezumaba la arrogancia del propietario. El hábito del mando.

—¡Caballeros, Leni! —Góring extendió unos dedos cortos y gordos, cargados de anillos. Kohl le estrechó la mano y seguidamente lo hizo Hart, quien se sorprendió por aquel apretón enérgico y flácido a la vez. Notó cierta decadencia en el roce, si bien se dio cuenta de que Góring tenía los ojos duros como el acero, negros y perspicaces, algo realmente desconcertante. El efecto global le resultó raro, y pese a haber decidido no mostrarse adulator, Hart quedó algo aturdido.

—De modo que es nuestro experto americano en la Antártida. ¡Un compañero de vuelo! He de decirle, Hart, que el único lugar puro está en el aire.

—En efecto, ministro del Reich —consiguió articular Hart—. Comparto su entusiasmo. El aire y, tal vez, la Antártida.

—¿En serio? —Góring parecía francamente interesado—. ¿Y qué tiene de puro el continente sur?

—Pues... —Hart reflexionó un instante—. En realidad, el hielo es blanco como su uniforme. Y no solamente blanco, además produce reflejos como un prisma. Sus colores son casi espirituales. Y el aire es también más claro allí. Uno puede ver hasta el infinito.

—¡Ah, el infinito! —Góring rió asintiendo—. Creo que lo vi unas cuantas veces desde mi biplano durante la guerra, mirando por encima del hombro el cañón de la ametralladora del enemigo. No estoy muy seguro de querer volver a ver mucho más infinito. —Hart se unió sin darse cuenta a la carcajada adulatora de los demás: un

sistema solar efectuando su órbita alrededor del gordo y blanco sol—. De todas formas, el tipo de pureza del que habla usted, Hart, la sublime pulcritud de un lugar que jamás ha pisado el hombre, tiene que ser extraordinaria.

—Puede resultar inspiradora o aterrorizadora —respondió Hart sin pensarlo dos veces, lo que le produjo la instantánea sensación de haberse delatado.

—Eso tengo entendido. —De pronto pareció que la delicadeza de Góring se retraía, y sus ojos se clavaron en los del piloto como si le estuviera tomando las medidas. Hart hizo un esfuerzo por aguantar su mirada con tranquilidad—. Mis pilotos, los hombres a quienes recluto, no se atemorizan con facilidad.

—En efecto, herr Góring. —«Sus alemanes fueron suficientemente tenaces para ir a buscarme a Alaska y se les pagó para traerme aquí —pensó Hart—. Si ahora no le intereso, puede irse a tomar viento».

El alemán le aguantó la mirada un instante más y luego sonrió de pronto. Había terminado su valoración.

—¡Perfecto! No sé si sabe, Hart, que su nombre significa ciervo, una palabra procedente del término alemán que designa los «cuernos»; por tanto, estoy también de acuerdo con sus orígenes. ¡Al igual que Lindbergh! Nosotros, los alemanes, somos todos exploradores del aire. Y ahora pasemos a mi biblioteca. Tengo que presentarle a sus compañeros de aventura.

CAPÍTULO

4

La biblioteca tenía las dimensiones de un pequeño hangar, con sus libros con letras doradas alineados con la precisión de una hilera de soldados. La mayor parte parecían nuevos, intonso: la sala estaba pensada para impresionar y no para trabajar. Otro fuego ardía en su chimenea. Cuatro hombres y una mujer estaban sentados alrededor de una mesita tomando vino. El que destacaba como cabeza —el capitán, supuso Hart— mostraba el aura prusiana de mando en sus curtidas facciones, su pelo gris acero muy corto y la perilla recortada con precisión. Junto a él, un hombre nórdico, alto, rubio, poco más o menos de la edad de Hart, con el aire de acabar de salir de un cartel de reclutamiento nazi. Estaba también un muchacho más bajito, de aspecto no tan diligente, con bigote y gafas de montura dorada. El más viejo, cuando menos a juzgar por la apariencia, era un tipo algo cadavérico, medio calvo, de labios finos, dientes amarillentos y largos dedos manchados por el tabaco. Fumaba un cigarrillo. Hart estudió con un poco más de detenimiento a la mujer. Tendría aproximadamente la edad de Leni Stauffenberg, pero no parecía interesada en exhibir su belleza como la actriz. Tenía el pelo de un rojo oscuro, con una corta melena con bucle ligeramente hacia adentro en un estilo sencillo; llevaba un vestido estampado de corte simple y zapatos bajos. No parecía llevar maquillaje ni necesitarlo. Tenía la piel clara y sus azules ojos eran vivos e inteligentes.

—¡Capitán Heiden! —exclamó Göring saludando al prusiano—. Permítame que le presente a uno de los representantes de nuestro país en los Estados Unidos de América, Otto Kohl, a nuestro asesor estadounidense Owen Hart y, evidentemente, a nuestra bellísima Leni Stauffenberg, aún más deslumbrante —y en este punto el ministro del Reich hizo el gesto del hombre de mundo— en carne y hueso que en la pantalla. ¿Quién podía haber pensado que fuera posible?

Heiden inclinó la cabeza con ceremonia prusiana, tomó la mano de la actriz, cubierta por un guante, y la besó levemente. Se volvió luego e hizo una inclinación de cabeza algo menos pronunciada dirigiéndose a Hart.

—Me alegra que haya accedido a acompañarnos, señor Hart —dijo—. Soy Konrad Heiden, capitán del Schwabenland, el buque que transporta los hidroaviones que nos llevará a la Antártida. Su experiencia en pilotaje en la zona polar nos proporcionará una incalculable ayuda. Permítame que le presente a nuestro enlace político, Jürgen Drexler. —El apuesto rubio asintió—. A nuestro geógrafo, Alfred

Feder. —El más bajo hizo una reverencia algo tímida con la cabeza—. El médico de a bordo, Maximilian Schmidt. —El fumador esbozó una imperceptible sonrisa por detrás de una nube de humo—. Y a Greta Heinz, nuestra bióloga especializada en los polos.

La mujer sonrió y miró a Hart con interés, manteniendo los dedos de una mano en el borde de la copa de vino y sujetándose con la otra la muñeca, como si el recipiente exigiera un apoyo suplementario. Miró a Leni de reojo, apartando rápidamente la mirada de ella, con timidez ante el brillo de la actriz, y pareció que evitaba incluso el fortuito contacto visual con Kohl. Con gesto casi imperceptible, Drexler se acercó un centímetro a ella, como para dar a entender algún tipo de relación. La mujer no pareció enterarse de ello. Era atractiva, determinó Hart: más interesante que hechizadora.

—Encantado de conocerles —dijo Hart—. Sin duda ha de ser una aventura fascinante.

—El capitán Heiden posee experiencia en el Ártico, pero éste va a ser el primer paso decisivo de Alemania hacia el polo sur —dijo Góring—. Ya hemos mandado exploradores allí antes... Erich Von Drygalski incluso navegó en globo por la zona a principios de siglo, lo que le convirtió en el primer aeronauta antártico, aunque la tarea no tuvo continuidad. Esta vez nos proponemos un trabajo sistemático: vamos a afirmar nuestro derecho y a planificar la investigación en la Antártida. La expedición tendrá también implicaciones geopolíticas. —Góring se volvió hacia los demás—. El señor Hart me ha hablado de la belleza del lugar. ¡Cuánto me gustaría acompañarles, evadirme de las preocupaciones de mi gabinete!

—¡Pero Alemania le echaría muchísimo de menos, Hermann! —exclamó Leni, como si diera por supuesto que Góring pensara partir hacia el mar. La mujer se inclinó hacia él y le cogió el brazo.

—¡Y yo echaría de menos Alemania! —respondió el ministro del Reich con una sonrisa. Los demás respondieron con el mismo gesto a la broma.

—Por lo que veo, Hart, usted no voló durante la guerra —dijo Drexler, observándole con detenimiento. El alemán era un tipo esbelto, atlético, e incluso en reposo parecía poseer la gracia de un gato.

—Espero no aparentar tanta edad —respondió Hart.

—¡Ah! —exclamó Góring—. ¡Las afrentas involuntarias de la arrogante juventud!

El grupo soltó una carcajada.

—Efectué unos cuantos vuelos de pueblo en pueblo —dijo Hart—; posteriormente participé en competiciones en las Rocosas, aprendiendo las técnicas necesarias para volar en regiones frías. Me contrató Elliott Farnsworth. Y se me despidió cuando me negué a pilotar con mal tiempo.

—A veces hay que dejar el heroísmo en espera —observó Drexler.

El piloto, sin saber muy bien cómo responder al comentario, se volvió hacia el geógrafo:

—¿Sabe usted exactamente a qué parte del continente nos dirigimos, Albert?

—En efecto, Hart —respondió el hombre con cierta dosis de autosuficiencia—. Y el resto del equipo lo sabrá cuando nos encontremos allí.

Se hizo un incómodo silencio que duró hasta que Góring volvió a reír, arrastrando con él a los demás.

—¡Ja! —soltó exultante—. ¡La parte que corresponde al azar! ¡A usted le toca la fría, Hart! —Siguió riendo mientras pegaba unos golpecitos en la espalda de Feder. Me gustan los hombres que saben guardar un secreto.

Hart sonrió, desconcertado ante tanto misterio.

Llegó el turno de Schmidt:

—Lo cierto es que, al igual que todos los exploradores, Owen, no sabemos exactamente adonde nos dirigimos. Hemos seleccionado una zona de interés con la vista puesta en establecer nuestros derechos nacionales, y tenemos la intención de encontrar un lugar de investigación permanente, aunque debemos tener en cuenta que se trata de la investigación de un nuevo mundo. —Aspiró el humo del cigarrillo—. Usted y sus compañeros pilotos se convertirán en nuestros ojos desde el aire.

Hart hizo un gesto de asentimiento.

—La verdad es que poseo buena vista, doctor... Schmidt —recordó—. ¿Ha estado antes en el mar?

—No, y me he ofrecido voluntario en esta ocasión porque me permitirá explorar lo que me interesa desde el punto de vista médico: el cuerpo en situaciones medioambientales extremas.

—¿Se refiere al frío?

—Al frío y a las condiciones mínimas. Ningún grupo de personas ha vivido nunca realmente en la Antártida, y pocas plantas y animales subsisten allí. Lo que permanece, al menos eso espero, es la certeza médica desprovista de las complejidades y prejuicios de un mundo más cálido. Comprender los peligros que entraña la zona polar es dar un paso hacia adelante en su conquista, ¿verdad?

—O evitarlos, como aconsejaríamos nosotros, los pilotos prudentes. —Los demás rieron, y el piloto, animado por la demostración de buen humor, se dirigió a la mujer—: ¿Es usted bióloga, Greta? ¿Tal vez va en busca de los osos polares?

A ella pareció divertirle la pregunta.

—Si es cierto que ha estado usted en la Antártida, sabe mejor que yo que allí no hay osos. Pingüinos, por supuesto. Y focas. Pero a mí básicamente me interesa el kril.

El piloto asintió con deferencia.

—¿Las gambitas aquéllas? Vimos nubes de ellas en el océano en el 34.

—¡Alimento para ballenas, Hart! ¡Alimento para ballenas! —saltó Góring—. La clave para la gestión científica de la pesca de ballenas en la Antártida. Una de las muchas claves del brillante futuro que le aguarda a Alemania.

—De modo que la misión va a tener una gran importancia para nuestra industria ballenera, ¿no es así, ministro del Reich? —preguntó Kohl con el tono de quien conoce de antemano la respuesta.

—¿Qué industria ballenera, Otto? —le increpó Góring—. Los malditos noruegos poseen prácticamente el monopolio allí. Han establecido un derecho territorial e intentado echar a los demás. Pues bien, el juego pueden llevarlo a cabo dos partes. La expedición establecerá su propio derecho y con él la justificación para la expansión de la industria ballenera alemana. La grasa y los aceites de ballena nos serán imprescindibles para la expansión de nuestra economía. Y las mayores ballenas del mundo se encuentran en esa región.

—O sea que —dijo Hart, volviéndose de nuevo hacia Greta—, ¿usted se encargará de censar esa comida para ballenas?

Le intrigaba aquella mujer. Nunca había oído hablar de una mujer que fuera a la Antártida.

—Eso y más —respondió ella—. Me interesa la relación que existe entre el inundo de lo grande, la ballena, por ejemplo, y lo pequeño. Lo último es lo que yo domino: plancton, protozoos, bacterias, virus...

—Gérmenes —respondió Hart sonriendo.

—Efectivamente, gérmenes. Puede que no haya pensado usted en ello, pero también viven en la Antártida. Son capaces de adaptarse a cualquier situación, incluyendo el frío. Lo que a mí me interesa es esa adaptabilidad de vida.

Drexler tomó la palabra:

—Greta es una mujer que puede mirar a través de un microscopio y ver un universo. Tenemos suerte en contar con ella. La mujer sonrió ante el cumplido.

«Algo obvio», pensó Hart. Se preguntó qué relación existía entre ambos.

—Hermann —dijo Leni—, el señor Hart está interesado en sus trenes.

—¿De verdad? —dijo Góring, mucho más animado—. ¿Además de aeronauta es usted un entusiasta del ferrocarril?

—Hum... ejem... Me gustan los trenes.

Echó una mirada a Kohl, quien le hizo un gesto de aprobación. Drexler miró a Hart, divirtiéndose.

—¡Ja! Le comento a mi personal que se trata de un ejercicio organizativo —dijo Góring sonriendo—. Lo de diseñar las vías, organizar los trenes no es muy distinto a dirigir una nación. Aunque en el fondo, Hart, estoy convencido de que nosotros, los hombres, seguimos siendo niños que disfrutamos con sus juguetes. Dejamos a la mujer

el papel de adulta en la casa mientras nosotros jugamos en el mundo exterior. Una de las razones por las que soy tan feliz de haber nacido hombre, si usted me lo permite, señorita Heinz...

El grupo coreó de nuevo su carcajada.

—Y por las que yo me siento tan feliz de haber nacido mujer.

Góring hizo una reverencia. Resollando un poco, el ministro del Reich llevó al grupo, a través de una ondulante balaustrada, hacia el piso de arriba. En el ascenso, Hart se encontró justo detrás y a la derecha de Greta. Aún picado por la curiosidad respecto a ella, intentó encontrar algo que decirle, pero Drexler se situó disimuladamente ante él y se escurrió hacia Greta, obligando al piloto a detenerse un instante para evitar el choque. Las puntas de los dedos del alemán rozaron el codo de la mujer en un gesto de acompañamiento y le susurró algún comentario. Ella se llevó la copa a los labios mientras subía, dejando el brazo fuera de su alcance, aunque le dedicó una mirada y una sonrisa. Hart quedó atrás.

El grupo pasó por un piso entablado con arcos y entró en una sala oscura y cavernosa. Cuando hubieron pasado todos, Góring encendió las luces. Bajo una luz crepuscular contemplaron un enorme entramado de vías con trenes en miniatura alineados en las vías secundarias. Era el mayor conjunto que había visto Hart en su vida: kilómetros de vía a escala y una colección de locomotoras. Lo curioso era que faltaba allí el decorado, como si careciera de importancia para Góring; en efecto, la disposición se semejaba a un enorme diagrama organizativo por su abstracta complejidad. A Hart le llamó la atención su asepsia. No se veía ni una sola persona en miniatura.

—¡Ay, Hermann, déjeme hacer funcionar uno de los trenes! —le suplicó Leni.

Góring soltó una risita al constatar su interés.

—Y usted, señor Hart, dirigirá otro —dijo el ministro del Reich.

Les mostró a los dos los controles. Con unas cuantas sacudidas al ajustar la velocidad, Hart consiguió poner en marcha su tren y sacarlo de la estación. La actriz lo consiguió también. Los ferrocarriles circulaban por un amplio espacio ovalado, adelantándose de vez en cuando uno al otro sobre vías distintas. Hacía falta cierta concentración para mantener la velocidad en las curvas y frenar en los cruces para evitar una posible colisión. Los demás observaban el funcionamiento con educación, charlando entre ellos.

—Su habilidad como piloto le sirve también como técnico —dijo una suave voz al lado de Hart. Miró de reojo. Era Greta.

Hart hizo un gesto de asentimiento y sonrió con cierto hermetismo.

—Me advirtieron de que tendría que pasar una prueba, pero nadie me habló de trenes en miniatura. —Indicó con la cabeza hacia el otro lado de la caja de mandos, donde estaba la actriz—: Al parecer, a herr Góring le entusiasman los juguetes.

Greta se encogió de hombros.

—Está ahí para exhibirse. ¿Sabía que al ministro del Reich le dispararon una bala durante el Putsch? —Según dicen, le sigue doliendo muchísimo.

—Un padecimiento en muchos aspectos. Se le alojó en la ingle. Puede idear sus bromas, al igual que los comentarios comprensivos, siguiendo esta información. — Ella le sonrió con aire malicioso.

De pronto atronó la voz de Góring:

—Bueno, Hart, tendrá que observar la potencia aérea en acción. Sus dotes de mando son impresionantes, pero ¿y si se encuentra atrapado en una situación extrema? ¿Cómo hay que hacer para mantener el sistema en funcionamiento? —Hizo una espectacular pausa y luego pulsó un botón.

De improviso se oyó un golpeteo y algo descendió en picado desde las sombras crepusculares del techo. Por un momento Hart pensó que se trataba de una golondrina. Poco después se dio cuenta de que era un cazabombardero Stuka alemán en miniatura que se deslizaba contra el tren suspendido de un hilo colgado. Góring pulsó otro botón y de su interior cayó un proyectil que, describiendo con gran precisión un arco, tenía como objetivo hacer saltar uno de los vagones de mercancías de Hart.

—¡Un golpe certero! —exclamó Góring—. En combate le habrían partido el tren en dos. —Se echó a reír—. La próxima guerra se decidirá en el aire.

Se oyó otro ruido y un segundo avión en miniatura se precipitó hacia abajo disparando otro proyectil, que en esta ocasión hizo blanco en el tren de Leni.

—¡Uf, Hermann! —gritó ella—. ¡Qué pendenciero es usted!

La mirada de Góring se había centrado de nuevo en el tren de Hart, que se encontraba en una curva. El tercer avión descendió por el hilo y disparó contra la locomotora de Hart. El piloto reflexionó un instante y luego sujetó con más fuerza los mandos eléctricos. Cuando el proyectil cayó, él paró el tren en seco. La bomba rebotó sin consecuencias más adelante, en la vía.

—El pilotaje por medio de un hilo es demasiado predecible —observó Hart. Góring sonrió, aunque con menos satisfacción.

—Tiene toda la razón. Una rápida reacción, señor Hart. Lo impredecible es lo primero que hay que aprender en la guerra. —Puso todo el énfasis en la última palabra, como si quisiera dejarlo claro a todos los demás—. De todas formas, le habría cortado la vía.

—No importa. —El piloto hizo dar marcha atrás al tren—. Como persona prudente, estaría ya retirándome de la zona de guerra a la máxima velocidad.

El grupo se echó a reír; Greta incluso aplaudió.

—Pero existe una estrategia aún mejor. —Era Jürgen Drexler, quien acaparó la atención de la mujer—. ¿Me permite que manipule los controles, Owen?

—Por supuesto.

El americano dejó los mandos y se retiró. Los trenes iniciaron de nuevo su recorrido por el espacio ovalado.

Greta contemplaba al alemán con interés y Hart buscaba algún tema para continuar su Conversación.

—Me parece que el ministro del Reich es el más popular de los dirigentes alemanes —dejó caer finalmente.

Ella mantuvo su mirada en los trenes, hablando en voz baja para que no la oyeran.

—Considero que es un hombre valiente. Pero ha habido muchas tragedias en su vida. Años de exilio y pobreza, casi como un fuera de la ley político. La pérdida de su primera mujer. La herida. Esto explica quizá la morfina, el peso, la vestimenta.

—Realmente le gusta acicalarse.

Greta bajó todavía más la voz.

—Los alemanes hacemos chistes con ello. Cuentan que el ministerio de Asuntos Forestales de Góring iba a talar el Tiergarten para construirle un armario con las medidas adecuadas para su ropa. Sin embargo, el jefe de los guardabosques informó de que ya no quedaban árboles, ¡pues los habían cortado para fabricar perchas para sus abrigos! No nos reímos de él, nos reímos con él, porque nos identificamos con sus deseos. O cuando menos, intentamos no juzgarle.

—Y en cambio él nos juzga a nosotros.

Hart vio cómo la mano de Góring se desplazaba hacia el dispositivo que iba a soltar sus aviones de guerra en miniatura.

—Servimos de la forma que él desea. Alemania es diferente, Owen. Formamos una sociedad con un objetivo. Aunque para dicha meta no puede contarse con el populacho: unos pocos hombres extraordinarios tienen que dirigir.

—No creo que el votante estadounidense se considere populacho.

Greta se encogió de hombros.

—Sea como sea, alguien tiene que tomar el mando.

En aquel preciso instante se oyó el estrépito ya familiar, y un Stuka se lanzó hacia abajo: sus rígidas ruedas parecían las garras de un ave de presa. Al oír el ruido, Drexler estiró el brazo hacia el cuadro de mandos y accionó un interruptor.

—Le he visto al control, ministro del Reich —comentó.

Su tren cambió de vía en el preciso instante en que Góring soltaba la bomba. El proyectil fue a parar a la vía que acababa de desalojarse y el tren de Drexler siguió tranquilamente, dejando atrás el punto de impacto.

—¡Ay! ¡Tocado, Jürgen! —exclamó Góring—. ¡Me ha burlado! —El tren del enlace político seguía acelerando—. ¡Y ahora le toca a usted llegar a destino! —soltó una carcajada.

Siguiendo el buen humor del ministro del Reich los demás también rieron.

Drexler inclinó la cabeza dándose por enterado y dirigió una mirada furtiva a Greta. Ella respondió con una sonrisa de ánimo. Owen descubrió que le irritaba aquella demostración.

—¿Se considera a sí mismo una persona de opiniones firmes, Owen? —le dijo ella al oído, aunque mirando aún a Drexler.

Hart le dirigió una mirada interrogante, preguntándose si se estaba convirtiendo en juguete de un juego que no comprendía.

—Me... imagino que sé adaptarme. Greta asintió claramente.

—Eso es obvio.

—¿Por?

—Porque está usted aquí. En Alemania. Con nosotros.

—No —respondió Hart, moviendo la cabeza—. Usted no lo entiende. Ni estoy con ustedes ni contra ustedes. Simplemente estoy de paso hacia la Antártida. Donde la política no rige.

—¡Vaya! Espere a embarcar en el Schwabenland. Un grupo restringido, un largo viaje. Los seres humanos llevan la política encima tan ceñida al cuerpo como la propia piel. —Le estaba provocando.

—¿Por eso es necesario Jürgen?

Ella hizo un gesto de indiferencia, observando al rubio alemán mientras éste les echaba otra mirada de soslayo.

—Jürgen nos recuerda por qué estamos aquí. Él ve las cosas con claridad.

Drexler metió su tren en la estación.

—Debo admitir que he tenido suerte de que su ataque coincidiera con la disponibilidad de una vía secundaria —dijo al ministro del Reich—. Pero de ello podemos extraer una lección, ¿verdad? Una enseñanza para nosotros en la Antártida, tal vez. Cuando una vía no sirve, otra puede tener su papel.

—En efecto, su respuesta ha demostrado las infinitas complicaciones de la guerra —admitió Góring—. Por ello la batalla no es tan sencilla como puede parecer en los libros de historia. Perfecto. Mi Luftwaffe se ha quedado sin bombas. ¿Podríamos dejarlo para pasar a la cena?

Nadie dijo lo contrario.

Greta se acercó a Drexler para felicitarle. Éste movió la cabeza mirando a Hart.

El grupo bajó la escalera y llegó a un señorial comedor de techo artesonado, en el que resplandecía la luz de las velas y se veían una serie de nuevas armaduras entre las sombras, que parecían camareros suspendidos en el aire. Otras dos mujeres encantadoras —una modelo y una aspirante a estrella de cine, decidió Hart— se unieron al grupo. Góring presidió la mesa, las dos actrices se colocaron a su derecha y a su izquierda y la modelo en el extremo opuesto, frente a él. Aparte de esos tres

asientos, los demás no parecían asignados. Greta fue a sentarse y Drexler se apresuró a tocar el respaldo de la silla contigua, como con gesto de asegurarse el botín de la victoria. Pero en el último momento ella desequilibró la jugada deslizándose al lado de Feder con un: «Me interesaría planificar un calendario de actividades en base a la previsión de fechas de llegada y partida, Alfred». Rápidamente se situó entre el geógrafo y Hart, dedicando una rápida sonrisa al piloto estadounidense. Owen notó que otra persona le miraba. Era Kohl, sentado frente a él en la mesa, quien fruncía el ceño y movía la cabeza en un gesto casi imperceptible.

—En cuanto a usted, Owen —dijo Greta, volviéndose hacia él—, quisiera que me hablara de América.

—Pues... —dijo Hart, sorprendido por la continua atención de ella— América es un poco lo que sospecho que es usted: enérgica y aventurera.

—¡Ah! ¿E incierta?

—¿Eso la describe a usted?

—Tal vez.

—Hum... En realidad, la frontera está cerrada. Pero la nación está incompleta. América es un experimento, un juego que sigue hasta el final.

—Así puede que sea yo —dijo ella, sonriendo.

Fueron sucediéndose los platos; Góring hablaba de la comida como un gourmet, explicando sus orígenes, los condimentos o la preparación. Teniendo en cuenta su volumen y entusiasmo, pareció redondearlo todo al llevar finalmente la conversación hacia las ballenas.

—Unos seres de lo más asombroso —dijo el ministro del Reich—. Creo que el creador las situó allí tanto como alimento del alma como para alimento de la industria. Naturalmente es esta última la que me preocupa en la actualidad. Para una nación fuerte, la ballena es tan importante como el acero.

—¿Importante para qué? —se atrevió a preguntar Hart, francamente interesado. Si bien tenía noticia de que en el mundo se continuaban pescando ballenas, siempre lo había considerado un tema de la época remota de los buques de vela y Moby Dick.

—La grasa, por supuesto —respondió el ministro del Reich, guiñando el ojo y pegándose unos golpecitos en el estómago, con aire de «yo me acuso». Todos volvieron a reír—. Para margarina. Para aceite. Ya no para iluminar, ya nadie echa el arpón para leer. Para municiones, Hart. La grasa de ballena constituye un valioso ingrediente de la glicerina. Y el aceite de esperma es el más valorado en maquinaria de precisión, como los motores de los cazas. La ballena es vital para librar una guerra moderna.

—¿De modo que la expedición no se lleva a cabo únicamente con objetivos científicos? —preguntó Hart.

—En el mundo moderno, la ciencia y el destino nacional están

consustancialmente vinculados —respondió Heiden, haciendo una de sus escasas contribuciones a la conversación.

—¡Así se habla, capitán! —exclamó Góring—. ¡El conocimiento es el poder!

—El conocimiento es también progreso —añadió Greta—. En definitiva, lo que nos separa de las ballenas es el hecho de conocer.

—¿Pero se trata de una expedición pacífica? —insistió Hart, a pesar de que Kohl fruncía el ceño con gesto de reprobación. Góring se puso serio.

—La vida es competición, Hart —dijo—. Yo no establezco la distinción entre paz y guerra, como hacen los ingenuos.

—Creo que en realidad la pregunta de Owen es si el Schwabenland es un buque de guerra —dijo Kohl, intentando llevar la conversación a un terreno más seguro.

—¡Claro que no! ¿Usted cree que enrolaríamos a un americano en nuestra Armada? Su sola presencia confirma las intenciones pacíficas de Alemania. No, no, no. Navegamos por el conocimiento, aunque un conocimiento que tiene un objetivo: explorar la Antártida y establecer nuestros derechos.

—Nosotros exigimos nuestros derechos en paz —intervino Heiden.

—Exactamente —contestó el ministro del Reich—. Y si los noruegos se interponen en nuestro camino, ¡tenemos el espíritu preparado para la guerra!

CAPÍTULO 5

El Schuabenland parecía un arcón vacío, con sus compartimientos de carga abiertos y los pertrechos que iban a viajar a la Antártida esparcidos por los muelles de Hamburgo. Los cajones de embalaje, las bolsas de lona, los depósitos, los rollos de cuerda y alambre estaban amontonados como a la espera de la Navidad. Los esquís de madera se amontonaban como haces de leña, sujetaban las tiendas sus propias cuerdas y clavijas, los trineos destinados a la carga, torneados en Baviera, se hallaban alineados con la máxima precisión en el muelle de madera con revestimiento de creosota como para una parada militar. Bajo el gris telón del cielo nórdico destacaba el brillo opaco de las latas de comida recién salidas de la fábrica, sin la menor mancha de herrumbre. Se veían también hachas para el hielo, crampones, parkas, botas, redes, garrafas, palas para la nieve, mochilas, hornillos, una caja de whisky escocés, otra de naranjas españolas. «Preparados», dijo Hart para sus adentros.

En lo alto de la popa del barco se encontraban los dos hidroaviones bimotores Dornier Wal, montados en unas lanzaderas que ocupaban unos cuarenta y cinco metros de la cubierta. «Así que éstos son los pájaros», se dijo el piloto. Los hidroplanos eran grandes: metro ochenta de longitud por dos setenta de envergadura. Unos soportes sujetaban el ala y el motor, en el que se alojaba un estrecho fuselaje que recordaba un barco, encajado en unos enormes flotadores. En la cola llevaban la esvástica. Los Wals tenían un aire algo desgarbado, pero Hart sabía que eran seguros y aguantaban bien.

El mismo Schwabenland era un buque de carga de aspecto práctico: el extremo de la proa bajaba en picado hacia el agua y de su redondeada popa colgaba un enorme timón. Para subir el cargamento a bordo utilizaban dos plumas. Tenía una superestructura de puente bajo, una cubierta media con una única gran chimenea y botes salvavidas y una larguísima cubierta de popa ocupada por las lanzaderas. La longitud de los hidroaviones parecía doblarla del que Farnsworth había llevado a la Antártida. Por lo que parecía, los alemanes no reparaban en gastos.

Un primer oficial bajito y resuelto, de pelo corto y ensortijado y aire burlón, recibió a Hart en el muelle.

—¿Es el yanqui? —preguntó, y sin esperar respuesta añadió—: ¡Evidentemente! Se le nota a la legua, en los andares, el talante. ¡Americanos! ¡A saber qué le ha dado para aparecer por aquí!

—Me han contratado —dijo Hart.

—La excusa de siempre. Bueno, yo me llamo Fritz. De apellido Eckermann, pero para usted lo dejaremos en Fritz, ¿de acuerdo? Porque para mí usted va a ser Owen, ni herr eso, ni herr lo otro. ¡Uf! No se moleste en estrecharme la mano, con lo ocupadas que tiene las suyas... Más tarde puede darme un beso. Déme, que le llevo la bolsa... ¡La virgen! ¿Colecciona plomo o qué? Es broma, ya se la llevo, pero cualquiera diría que se embarca para la vida eterna... ¡Ah, son libros! ¡Será un intelectual camuflado! Espero que lleve alguno picante. ¿No? Piense que es un largo viaje, piloto, tendré que prestarle los míos... ¡Por aquí! ¿Será posible tanto jaleo? ¡Maldición! ¿Quién ha pedido tanto material? ¡Quienes tendrán que descargarlo, no, eso está clarísimo! ¡Apártese de en medio, Albert, que tenemos que subir a bordo!

Condujo a Hart por un portalón, pasaron por una escotilla y se metieron en el desconcertante laberinto de camarotes y pasillos típico de cualquier barco.

La lista de pasajeros le asignaba un minúsculo camarote.

—Estoy impresionado —dijo Fritz, soltando un exagerado gruñido al dejar la bolsa de Hart en el suelo—. Litera y ojo de buey propios. Otro de los de arriba, ¿acierto? Pues me temo que Fritz Eckermann no hará muchas reverencias y dará poco jabón. Cuando llegue la revolución, todos seremos iguales. —Guiñó el ojo—. Ahora venga conmigo, ya tendrá tiempo más tarde para ordenar los calcetines. El capitán Heiden quiere verle. —Giró sobre sus pasos y lo llevó hacia el puente.

El responsable de la expedición estaba sentado en una alta silla rotatoria de cuero, desde la que vigilaba el puerto de la ciudad y recibía a una procesión de oficiales y marineros que le planteaban preguntas sobre el viaje. Normalmente Heiden las contestaba con una escueta frase, como mucho un par, pero a Owen le dedicó más tiempo.

—Bienvenido a bordo del Schwabenland, Hart. No es tan lujoso como Karinhall, pero espero que le parezca un barco adecuado. Autonomía de veinticuatro mil millas y una serie de innovaciones. Fritz se lo mostrará, pero he de advertirle de que no se tome muy en serio su cháchara.

Hart sonrió.

—Es más grande de lo que imaginaba.

—No se trata de un buque de guerra, pero hemos llevado a cabo algunas modificaciones. Lleva una franja de acero de un metro de anchura alrededor del casco para abrirse paso en el hielo. Se le ha sustituido la hélice de bronce por otra de acero, más resistente. Le hemos añadido nuevos camarotes, usted ocupa uno de ellos, y para asegurarnos de que no correremos la suerte del Titanic, hemos hecho colocar miles de toneles de acero soldados en la parte inferior de la bodega para una flotación de emergencia en caso de rotura. Intentamos pensar en todo, pero qué duda cabe de que su experiencia nos resultará muy útil; por ello le pediría que no vacilara a la hora de

sugerir mejoras. Ante cualquier cuestión o decisión, yo soy la máxima autoridad. ¿Entendido?

Hart asintió.

—¿O sea que el papel de Jürgen es el de asesor? —preguntó, aprovechando la oportunidad para satisfacer su curiosidad sobre el enlace político.

El capitán frunció el ceño.

—Drexler representa al ministro del Reich —respondió él con una evasiva—. Al estado. Él pertenece a la división Allgemeine, pero el barco es mío. Ahora conocerá a nuestros pilotos; Fritz se los presentará. Hágame el favor de inspeccionar los aviones y el equipo. Usted comerá en la mesa de oficiales, al igual que las personas que conoció en Karinhall. Una vez en alta mar, se establecerá un turno de guardia rotativo. Si surge algún problema, acuda a mí. ¿Le parece satisfactorio? Dicho eso, Fritz se lo llevó de allí.

—«¿Le parece satisfactorio?». —Parodió el marinero mientras bajaban del puente—. ¡Como si tuviéramos otra opción! ¿A que no tiene usted en el bolsillo un billete de vuelta para América? Ni se le ha pagado todavía, ¿me equivoco? ¡Ya me lo imaginaba! ¡Ja! Bienvenido a Alemania, señor piloto, puede que se haya comprometido a más de lo que hubiera deseado. Y eso no lo he dicho yo. ¡Heil Hitler y bla, bla, bla!

—¿Dónde está su germánico respeto por la autoridad, Fritz? —preguntó Hart.

—Lo perdí observando cómo temblaban los trabajadores ante unos jefes incapaces de palparse la raja del culo con las dos manos —dijo—. ¡Peces gordos nazis! He visto a más metepatas imbéciles, engreídos y vanidosos durante los últimos años que un estropajo de lavabo de un ministerio de Berlín. Si he de serle franco, piloto, ese Heiden me parece correcto. Pero conmigo que no se las dé de importante.

De momento, todo era satisfactorio. Hart se había sentido útil poco después de su llegada a Hamburgo. El viaje le había proporcionado un objetivo; había pasado del autoexilio impuesto a ser un forastero experto. Concretó la proporción de combustible y aceite de avión que proporcionaba la Lufthansa para el frío antártico y empezó a controlar la carga y compararla con su experiencia en la isla de Snow Hill. Sugirió que sustituyeran los esquíes de madera por otros metálicos en los trineos para que no fueran tan quebradizos, y mandó colocar unas ataduras de cuero de aspecto primitivo en sustitución de los clavos manufacturados con el mismo objetivo. Como quiera que la deshidratación constituye un grave e inesperado problema en la seca atmósfera polar, dispuso que se llevaran cantimploras suficientes. Propuso adquirir unos toldos de lona para echar sobre los revestimientos del motor del avión hasta que pudieran calentar el aceite con sopletes portátiles de queroseno. Inspeccionó asimismo con recelo los problemáticos sextantes de campana utilizados para calcular la posición en las regiones de elevada latitud, en las que las brújulas son poco fiables.

—Eso se estropeará con el frío —advirtió a Reinhard Kauffman y a Seigfried Lambert, los pilotos alemanes—. Las campanas se deformarán. Deberán utilizarlas conjuntamente con la brújula y efectuar el cálculo, y sobre todo no perder de vista el tiempo para poder usar los puntos de referencia. Es muy fácil perderse ahí abajo.

Los dos hombres asintieron. El recelo inicial con el que se habían enfrentado al americano había dado paso a la fraternidad universal de los pilotos.

—Coménteselo también a Heiden —le pidió Kauffman—. Su cautela le ayudará a comprender la nuestra.

Rápidamente se formó un equipo entre Fritz, el irreverente alemán, y Hart, el divertido aventurero americano. El piloto constituía un interlocutor seguro y de confianza de las observaciones que hacía Fritz sobre Alemania, y éste demostraba una irónica ingenuidad, de la que carecían los demás alemanes.

—Hitler quiere ser alguien —psicoanalizaba el marinero con aire aburrido mientras fumaba un cigarrillo bajo el encapotado cielo de Hamburgo—. El pequeño austríaco que pretende desalemanizar Alemania. Se ha aferrado a nuestras peores características, Owen. Ahora todo son normas: haz esto, haz aquello, identifíquese, tampón, tampón, tampón. No sé si sabe que su padre fue agente de aduanas y ahora toda la nación se ha convertido en una puta oficina de correos. Claro que Hitler es listo, astuto, eso no puedo negárselo. ¡Fíjese si ha llegado lejos! Y tiene el defecto de todos los hombres inteligentes: se cree sus propios discursos. Como nuestro formal Jürgen Drexler.

—A mí, Jürgen no me ha hecho ningún discurso.

—Tiempo al tiempo. Hart sonrió.

—¿Entiende usted el papel de Jürgen a bordo?

—Sospecho que es el de deshitlerizar a Hitler.

—El capitán me ha dicho que pertenece a la división Allgeimaine. ¿Qué es eso?

—Algo a lo que tienen que pertenecer todos los nazis de aupa. La rama civil de las SS, la élite del Fuehrer. Drexler es comandante. De modo que cuidado con él, Owen.

El enlace político nunca llevaba uniforme ni citaba su rango. No obstante, cuando llegó la hora de buscar provisiones adicionales, su papel quedó más patente: bastaba con murmurar el nombre de Góring. Hart le consideraba una persona instintivamente ambiciosa, aunque al mismo tiempo competente y al parecer honrado. En los muelles, el joven, nazi se entregaba en cuerpo y alma a la tarea, escuchaba con sensatez las sugerencias del piloto, planteaba preguntas inteligentes y pasaba a la práctica con rapidez una vez tomada la decisión. Daba la impresión de ser un hombre con intenciones claras, que daba por supuesto que los demás compartían tales intenciones hasta que se demostrara lo contrario. Parecía también mostrar respeto ante la experiencia de Hart. En dos ocasiones Drexler fue en busca del piloto para

presentarle a unos funcionarios que habían acudido de visita desde Berlín, entre ellos un periodista del ministerio de Propaganda de Goebbels.

—Es Owen Hart, nuestro asesor estadounidense —decía—. El señor Hart se ha comprometido a planificar nuestra expedición para que tenga éxito.

La ingenuidad de Drexler, no obstante, tenía límites. Al piloto le sorprendía que en las etiquetas de algunas de las cajas constara tan sólo un número y llevaran el sello del águila alemana. A sus preguntas sobre el contenido de éstas, los marineros respondían encogiéndose de hombros con aire hastiado. Una red tras otra, repletas de cargamento, iban entrando en la bodega.

—¿Qué significa tanto equipo, Fritz? —preguntó por fin Hart—. Si lo cargamos tanto, el Schwabenland se hundirá.

El otro reflexionó un instante y luego miró a conciencia hacia un lado y luego hacia otro.

—El ojo alemán —explicó con un guiño. Su tono pasó a convertirse en un susurro de complicidad—. En realidad, si se lo pregunta a Heiden le responderá que es lastre para que la hélice del barco se mantenga por debajo del hielo. Si se lo pregunta a Drexler, le dirá que son cacahuets para las morsas. Pero ya que me lo pregunta a mí... le he echado una miradita y me da toda la impresión de que se trata de equipo de campaña, material de abastecimiento para construcción, incluso armas. En efecto, ¡pum! ¡pum!, no se sorprenda. No estoy seguro de que todo eso vuelva del hielo. A esos nazis no les gusta hacer turismo, ya puede imaginárselo. Buscan lugares donde quedarse, espacio para su expansión. Tengo la impresión de que llevamos suficiente material para poner en marcha un campamento de investigación. O un centro ballenero. O bien una puta galería comercial de Hamburgo. Ésa es mi opinión, pero yo no soy un pez gordo. A mí me cuentan menos cosas que a usted.

Hart decidió seguir interrogando a Drexler. Encontró al rubio alemán sentado en solitario un atardecer en un rincón de la cocina, con aspecto cansado aunque satisfecho. Jürgen levantó su copa de coñac cuando entró el piloto.

—¿Qué, Hart —le saludó—, cree usted que estamos a punto para salir hacia el continente sur?

—Totalmente —respondió el piloto cogiendo una silla—. No veo el menor fallo en sus preparativos. El resto lo pondrá la Antártida.

—Así se habla. ¿Se siente a gusto entre nosotros? Hart reflexionó un momento.

—Estoy cómodo. Es un barco mayor que el que me llevó la otra vez.

—Tiene que parecerle extraño navegar en un barco extranjero. ¿Extraña usted su país?

—No. Mi país es el lugar donde me encuentro. Mis padres murieron en la terrible epidemia de gripe de 1918. No tengo familia, ni casa, ni trabajo, ni avión. Me temo que me hubiera costado mucho conseguir que me aceptaran una solicitud de trabajo.

Para mí ha sido un milagro su contrato. El alemán rió.

—El hecho de estar soltero y sin compromiso es una de las mejores credenciales para un explorador. —Eso imagino.

—¿Ni una novia que le espere en América? —Había formulado la pregunta con la intención de que colara sin más, pero tenía su punto incisivo.

—No, tampoco ha habido mucha suerte en este campo. O habilidad. —Soltó una risita como lamentando la cosa—. ¿Y qué me dice de usted? Me ha parecido intuir una relación con Greta Heinz.

El alemán tomó un sorbo de coñac.

—¿Greta? Es una buena amiga. Quizás algún día, ¡quién sabe! Ella también se debe a su profesión, como nosotros. Atada al trabajo. Subirá a bordo porque es extraordinaria en su campo.

—¿Cómo se conocieron?

—A través de su... Es decir, nos presentó Otto.

—Al parecer, Otto presenta a todo el mundo.

Drexler rió de nuevo.

—¿Y cuál es su pasado, Jürgen? Drexler se puso serio.

—Me crié en la pesadilla alemana. No puede ni imaginar lo desastrosa que fue para nosotros la República de Weimar, qué inmenso fracaso representó la democracia. El dinero no tenía ningún valor, la ética no tenía ningún valor, el honor no tenía ningún valor. Yo también me quedé solo; mi padre murió en la guerra, mi madre... enferma. En una institución. Y luego llegó el Partido. Mi nueva familia. Mi nuevo padre. ¡Mi nueva esperanza! Sé que para ustedes, los de fuera, pueden resultar extrañas las antorchas, las marchas, pero créame, el Führer ha llegado al alma del pueblo alemán. Al alma.

Hart asintió, pensando. Buscaba la pregunta adecuada.

—Me inquieta tanta carga, Jürgen. Tantísimas cajas. No sé de qué se trata, adonde va, los marineros no dicen ni pío...

—Piense que nos dirigimos a un lugar muy lejano, a cientos de millas de cualquier punto de aprovisionamiento. En mi opinión, es mejor pecar por exceso de previsión que por defecto. Y si descubrimos un lugar para una futura base, podemos dejar un depósito.

—¿De modo que no se trata tan sólo de un reconocimiento aéreo?

—Básicamente es una oportunidad, cuyas dimensiones no puede imaginarlas hoy por hoy ninguno de nosotros.

—Lo que ocurre es que yo pensaba que podría serles de más ayuda si lo entendiera mejor.

Drexler tomó otro sorbo de la copa.

—Comprendo su curiosidad americana, Owen. Pero es mejor no hacer tantas

preguntas. Se le informará de todo lo que tenga que conocer para llevar adelante su trabajo, y créame, le será más fácil no tener que inquietarse por lo que no hace falta que sepa. Y no es mi intención ofenderle. Simplemente, los alemanes preferimos hacer las cosas así. Espero que lo comprenda.

Hart no lo comprendía, pero decidió no insistir. Le tocaría vivir con aquella gente durante los tres meses siguientes.

Más tarde, invitó a Fritz a su camarote y sacó unas botellas de cerveza que había rescatado del comedor de oficiales.

—Para nuestras reflexiones filosóficas —le dijo.

Fritz sacó unas botellas de schnapps del interior de su abrigo.

—Para nuestros cotilleos filarmónicos. Usted me habla de Alaska y yo le hablo de este barco. Por desgracia para usted, tengo opiniones sobre todo el mundo y todas las cosas: enérgicas y odiosas si conseguimos brindar unas cuantas veces.

Owen le resumió su conversación con Drexler, citando asimismo la advertencia del alemán.

—Tendría que sentirse halagado. Si hubiera sido alemán, le hubiera mandado callar. Le miman demasiado, Owen. ¿Ya se ha cansado de todo esto?

Hart echó un trago.

—Es un barco agradable —afirmó—. Y me gustan los alemanes. Son entusiastas, enérgicos. Como los americanos.

—¡Ja! ¡Lo dice como si fuera un cumplido! —Fritz inclinó la botella de schnapps—. En realidad, Heiden no está mal. Tengo entendido que conoce el arte de navegar. Tuvo problemas en un viaje anterior al Ártico, donde perdió un barco, pero se habla del hielo y la mala suerte. Todos aprendemos de nuestros errores. Me inspira más recelo Drexler. Es ambicioso, con el tipo de ambición que hiere a los demás. El típico capullo joven y arrogante que fabrica en serie hoy en día el Reich. Piense, Hart, que el Partido ha puesto al pueblo a trabajar, eso hay que reconocérselo, pero también se ha rodeado de una legión de engréidos cabezones. Y, por cierto, eso no lo he dicho yo —exclamó desahogándose.

—A mí, Jürgen me parece una persona seria. Comprometida.

—O pedante —dijo Fritz incorporándose en la silla y pasándose los dedos por la enortijada cabellera para adoptar el aire del recio corte de Drexler—. ¡Navegamos por la gloria de la Gran Alemania! Monsergas. Yo navego para conseguir un buen sueldo durante tres meses y alejarme de ese manicomio, y usted lo hace para borrar su pasado. Drexler, para ganarse el favor de ellos; Heiden, para compensar la pérdida del barco en el Ártico en 1912; la tal Heinz, supongo que para encontrar marido o huir del que tiene. ¡Vaya! Todos tenemos un motivo y simulamos otro, mentimos con tanta desesperación que llegamos a creérnoslo nosotros mismos. Buscamos una oportunidad y le llamamos objetivo. ¡Valiente legión de fantasmas estamos hechos

todos, Hart! —Eructó—. ¡No creo que yo sea mejor que él!

Al día siguiente, a la hora de comer, Hart pidió a Drexler que le explicara el entusiasmo que sentía por un dirigente por el que muchos americanos sentían recelo.

—Adolf Hitler ha alcanzado el éxito por una razón muy sencilla —respondió el enlace político señalando con el tenedor—. Es extraordinario. Un hombre cuya perspectiva se sitúa por encima de los apetitos corrientes, si bien es consciente de dichos apetitos en los demás. Se cuenta de él una antigua historia: Hitler acude a un hostel de un pueblo pequeño y allí se reúnen con él en su mesa el alcalde y las personas importantes del lugar. Aparece el camarero y Hitler le pide agua mineral. Todos los demás se apresuran a hacer lo mismo, a excepción de un despistado que se encuentra en un extremo de la mesa, que pide cerveza. Los demás miran al hombre horrorizados y en cambio Hitler sonríe. «Al parecer, usted y yo somos los dos únicos hombres sinceros de este pueblo». Feder soltó una carcajada.

—¿Por qué, pues, inquieta tanto al mundo? —preguntó Hart.

—Porque representa el cambio. Mejor dicho, la enmienda. Lo único que pretende Hitler es enmendar los errores de la traición de Versalles que siguió a la Primera Guerra Mundial. Los políticos aliados, persiguiendo la venganza, ponen a los alemanes en Francia, a los alemanes en Austria, a los alemanes en Checoslovaquia, ¡una canallesca creación de un país que ni siquiera existía!, a los alemanes en Polonia. ¡En Polonia, ahí es nada! ¡Otra monstruosidad geográfica! ¡Otra aberración histórica! ¿Podía eso resolver algo? Devolved Alemania a Alemania. Es todo lo que está pidiendo Hitler. ¿A que es fácil estar de acuerdo con ello?

Hart se mostró prudente.

—Me parece que la historia de Europa resulta confusa para los americanos.

—Pero la justicia no, al menos eso espero.

—Y las banderas tienen poca importancia en una tormenta antártica.

El alemán sonrió levemente.

—Entonces, ¿por qué todas las naciones las llevan allí?

Los muelles se iban vaciando y el barco quedaba algo más hundido. Se acercaba el mohiento de la partida. Una noche apareció un camión Militar, aparcó en el muelle y de él saltaron una docena— de jóvenes musculosos, con sus bolsas al hombro, atravesaron la pasarela y desaparecieron sin abrir la boca en el castillo de proa. Corría el rumor de que no asomarían la cabeza de nuevo por el puente hasta que el barco se encontrara en el mar del Norte. Drexler se había encerrado con ellos.

—Infantería de marina, me jugaría cualquier cosa —dijo Fritz—. O algo peor.

En las conversaciones sobre el aprovisionamiento de la expedición nadie había

citado a los infantes; por ello Hart mencionó aquella súbita aparición al enlace político. Drexler le miró con cierto aire de reprobación.

—Esos hombres no son de su incumbencia.

—Pero ¿por qué infantes de marina en la Antártida?

—Yo no he dicho que fueran infantes de marina.

—¿Pues qué son?

Drexler soltó un suspiro.

—Simplemente personal de seguridad, Hart, especialistas de la Schutzstaffel, de las SS. Tropas de élite.

—¿Sus hombres, entonces?

—Están bajo mi responsabilidad. Aunque yo en las SS soy civil, no militar. Mi tarea es la de asesor, río la de militar. Yo les oriento.

—¿Por qué soldados en la Antártida?

—Son montañeros preparados para vivir en condiciones extremas, una precaución contra una respuesta imprevista por parte de los balleneros noruegos u otros que puedan salir al paso. Usted sabe mejor que yo lo lejos que nos encontraremos de la civilización. Sería una imprudencia no contar con este tipo de protección para la seguridad de nuestra misión.

—No vamos a encontrarnos a nadie. Ahí abajo no hay nadie.

—No es cierto. Medio mundo nos ha precedido. En realidad, Hart, se trata exactamente de la situación de la que estuvimos hablando en la cocina. El pilotaje en la zona polar es asunto suyo. La estructura complementaria, no. —Y dicho esto, se alejó.

Greta llegó un día después, justo la víspera de la partida. Hart se la encontró en el pasillo, con otro marinero que le llevaba la bolsa al camarote.

—¡Vaya, veo que han permitido la entrada a bordo a otro bicho raro! —dijo animada—. Primero meten a un americano y luego llego yo. ¿Cómo lo ve? ¿Habrá espacio suficiente en el barco para una mujer?

—¡Cómo! ¡No creo que haya problema! —dijo Hart—. ¡Dentro de nada todos admirarán sus agallas!

—¿Agallas? —Parecía desconcertada.

—Estómago. Valentía. Hay que tener lo uno y lo otro para ir a donde va usted.

—Pero yo llevo acompañante. Jürgen ha decidido cuidar de mí. —Rió, pero Hart no pudo determinar si a Greta la idea le parecía poco atractiva o ridícula—. ¡Y un guía piloto americano! —añadió—. Supongo que no dejará que me pierda.

Hart sonrió, indeciso.

—Juraría que conoce el camino.

—¡No crea! —rió de nuevo, siguió por el pasillo y un poco más allá añadió

gritando—: Apenas me aclaro en este barco.

«Las mujeres traen mala suerte», se recordó a sí mismo mientras observaba cómo Greta se alejaba. Retuvo su sonrisa.

CAPÍTULO

6

El Schwabenland salió de Hamburgo a las seis de la mañana del 1 de diciembre de 1938, soltando amarras bajo una helada llovizna. Europa estaba electrizada por la tensión en el momento en que el Reich invadía Checoslovaquia y la guerra civil llegaba a su punto álgido en España, una guerra en la que los fascistas parecían destinados a conseguir la victoria. Hart estaba bastante alejado de aquellos acontecimientos, absorto en los detalles de los preparativos de la expedición. Con eficiencia teutónica, los mecánicos aeronáuticos habían almacenado doble provisión de todas las piezas. Hart había sugerido provisión triple. Los pilotos habían pedido raciones de emergencia para dos semanas en cada avión; Hart había planteado la conveniencia de duplicarlo y conseguir cuatro. Convenció asimismo a Heiden para poder llevar a bordo sesenta paracaídas con suficiente comida, agua y combustible de emergencia para sobrevivir un mes en un avión averiado.

Al cabo de poco se encontraban ya navegando entre la tormenta de nieve del mar del Norte. Hart tenía estómago de aviador y el movimiento no le afectaba, pero Peder y Greta estaban mareados y no pudieron acudir al comedor de oficiales durante los primeros días. El buque giró por el Canal de la Mancha y adelantó a una serie de cargueros, con sus luces de posición resplandeciendo en la oscuridad. Nadie parecía prestar una especial atención al paso de los alemanes, a pesar de los hidroaviones Dornier sujetos a las lanzaderas. Al pasar por Calais, sin embargo, un destructor británico surgió de un banco de niebla y se quedó al acecho a causa de la bandera del Schwabenland, siguiéndole durante unas millas cual perro en pos de un rastro. Drexler se situó en el extremo del puente observando el buque de guerra con los prismáticos, como sin duda sus ocupantes hacían con el buque alemán. Por fin los británicos se alejaron.

A Hart le gustaba el mar. Le proporcionaba la misma combinación de libertad y simple vacío que el aire. Además, el barco era como un capullo, un cálido refugio que arropaba frente a los elementos externos. El hogar del americano se encontraba entre los jefes y los pilotos de la expedición, en la parte media del castillo de proa. Los marineros normales y corrientes se encontraban en las cubiertas inferiores. Los misteriosos montañeros de las SS se alojaban en el incómodo castillo de proa, donde se notaba más el movimiento del barco y el estrépito del batir de las olas. Como se había previsto, los soldados aparecieron cuando el barco se hubo alejado de

Hamburgo, aunque se mantuvieron siempre apiñados, sin abandonar nunca la zona de proa del Schwabenland, como si una correa invisible les mantuviera agrupados. Se reunían dos veces al día en el puente anterior en pantalón corto y camiseta para hacer sus ejercicios. Parecían máquinas blancas y rubias.

Hart recorrió los pasillos del barco hasta que fue capaz de tener un mapa mental de su disposición y luego se dedicó a buscar agradables rincones en, la cubierta al amparo del viento. Desde allí, aprovechando como un gato el calor del sol de invierno que asomaba de vez en cuando, observaba durante horas y horas el movimiento ascendente del oleaje. Bajo aquel oscuro cielo, las olas eran como colinas de obsidiana, vítreas y opacas. El brillo del sol les confería un tono de esmeralda fundido. El aire en el exterior era frío, refrescante, y contrastaba con el olor a aceite, humo de cigarrillo y comida alemana recocida del interior.

Dé vez en cuando, Greta salía y se quedaba un buen rato fuera, aprovechando el viento para disipar las náuseas. Al principio parecía preferir estar sola con sus pensamientos. En alguna ocasión Hart observó con mirada furtiva cómo Drexler se le acercaba y ella movía la cabeza con gesto casi imperceptible. Más tarde, sin embargo, comprobó que ya charlaba con él e incluso que se unían a la conversación otros oficiales, haciendo alguna broma para disimular que se sentían violentos. El hecho de pertenecer al otro sexo la convertía en algo exótico, y su belleza —más patente allí, en el mar, lejos del calculado fulgor de las actrices de Góring— magnetizaba.

Sin poner nada de su parte, Greta se convirtió, junto a Heiden como capitán, y Drexler como ideólogo alemán, en el centro del comedor de oficiales. Llegaba a cenar vestida con ropa cómoda de trabajo —pantalón de lana, botas, un jersey, la roja cabellera sujeta en una cola de caballo— e intervenía animadamente en la conversación masculina. A veces olía a perfume y otras a formaldehído, aunque su suave y amable risa resonaba en la oscuridad y confería al comedor la misma calidez que una campana en una cueva. El efecto que producía resultaba divertido: los hombres, sin darse cuenta, se incorporaban levemente en el asiento, sus voces se suavizaban y apagaban, los ojos se dirigían rápidamente hacia ella para volver, con la misma velocidad, a centrarse en un salero o en una taza de café. Ella era consciente de todo aquello, y con gran tiento paseaba la mirada de un rostro a otro mostrándose democráticamente agradable. La mujer constituía un antídoto contra la tosquedad, y Hart estaba convencido de que la mayoría de los allí reunidos le agradecía en secreto su presencia. Sabía, no obstante, que su posición era incómoda. Intentaba conquistar su sitio como una igual y cumplir al mismo tiempo con el papel de reserva femenino que se esperaba de las mujeres en la Alemania de 1938.

Su relación con Jürgen Drexler parecía tan incierta como había afirmado ser ella misma. Quedaba claro que le resultaba agradable la compañía de él: era apuesto, seguro de sí mismo y atento. El alemán intentaba sacar partido, era un hombre con

futuro que llegaría muy lejos en el nuevo régimen si la expedición se completaba con éxito. La alianza con una mujer inteligente y emprendedora como Greta podía convertirles en una pareja célebre al volver. Y parecía obstinado en conquistar su afecto. Siempre que le era posible, constató Hart, Drexler se sentaba al lado de ella a la hora de comer. Muchas veces los demás dejaban el asiento libre a la espera de su llegada. De todas formas, el piloto no tenía claro qué opinaba la mujer de aquella deducción. En alguna ocasión, Greta decidía sentarse entre otros dos, lo que recordaba a Hart el gesto que había tenido en Karinhall. Le daba la impresión de que el cambio proporcionaba un cierto alivio a la mujer: Jürgen Drexler podía seguir persistiendo implacablemente. Sin embargo, cuando Drexler charlaba a última hora de la tarde sobre la expedición —«¡hacia las torres de cristal de la Antártida!»—, se perdía en el romanticismo y los ojos de la bióloga reflejaban un cierto brillo.

Con todo, Hart no notaba en la actitud de Greta un compromiso emotivo con el alemán. No dejaba entrever la tranquila relación que transmite un noviazgo, una aventura o un compromiso matrimonial. Greta no llevaba anillo y transmitía la cautelosa actitud distante que suelen adoptar las mujeres como pantalla de protección. Sin lugar a dudas, Drexler perseguía algo más íntimo que la simple amistad, y en cambio ella por un lacio se acercaba a él y por otro lo mantenía a raya. Evidentemente todo aquello era tema de chismorreos —se daba por supuesto que la presencia de ambos a bordo no era ni de lejos una coincidencia—, pero nadie podía asegurar nada a ciencia cierta. La pareja atraía la curiosidad.

El comportamiento de Drexler demostraba a Hart que tenía que establecer una prudente distancia entre él y Greta. Si pretendía una rehabilitación de su fama, lo que menos le convenía era la rivalidad con el enlace político de la expedición, o que otra mujer ocupara su mente. Pero a pesar de todo, la curiosidad le martirizaba.

Una noche ocupó el asiento de Drexler y se sentó al lado de ella para ver qué ocurría. Ella lo miró intrigada, aunque con simpatía.

—Hola.

Hart sonrió.

—Se diría que ya se ha recuperado. —Hizo un gesto con la cabeza mirando el plato lleno que ella tenía delante.

—Y usted parece que también va encontrando el camino. —Lo observó un momento.

A Hart se le secó la garganta, pero consiguió articular:

—¡Ni que esto fuera un transatlántico!

—Tiene razón. Pero aun así, le he visto poco.

—Todo el mundo anda atareado, y he procurado no entrometerme. Me ha parecido tan... ocupada...

Greta levantó la vista hacia el oscuro círculo de un ojo de buey y el gesto de la

barbilla puso al descubierto la blanca curva de su cuello.

—No siempre —dijo, intentando mantener un tono tranquilo.

Lo dejaron así un momento.

—¿Y qué? ¿Usted ya lo tiene todo, me refiero a la expedición, en orden? —preguntó por fin ella.

—En realidad, mi contribución ha sido mínima. Hasta ahora, he hecho todo lo que estaba en mi mano, pero he de admitir que son ciertos los tópicos que circulan sobre la meticulosidad de los alemanes.

—¿En serio? —sonrió ante aquella salida—. ¿Y cómo se siente, rodeado de meticulosos alemanes?

—Depende de qué alemanes.

—Naturalmente. —Tomó un sorbo de agua mientras le observaba por encima del borde de la copa—. Pues yo sospecho que nosotros nos aprovechamos de la perspectiva de un forastero. No sé si sabe que por el barco circulan rumores sobre usted. Su pasado. Del porqué de su presencia aquí. Yo tengo mi propia teoría.

—¿Y es?

—Considero que es usted un aventurero empedernido. Que no se deja intimidar por la perspectiva de la muerte, pero que teme a la vida. Que le gusta ir a lugares remotos, solitarios. —Esperó su reacción.

—Hum... Eso podría describir a cualquier persona del barco. Incluyéndola a usted.

Greta se echó a reír.

—Ése es el problema que surge con el psicoanálisis del profesor Freud. Es como un bumerán, se vuelve contra el psicoanalista.

—Pues sí, pero a pesar de todo resulta divertido hacer conjeturas. He de confesar que su caso me ha quitado un poco el sueño.

Ella sonrió.

—¿Y eso?

—Pues... —Hart hizo una pausa, temeroso de haberse aventurado en un terreno resbaladizo—. Encuentro su presencia en el barco... desconcertante. Una mujer entre tantos hombres, dispuesta a arriesgarlo todo por una serie de datos científicos. Uno se pregunta...

—¿Qué?

—Sólo me refería a que es usted una mujer. Me parece algo positivo, admirable, pero no puedo por menos que preguntarme qué la ha traído aquí.

—Me invitaron, como a usted.

—Eso ya lo sé, evidentemente...

—Por mi competencia, Owen. Como usted. —Parecía molesta.

—No pretendía...

Llegó Drexler con las mejillas enrojecidas tras alguna misión en el frío exterior. Se dirigió hacia la mesa donde estaba Greta y luego se detuvo, algo perplejo por la presencia de Hart. Greta levantó la cabeza con gesto exasperado, como si su presencia le hubiera cortado el hilo. Luego centró la vista en la ensalada que tenía delante y la fue pinchando con el tenedor.

—No he entendido bien lo que usted pretendía —dijo a Hart en voz baja.

Disimulando rápidamente su intranquilidad, Drexler se fue hacia una mesa más pequeña y tomó asiento al lado de Schmidt, simulando un franco compañerismo. Greta miró al rubio alemán, quien, adrede, había decidido no tenerla en cuenta.

—Será mejor que coma la ensalada —dijo Hart a Greta, en un tono algo más brusco de lo que pretendía—. Dentro de una semana se nos habrán terminado las hortalizas.

—Sí, claro. —Recortó una pequeña hoja con el cuchillo, se la llevó hasta los labios y la introdujo lentamente en su boca. De pronto se volvió hacia él—: Tendrá que perdonarme. Yo aún estoy buscando mi camino a bordo y creo que me va a costar encontrarlo. —De repente se levantó y recogió sus platos—. El movimiento me quita el apetito.

Hart estuvo a punto de levantarse también, inquieto al pensar que le había estropeado la cena, pero al hacerlo la copa arrojó un poco de agua hacia Kauffman, el piloto.

—Lo siento, Reinhard —exclamó al instante. Cogió la servilleta al tiempo que lanzaba una mirada hacia la puerta en el preciso instante en que Greta abandonaba el comedor. Drexler la vio salir, pero no se movió.

«Muy bien —pensó Hart—. La próxima vez me sentaré en otro sitio».

Después de la cena, Drexler se detuvo en la mesa de Hart.

—¿Falta de suerte? ¿O de habilidad?

Cada uno de los jefes de la expedición adoptaba su papel en el nuevo orden social del barco. Heiden se mostraba amistoso, aunque profesionalmente distante: muy apropiado, consideraba Hart. Al fin y al cabo, el éxito de la expedición era responsabilidad del capitán y por ello intentaba crear una atmósfera en la que se compartieran las competencias, sin llegar a la camaradería. Poseía el brío del prusiano.

La postura de Drexler era la de una enérgica dedicación, una inclinación hacia el servicio que probablemente esperaba que disimularía su interés por Greta. Hart tenía poca información sobre sus Schutzstaffel, o SS, aunque veía claro que se trataba de una élite que inspiraba respeto a los alemanes. Jürgen contaba con la influencia de Göring y con la atención de Heiden. A Hart le impresionaba la capacidad mental de aquel hombre —parecía retener hasta la última estadística que se le había mostrado

sobre los Dornier—, así como su capacidad de situar el viaje en un contexto histórico más amplio. «¡Se trata de un primer paso para convertir a Alemania en una verdadera potencia mundial!», exclamaba con un entusiasmo casi pueril. Permanecía horas y horas con Heiden, consultando antiguos mapas de la Antártida.

Alfred Feder, el geógrafo, era un hombre comunicativo que mostraba una genuina curiosidad por la Antártida. ¿Cuáles han sido las constantes del clima? ¿Hasta dónde llega el frío en verano y en invierno? ¿Qué alimentos, si existen, pueden conseguirse cazando o pescando? ¿Qué papel puede tener el clima en el almacenamiento de provisiones? ¿Constituye el fuego un serio peligro a causa del aire seco? ¡Evidentemente, y también la falta de agua no helada! ¿Cómo consiguieron fundir suficiente hielo los británicos o los americanos para mantener una base? Hart iba respondiendo a todas las preguntas de la forma más directa que podía, sin fingir poseer conocimientos en los campos que no dominaba.

Schmidt, el médico del barco, era más misterioso. Parecía destilar un agrio ensimismamiento, y se habría dicho que más bien toleraba la compañía en lugar de disfrutar de ella. Fumaba como una chimenea y sólo picoteaba su comida. Aquella piel tan cetrina le recordaba a Hart el papel untado. Había organizado una consulta para los marineros durante dos horas al día, en el transcurso de la cual escuchaba una letanía de quejas, que iban desde el típico mareo hasta las inevitables enfermedades venéreas contraídas en el puerto de Hamburgo. Pronto se ganó la fama de brusco y antipático. «Trata a sus pacientes como un veterinario», comentaban los marineros.

Hart siguió encontrándose a Greta en un lugar u otro, pero ella se cruzaba con él con un aire distraído, lo que tranquilizaba a Hart. En realidad, aquella mujer le intimidaba un poco. En una ocasión la descubrió mirándole, con una expresión poco clara, y no se le ocurrió nada juicioso que decirle.

Luego se le acercó de nuevo.

El piloto se encontraba sentado sobre la tapa de una trampa, disfrutando de un deslavazado sol que se filtraba por entre la neblina. Para matar el tiempo, estaba ajustando dos cabos de una cuerda que había encontrado por allí.

—Cualquiera diría que eso es lo suyo —oyó que decía una voz femenina. Levantó la mirada, sobresaltado. Greta llevaba en la mano los prismáticos y un libro sobre aves marinas; el viento azotaba una parte de su abrigo, se le pegaba al cuerpo, y al tiempo levantaba el otro faldón haciéndolo ondear como una bandera. Señalando los dos ajustes, añadió—: ¿Ha sido marinero, además de piloto?

Le cogió por sorpresa y vaciló un poco antes de responder:

—No, me lo enseñó Fritz. —Notó que Greta tenía la piel sonrosada a causa del sol y el viento invernales, a los que no estaba acostumbrada—. Soy un marinero de agua dulce.

—¿Un qué?

—Se dice de alguien que no ha estado nunca en el mar. Yo me crié en Montana, un estado montañoso. No había visto el mar hasta que viajé al sur.

—A mí también me gustan las montañas. ¿Ha estado usted en los Alpes?

—Pues no. Ni siquiera en las películas de Leni.

Greta sonrió ante el comentario, y sin pedirle permiso, se sentó y abrió el libro sobre su regazo. Las páginas se agitaban con el viento. A Hart le sorprendió un poco aquella aproximación: creía haber embrollado las cosas durante la cena y en aquellos momentos la tenía a su lado, haciendo como que no había ocurrido nada.

—¿Es bonito Montana?

—Un lugar fantástico para un niño. Montar a caballo, pescar, escalar, cavernas.

—¿Cavernas?

—Espeleología. Cerca de donde vivíamos nosotros hay cuevas. Preciosas, de piedra caliza. Nos tenían prohibido entrar en ellas, pero nosotros nos metíamos igual, con velas y linternas, arrastrándonos por el suelo y atascándonos en su interior. Menos mal que nunca nos perdimos. Volvíamos a casa simulando haber estado en otro lugar, pero nuestras madres tenían que saberlo a la fuerza. Aquel olor se pegaba al cuerpo.

—Así que tuvo mucha libertad en su niñez.

—Nos dejaban hacer lo que queríamos. ¿Y usted?

Ella rió.

—Escuela de monjas. Mi padre, muy lejos de allí. Religiosas. Pecado. Culpa.

—¡Válgame Dios!

—Tampoco estaba tan mal. Y ahora tengo la oportunidad de ir en busca de la libertad.

—Es lo único que vale la pena perseguir —respondió él.

Greta permaneció un momento en silencio y luego dijo:

—¿Cómo se convirtió en piloto?

—Efectué un vuelo de un dólar en una feria de la comarca y me envicié. Durante un verano, trabajé en rodeos, y con lo que ahorré pude pagarme unos cursillos de vuelo. Me convertí en piloto rural. Un piloto bastante salvaje, por cierto. A los dieciocho años uno cree que es inmortal. Tenía más estómago que juicio, pero me caí en un par de ocasiones. Luego me dediqué a la carga, a vuelos concertados, y piloté durante mucho tiempo en zonas frías. Conocí a Elliott Farnsworth en una exhibición aérea, y el resto, como suele decirse, es historia.

—¿Ninguna mujer en esa historia?

—Está llevando el interrogatorio demasiado lejos.

—Lo único que le interesa saber a cualquier mujer. Estoy segura de que a estas alturas ya se habrá enterado.

El soltó una risita.

—No se anda con remilgos, ¿verdad?

—Lo hago cuando quiero.

—Verá... Las chicas que he conocido le contarían que no sé absolutamente nada sobre el sexo opuesto. En efecto, ha habido mujeres, incluso una mujer, pero no duró. Un piloto es tan estable como un colibrí. Y la Antártida no es precisamente el lugar más indicado para una historia amorosa.

Aquello la hizo reír, y Hart tuvo la impresión de que se reía de sí misma.

—¿Tan mala es?

—¡Tanto frío! Y puestos a interrogar, ahora seré yo quien le pregunte sobre los hombres que ha habido en su historia.

—¡Ah, vaya! Una historia complicada. —Miró hacia las olas—. No estoy casada, si se refiere a eso. Espero... reflexionar mucho sobre el tema.

—¿Sobre Jürgen?

Greta apartó la mirada.

—No. Sobre mí misma.

El tono de ella le aconsejó prudencia.

—Muy bien. Una respuesta sincera.

Permanecieron un rato en silencio. A él le pareció que Greta lo prefería así; se respiraba compañerismo observando cómo silbaban, las olas. Al cabo de un tiempo, ella se volvió de nuevo hacia Hart:

—¿Le gustaría ver mi laboratorio?

Se encontraba en la cubierta principal, justo por encima de la línea de flotación. Un único ojo de buey le proporcionaba luz natural. Hart vio allí un microscopio atornillado a una mesa de madera, unos estantes con libros científicos y publicaciones en alemán y una serie de armarios donde guardaba vasos de precipitados y tubos. Unos pequeños bichos translúcidos parecidos a los camarones, todos de un tamaño inferior a los tres centímetros, flotaban en formaldehído dentro de unos botes.

—Krill —le explicó ella, llevándolos hacia la luz y observando aquellos especímenes con la típica racionalidad profesional—. En el océano Antártico existen miles de millones, billones de ellos. En conjunto, su peso es superior al de cualquier animal de la Tierra: los seres humanos, los elefantes, las ballenas. Cien millones de toneladas, apuntó alguien. Constituyen la base de la riqueza biológica de la Antártida.

—Parecen espectros —dijo Hart—. Palidísimos.

—Transparentes como las frías aguas. Llevamos a bordo algunas redes para intentar llevar a cabo una estimación de la densidad de su población. ¿No le parece vergonzoso que no hayamos reconocido su importancia hasta hace unos años? ¡Qué poco conocemos aún de nuestro propio mundo!

—Efectivamente. —Hart cogió uno de los botes y examinó de cerca aquellos seres. Parecían telarañas por su sutileza, algo así como su desnudez—. De todas

formas, no parecemos estar avergonzados. Tenemos la suficiente inquietud para seguir dirigiendo el mundo.

—Se refiere a la pesca de ballenas en la Antártida...

—A ir hasta allí, quedarse allí, establecer un nuevo orden. Piense en Hitler. Quiere cambiarlo todo.

—Es una persona arrebatadora —dijo Greta—. Empezó de la nada y actualmente es el hombre más importante del mundo. Él posee lo que le falta a la mayoría: visión y voluntad.

—Habla usted como Drexler.

—Jürgen no se equivoca. Es consciente del camino hacia el futuro, a pesar de que a veces pueda parecer algo obstinado. Es emocionante formar parte de esto. Tal vez para un americano sea distinto.

—¡Vaya, así que opina que no soy patriota! —dijo Hart en tono irónico—. Un pistolero a sueldo.

—Simplemente usted tiene sus razones para ir allí. Jürgen, el capitán Heiden, yo y todos los que estamos a bordo lo hacemos por Alemania. Al menos en parte.

Hart recordó la interpretación más irónica de Fritz.

—¿Y yo lo hago por mí?

—Mi opinión es que pretende encontrarse a sí mismo allí abajo.

—¡Otra vez Freud!

Ella encogió los hombros con sentimiento de culpabilidad, sonriendo.

—Pero no es sólo eso —dijo él—. Voy por la Antártida.

—Pues sí. —Greta dejó el bote en el estante—. Es interesante. Tiene que ser un lugar único para que esté dispuesto a volver.

CAPÍTULO

7

El tiempo mejoró a medida que fueron avanzando hacia el sur. Consciente de la importancia de aprovechar el corto verano antártico, Heiden desechó la oportunidad de adquirir productos frescos en Canarias —habían agotado ya las existencias de naranjas españolas— y siguió a toda máquina hacia el ecuador. Hart estaba atareado familiarizándose con los dos hidroaviones y los pilotos, Kauffman y Lambert. Aquellos aviadores le parecían hombres sencillos y francos, enamorados de su oficio y emocionados ante la perspectiva de convertirse en los primeros seres humanos que iban a ver un territorio inexplorado. En las aguas más tranquilas de África decidieron efectuar un vuelo de prueba con los aviones y el Scliwlnwiiltiii.il viró hacia el punto en el que los Heinkel K7 podían ser catapultados directamente hacia la cálida brisa. El mar se movía, aunque plácidamente, como un cerúleo desierto.

—¿Le apetece pilotar, Hart? —le preguntó Kauffman.

—Por supuesto. Nunca he estado en un avión catapultado.

—Entonces no se lo aconsejo. Alcanzamos una velocidad de ciento cincuenta kilómetros por hora en un segundo y medio. Es algo que te quita el aliento.

Kauffman se situó en el asiento del piloto y Hart en el del copiloto. En el compartimiento de atrás, Lambert hacía la función de navegante, y Heinrich Stern, el oficial de comunicaciones de la expedición, la de operador de radio. Los marineros pusieron a punto la catapulta, el motor Dornier empezó a rugir y el avión tembló como un cachorro emocionado. Kauffman comprobó los indicadores mientras Hart seguía su mirada. Todo le resultaba familiar. «Un avión es un avión», pensó. Seguidamente, el piloto alemán aceleró el motor al máximo y levantó el pulgar. Se oyó un ¡pum!, luego un silbido y el avión se precipitó hacia adelante, empujando a Hart contra el respaldo del asiento. Al abandonar el extremo de la lanzadera, se produjo un breve y alarmante descenso hacia el mar —un instante de vacilación, como si el motor estuviera reuniendo fuerzas—, y acto seguido iniciaron el ascenso, ladeándose para girar alrededor del barco. Hart soltó un grito y Kauffman rió. Unas figuras de juguete les animaban desde la cubierta; pronto vieron el Schwabenland como una minúscula mancha en la inmensidad del océano.

Se orientaron hacia África pilotando en esa dirección y siguiendo la silueta azul, casi sin perfil, del barco que acababan de abandonar. Hart notó la euforia de encontrarse en el aire, liberado de la tierra y el mar.

—¿Quiere pilotar ahora? —le preguntó Kauffman.

Hart asintió, feliz, y tomó el control. El hidroavión no era ligero, pero sí estable: una bestia de carga de gran potencia que iba a demostrar su rendimiento en el frío aire antártico. Pilotó describiendo un enorme arco para regresar hacia el barco. Este se hizo invisible por unos instantes a causa del brillo del sol, pero volvió a aparecer como una línea oscura en una bandeja de plata. ¡Qué lento y majestuoso se veía desde las alturas! Luego, hacia el horizonte, divisaron una ráfaga de espuma. Kauffman señaló hacia allí, presa de emoción:

—¡Ballenas!

Hart hizo descender el aparato hasta trescientos pies y pasó retumbando por encima de los leviatanes, atemorizados por el espectáculo. Se trataba de unos enormes animales cubiertos de percebes y mellados como rocas de malecón. Asomaban en la superficie, soltaban un descomunal suspiro para volver a sumergirse inmediatamente y convertirse en vertiginosas sombras azules. Cuando voló de nuevo por encima de ellas a tan sólo cincuenta pies, las ballenas soltaron un resoplido, con sus colas centelleantes a la luz del sol, y continuaron su inmersión hacia el abismo. Hart se dio cuenta de que apenas se había atrevido a respirar.

—¡Soberbio!

El piloto alemán levantó el pulgar con gesto de asentimiento.

—No sé si me emociona mucho eso de colaborar en la caza de esos animales —añadió el americano.

Kauffman hizo un gesto de indiferencia.

—Dios las puso ahí para nosotros. —¿Cómo lo sabe?

—Porque a nosotros nos proporcionó habilidad para matarlas. Tiene que curtirse, Hart. Son animales indefensos. No hay ninguna diferencia con un matadero.

—A uno le parece distinto al verlas así, en libertad.

—¡Patrañas! Son bestias. Seres extraordinarios, pero con todo, bestias.

—No, no son sólo eso. Greta Heinz debería estar aquí. Ella se lo contaría. Kauffman sonrió con aire burlón.

—Pues que suba. Diga a Heinrich que hable con el barco. La recogeremos y podremos perseguirlas. En cuanto demos la vuelta con el avión, volverán a la superficie. Podemos seguir sus coletazos durante millas y millas.

Hart cedió otra vez el control del aparato a Kauffman para el amerizaje. El piloto alemán no daba la impresión de estar nervioso, sino intensamente concentrado. Dejó que los flotadores se situaran en la cresta de una ola, luego en otra y finalmente el aparato se posó en la tercera como una gigantesca ave marina. El avión siguió la pendiente descendente y se detuvo en el seno de la ola. Entonces empezaron a avanzar por el mar. El Schwabenland se acercó a sotavento y su grúa giró. Kauffman gateó hacia la parte superior del ala para coger el gancho y sujetarlo al motor. El

Dornier se levantó, retorciéndose ligeramente como un pendiente, seguidamente subió con rapidez, la tripulación agarró los mojados y resbaladizos flotadores... y en poco tiempo se encontraron todos de nuevo a bordo.

En cuanto saltaron de la escotilla del avión, Greta se abalanzó hacia ellos.

—En efecto, ¡tengo que ver las ballenas! —Agarró el brazo de Kauffman—. ¡Lléveme ahí arriba, por favor, Reinhard! Drexler la había seguido.

—¿Qué es tanto revuelo? —preguntó a modo de tanteo.

Kauffman estaba ya dando órdenes a la tripulación para que pusiera otra vez a punto el avión.

—Avistamos una manada de ballenas —le explicó Hart—. Se me ha ocurrido que a Greta le interesaría verlas. Realmente es algo extraordinario.

—Usted también debería subir —dijo ella—. Se nos ofrece la extraordinaria oportunidad de observarlas desde el aire.

El alemán miraba con poca seguridad el avión que seguía goteando.

—Creo que puedo verlas perfectamente desde el barco.

—El Schwabenland jamás las alcanzará —le advirtió Kauffman—. Están demasiado lejos. Quedaba claro que Drexler se sentía incómodo.

—Me imagino que estaremos demasiado apretujados...

—Hay espacio...

—Suba, por favor, Jürgen. Nos divertiremos tanto... —Él respondió a la súplica con una tenue sonrisa—. Vamos, una oportunidad como ésta se presenta una vez en la vida.

Hart comprendió de pronto que a aquel hombre no le gustaba la idea de que le llevaran por el aire. Le daba miedo volar.

—¡Sí, suba, Jürgen! —añadió el americano, incapaz de callarse—. Podemos hacer un picado sobre ellas y tener un primer plano real.

Los labios de Drexler se convirtieron en una fina línea. La voz de Hart había terminado de decidirle.

—¡De acuerdo! —Cogiendo de pronto un chaleco salvavidas, apartó al americano y abrió bruscamente la escotilla.

—Puede situarse en el lugar de Lambert —le gritó Kauffman—. En el lugar del navegante. Greta hará de copiloto.

Asintiendo con la cabeza y sin decir nada, Drexler se metió dentro.

—Voy a sustituir a Heinrich —dijo Hart.

Todos siguieron a Drexler; Greta acribillaba a Kauffman con preguntas sobre el instrumental mientras éste la conducía hacia el interior. Hart tomó asiento en el lugar del operador de radio de espaldas, cara a Jürgen. Este tenía la vista fija hacia adelante y no echaba ni una ojeada por la escotilla a los marineros que llevaban a cabo los últimos preparativos. El motor cobró vida y movimiento y rugió. El avión traqueteó

de nuevo, impaciente por levantar el vuelo. Las manos de Drexler agarraron la parte inferior de su asiento y Hart observó cómo palidecían sus nudillos.

—¡Listos! —surgió la voz de Kauffman por los auriculares.

Otro ¡bang! y despegaron tras una nueva sacudida y el impulso final.

—¡Qué rápido! —exclamó Greta encantada.

El avión se inclinó lateralmente, rebotando un poco en el cálido aire. Drexler cerró los ojos.

La voz de Kauffman retumbó en los oídos de Hart a través de los auriculares:

—Me elevaré un poco y empezaremos la observación donde las hemos visto antes —dijo.

Hart miró hacia afuera a través de su propia escotilla, en busca de los reveladores chorros.

Fue Greta la primera en avistarlas otra vez.

—¡Miren!

—¡Increíble! —exclamó Kauffman—. ¡Lo lejos que han llegado!

Hart se desabrochó el cinturón y asomó la cabeza por la escotilla. Ante sus ojos se disipaba la neblina y aparecía un chorro de espuma, como la de las olas rompiendo contra las rocas.

—Venga a verlo, Jürgen —gritó Greta.

Se hizo un largo silencio.

—¿Jürgen?

Finalmente se oyó el clic del cinturón al soltarse y Hart se sintió empujado bruscamente hacia un lado. El enlace político metió la cabeza entre Greta y Kauffman y entrecerró los ojos mirando hacia el océano. Se le veía pálido; su piel estaba brillante.

—Ya las veo —consiguió articular—. Pues sí, ciertamente son impresionantes.

Kauffman pasó de nuevo por encima de ellas a trescientos pies para no rozar a los cetáceos. Las ballenas seguían un movimiento ascendente y descendente, respiraban de forma rítmica, su parte superior se oscurecía y aclaraba en función de la profundidad del agua, provocando la impresión de un determinado resplandor en la variable luz.

—¡Qué bonito! —exclamó Greta entusiasmada.

—Fíjese en el lentísimo compás al nadar —comentó Hart—. Parece música, aunque a un ritmo distinto, más prolongado y profundo.

—¿Cuántos años vivirán? —preguntó Kauffman girando a su alrededor con el avión. Las ballenas aparecieron otra vez—. ¿Cuánto tiempo tiene que transcurrir para llegar a un tamaño tan descomunal? ¿Casi una eternidad?

El aparato siguió rugiendo encima de ellas; los chorros de las ballenas reflejaban todos los colores del arco iris.

—No perdamos de vista que lo que estamos contemplando es el futuro recurso de Alemania.

Greta miró a Drexler exasperada.

—¡Jürgen! ¡Mírelas! —Aquella desconchada piel recordaba una árida colina, el testimonio de una épica supervivencia—. ¿No representan más que aceite para usted?

Drexler aspiró profundamente una bocanada de aire.

—Mi reacción personal no tiene ninguna importancia —dijo, espirando para combatir el malestar físico—. No estoy diciendo que carezcan de belleza. Sólo que es una belleza sin utilidad práctica.

—Una visión terriblemente prosaica de la naturaleza —protestó Hart.

—Una visión realista de la naturaleza. —Drexler recuperó cierta seguridad en sí mismo al hablar. Aquello apartaba su cabeza del lugar donde se encontraba, suspendido en el aire, por encima del océano—. Ustedes, los pilotos, nunca se preguntan de dónde procede la maquinaria que les transporta. En definitiva, viene, de la naturaleza, de unos recursos como esas ballenas. Planteárselo de otra forma puede resultar agradable, pero resulta ingenuo.

Hart frunció el ceño. Prefería que el miedo hiciera callar a aquel hombre. Sabía que seguidamente soltaría un discurso sobre el destino nazi.

—Déjeme pilotar otra vez, Reinhard —sugirió Owen—. Necesito practicar.

El piloto alemán vaciló. Había disfrutado exhibiéndose ante la mujer, aunque le parecía una grosería rehusar.

—De acuerdo.

Se produjo un laborioso intercambio de posiciones; ambos pilotos tuvieron que rozar el cuerpo de Greta mientras Drexler se inclinaba hacia atrás con aspecto penoso. Hart tomó el mando. Volvió a inclinar el aparato para cambiar de dirección, más en picado esta vez, y puso otra vez rumbo hacia las ballenas.

—Creo que debemos acercarnos más a ellas —dijo volviendo la cabeza hacia Drexler—. Si conseguimos detectar un detalle que identifique a esos ejemplares, como el color en los poneys, puede que los considere como algo más que barriles de aceite.

Lanzó en picado el voluminoso aparato.

—¡Madre mía! —Greta sujetó con fuerza su cuerpo. El Dornier se acercó velozmente al agua, hasta que casi pareció que los chorros que manaban de aquellos mamíferos iban a salpicar los cristales de la carlinga. Consiguió soltar una carcajada, entre el nerviosismo y la emoción. Entonces Hart niveló el aparato—. ¡Mi estómago! —exclamó ella.

El hidroavión inició un vertiginoso ascenso como si abordara una montaña, redujo la marcha, vaciló, giró hacia la izquierda y se ladeó acusadamente. Luego bajó otra vez.

—¡Basta, Hart! —le gritó entonces Kauffman—. ¡Esto no es un monoplaza!

—Por supuesto. —Redució y volvió a nivelar el aparato, para ladearlo un poco a fin de conseguir más vista. Las ballenas resoplaron de nuevo—. ¡Maldita sea! Ya se han ido.

Greta apoyó la mano sobre los músculos del brazo de Hart.

—¡Me ha asustado usted!

—Sólo intentaba conseguir una buena panorámica.

Volvió la cabeza. Drexler ya no estaba allí.

Kauffman se agachó para echar una ojeada hacia el interior del fuselaje. Jürgen se había arrodillado y había metido la cabeza en el estrecho lavabo del avión.

—Nuestro enlace político se ha mareado.

—¿Qué le ha parecido su iniciación en un Dornier, Hart? —le preguntó Heiden mientras tomaban un té en la cocina.

El capitán estaba de muy buen humor. Era el día después del espectáculo de las ballenas. Seguía el buen tiempo, avanzaban a buen ritmo y al parecer los aviones funcionaban a la perfección. Habían cruzado el ecuador aquella mañana y entraban en las latitudes meridionales. Organizaron una ceremonia a bordo, con Heiden como dios Neptuno, en la que bautizaron a todos los que cruzaban la línea por primera vez. Drexler había recuperado el temple, decidido a aguantar el chaparrón con sentido del humor. Incluso cogió el cubo para rociar a Greta, quien reía a gusto echando a su vez agua a los demás, mientras Neptuno retrocedía a toda prisa. Los marineros estiraban el cuello para deleitarse viendo el vestido de la mujer pegado a su cuerpo un momento antes de que bajara corriendo a cambiarse.

—Me he sentido libre como un pájaro —dijo el americano—. Opino que disponemos de un avión ágil. Déjeme hacer unas pruebas con él, Reinhard.

—De acuerdo. Por lo que cuentan su vuelo fue algo... espectacular.

—Yo aún tengo el estómago aquí —dijo Drexler, intentando quitar hierro a la experiencia— Hart es un acróbata del vuelo. —Se sirvió más té—. Es decir, con buen tiempo.

A nadie se le pasó por alto la alusión.

—Tengo mucha experiencia —respondió Hart sin inmutarse—. En todo tipo de tiempo.

—El Dornier es un buen avión —siguió Drexler en plan pacífico—. Tiene una autonomía de vuelo de mil kilómetros, y un techo de cuatro. —No había olvidado las explicaciones de los pilotos—. Constituye una parte integrante de la supremacía alemana en el aire. —Tomó un sorbo de Earl Grey, procedente de Inglaterra, y miró a Greta—. Algún día todos viajaremos en avión a todas partes. Volar será tan normal como ir en coche.

«¡Y qué más! —pensó Hart—. Mareado como un pato, sólo le faltan las fantasías aeronáuticas». Aquel hombre no retrocedía ni un milímetro.

—De todas formas, será interesante comprobar cómo funcionan los aviones en la Antártida —intervino Feder.

—Me imagino que seguirá con los perros.

—Trabajé para Amundsen —respondió Feder, refiriéndose al primer hombre que viajó al Polo Sur.

—¡Bah, otra vez los noruegos! Una nación que vive en el pasado.

—Considero que hay que tomar lo mejor del pasado y del futuro —dijo Hart—. En la Antártida a veces funciona mejor la madera que el metal, la piel que el hilo.

—Y mejor un arma de fuego que una flecha —dijo Drexler—. Por ello el avión nos permitirá explorar en un solo día más territorio del que vieron los noruegos o los británicos en un año.

—No se lo discuto —convino Hart—. Soy piloto. Aunque los aviones tienen también sus limitaciones. Hay que planteárselo más a fondo. Los aviones se averían. Algunos días no pueden utilizarse. A mí, el mal tiempo me impone respeto.

—En efecto, usted es un piloto prudente —dijo Drexler—. Eso nos han contado.

—Un piloto que sigue con vida —replicó Hart.

—Por el amor de Dios, Jürgen —intervino Greta—. Owen nos está ayudando y usted actúa como si tuvieran opiniones contrapuestas.

—Yo me limito a exponer mi punto de vista cuando él ha expuesto el suyo.

—Se ha mostrado de acuerdo y usted le insulta. Creo que necesita un iceberg para que se le enfríe la cabeza.

Drexler adoptó una expresión irritada ante la reprimenda, pero no abrió la boca.

CAPÍTULO

8

Los primeros icebergs consistían en pedazos planos desprendidos de la plataforma continental del mar de Weddell y a Hart le parecía estar contemplando unas pequeñas mesetas que se elevaban en un acuoso desierto. Brillaban como si poseyeran luz en su interior, con un translúcido tono nacarado bajo el cielo gris pálido. Resultaba imposible calcular su volumen exacto en el vacío del océano, si bien a medida que el Schwabenland se fue acercando a ellos quedó más patente su inmensidad. Las blancas paredes de sus extremos eran más altas que los muros de un fortín y su enorme tamaño creaba un refugio de aguas calmas en la parte de sotavento. En dirección hacia barlovento, las gigantescas olas abrían orificios en su mole. Se dibujaban unas marmóreas vetas azules en el blanco, mientras que justo por debajo del gris pizarra del agua, los icebergs adoptaban un tono turquesa brillante. Su parte superior era nívea y poco definida: el semblante definitivo de unas nevadas que se remontaban a diez mil años atrás.

Los días eran cada vez más largos al ir avanzando hacia el sur. Hart pasaba las horas crepusculares, después de la cena, contemplando cómo se deslizaban, los icebergs, arropado con su chaqueta de aviador y el gorro de lana.

—¿A que parecen pasteles?

Hart se volvió. Hacía frío en la barandilla y Greta llevaba la parka de la Antártida; el orillo de piel enmarcaba su rostro. Sus ojos tenían el mismo tono azul que las grietas de los icebergs, aunque él no se lo comentó.

—Me entrará hambre —bromeó él, con poca convicción. Le alegraba que se le hubiera acercado, pero aquello tampoco se lo comentó. Parecían haber superado la crispación de la cena y a Hart le había gustado en el fondo que le hubiera defendido a la hora del té. Aun así, seguía cauteloso.

—Parecen pasteles de boda —dijo la bióloga—. Bonitos, pero tristes. Uno tiene conciencia de que va a consumirse algo sublime; mejor dicho, en este caso, fundirse. Opino que eso intensifica la belleza... Como las hojas en otoño.

—¿Las cosas son más bellas cuando se han perdido?

—Sí, porque la pérdida intensifica la sensación. A veces tengo la impresión de que la vida es un eterno escabullirse.

—La verdad es que las cosas parecen más bellas cuando no podemos alcanzarlas —dijo Hart—. A veces se me ocurre que la vida es la incesante ilusión de la llegada.

Como este viaje.

Greta esbozó una melancólica sonrisa.

—¡Vaya par nos hemos juntado! ¡La llegada, la partida, nunca el momento! 'Tal vez tendríamos que aprender algo de las ballenas, que viven siempre en el momento. ¿No cree que resultaría interesante ser una temporada una de ellas? Tener hasta lo más hondo de nuestro ser centrado en el ahora, beber de todas las sensaciones continuamente, los colores, los aromas y sabores. Eso tiene que tranquilizar: no tener ni siquiera conciencia de lo inevitable que es la propia muerte.

—Parece más una filósofa que una bióloga —dijo Hart, en son de broma, aunque algo incómodo. En su vida había conocido a una mujer que hablara de aquella forma. Le intrigaba fomento de Greta, pero no sabía muy bien cómo reaccionar.

—Y usted parece más un artista que un piloto —replicó ella—. Le he pescado observando las cosas, aunque no de la forma que lo hacen los otros hombres, como un obstáculo o un premio. Sabe apreciar la belleza.

—Pues sí —se arriesgó a responder Hart mirándola.

La brisa hacía revolotear unos mechones de su roja cabellera; su piel estaba pálida y tirante por el frío. Se sonrojó, levantó la vista hacia él buscando su mirada.

—Greta, yo...

De pronto vio que se había dado la vuelta y se alejaba.

El Schwabenland se encontró con el primer ballenero noruego al día siguiente. Se trataba de un gran buque de reconocimiento, que formaba parte de una flotilla de barcos arponeros que mataban y arrastraban a las ballenas hacia un buque factoría o una base en el litoral situado en algún punto más allá del horizonte. Llevaban montado el arpón en la proa, como un cañón.

—Me gustaría ver la lanza alojada en el artefacto —dijo el piloto Kauffman, que lo observaba junto a Hart en el extremo del puente de cubierta.

—Vi cómo pescaban la última vez —dijo el americano—. Los arpones son largos como un hombre y pesan tanto como Fritz. Sólo la punta es tan larga como su brazo. Hacen explotar en el interior de la ballena una carga de dinamita. Algo espectacular y violento.

—Siempre había pensado que era algo exagerado. Pero entonces vi el tamaño de esos animales.

El barco extranjero invirtió su ruta habitual y tomó velocidad. Heiden observaba por los prismáticos cómo se acercaba el ballenero y dijo a un marinero:

—Iza la bandera. —La insignia alemana ondeó en el mástil.

El capitán noruego habló por radio en un alemán con fuerte acento.

—Sigvald Jansen, del Aurora Australis, al habla —dijo a modo de saludo—. ¡No estamos acostumbrados a encontrarnos con barcos que transportan hidroaviones a sesenta grados de latitud sur! ¿Se han perdido, amigos?

Drexler sonrió levemente.

—Lo que tendríamos que decirle es que se pierdan ellos de una vez. En cuanto reclamemos la soberanía se encontrará en territorio del Reich.

Heiden pasó por alto el comentario.

—Le habla el capitán Konrad Heiden del buque alemán Schwabenland —respondió por radio—. Nos encontramos en una misión científica de exploración del continente por vía aérea. ¿Tiene idea de la extensión de la superficie helada?

Se produjo un momento de vacilación durante el cual los noruegos asimilaban la información.

—No hemos llegado tan al sur —retumbó la voz de Jansen—. ¡Puede que sea el lugar donde se esconden nuestras ballenas! Hasta hoy hemos pescado poco.

—Pues nosotros nos dirigimos hacia el hielo, de modo que nos mantendremos atentos a las ballenas —transmitió Heiden—. Si vemos alguna, la consideraremos suya, descuide.

Al noruego incluso le hizo gracia la salida.

—¡Ja! ¡Por lo que veo, estoy hablando con alemanes! La verdad es que nos encontramos en puertas de la Navidad, amigos míos, y tenemos suficiente mar y hielo para compartir. Me gustaría satisfacer mi curiosidad sobre ese barco suyo. Creo que encontraré un regalo para estas fiestas si nos permiten acercarnos.

Heiden dirigió una mirada indecisa a Drexler. El enlace político reflexionó un instante y luego hizo un gesto de asentimiento.

—Puede que nos enteremos de algo. El capitán habló por radio:

—¡Adelante!

Observaron el trabajo eficiente de los noruegos al botar el bote y avanzar con él. Jansen resultó ser un hombre corpulento, musculoso, con barba rubia y ojos grises. Entró pisando fuerte en el comedor del Schwabenland vestido con una chaqueta impermeable y unas enormes botas de agua negras.

—¡Jo, jo, jo! —rió entre dientes, intentando imitar la versión angloamericana de San Nicolás—. ¡Feliz Navidad!

Heiden estrechó con cortesía la mano llena de callos de aquel hombre y se dispuso a hacer las presentaciones.

—Huele a ballena algo pasada —murmuró Feder al oído de Hart.

Drexler se quedó plantado observando con detenimiento a aquel hombre. Esté se dio cuenta, y le inspeccionó a su vez.

—¿Un enlace político? —repitió el ballenero cuando Heiden les hubo presentado—. Nos encontramos lejos de cualquier ministerio, ¿verdad?

—Pero no tanto de las cuestiones políticas, como usted muy bien sabe.

Hansen levantó las cejas al oír aquello.

—¿De veras? Pues yo creía estar muy lejos. —El saco que llevaba atado con un

hilo rojo resonó sobre la mesa—. ¡Feliz Navidad! —Heiden se inclinó para desatarlo. Contenía unas cuantas botellas de *aquavit*, una fortísima bebida noruega—. ¡Para que mantengan el calor durante el viaje de vuelta!

El alemán soltó una risita.

—Y para usted un poco de ánimo de parte de los alemanes, amigo mío —respondió Heiden entregándole una caja de *schnapps*.

Jansen sonrió satisfecho.

—Me encantan las fiestas religiosas. —Se dejó caer sobre una silla y echó una ojeada a su alrededor lleno de curiosidad—. Bonito barco. ¿Y todo esto en aras de la ciencia?

—Intentamos explorar nuevas regiones del continente por vía aérea y presentar una reclamación formal —le aclaró Drexler—. Tenemos la intención de ver durante una temporada más extensión de la Antártida de lo que han visto la mayor parte de exploradores en toda su vida. En avión.

El noruego miró al alemán con aire divertido.

—Me parece muy bien. De todas formas, sobrevolando no se consigue, ¿verdad? Me refiero a que para reclamar la soberanía hay que poner los pies en el suelo. Políticamente hablando.

—Eso haremos —respondió Drexler—. Nuestros Dornier poseen esquís, nuestras lanchas, motor, nuestros botes, remos. Pretendemos llegar a todas partes para afirmar nuestro derecho.

Jansen rió.

—Efectivamente me encuentro ante los alemanes. Aunque el americano aquí presente... ¿Hart ha dicho? Tiene un aspecto distinto... destaca como un arpón torcido. ¿Quién es usted exactamente, joven?

—Soy piloto. He sobrevolado en otra ocasión la Antártida.

—¿Ha sobrevolado esa región? ¿Y ha vuelto? ¿Con los nazis, encima? Entonces puedo afirmar que tiene tanto juicio como yo, que me veo atrapado en este célebre, triste, gélido, frustrante y miserable negocio de las ballenas. —Se volvió hacia Heiden—. Usted sabrá que esto ya no es como antes. Las ballenas han desaparecido. Nosotros las hemos ahuyentado.

—Pero ustedes siguen aquí —comentó Drexler.

—Tal como le he dicho, no tengo más juicio que el yanqui aquí presente.

—Naturalmente —dijo Drexler con tono irónico.

—¡Naturalmente! —El noruego esbozó una franca sonrisa y miró a uno y otro lado para comprobar si alguien le creía—. Sería interesante dar un paseo por su barco. Nunca había visto un transporte como éste.

—Desgraciadamente no será posible —dijo Heiden—. Se prohíbe el acceso a la mayor parte del buque, pues el material científico es muy delicado. Seguro que habrá

visto otros como éste.

—En estas latitudes, no.

—Claro. Nosotros, los alemanes, queremos ser los primeros.

—¿En serio? ¡No me diga! Tenga en cuenta que nosotros, los noruegos, llegamos aquí unas décadas antes que ustedes. —La expresión de Jansen se ensombreció—. Vayan con cuidado en el continente, amigos míos. Hace mucho frío ahí abajo. Encontrarán hielo y más hielo. Nosotros ya hemos aprendido a mantenernos lejos de esas latitudes. —Su expresión era grave.

—¿Por qué? —preguntó Heiden.

—Un ballenero se aventuró en esa dirección la pasada temporada. El Bergen. Nos preguntábamos si habíamos empujado las ballenas tan al sur, y transmitió por radio que había localizado un posible lugar adecuado para una base de trabajo. Luego, ¡patapum! Nunca más se supo de él.

—¿Qué ocurrió? —preguntó el capitán alemán.

—¿Quién sabe? Hielo. Tormentas. ¡No seré yo quien vaya a comprobarlo! Le advertiría que se andarán con cuidado. ¡Pero los alemanes! Primero Austria, luego Checoslovaquia, ¡y ahorra la Antártida! ¡Vaya ambición! Imagino que volveremos a vernos...

—Sólo si permanecen en estas aguas —dijo Drexler.

—Eso haremos. Estas aguas son ahora nuestro hogar. —La mirada de Jansen pasó de nuevo de un alemán a otro, y la clavó en los ojos de cada uno—. Pero eso usted ya lo sabe. —Guiñó el ojo, se puso de pie y saltó de nuevo al bote que le esperaba—. ¡Feliz Navidad! —gritó otra vez desde el bote, despidiéndose con el brazo mientras éste ascendía y descendía entre las olas.

Los oficiales alemanes se reunieron en el extremo del puente para observar cómo se alejaba el ballenero noruego.

—Como el animal que mea para marcar el territorio —comentó Drexler.

—Probablemente estará comentando lo mismo de nosotros —respondió Feder.

—Si Dios quiere, nosotros vamos a ser los primeros, aunque no los últimos, exploradores del Tercer Reich que se encuentre por aquí —dijo Heiden—. Tropezará con más alemanes de lo que quisiera y tendrá que adaptarse. Convertirse en un aliado o en un enemigo.

—Mejor lo primero.

Heiden se volvió. El comentario lo había hecho Fritz, quien estaba de guardia en el puente.

—¿Habla usted por experiencia, señor Eckermann?

—En efecto. Pesqué con ellos en el treinta y uno. Aún les queda algo de vikingos. Vale más no enfadarlos, sobre todo en cosas de barcos y pesca.

—Y a ellos más les vale no hacer que nos enfademos nosotros —dijo Drexler.

—Pues sí, los noruegos están a punto de encontrarse con unos auténticos competidores —dijo el capitán.

—¿Qué le ocurriría al Bergen?

—Sospecho que se lo tragó la Antártida.

Las nubes se oscurecieron al avanzar hacia el sur. El viento arreció. La nieve fue cubriendo la cubierta y la temperatura bajó, señales de qué se estaban acercando al continente sur. El barco empezó a balancearse y Hart se mantuvo en su puesto de vigilancia para detectar icebergs, controlándolos al pasar cerca de ellos como si fueran oscuras fortalezas en la penumbra reinante. Durante aquella breve noche y al día siguiente, el tiempo siguió siendo despacible, lo mismo que la segunda noche, en la que el hielo fue ganando consistencia. El día de Navidad amaneció mientras el barco avanzaba por entre una fina montaña de hielo, que se iba desmenuzando en témpanos del tamaño de una casa. El hielo era tan poco compacto que podían abrirse paso con cierta facilidad; de vez en cuando avanzaban directamente hacia un témpano, lo hacían astillas y éstas salían disparadas de la proa del barco. El hielo chirriaba y chocaba contra el casco. Drexler y Feder se juntaron con Hart en la cubierta para contemplar el espectáculo.

En algunos de los témpanos dormitaban unas focas gigantes, satisfechas con su colchón de nieve. Sin duda estaban en su medio.

—La mayoría son focas que comen crustáceos —dijo Greta a los hombres congregados en la barandilla—. Se las conoce así porque se alimentan de krill.

—Tienen un aire torpe.

—En el agua, no —dijo Greta, sonriendo.

Drexler cogió un puñado de nieve de la cubierta, hizo una pelota con ella y se la tiró a una. La foca levantó la cabeza, abrió la boca y soltó un ¡graj! al tiempo que bostezaba, protestando medio somnolienta. Luego avanzó culebreando hacia el agua y se alejó como una agonizante nota musical.

—¡Jürgen! —le reprendió ella—. No debería molestarlas.

—No son más que focas, Greta Babosas del hielo.

—Échese al agua, empiece a nadar cerca de ellas y veremos quién parece una babosa —respondió ella ridiculizándolo—. No podemos por menos que envidiar la forma en que se han adaptado a este lugar.

Drexler se aclaró la garganta ruidosamente.

—De acuerdo, saben nadar, pero simplemente existen. Son pasivas, dóciles, bobaliconas.

—No diría lo mismo si se encontrara ante una foca leopardo.

—¿Cómo?

—Son moteadas, miden tres metros, pesan como cuatro hombres y poseen unas

inmensas mandíbulas repletas de afilados dientes. Son capaces de moverse a mayor velocidad que cualquiera de nosotros y pegarnos un zarpazo en un abrir y cerrar de ojos. Cazan pingüinos y otras focas. Drexler soltó una carcajada.

—Yo no soy ningún pingüino y no permitiré que una foca me quite el sueño. He de admitir que la admiro por lo que ama a esos animales, Greta. Pero a mí me preocupa más el futuro de nuestra especie.

Ella puso una expresión de enojo.

—Algún día se encontrará con una foca leopardo, Jürgen, y entonces verá.

—Algún día. —Drexler se encogió de hombros.

El barco entró de nuevo en aguas claras, oscuras y frías. Pasaban por delante de unos icebergs altos y puntiagudos como pequeñas montañas escarpadas. En uno de ellos vieron un grupo de pingüinos, algunos de los cuales se deslizaban graciosamente por el hielo como crios en un tobogán.

Organizaron una cena de Navidad alegre a la cálida luz de las velas. Heiden estaba animado por la marcha de la expedición. Feder pasó de borracho divertido a ebrio irritante. Schmidt se mantuvo en un rincón, fumando un cigarrillo tras otro, limitándose a observar a los demás. Al principio pareció que no habría regalos, pero luego Hart fue pasando unos cordones para usar como llavero o para el reloj hechos con un intrincado trenzado a partir de cuerdas de colores. El de Greta era rojo oscuro y verde. Cuando se lo entregó, la mujer tenía las mejillas encendidas por las copas que había tomado y los ojos brillantes por la emoción de encontrarse en un lugar exótico en un día tan señalado. Su semblante se iluminó como si le acabaran de regalar un collar, y acercándose a él, le dio un rápido beso en la mejilla.

—¡Me siento avergonzada! ¡Yo no he preparado nada para usted! —le susurró al oído. E inmediatamente después se apartó.

Drexler observaba mientras tocaba su correa llavero.

—¡Qué detalle, Hart! Está bien que encuentre tiempo para la artesanía. Yo tampoco he preparado nada para usted, aunque sí —y entonces levantó la voz— algo también para nuestra exploradora.

Greta se volvió sonriendo, sorprendida.

—Puede que se encuentre sola en lo que se refiere al sexo femenino, pero no lo está en nuestros corazones —dijo Drexler inclinando la cabeza—. Para Greta, por su tolerancia entre gente tan grosera. —Todos rieron—. Este es mi regalo. —Cogió un paquete que guardaba detrás de una silla y se lo entregó a la bióloga. Ella se ruborizó.

—No debería hacer diferencias conmigo, Jürgen. —Desenvolvió con sumo cuidado el vistoso envoltorio, echándole una mirada furtiva cuando estaba a medias—. ¡Un libro! —Quitó otro papel. Los alemanes se congregaron a su alrededor—. ¡Un libro sobre ballenas!

—Puede que no se trate de poesía, pero siempre es preferible a uno de primeros auxilios —dijo Drexler bromeando.

—¿Pero viniendo de usted, Jürgen...?

—Lo escogió en Hamburgo —dijo Heiden—. Es demasiado tímido para inclinarse por una novela de amor, por ello fue directo a la sección de biología. —Los alemanes soltaron una carcajada.

—Imaginé que no me equivocaría ofreciéndole algo relacionado con su especialidad —dijo Jürgen con aire tímido—. Al ver el título, Amos y señores de los océanos, decidí que era la opción ideal.

Greta asintió con los ojos empañados.

—¡Qué malo es usted! ¡Le interesan más de lo que se atreve a admitir! —Le puso la mano en la nuca y le dio un fugaz beso en los labios. Los congregados murmuraron mostrando su aprobación—. Muchas gracias. —Greta lo miró con aire recatado, sujetando el libro contra su pecho. Jürgen sonreía.

Hart observaba desde las sombras.

El día siguiente amaneció con una acuosa luz grisácea. A medida que el sol fue llegando a su punto álgido, el viento amainó y las nubes empezaron a disiparse. El Schwabenland seguía su rumbo por las frías y oscuras aguas entre dos masas de hielo compacto, avanzando lentamente hacia el sur. En los témpanos divisaron más focas plateadas, que les observaban desde la distancia con el aire de gigantescas babosas. Quizá Drexler tenía algo de razón.

Más tarde, las nubes del horizonte se arremolinaron conformando una masa más densa. Una cordillera de blancas montañas surgió del mar, con una nieve tan consistente e inmaculada que parecía una muralla de azúcar.

—La Antártida —dijo Hart a los alemanes.

CAPÍTULO

9

La Antártida era como un torturante sueño. Tenía una parte suave e irreal, la trémula y diáfana luz de las blancas y algodonosas cimas reflejadas en un mar de color cobalto, los vastos icebergs que se deslizaban en la fría niebla, la etérea penumbra de las fisuras hundidas como azules heridas en los desmigajados glaciares. Por otro lado, el continente poseía dureza: el resplandor de la cegadora luz que se reflejaba, el implacable frío que abrasaba la nariz y la garganta, el endurecido hielo acumulado en las barandillas y la cubierta. La pelusilla de la nariz se helaba, los labios se agrietaban e incluso podía solidificarse el humor de los ojos. En una ventisca, el viento llegaba a helarse tanto que daba la sensación de que desaparecía todo el oxígeno, mientras que en un día apacible el brillo del sol hacía resplandecer el cuerpo de una persona que se encontraba sobre un témpano. Lo más llamativo era la pureza del aire. No se detectaba allí la neblina ligeramente húmeda de las tierras templadas, las distantes montañas destacaban con absoluta nitidez. La claridad, en lugar de agudizar la percepción parecía oscurecerla. Allí la mente perdía sus puntos de referencia normales y el paisaje, en vez de parecer más real, lo parecía menos. La Antártida era algo vivido como una fantasía, consistente como un sueño. Hart se había enamorado de ella la primera vez. Descubrió que también seguía inspirándole temor.

—¿Dónde nos encontramos? —preguntó a Heiden. Por la panorámica que le ofrecía el blanco muro de las montañas que se extendía hasta donde alcanzaba la vista en todas direcciones, pensó que igual podía encontrarse en la Luna.

—En Nueva Schwabenland —respondió el capitán—. La parte más reciente de la gran Alemania.

Drexler manifestó la necesidad inmediata de desembarcar. El Schwabenland era el primer barco del Tercer Reich que visitaba el continente austral, y se imponía la reclamación del territorio. Habían anclado en una bahía confinada entre dos paredes glaciales de unos sesenta metros de altitud, a la que el geógrafo Feder puso enseguida el nombre de Puerto Hamburgo. De vez en cuando se desprendía de la pared del glaciar un pedazo de hielo con un estrépito parecido al disparo de un cañón, iba a parar a las oscuras y claras aguas y se deslizaba sobre ellas con el eco de su propio torbellino. Del extremo suroeste sobresalía una punta rocosa; éste fue el punto hacia el que remaron los silenciosos viajeros. El bote chirrió en la playa de guijarros y sus pasajeros pasaron de las aguas superficiales a la nieve que se conservaba entre los

afloramientos de granito. Un ave de aspecto parecido a una gaviota pasó por encima de ellos con un graznido de afirmación sobre su precedencia en la ocupación del territorio.

Feder llevaba una cámara de filmación y se dispuso a colocarla sobre un trípode. Greta saltó con su Leica plateada. Drexler transportaba una pequeña bandera nazi sujeta a un bichero. Como no soplaban viento que pudiera hacer ondear la esvástica, uno de los soldados tuvo que sujetarla desde atrás mientras Greta sacaba la foto. Seguidamente colocó a Heiden ante la cámara, retirándole la capucha de la parka para que destacaran con toda claridad sus grisáceos trazos prusianos.

—En nombre de Adolf Hitler reclamamos la soberanía de este territorio para el Reich alemán —proclamó el capitán con un hilillo de voz ante la inmensidad—. ¡Que este desafío y los recursos del territorio inspiren al pueblo alemán de generación en generación!

Schmidt se inclinó un poco para contemplar unas pequeñas manchas de líquen sobre las rocas.

—La vida en su forma más elemental —murmuró, arrancando una muestra.

Cerca de allí había también una colonia de pingüinos; un trío de embajadores de la avifauna se contoneaban por la nieve inspeccionando el curioso acontecimiento.

—Fíjense, ya se han vestido para el día de Año Nuevo —exclamó Greta con gran alegría. En realidad, los pingüinos tenían todo el aire de una delegación vestida de esmoquin.

—Han acudido a dar la bienvenida a nuestra protección y administración —dijo Drexler guiñando el ojo. Se acercó a los pájaros y éstos se escabulleron con gesto precavido—. Os agradecemos vuestra hospitalidad, y a cambio os traemos civilización —siguió él haciendo una inclinación. Luego se puso rígido y les saludó con el brazo en alto—: ¡Heil Hitler! —Greta rió y tomó la instantánea.

Hart, soltando un suspiro, se acercó a la colonia de pingüinos para observarlos. Había cientos de pájaros moviéndose, buscando la posición adecuada para anidar en el barro que había quedado al descubierto entre la nieve. La colonia exhalaba un olor acre de excremento de pájaro, el cual formaba una; gran mancha marrón rojiza en el suelo. De vez en cuando, un grupo de aves se acercaba andando o patinando hasta el borde del agua, vacilaba e inmediatamente se zambullían; entonces su aire torpe se convertía en grácil cuando se deslizaban como sibilantes torpedos.

Greta se acercó también, disparando a distancia con la Leica. Hart estaba algo irritado con ella por haber fotografiado el saludo nazi, pero se recordó a sí mismo que se trataba del país de ellos. La mujer no reparó en su cambio de humor, la alegría le embargaba al encontrarse de nuevo en tierra firme Hart acertó el paso esperando que ella lo alcanzara.

—Parecen enanos —le dijo él.

—Están en época de anidar. Nadie sabe aún dónde pasan el invierno, pero en verano llegan nadando a lugares como éste para la reproducción.

—Es gracioso ver cómo se detienen al borde del agua, como haríamos nosotros. Parece que la encontraran excesivamente iría.

—No los detiene el frío. Miran si hay alguna foca leopardo al acecho. Se sitúan justo debajo de la superficie a la espera de ver la silueta de un pingüino, y en cuanto aparece, pasan al ataque. Le aconsejo que si se aventura a subir a un témpano, permanezca lejos de la orilla.

—Sí, señora —respondió Hart con aire burlón—. ¿Y por qué se reunirán aquí los pingüinos?

—Utilizan los guijarros para construir el nido y vuelven año tras año a las colonias que pueden proporcionárselos. Usted mismo puede comprobar ahora cómo se pelean por las piedras.

Hart lo observó. Vio que algunos pingüinos se limitaban a inspeccionar el terreno en busca de piedras, mientras que otros acechaban las de sus vecinos. Algunos, de vez en cuando, lanzaban una incursión para hacerse con un pedrusco, montando una gran algarabía; otros aprovechaban el momento para robarles sus reservas. Se trataba de una competición ilógica que parecía, en definitiva, bastante humana.

—No son muy listos —dijo el piloto.

—Pues no, son poco más que sacos de hormonas que se guían por el instinto. Los estercoráridos son aves más listas. Trabajan en equipo en el momento de la reproducción; uno de los pájaros distrae a uno de los progenitores de los pingüinos mientras el otro se hace con su huevo. De todas formas hay tantos pingüinos que creo que su supervivencia está asegurada.

—Si consiguieran colaborar entre sí...

—A veces lo hacen. ¿Ha visto aquello? Un pingüino que entrega su guijarro a otro. Probablemente se trata de un macho que muestra su deferencia a una hembra. ¿A que es romántico?

Hart sonrió burlonamente.

—Normalmente las piedras que regalamos los humanos son más bonitas. De todas formas, tiene razón, parece que nos imiten.

—Por eso encuentro tan fascinante la biología. Me reconozco en ellos.

—¿Incluso en el krill? Ella soltó una carcajada.

—Cuesta más encariñarse con el krill, que circula a la deriva por el océano en forma de nubes sin rumbo. Pero ¿y las ballenas? ¡Qué poco las conocemos, aparte de admirar su esplendor! ¿Sabía usted que algunas son capaces de permanecer más de una hora bajo el agua, a más de dos kilómetros de profundidad?

Hart se preguntó si se había enterado de aquello por el libro que le había regalado Jürgen. Con cierta expresión de enojo le señaló al enlace político y a sus hombres,

que inspeccionaban una fisura glacial cerca de allí.

—¿Qué opina de esa reclamación de soberanía en el territorio de las ballenas?

Greta se encogió de hombros.

—Una reclamación de este tipo permite practicar la ciencia a las personas como yo. Por otra parte, Jürgen dice que si no actúa Alemania, otra nación lo hará. En realidad ya lo han hecho. Los británicos, los noruegos, ustedes, los estadounidenses, los argentinos, los chilenos... Todo el mundo planta su bandera.

Hart asintió no muy convencido.

—Puede que tenga razón. Aun así, Drexler lo hace con un aire tan... arrogante... Alemania esto, Alemania aquello... ¡Una seriedad repugnante!

—Bromeaba con lo de los pingüinos... No es tan estricto como usted cree. Usted también tiene sus cosas. Nunca habla de su gente, ni de su familia, ni de deportes. ¿Sabe lo que creo? Ustedes dos no se caen bien porque se parecen demasiado. Dos solitarios, dos personas de opiniones inflexibles, los dos interesados en... En fin, muy parecidos. —Se sonrojó un poco.

A Hart le ofendió la comparación.

—Pues yo lo encuentro... engréido. ¿Reclamar la soberanía de esta nevera? ¿Para qué? Si nadie puede vivir aquí. Hoy hace buen tiempo, pero espere a la próxima tormenta. A la oscuridad del invierno. Es de locos.

—Entonces, ¿por qué ha venido usted?

—Para explorar. Para volar. Pero no para saludar a los pingüinos con el brazo en alto.

—Tal vez Jürgen encuentre el sentido del humor donde usted es incapaz de verlo —replicó ella—. No es tan malo cuando se le conoce. A mí me ha apoyado. Tuve un... tutor, un profesor que murió en un accidente de automóvil, y como mujer, nadie me apoyaba en mi carrera, no disponía de medios para entrar en una universidad, y de pronto conocí a Jürgen, que me ofreció este trabajo en la Antártida... ¡Vaya oportunidad! ¡Estuve a punto de darle un beso! Él es sincero en sus sueños. Usted nunca le ha escuchado con amplitud de miras.

—¿Lo hizo usted?

—¿Si hice qué?

—¿Besarle?

—¡No! ¡No! Además, ¿si lo hubiera hecho, qué? ¡No es asunto suyo!

—Después de la fiesta debería preguntarse qué motivos tuvo él para llevarla a bordo...

—Seriedad en la biología. —No cambió de tono.

—Ya sé que es una bióloga seria, pero tiene que verle tal como es.

—¿Cómo se atreve? —Su enojo iba en aumento—. ¿A quién besó usted para conseguir una plaza en el Schwabenland? Sube al barco con su turbio pasado y

adopta estos aires de superioridad y condescendencia con una misión científica...

—Una misión política.

—Lo uno y lo otro.

Hart suspiró. Sentía enojo, se encontraba a la defensiva y era consciente de que estaba embrollando la situación: apartaba de sí a una mujer que le fascinaba, perseguía a una mujer que sólo podía acarrearle problemas.

—Oiga, lo siento. Por nada del mundo quisiera que le hicieran daño.

—¡Mis amistades no son asunto suyo!

—Dejémoslo.

—¡Me importa muy poco lo que usted pueda opinar!

La miró con impotencia.

—Por favor, Greta, yo no la estoy criticando...

Pero ella ya se estaba alejando allí, en la playa. Vio que Jürgen estaba a la espera con un cierto aire de curiosidad en su rostro.

Hart contaba con que Greta se hubiera calmado cuando subieran otra vez al bote, pero ella se sentó en la proa, lejos de él, junto a Drexler, acercándose a su oído para hablarle en voz baja en alemán. Feder dedicó una sonrisa irónica al piloto. «Perfecto», pensó el estadounidense. Su ineptitud se iba a convertir en la comidilla del barco. El marinero que se encargaba del bote le pidió qué se hiciera cargo de uno de los remos, pues unos cuantos del grupo de las SS alemanas se quedaban en la playa a practicar sus técnicas en la nieve. El obedeció, y remando de espaldas a la pareja alemana, puso todo su empeño en la labor.

Se inició el vuelo. El reconocimiento inicial resultó simple: el Dornier Wal, al que los pilotos habían bautizado como Bóreas, hacia occidente y el Passat hacia oriente, salieron disparados de la lanzadera y subieron vertiginosamente como dos gigantes petreles. Hart no se situaba geográficamente —se encontraban en una zona inexplorada al este del mar de Weddell, más allá del océano Atlántico y de África—, si bien descubrió que podía desempeñar un útil papel como asesor eral cuanto al hielo, las pautas meteorológicas, las peligrosas corrientes de aire procedentes de las montañas y la importancia de una navegación esmerada.

Curiosamente, la inmensidad de la Antártida intimidaba a los pilotos alemanes. Al cabo de unos minutos del lanzamiento todos tuvieron la sensación de que los aviones habían sido engullidos por el paisaje más agreste y épico que jamás hubieran imaginado. Aparte de que no se avistara ciudad, carretera, luz o mojón alguno, quedaba claro que nada de eso había existido allí. Eran los primeros de su especie en contemplar aquellas riberas hostiles.

Los vuelos se realizaron en general con tiempo despejado y tranquilo, algo corriente en pleno verano antártico, es decir, durante los meses de diciembre y enero. A menudo se ofrecía a Hart y a Feder la oportunidad de acompañarles, y en estas

ocasiones el piloto realizaba sus propios despegues y aterrizajes. Se empezaron a perfilar los primeros trazos de mapas; M Feder se le ocurrían nombres que sin duda iban a ser aceptados: cordillera Hitler, monte Góring, glaciar Goebbels, bahía Bismarck. Los pilotos alemanes parecían especialmente interesados en los fondeaderos y los puntos contiguos de la costa no cubiertos por la nieve. A veces, tras descubrir uno de éstos, el Schwabenland navegaba hacia él costeano, abriéndose paso entre imponentes icebergs e irregulares témpanos flotantes. Hart dedujo que andaban a la busca de un puerto al que volver. Drexler utilizaba una palabra que al parecer había sacado de los discursos o escritos de Hitler: *Lebensraum*, salón.

Lo que más atemorizaba a Heiden era el imprevisible hielo. Se encontraban a menudo con témpanos que el viento desplazaba hacia un lado mientras los voluminosos icebergs avanzaban amenazadoramente en sentido contrario, pues las corrientes oceánicas les empujaban desde el sur. El Schwabenland no era en realidad un rompehielos, y podía avanzar sólo si conseguía encontrar aberturas o canales. Los pilotos reconocían el terreno a la búsqueda de éstos.

—¡Hay que buscar una borrasca! —dijo Hart a los aviadores en un momento determinado.

—En la Antártida hace demasiado frío para que llueva —replicó Kauffman.

—Ya. Se trata del reflejo del mar abierto en un cielo cubierto. El hielo proyecta la luz contra las nubes y les confiere más blancura, mientras las oscuras aguas parecen en sombras. Da la impresión de que se avecina una tormenta, pero si se avanza hacia ella, suele encontrarse un canal o polynya.

A partir de entonces, los alemanes supieron abrirse paso entre el hielo con más seguridad.

La parte más curiosa de cada vuelo se presentaba cuando los aviones alcanzaban el punto más avanzado de su recorrido. Era entonces cuando se resolvía el misterio de como mínimo algunas de las cajas. Todas las mañanas, los marineros cargaban una en un Dornier. Contenían unos postes metálicos en cuyo extremo había grabada una pequeña esvástica ovalada.

—Con eso quedará patente nuestra reclamación, dejaremos claro que hemos visto estas tierras antes que cualquier otra nación —explicó Drexler con aire solemne a los pilotos—. Soltadlos en el límite extremo de la incursión. Están pensados para caer de punta y clavarse en el hielo.

Hart tuvo que hacer un esfuerzo para reprimir una carcajada ante aquella presuntuosa salida, pero descubrió enseguida que, como observador aéreo, a menudo su trabajo consistía precisamente en soltar aquellos malditos chismes. Los pilotos le indicaban el momento adecuado y él tenía que abrir una escotilla lateral y aguantar una estrepitosa ráfaga de viento al tiempo que observaba con las gafas protectoras la caída de los postes, hasta que los perdía de vista en el resplandor del hielo. A partir de

ahí, para él no quedaba rastro de su existencia; sospechaba incluso que podían quedar enterrados en la nieve. De todas formas, a los pilotos no les importaba, pues para ellos: sólo contaba el haberse desprendido de los postes.

Mientras tanto, Greta actuaba como si Owen no existiera. «Es mejor —pensaba él—, total, el vuelo me deja agotado. Que la entretenga Drexler». Al volver al barco en uno de los Dornier, la veía a veces en el bote, arrastrando una red o recogiendo agua. Volvía más tarde a bordo, empapada, muerta de frío, y se dirigía en silencio al laboratorio con sus muestras. A las horas de las comidas se mostraba más reservada y distraída, tal vez guardando su energía para sonreír tenuemente a Drexler mientras éste recitaba sus monólogos sobre la Gran Alemania y el Reich de los mil años. Se había demostrado que Fritz estaba en lo cierto: Hart estaba harto de discursos. Como Jürgen insistía, pensaba el piloto, su reacción podría ser imprevisible.

CAPÍTULO 10

Se avecinaba una tormenta. Aquel cielo pálido, tenso como un globo, fue invadido por una inmensa legión de nubes borrascosas y los hitos quedaron enterrados. El Schwabenland ancló prudentemente y esperó a que amainara el viento, mientras la nieve de mediados del verano dejaba una helada capa en las cubiertas. El hielo crujía y producía un ruido metálico en el puente, en el que se hallaba Heiden cavilando. El tiempo les había impedido salir y Hart aprovechó para echar una siesta. La pausa le ofreció también ocasión de reflexionar, aunque lo que le molestaba era no poder apartar el pensamiento de Greta.

Apenas conocía a aquella mujer. Deseaba poder quitársela de la cabeza. Pero por más que lo intentaba, no lo conseguía. Hart no entendía aquello; era una mujer que no tenía ni de lejos el atractivo californiano de Audrey. La mitad de las veces no conseguía más que inquietarle. Con todo, echaba de menos su compañía, el desahogo de charlar con ella, la sorpresa de alguna de sus salidas... y maldecía su propia estampa tanto por el hecho de extrañarla como por comportarse como un bobo siempre que la tenía cerca.

Llegó la Nochevieja.

Permanecieron hasta altas horas en el comedor de oficiales, brindando por 1939 a la luz de las velas y escuchando rayados discos, algunos americanos, en el único gramófono del barco.

—¡Por América! —apuntó Feder, ya como una cuba.

—¡Por el crisol de la historia y por nuestro Führer! —añadió Drexler, también bebido.

—Por la paz en la Tierra —dijo Greta.

Los hombres asintieron con una especie de gruñido.

—Por la Antártida, el último lugar intacto —dijo Hart.

Observaba furtivamente el rostro de Greta a la luz de las velas intentando disimular la atracción que sentía por ella. En alguna ocasión, ella le dirigía una mirada, y al ver que la estaba observando, apartaba la vista. Drexler le pescó en una ocasión, le miró de hito en hito y seguidamente se volvió para llenar de nuevo la copa de ella. El hombre se le pegaba como una lapa. Aun así, Hart notaba que ella no se derretía, a pesar de que estaba convencido de que la cautela frustraba al enlace político. Greta iba tomando el champán a sorbos, pero no mostraba la alegría del día

de Nochebuena. Desde la pelea que habían tenido en la playa, se la notaba apagada.

Habían dejado el champán todo el día en la cámara frigorífica de la cocina. Cuando se acabó la primera botella, Hart decidió que le tocaba ir a por otra. Se abrió paso a tientas; por delante del trincherero de acero y las tazas colgadas, y abrió la puerta para inclinarse cerca de la luz a fin de sacar una botella. Al darse la vuelta y cerrar la puerta con el codo, desapareció la luz y se encontró con Greta a sus espaldas. La puerta se cerró.

—Creo que hemos tenido la misma idea —murmuró ella en la oscuridad.

Hart dudó un instante, intentando encontrar algo que responder.

—Yo no pretendo otra cosa que ser amigo suyo, Greta —soltó por fin.

Notó que ella suspiraba.

—No es culpa suya... Owen.

El esperó sin decir nada.

—Es... cuestión mía, de la expedición. Las cosas no funcionan como yo había esperado. Jürgen y yo estamos intentando... ya nos conocíamos antes... es complicado. Lo siento.

—Yo también lo siento.

Greta no se movió; una sombra en la oscuridad. Un trémulo aliento. «¡Qué caramba!», pensó Hart.

Alargó el brazo; tenía las puntas de los dedos frías de aguantar la botella. Tocó su pelo y dejó deslizar los dedos sobre su mejilla. Por un momento creyó haber notado los latidos del Corazón de Greta, pero enseguida se dio cuenta de que eran los suyos. Sin embargo, ella no se movió.

«¡Qué se le va a hacer!».

Apoyó su mano en la nuca de ella y quedó embriagado por su perfume. Buscó sus labios y la besó, algo incómodo, al notar que ella se mantenía rígida. Greta ladeó la cabeza y le devolvió un beso poco convencido, sin mover ni un milímetro los brazos. De pronto hizo un movimiento brusco y retrocedió un paso.

—No tenía que haberlo hecho. —Dicho eso, desapareció.

Hart aguardó un minuto para darle a ella tiempo de recuperarse e intentar él mismo calmarse. «Ha sido una estupidez —se dijo—. Eso no es lo tuyo».

—¿Dónde está el champán? —gritaba Feder bebido.

Hart entró despacio en el comedor con la botella en la mano y una sonrisa triste en los labios. Greta se había ido. Drexler también. Todos parecían estar hundidos, desganados.

—Una sola mujer y nos abandona —dijo Kauffman en un gruñido—. Sólo nos sirve para recordarnos lo que echamos en falta.

—¿Dónde está Jürgen? —preguntó Hart.

—Como un sabueso tras su presa. ¿A usted qué le parece? respondió Feder con

una carcajada, señalando hacia la puerta.

—O como un perro que persigue un coche, preguntándose qué hará cuando lo alcance. —Rompió a reír.

A la mañana siguiente se notaba la resaca. La tormenta había pasado y el cielo estaba gris. El barco siguió lentamente su ruta a lo largo de la costa; se aplazó la exploración aérea. Muy pocos acudieron al comedor a la hora del almuerzo. Hart contemplaba el hielo. Antes de llegar a la Antártida nunca había imaginado que el agua podía helarse en formas tan distintas. Existía una letanía de nombres marineros para designar aquello: hielo anclado, hielo a secas, hielo chillón, casi hielo, hielo compacto, hielo deformado, hielo seco, hielo vivo, hielo en témpano, hielo deshilachado, hielo untuoso, hielo chirriante, hielo prensado, corteza de hielo, hielo de años, hielo flotante, hielo laminado, hielo podrido, hielo fangoso, hielo a tiras, lenguas de hielo... Aquel hielo era estilo torta, recién solidificado en láminas que daban la impresión de gigantescas tortas. El viento las había juntado de forma que sus extremos; coincidían parcialmente, como las láminas de patatas al horno. Algunos de aquellos panes se veían sucios y rojizos en su parte inferior. Los marineros se preguntaban si aquello se debía al polvo procedente de África, pero Greta les explicó que se trataba de unas algas que crecían allí, algo que pocos biólogos creían posible.

Hart soltó un suspiro mientras la escuchaba. Estaba convencido de que Greta estaba enojada y además le parecía normal. Había dado algo por supuesto sin estar seguro de los sentimientos de ella. Se sentía idiota.

Sin embargo, recordaba también que había vacilado un poco antes de huir. La echaba de menos. No podía soportar la idea de permanecer a bordo el resto del viaje con ella distante. Si se había comprometido con Drexler él no tenía nada que objetar, era lo previsible. No obstante, le gustaba hablar con ella. ¿No sería posible conseguir eso como mínimo?

Estuvo todo el día dándole vueltas, recordando cada uno de sus encuentros. Aquella noche fue al laboratorio de Greta con la intención de disculparse por su atrevimiento. Aspiró profundamente y llamó a la puerta.

Oyó un golpe en el interior, como si se hubiera caído algo y luego unos pasos.

—¡Un momento! —gritó ella, algo agobiada.

Hart esperó unos segundos. Cuando ella le abrió la puerta comprobó que llevaba el jersey mal puesto y el pelo revuelto. Su presencia pareció desconcertarla.

—¡Owen! ¿Qué ocurre?

Avanzó un poco para cerrar algo la puerta tras de sí. El movimiento no fue lo suficientemente rápido para ocultar.

Drexler, de pie en la penumbra de una estancia apenas iluminada.

Se hizo un incómodo silencio. Hart se arrepintió de haber tomado aquella

iniciativa, aunque ya era tarde para irse sin más.

—Escúcheme —empezó, tragando saliva—. Sólo quería pedirle disculpas. Me... equivoqué con aquello. Quiero decir, al hacerlo sin mediar palabra. No pretendo hacer ninguna valoración. Estoy en una expedición alemana, en su expedición. Debo limitarme a seguir su curso.

Greta parpadeó.

—¡Ah, claro!

Al principio, parecía no comprender lo que le estaba diciendo Hart; cuando se situó, él notó que batallaba entre una serie de ideas. Sus labios se abrieron, pero no articuló palabra alguna.

Sin duda había elegido el peor momento.

—Siento molestarla...

Hart se sentía ridículo. Ella permanecía en silencio, sin animarle a seguir explicándose, aunque con aire incómodo. El se volvió y siguió por el pasillo. «¡Vaya embrollo! —dijo para sus adentros—. Concéntrate en el vuelo».

—Owen... —oyó que murmuraba ella.

Pero Hart siguió adelante.

El giro de la expedición hacia la catástrofe se produjo al volver a volar. En un primer momento el vuelo constituyó un alivio. Hart se sintió reconfortado al notar las sacudidas del lanzamiento y decidió que el gélido aire representaba para él un tonificante que le disiparía la depresión. El terreno era como lo había descrito Schmidt en la primera playa: elemental. Simple. Sin complicaciones ni ataduras. Aquello era lo que le había llevado hasta allí, pensaba Hart, la posibilidad de adaptarse a un lugar que no encerraba ninguna promesa. Tenía que concentrarse en ello.

Se había estropeado la radio del Bóreas y lo tenían que utilizar cerca del Schwabenland, pero seguían disponiendo del Passat para los reconocimientos de mayor alcance. Examinaron la zona cercana a una cordillera en la parte suroccidental; durante el vuelo, Hart iba asomándose, cumpliendo con su cometido de arrojar los postes, que en la distancia se veían como diminutas manchas en un inmenso ojo blanco e imperturbable. Se dirigieron luego hacia la costa norte y sobrevolaron los témpanos. Kauffman había decidido seguir el borde del más grande como vía de regreso al Schwabenland. Al virar hacia el este, en la dirección correcta, Hart observó los icebergs que salpicaban las frías aguas. Entre ellos detectó algo oscuro, y movido por la curiosidad, sacó los prismáticos. ¡Era un barco! Lo enfocó y quedó confirmada su primera impresión. Parecía un ballenero. Dio unas palmadas a Kauffman en el hombro señalándole el objetivo. El piloto se dirigió hacia aquel punto, observando con atención.

—¡Maldita sea! —murmuró el alemán. Tenía el aspecto del Aurora Australis—. ¿Qué estarán haciendo tan al sur, tan cerca del hielo?

Hart siguió la inspección con los prismáticos. Luego señaló de nuevo:

—Cazar.

Vio un sutilísimo hilillo de espuma, apenas perceptible en la superficie del océano, y agitación en el agua. Ballenas entre los noruegos y los alemanes.

Kauffman puso rumbo hacia el barco extranjero, acelerando un poco. Pasaron retumbando por encima del palo mayor de la embarcación y vieron cómo se agachaban con gesto instintivo unos marineros.

—No tendrían que navegar tan al sur, Hart —dijo el alemán refunfuñando—. Pretenden demostrar algo esos cabrones. No establezca comunicación por radio. Hay que discutirlo primero —dijo el piloto, y seguidamente puso rumbo hacia el Schwabenland.

En cuanto hubieron llegado a bordo, corrieron hacia el puente.

—Los noruegos se encuentran tan sólo a cincuenta kilómetros de aquí en dirección oeste —informó Kauffman—. Hacia el sur, cerca del hielo. Hay una bandada de ballenas entre nosotros y ellos. Rodeadas de icebergs. Se encuentran mucho más allá de su radio de pesca habitual.

Sin hacer comentario alguno, Heiden volvió la cabeza hacia Drexler, a la espera. El enlace político frunció el ceño, considerando detenidamente la situación.

—No me creo una palabra de lo que dijo ese vikingo barbudo —comentó al capitán—. No se aventurarían en el hielo con el único objetivo de cazar ballenas. Nos están siguiendo. Es su objetivo.

—Quizás. O tal vez vayan en busca del Bergen.

—Puede que estén cazando, sin más —apuntó Hart.

—Cazando y tomando una postura. —Drexler se volvió hacia Feder—. ¿Usted cree que habían planificado el encuentro de Navidad? ¿Pretenden seguirnos?

—No, fue algo casual, una coincidencia. El océano es inmenso y nuestro ritmo, incierto. A pesar de todo, el capitán es un tipo inteligente y curioso. ¿Pensará que sabemos algo que él ignora? ¿Hay ballenas más al sur? Nos sigue y comprueba si es cierto. ¿Por qué no si, como dice él, en otras partes escasean?

—¿Cuántas ballenas? —preguntó Greta, quien había acudido también al puente. Miró a Hart—: ¿De qué tipo?

—¿Qué importancia tiene eso? —le dijo Drexler.

—Habrán descendido en busca de alimento —respondió ella, emocionada—. Sería interesante ver qué encuentran. Coger muestras del krill.

Drexler reflexionó un momento sobre lo que le planteaba. Luego se dirigió a Heiden.

—No podemos tolerar que nos siga, que vaya dejando banderas, que organice un

barullo con las fechas de nuestra reclamación de soberanía, que ponga en entredicho nuestra autoridad. Es algo que usted sabe igual que yo.

El capitán movió la cabeza en signo afirmativo, poco animado ante las perspectivas.

—No podemos, pero no tenemos más remedio. No estamos en guerra, Jürgen. El mar no tiene dueño. Puede pasearse por donde le dé la gana.

—¡Patrañas! Sitúe un barco de pesca alemán en aguas territoriales noruegas y verá cómo no le vienen con semejantes estupideces. Actuarán en consecuencia para proteger lo que es suyo. Y nosotros tenemos que hacer lo mismo si queremos cumplir con nuestro deber hacia el Reich.

Heiden parecía desconfiar.

—¿Que es lo que quiere hacer?

Drexler señaló a Greta con la cabeza.

—Sacar muestras del krill —dijo con aire rotundo—. Donde está la bandada.

—¿De krill?

—Pues sí, de krill. Hay que cortar por lo sano. —Miró a Greta, haciendo sus cálculos—. Si llegamos antes al lugar donde se encuentran las ballenas e iniciamos la investigación, él no podrá cazarlas. Podemos salvarlas para que se reproduzcan posteriormente, ayudar a Greta en su investigación y transmitir un mensaje de que ése ya no es terreno para la pesca de ballenas... Todo al mismo tiempo. En definitiva, ésa es la razón que nos ha traído aquí, Konrad: dejar claros nuestros intereses.

—¡Santo cielo! —exclamó Hart—. ¿Cortar por lo sano? ¿Usted ha visto bien al tipo? No creo que sea de los que se toman a la ligera una ingerencia.

—¿Y usted opina que yo sí? —respondió Drexler. Miró de nuevo a Greta—. A mí no me asusta un puñado de devoradores de pescado. No me asusta llevar a cabo mi misión.

Greta les observaba algo indecisa.

—¿Cuál es su plan?

—Muy sencillo. Colocar nuestro barco entre el suyo y las ballenas. A usted, en un bote, tomando muestras del krill, observando el comportamiento, lo que le plazca. ¿O es que no hemos venido aquí con un objetivo científico?

—Me parece algo arriesgado —intervino Hart.

—La historia nos enseña que lo arriesgado es la pasividad.

El piloto miró a Greta, esperando oír un no.

—Realmente quiero ver las ballenas —respondió ella con cierta vacilación, sin dejar de mirar a sus compañeros alemanes.

Hart agitó la cabeza.

—Pero si los noruegos...

—Deseo que el tiempo empleado aquí sea útil —dijo ella—. Jürgen tiene razón.

Hart se mordió los labios, exasperado ante la decisión de ella, aunque consciente por su actitud de que allí el extranjero era él.

—De acuerdo. La expedición es suya. Drexler hizo un gesto afirmativo.

—Exactamente. —Se volvió hacia Heiden adoptando un aire autoritario—: Disponga el rumbo ahora mismo. El capitán asintió con gesto breve, aunque poco convencido.

—Lo que usted diga.

Empezó a lanzar órdenes. El barco inició el giro y aumentó la velocidad. A Hart le sorprendió la consideración en que tenían al enlace político.

—Mejor será apresurarnos —dijo Feder—. La presión barométrica está descendiendo. Una amenaza de mal tiempo.

—¿Llegaremos allí a tiempo, Jürgen? —preguntó Greta.

—Es bastante tarde. Haré lo que esté en mi mano. —Colocó una regla sobre el mapa y luego miró a los pilotos—. Mucha vista, Reinhard. Lo mismo le digo, Hart. De todas formas ahora les sugiero que pasen a la cocina. Nosotros tenemos trabajo aquí arriba, debemos aclararnos sobre la nueva situación.

Los dos se retiraron hacia la escalera de cámara.

—¿No le ha parecido algo atrevido? —preguntó Hart—. Yo creía que estaba como asesor. De pronto le he visto actuar como un almirante.

—Se trata de una cuestión de soberanía, Owen —replicó el piloto alemán—. Cuando entra en juego la política del Reich, obedecemos a nuestro superior de las SS.

CAPÍTULO

11

Un reguero de sangre resbalaba por el ballenero noruego.

Era ya tarde, el sol descendía en una helada neblina y el viento empezaba a arreciar. El Schwabenland se balanceaba, inestable, en las crecientes olas; Hart sentía un cierto mareo apoyado en la barandilla, contemplando el animal muerto que arrastraba el Aurora Australis. Habían inyectado aire comprimido en el cuerpo de la ballena para mantenerla a flote, y su cola ascendía y descendía entre las olas con un lúgubre ritmo, dejando tras de sí una estela de color escarlata. Jansen había atacado al grupo. En aquellos momentos, un bote clavaba una bandera al cetáceo y los noruegos soltaban la ballena a la deriva para recuperarla más tarde. El barco dejaba una estela mayor al acelerar en persecución de las supervivientes. En dirección hacia el objetivo de Greta Heinz.

Hart había salido a cubierta después de otro frustrante contacto en el puente. Los noruegos y los alemanes habían llegado al lugar casi al mismo tiempo; Jansen efectuó un viraje para cazar un ejemplar situado en el extremo. Mientras lo alemanes reducían la marcha, dejándose llevar por la corriente mientras decidían qué hacer, el arpón noruego perforaba la presa con un sonido claramente audible al otro lado de helado mar. Drexler observaba el panorama con tristeza, calculando mentalmente hasta qué punto aguantaría la situación.

—¿Hemos llegado tarde? —preguntó Feder. Como respuesta, las ballenas pasaron junto al barco alema como si instintivamente buscaran refugio, agitando el agua al salir a la superficie. De pronto el Schwabenland se interpuso entre el cazador y su presa.

—Por lo que parece, no —determinó Drexler. Cogió la radio—: Aquí el Schwabenland llamando al Aurora Australis. Estamos llevando a cabo una investigación científica de este grupo de ballenas y su caza nos la está entorpeciendo. Les rogamos que abandonen inmediatamente el lugar.

—Lo siento, amigos míos —resonó la voz de Sigvald Jansen—. Nosotros llegamos primero.

Drexler reflexionó un momento.

—Se encuentran ustedes ahora mismo en aguas territoriales alemanas por derecho de exploración y reclamación formal —dijo a modo de tanteo.

—¡Vaya! Pues nosotros sólo acatamos las normas internacionales. ¿Nunca ha

oído decir que el mar no tiene dueño? —Jansen desconectó, haciendo caso omiso a cualquier otra llamada.

Los alemanes se miraron entre sí.

—¿Sabe exactamente qué tipo de estudio biológico quiere llevar a cabo, Greta? —preguntó Heiden.

—Sacar muestras de krill y observar el comportamiento de las ballenas desde la lancha motora. ¿Podría acercarme hasta allí algún marinero?

—Creo que sí.

Hart había subido desde la cocina, pues le inquietaba la idea de dejar a Greta en el mar.

—Reflexionemos sobre la cuestión —advirtió de nuevo—. ¿Va a dejarla ahí en un bote desprotegido mientras el tal Sigvald Jansen dispara su arpón?

—Sólo para dejar claro que estamos llevando a cabo una investigación científica legal —replicó Drexler con cierto tono despectivo—. No corre ningún peligro, Hart, y se lo digo por si ha aflorado de nuevo en usted su famosa prudencia. Nos limitamos a afirmar nuestra legítima soberanía sobre ese grupo.

—Me preocupa ella, no nosotros. Es Greta quien corre peligro.

—Todo va bien, Owen —le aseguró Greta—. Las ballenas son mansas.

—Pero no el ballenero. ¿Y si se produce un enfrentamiento?

—Lo ganaremos y los devoradores de pescado tendrán que volver a casa —dijo Drexler. Y dirigiéndose a Greta añadió—: No escuche a Hart. Los balleneros no se acercarán a usted ni a sus ballenas. Estoy convencido de que al vernos aquí se conformarán con su única presa y volverán al barco factoría. De no ser así, les obligaremos a alejarse con el Schwabenland. Nuestro barco tiene el doble de volumen que el suyo.

—Sigo opinando que se trata de un enfrentamiento innecesario —insistió el piloto.

—Y yo opino que le contratamos a usted para que nos proporcionara asesoramiento técnico, no para que manifestara su opinión —replicó Drexler. Se volvió de nuevo hacia la bióloga—: La decisión es suya, Greta...

Ella miraba las ballenas y su expresión iba adquiriendo resolución.

—Voy a ir. He venido a la Antártida para hacer este tipo de observaciones. Lo que no quiero es que haya pelea.

—Lo importante en realidad es evitar futuras peleas, dejando clara nuestra posición.

—No existe ninguna necesidad para ello, Greta —se aventuró Hart.

—Nos hemos mantenido pegados a la costa llevando a cabo su exploración aérea, Owen —respondió ella—. Usted ha tenido su oportunidad, y ésta es la mía. —Se dirigió hacia Drexler—: Voy a buscar mis redes.

Hart observó con tristeza cómo se marchaba.

—Su bravuconería puede poner en peligro a esa mujer.

—Eso sería si usted con su timidez me impide protegerla de dicho peligro. Si le molestan nuestras decisiones, ¿por qué no se va del puente?

En aquellos momentos Greta y la lancha no eran más que un puntúo que seguía los efímeros chorros que surgían del hielo. Sigvald Jansen, no satisfecho ni mucho menos con una sola ballena, seguía en la misma dirección.

El Schwabenland empezó a cobrar velocidad por su lado, sorteando algunos icebergs en su intento de mantener una barrera. Hart se encontró solo en la cubierta. Los soldados especializados en montañismo se mantenían ocultos y la tripulación estaba atareada en la maniobra del barco. Le inquietaba encontrarse tan cerca de los icebergs, cincelados en formas de castillos barrocos por el sol y el viento. Algunos mostraban sus afiladas puntas; otros, minados por cuevas, más bien parecían construcciones a base de arcos y contrafuertes. Bajo el cubierto cielo se veían opacos y mates, emergiendo del mar como una latente amenaza.

Fritz se acercó a la barandilla con un termo y Hart notó el aroma a café.

—Por lo que veo, hemos dado un rodeo —dijo el alemán.

—Más bien un desacertado giro. —Hart aceptó una taza—. Drexler pretende reclamar la soberanía de las ballenas, así como la del continente; por ello hemos iniciado la captura. Y si los noruegos tienen algún parecido con los habitantes de Alaska, se desatará una batalla cuando intentemos interponer el Schwabenland entre Sigvald Jansen y sus ballenas.

—Se lo merece. —No quedó claro a quién se refería Fritz.

—Mientras tanto, y gracias a la demencia de nuestro enlace político, la única mujer que uno puede encontrar a mil millas a la redonda se encuentra ahí, en un bote desprotegido.

—¿Tan loco está? Pues tendrá que rescatar a la mujer.

Hart miró al marinero con expresión amarga.

—¿O sea que esta gran estupidez se reduce a un juego de apareamiento?

—Simplemente se trata de la naturaleza humana al desnudo, Owen.

—¡Casi nada! —El piloto dejó que el vapor del café se fuera proyectando en su rostro—. Según Drexler, Alemania intenta recuperar sus derechos.

—Lo que intenta recuperar Alemania son sus huevos. Sobre todo, un alemán. Opino, Owen, que no tenía usted que haberlo ridiculizado en el avión. Sobre todo delante de Greta.

—Se lo buscó. De no haberse mostrado tan arrogante, con la proeza que intenta ahora, no habría quedado en ridículo.

Fritz miró a Hart detenidamente.

—Todo el mundo y en todas partes intenta poner los huevos sobre la mesa,

¿verdad? Ahí tiene usted la historia de la humanidad.

Hart soltó una carcajada, aunque para sus adentros.

—¡La historia masculina!

Fritz negó con la cabeza.

—La historia de la humanidad.

Al principio pareció que Jansen se daba la vuelta, ya fuera para alejarse de allí o bien para capturar otra ballena en el extremo del grupo. Luego, como si se lo hubiera pensado, el ballenero viró de nuevo, describiendo una especie de arco en la superficie al ir cortando las gélidas olas; un marinero situado en proa intentaba por todos los medios mantener el equilibrio entre las sacudidas. Se dirigía directamente al centro de la manada. De lleno hacia la lancha de Greta.

—¡Aguanta! —exclamó Feder desde el puente—. Va hacia la mujer.

—Cree que vamos a retroceder y huir —dijo Heiden.

—Una estúpida suposición —respondió Drexler—. Que se cree él que vamos a permitirle acercarse a Greta. —Se inclinó para transmitir por medio del interfono conectado a la sala de máquinas—: ¡Adelante, a toda máquina! ¡A toda máquina! ¡Vamos a empujar a esos arrogantes cabrones hasta Noruega!

—¿No corremos el riesgo de colisionar, Jürgen?

—No. —Su tono era frío—. El riesgo lo ha corrido él. Y ahora hay que obligarle a dar la vuelta.

La tajante intrepidez alemana hizo temblar hasta la última cuaderna del barco. Hart se trasladó a proa para observado; mejor; la inmensa potencia de los motores hacía temblar la cubierta bajo sus pies. Un humo negro surgía de la chimenea del Schwabenland mientras Greta y los marineros de la lancha se alejaban rápidamente del lugar. Sin embargo, los balleneros que estaban al acecho parecían no preocuparse por la aproximación del buque alemán.

Hart echó una mirada al puente. Allí vio a Drexler tras el cristal, con gesto resuelto; sus ojos reflejaban el cálculo mental de su rumbo. Heiden quedaba más borroso, a la sombra, observando desde su asiento. Al otro lado del mar, la lancha de Greta se alejaba de las ballenas.

El piloto volvió la vista hacia adelante. Uno u otro barco tenía que ceder. No habría más remedio. Los marineros noruegos empezaron a aparecer en la barandilla del ballenero, agitando los brazos o los puños, exigiendo a los alemanes que se apartaran. El Schwabenland, sin embargo, no vaciló ni un solo instante: avanzaba como un ariete. El ballenero se veía más cerca cada vez, se distinguía mejor la tripulación, sus expresiones distorsionadas por la rabia y el temor; el arponero, que parecía inquieto por dar en el blanco, mostró su alarma al ver el otro buque, treinta metros más largo que el suyo. Las aguas que separaban las dos embarcaciones se

fueron reduciendo, adquiriendo primero las dimensiones de un lago, luego de una charca y más tarde de un canal. Hart distinguía perfectamente los hilillos de herrumbre en el Aurora Australis, el desagüe de la cubierta manchado de sangre. «¡Alabado sea Dios!». Se agarró a la cadena del ancla para no perder el equilibrio.

Al fin, Jansen efectuó un rápido viraje.

Era demasiado tarde para evitar el choque, pero de esta forma el golpe tuvo menos fuerza. El ballenero ascendió hasta ocupar todo el campo de visión de Hart, y seguidamente él mismo oyó un estrepitoso eco y un chirrido metálico en el instante en que los dos cascos toparon. A pesar de estar agarrado a la cadena, la sacudida arrojó al piloto hacia atrás. El chasquido parecía eterno, la proa del ballenero iba resbalando sobre el costado del gran buque de investigación, y los noruegos, empujados, fueron perdiendo el rumbo. Poco después, ya alejados uno del otro, el Aurora Australis siguió lentamente su curso balanceándose; el arponero al parecer se había golpeado.

Se oyeron gritos de victoria en el puente alemán. El Schwabenland inició la maniobra de giro para recoger a Greta, quien levantaba el brazo desesperada. Parecía que el ballenero se retiraba.

Hart, enojadísimo, subió corriendo la escalera exterior para ir al puente.

Drexler se encontraba atareado en la radio, pero levantó la vista hacia el americano con aire irritado. Por el altavoz se oían las maldiciones de Jansen, hecho una furia:

—¡Jodidos teutones! —rugía el noruego—. ¡Fijaos qué habéis hecho con mi barco, nazis, cabrones!

Los alemanes, con gesto instintivo, se volvieron para comprobarlo. El ballenero tenía la proa algo estrujada, el costado del casco, abollado, las planchas se veían onduladas en la mortecina luz. Las rascadas habían dejado unas rayas cuyos tonos iban desde el desnudo metal al rojo de la capa base, pasando por el verde de la pintura del casco del Schwabenland.

—¡Eso ha sido una locura! —gritó Hart.

—¡Silencio! —replicó Heiden, poco dispuesto a aceptar una crítica. Parecía que sus rasgos prusianos hubieran sido tallados en piedra, que su voz hubiera nacido en el gélido altiplano polar.

—Capitán, por el amor de Dios...

—¡Basta!

Por la radio se oía a Jansen, como agarrotado.

—¡Vaya locos cabeza de salchicha! —chillaba—. ¡Lo vais a pagar, pagaréis hasta el último maldito *pfennig*, y Oslo se ocupara de que vuestros jefes os pongan a buen recaudo! Llevo veinte años navegando y en mi vida había visto algo tan monstruoso, peligroso, arrogante...

Drexler le cortó:

—Fue su proa la que chocó contra nuestro costado, capitán —replicó—. Un barco comercial interfiere una misión de investigación científica, intenta avanzar a toda costa en el grupo de ballenas donde estamos realizando pruebas...

—Esto es una violación de todas las normas de navegación...

—Vamos a cursar una queja diplomática por faenar en aguas territoriales alemanas, junto al territorio cuya soberanía había reclamado Alemania tal como se les informó en su momento...

—¡Que le den por culo! —la radio dejó de transmitir.

Drexler sonrió con aire triunfal.

—¡Muy bien! La caza de la ballena ha quedado a medias. —Levantó la vista hacia la zona de popa. Estaban ayudando a subir a bordo a Greta—. Y puede que nos hayamos enterado, además, de qué es lo que atrae a esos animales a las heladas aguas. —Suspiró profundamente—. Imagino que no hemos sufrido importantes desperfectos.

Los marineros habían acudido allí a informar.

—Hemos perdido algo de pintura —resumió Heiden.

Greta llegó al puente casi sin aliento, con sus botas e impermeable. Parecía muy asustada.

—Creía que nos limitaríamos a advertirles de que se mantuvieran alejados.

—Eso he intentado —dijo Drexler—. No me ha hecho caso.

—Por el amor de Dios, Jürgen, ¡por un momento creí que iban a hundirse los dos barcos!

—En ningún momento ha habido un serio peligro, ni necesidad de interrumpir la investigación biológica. Todo está en orden. —Se volvió hacia el piloto—: En cuanto a usted, Hart, tengo que recordarle de nuevo que se le contrató como asesor aéreo, que es usted ciudadano estadounidense y no tiene voz ni voto ni ningún derecho a emitir un comentario sobre el funcionamiento del barco. Le dije además que se marchara del puente.

Sin embargo, el estadounidense no le escuchaba. Miraba a través de los ventanales laterales del puente el ballenero noruego.

—No se ha rendido —dijo en voz baja.

En efecto, el Aurora Australis estaba cambiando su rumbo, dirigiéndose hacia las ballenas, que retrocedían, levantando de nuevo la proa. Vio perfectamente cómo Jansen, en el puente, liada un gesto obscuro.

—Increíble —dijo Drexler arrugando la frente—. Una obstinación ridícula. De acuerdo, pues. ¡Adelante, a toda máquina!

—No, Jürgen —dijo Greta—. Ya hemos puesto las cosas en su sitio.

El enlace político hizo caso omiso al comentario y cogió el interfono de la sala de

máquinas.

—¡Deprisa, maldita sea! ¡He ordenado acelerar!

—Ya ha hecho el gesto adecuado, Jürgen...

—¡Basta! —Ya era tarde para volverse atrás. Greta parecía conmocionada. Él inspiró profundamente para controlar sus emociones—. Por favor, Greta, ya va siendo hora de que reclamemos la soberanía de estas aguas y cumplamos con el deber que nos asignó el ministro del Reich. A mí no me asustan unos malditos balleneros. Lo solucionaremos ahora y nos olvidaremos del asunto.

—Jürgen... —suplicó ella.

—Capitán, ponga rumbo hacia él, vamos a detenerlo —ordenó—. Hart, salga de aquí.

El piloto volvió a proa con los dientes apretados. Todos estaban locos, como había dicho Fritz. No le vio por allí, pero sí a los pilotos alemanes, Lambert y Kauffman, que se unieron a él como espectadores. Esta vez los dos barcos seguían cursos casi paralelos, el Schwabenland avanzaba oblicuamente hacia el ballenero noruego, y la espuma de las ballenas formaba una especie de telaraña en medio del oleaje de las embarcaciones. El cielo seguía oscureciéndose y el horizonte se perfilaba cada vez menos. «Nieve», se dijo Hart.

El barco alemán ponía todo su empeño en cerrar el paso al Aurora Australis. Otra vez se redujo la extensión de agua entre ellos, aunque en esta ocasión con más lentitud. Hart vio otra vez al arponero y se fijó en que el costado deteriorado de la embarcación estaba del otro lado. Como en una pesadilla que se repite, nada parecía haber cambiado; estaban destinados a chocar de nuevo.

Apareció entonces Jansen en el extremo del puente, como un inmenso cuervo negro, con el impermeable aleteando en el viento. Levantaba las manos en señal de advertencia. Llevaba un arma, un rifle o una escopeta.

Hart dirigió la mirada hacia el puente. Greta se había marchado. Drexler parecía tranquilo, observando al noruego con expresión desdeñosa.

Las dos embarcaciones se fueron acercando, las negras y espumosas aguas que les separaban recordaban a un rápido. Estaba claro que iban a chocar otra vez. Jansen apuntó.

—¡Al suelo! —gritó Hart, abalanzándose sobre Kauffman. Se oyó una ráfaga que recordó el sonido del granizo, el viento les llevó el estallido, de modo que les llegó más tarde que los proyectiles. El noruego había disparado.

Lambert cayó sobre ellos gritando.

—¡Mierda! ¡Maldita sea! ¡Maldición, maldición, maldición!

Le habían herido. Vio unas gotas de sangre en la cubierta y también unos agujeros rojos en la parka del piloto.

Hart se incorporó de un salto. El espacio entre los barcos se iba ensanchando; por fin el Schwabenland emprendía el viraje. El enloquecido noruego disparó de nuevo, esta vez hacia el puente. Hart no vio a nadie ahí arriba y supuso que se habían agachado. Otros proyectiles dieron contra el acero.

—¡Cielo santo, cómo duele! —se lamentaba Lambert.

Se produjo entonces un estallido más profundo, seguido de otros más. Habían salido los del grupo de las SS con carabinas semiautomáticas y estaban respondiendo al ataque. Los noruegos se habían dispersado; Jansen, agazapado en el puente, los demás, esparcidos por la cubierta, ya fuera porque les habían herido o para cubrirse.

—¡Que el señor nos ayude! —murmuró Hart.

Drexler y Jansen habían iniciado la guerra.

—¡Écheme una mano, Owen!

Era Kauffman. El piloto alemán pretendía llevar a su amigo herido abajo. Con un gesto de asentimiento, Hart cogió a Lambert por las piernas, al tiempo que Kauffman lo sostenía por los hombros, y lo llevaron hacia la escotilla. Iban oyendo los disparos que chocaban contra el Schwabenland: los noruegos respondían al ataque, probablemente utilizando rifles de caza. Sin querer, los dos pilotos hicieron rozar el hombro de Lambert contra la protección de la escotilla mientras lo arrastraban, y él soltó un grito de dolor.

—¡Dejadme ir solo hasta la enfermería, inútiles! No estoy tan mal, a menos que me rematéis entre todos...

Lo soltaron con cuidado.

—Lo siento, Siegfried —dijo Kauffman respirando con dificultad—. Esto no estaba previsto.

—Y ahora me tocará vérmelas con ese animal de Schmidt. Para colmo...

La escalera de cámara retumbaba bajo los pasos de Drexler, sofocado, nervioso.

—¡Ustedes dos! —gritó a Kauffman y a Hart—. ¡A los aviones! ¡Cojan el que no tiene la radio averiada! Vamos a aprovecharnos de la ventaja que tenemos. ¡Recojan a una parte de la tropa y a ver si acabamos con esto de una vez por todas!

—¿Cómo? —preguntó Kauffman.

—Disponemos de granadas y de explosivos. ¡Vamos a atacarles por mar y aire y acabar con la historia antes de que hieran a otro alemán!

Hart soltó un bufido.

—¿Pretende bombardearles, Jürgen? Por el amor de Dios, dejemos las cosas como están antes de que alguien...

—¡Silencio! ¡Otra palabra más y ordeno que le echen por la borda! Si su cobardía le impide participar en esto, ¡váyase abajo!

—Que se cree usted que yo voy a bombardear...

—Perfecto. Retírese. ¡Usted! —señaló a Kauffman con el dedo—: Caliente los

motores del avión. Es una orden. Kauffman se había puesto pálido.

—Owen tiene razón, Jürgen...

—¡Ahora mismo, maldita sea! Ellos han disparado primero. ¡Están como cencerros! ¡Locos de atar! ¿Qué quiere, que disparen contra más tripulantes?

Kauffman se mordió el labio, angustiadísimo.

—¿Es una orden?

—¡Procedente de la autoridad de Hermann Goering y de las SS!

—La quiero por escrito.

—¡Se la tallaré en piedra! ¡Vamos, enseguida!

El otro asintió de mala gana.

—De acuerdo.

—Vaya a la parte de estribor por si efectúan más disparos. Ya le cubrirán.

—A la orden, mayor. —Se dirigió hacia el avión. Drexler volvió de un salto al puente.

Hart acompañó a Lambert a la enfermería y luego permaneció en el interior del barco, sin saber qué hacer. Primero el Schwabenland se inclinó hacia un lado, luego hacia el otro, virando en su danza con los noruegos. Estaba harto de que le llamaran cobarde. Decidió acercarse a la zona de popa, donde se encontraban las lanzaderas. Las hélices del Passat giraban ya y el Aurora Australis se aproximaba de nuevo a ellos. Hart se acercó a la escotilla del avión y entró en él. Miró hacia abajo, hacia el fuselaje a oscuras, y vio a cuatro soldados agazapados cogiendo granadas de mano. Uno de ellos llevaba una pistola ametralladora. «Todo el mundo se ha vuelto loco», pensó. Kauffman revisaba el instrumental en la cabina.

—Iré de copiloto, Reinhard —se le ofreció Hart resuelto—. No puedo tolerar que se quede solo en una acción tan disparatada.

El alemán le miró negando con la cabeza.

—No, salga del avión, Owen. Le agradezco el gesto, pero es mejor que viva la experiencia uno solo. Con un poco de suerte, acabaré rápido y conseguiré que se alejen.

—Si disparan y le hieren...

—Imposible. No tienen más que unos pocos rifles. Salga.

—No pienso moverme. ¡Maldita sea!

—¡Salga ahora mismo! ¡Vamos! ¡Mire, se están acercando, tengo que despegar! ¡Por favor!

Hart miró hacia afuera. El ballenero se aproximaba con aire amenazador. Resonaban los disparos. «¿Qué demonios hace Jansen?», pensó. Vaciló un instante más.

—Muy bien.

«Al demonio con todo. Que los alemanes hagan su guerra».

Hart saltó del avión y un marinero cerró de golpe la escotilla. El motor rugió y el avión se estremeció, dispuesto a salir. Hart se apartó hacia el Bóreas. Kauffman miró hacia el exterior y con una decidida sonrisa levantó el pulgar hacia él. Un poco más allá, Hart vio el amenazador casco del Aurora Australis. Un miembro de la tripulación se dispuso a accionar la catapulta.

Antes del despegue se oyó otro estrépito seguido de una explosión.

La cabina del Passat se hizo añicos; una nube de piezas de metal se esparció por la cubierta de popa del barco alemán. A Hart le llegaron salpicaduras de sangre. Acto seguido, el ballenero efectuó un profundo viraje para alejarse, ladeado; una cuerda se extendía desde la proa del noruego hasta la cabina hecha añicos del avión.

—¡Válgame Dios!

El hidroavión había sido alcanzado por el arpón cargado de explosivos del ballenero. Los rebordes de su cabezal habían quedado alojados en los restos de la cabina del Dornier. Reinhard Kauffman había muerto; sus restos se esparcieron sobre Hart y los atónitos marineros. En el interior, los del grupo especial gritaban mientras el avión se iba inclinando. Saltó un soldado, luego otro.

El Passat se desprendió de la lanzadera, un ala golpeó contra uno de los costados del Schwabenland. Quedó un instante como encallado; luego se ladeó con inseguridad y seguidamente perdió el equilibrio. Se había roto la cuerda del arpón, pero la presión había bastado. El avión cayó al mar con un ruido sordo.

—¡Hombres al agua! —el grito resonó por todo el barco.

Los marineros se apresuraron a arrojar salvavidas hacia el hidroavión destruido. Los motores del Schwabenland redujeron la marcha y el buque inició un giro cerrado. Los dos soldados que quedaban a bordo saltaron al mar, y nadando, se situaron sobre el ala.

—¡Bote salvavidas! ¡Bote salvavidas!

El aparato empezó a hundirse. El descuartizado hidroavión se iba llenando de agua y los del grupo especial se hundían con él; el ala destacaba su tono azul al descender en las frías aguas. El bote salvavidas cayó al agua ruidosamente y llegó a los soldados en el preciso instante en que el avión desaparecía de la superficie, aún con aspecto de estar volando desde las profundidades. Subieron a los hombres a bordo, ya medio muertos a causa del frío, con la ropa cubierta de hielo.

Entonces, con un fuerte estruendo, desencadenando una nube de blanco vapor, un miembro de la tripulación soltó la presión del aire de la lanzadera de babor. Ya no servía para nada.

CAPÍTULO 12

El Aurora Australis huía y Hart dio por supuesto que los alemanes se lo permitirían. Drexler apareció corriendo en la zona de popa después del disparo de los noruegos, fuera de sí por la frustración. Se detuvo a observar el caos sin acabárselo de creer.

—¿Qué ha ocurrido?

—Nos han arponeado —respondió uno de los marineros. Drexler contempló la popa manchada de sangre del ballenero, que se batía en retirada.

—¿Quién ha resultado herido?

—Dos de los soldados han estado a punto de ahogarse. Reinhard ha muerto. —El tono del marinero era inexpresivo, helado por la conmoción.

La mirada de Drexler iba de un lado a otro con gran nerviosismo.

—¿Qué hay del otro avión?

Nadie le respondió.

—¿Quién puede pilotarlo?

De nuevo no hubo respuesta. Su mirada pasó otra vez de uno a otro, y finalmente se detuvo en Hart.

El piloto se la mantuvo con aire impertérrito. Una mirada que lo decía todo y más. Se había acabado el pilotaje por el momento.

—¡Maldito criminal! —murmuró Drexler. Luego se dio la vuelta y se dirigió corriendo hacia el puente.

Mientras observaba al alemán, Hart se dio cuenta de que estaba temblando. Reinhard Kauffman, sin querer, le había salvado la vida al echarlo del avión. No obstante, ¿qué destino le aguardaba, ahora que Drexler había desencadenado un incidente internacional capaz de eclipsar todo logro alcanzado por la expedición?

A partir del movimiento del barco en las altas olas, el piloto dedujo que estaban ganando velocidad. El viento era cada vez más frío. Permaneció allí a la espera. La popa había quedado desierta momentáneamente, pero detectó un alboroto en la zona de proa. Los soldados de las SS estaban amontonando las cajas y material diverso para formar una barricada, al tiempo que disponían armas detrás de ésta. El escalofrío de Hart se intensificó. Con el cuerpo entumecido, subió a la lanzadera para obtener una mejor perspectiva. El barco avanzaba a toda máquina hacia el sur por entre un archipiélago de icebergs a la caza aún del Aurora Australis, con la popa levantada como un señuelo. A medida que el viento arreciaba, el horizonte se iba desdibujando.

Se avecinaba la tormenta anunciada por Feder.

«La gota que colma el vaso». Hart se dirigió de nuevo al puente. En dos puntos distintos detectó agujeros de bala. Las vainas de latón rodaban y tintineaban en la inclinada cubierta como juguetes desparramados. ¡La locura!

El puente se había convertido en un agradable y cálido refugio, pero Drexler se abalanzó inmediatamente hacia él:

—¡Le dije que se mantuviera fuera de aquí!

Hart no le hizo caso y se dirigió a Heiden:

—Como miembro de la expedición, con experiencia en aguas antárticas, capitán, protesto por la velocidad y el rumbo que seguimos. Con el hielo y las condiciones atmosféricas actuales está poniendo en peligro nuestra seguridad.

—¡Váyase abajo, Hart!

—¿Capitán?

Heiden guardaba silencio.

—Usted sabe que estoy en lo cierto, capitán. Usted ha estado en el Ártico. O pregúnteselo a Feder. Es arriesgado.

El espacio entre los dos barcos se iba estrechando poco a poco. Un iceberg del tamaño de una manzana de casas se deslizaba por la parte de babor; su parte sumergida tenía el aspecto de un queso azul hinchado.

—Estamos persiguiendo a un criminal, Hart —dijo Drexler—. Un barco que ha matado a uno de los nuestros. Que ha destrozado uno de nuestros aviones.

—Por favor, capitán Heiden...

Al fin, Heiden se volvió en su asiento para dirigirse al piloto:

—No podemos dejarlo así. En fin, estamos acabados.

—¡Siempre es mejor que hundirse!

—No es verdad. —Heiden estaba resignado—. Las cosas han ido demasiado lejos, Hart. Lo alcanzaremos en media hora.

—Pero ¿qué haremos si lo cogemos?

—No lo sé. —Con la cabeza señaló hacia Drexler.

El enlace político se giró, centrado en la popa del ballenero. Un témpano de hielo golpeaba el casco del barco, tañendo como una campana.

—El barómetro sigue bajando —dijo Feder con aire grave, rompiendo el silencio—. Está oscureciendo.

Hart echó una ojeada al entorno. Los alemanes apartaron la vista. Ante ellos, el Aurora Australis quedaba oculto entre la fría niebla. Los copos de nieve se iban amontonando.

Drexler se acercó al interfolio.

—¡Debemos acelerar la marcha!

—No tendrá visibilidad, Jürgen —le advirtió Feder.

El enlace asintió.

—Dos hombres en los costados, por si detectan movimiento en el hielo.

Heiden transmitió la orden.

Hart se fijó en que el timonel sudaba.

—Es una locura —insistió el piloto.

Nadie respondió. Se respiraba ira contenida. Drexler, en vez de perder el control del grupo, lo había afianzado. Derrotado, Hart cogió la escalera en dirección a la cocina con sensación de impotencia.

Allí estaba Greta, con una taza de té frente a ella, la mirada fija en la mesa. Hart vaciló un instante y luego se sirvió un café y se dejó caer en la silla situada frente a ella. Alrededor del rostro de la bióloga, su cabellera parecía una cortina; tenía las manos extendidas sobre la mesa y parecía examinarlas por primera vez en su vida.

Levantó la cabeza poco a poco. Tenía los ojos empañados. Parecieron olvidar por un instante lo que podía haberles separado en otro momento.

—En ningún momento he pensado que las investigaciones iban a llevarnos a esto —dijo ella, agitando la cabeza como si no lo pudiera digerir—. Nunca pensé que los hombres podían llegar tan lejos.

Hart dejó que aquellas palabras planearan en el aire. Luego dijo:

—¿Verdad que el viaje ha tenido desde el primer momento un objetivo político y no científico? Ella le miró con firmeza.

—Lo uno y lo otro. No puede separarse de una forma tan tajante: sería ingenuo pensar lo contrario. Todo lo que hacemos los humanos se complica con las relaciones entre nosotros. Justamente eso es lo que me molestó tanto en la playa, que usted identificara ese factor en relación con mi presencia a bordo. No niego que Jürgen tuviera un papel decisivo. No niego que estoy aquí por él, que soy yo quien está a bordo y no otro biólogo. Pero eso no implica que sepa qué debo sentir, cómo he de comportarme, qué pauta utilizar para juzgarme a mí misma. Cuál es el papel que he tenido en realidad.

Hart notó una punzada de dolor. Se estaba acusando a sí misma.

—Usted no es responsable de los actos de Jürgen Drexler. Ni de los de Sigvald Jansen.

—Lo soy de los míos.

El puso la mano sobre las de ella. Notó el frío tacto; la de Hart era mucho mayor, cubría las suyas como una manta. Greta no movió ni un dedo.

—Haremos todo lo posible para seguir adelante —dijo él—. ¡Qué suerte tienen los que saben rezar! Un amigo mío creía en un ángel que puede posarse en tu hombro.

A ella le hizo gracia.

—Se parece a lo que contaban mis monjas. —Por un instante, los pensamientos

de Greta se fueron muy lejos, pero enseguida volvió a embargarle la tristeza—. De todas formas, ya no buscamos la magia; al parecer, vamos en busca de los recursos. —Pronunció la última palabra con amargura—. Ya no tengo interés en ayudar a Alemania en la caza de ballenas, Owen.

El le cogió la mano, apretó los dedos contra su palma y quedó admirado por la delicadeza de ésta. Movi6 la cabeza.

—Ya no tendr6 que hacerlo. Creo que acabamos de poner punto final a ello...

No obstante, la frase qued6 cortada por un estruendo tan intenso que tuvieron la sensaci6n de encontrarse en el interior de un tambor. Se vieron arrojados de sus respectivos asientos y empujados hacia la cubierta entre un alud de cacharros y piezas de vajilla hecha pedazos. Oyeron un horripilante chirrido de metal tronchado. Luego se apagaron las luces.

Greta le busc6 a tientas en la oscuridad.

—¿Qu6 ha ocurrido?

—Hielo, imagino. Han jugado y han perdido. —Hart oía gritos entremezclados, pasos apresurados, escotillas que se cerraban. Tal vez tambi6n agua entrando a chorro; o a lo mejor lo imaginaba. Intent6 incorporarse a duras penas; la inclinaci6n de la cubierta a6n no era excesivamente peligrosa—. ¿Se encuentra bien? —Se dio cuenta de que una tenue luz se filtraba a6n a trav6s de los ojos de buey de la cocina.

—Creo que s6. Siento dolor, pero creo que s6. —Ella tambi6n se incorpor6, agarr6ndose al jersey de Hart—. Lo siento. Estoy muy asustada.

—Yo tambi6n. Nos encontramos muy lejos para pedir ayuda.

Le costaba apartarse de ella, pero con gran suavidad le retir6 las manos y se puso de pie. De camino hacia el ojo de buey resbal6 a causa de unos trozos de loza desparramados. Ante sus ojos, un muro de hielo. El barco gemía en su movimiento ascendente y descendente, torpemente abrazado al iceberg, mientras el hielo abría una brecha cada vez m6s ancha en el casco.

El piloto volvi6 hacia donde estaba Greta y la ayud6 a levantarse. Aquel contacto de sus manos tuvo algo de el6ctrico, de sensual, algo parecido al acto sexual. Hart not6 que se le aceleraba el pulso. «Como un colegial», pens6.

—Intentemos llegar hasta el puente.

Él pas6 delante por la escalera de c6mara, oyendo todavía el crujido del metal rasgado y el golpeteo de los restos que chocaban contra todo mientras el barco se balanceaba. Las luces parpadearon una vez y otra m6s, y finalmente se encendieron. Ante ellos apareci6 un marinero y Greta solt6 la mano de Hart como si le quemara. Entonces 6l not6 el tranquilizador sonido del motor. Le pareci6 que iniciaba la marcha atr6s con la intenci6n de apartarse del hielo.

Los responsables de la expedici6n se habían agrupado alrededor del tim6n. Los marineros seguían gritando; algunas voces sonaban m6s estridentes de lo normal. El

iceberg se había ido apartando y el Schwabenland retrocedía con un vaivén, inclinándose hacia estribor, por el costado en que había recibido el golpe.

Drexler y Heiden ni siquiera levantaron la vista.

—¿Qué problema se ha presentado? —preguntó en voz baja a Feder.

—Hemos oído el oleaje, pero no nos ha dado tiempo a parar; íbamos demasiado deprisa. Según el capitán, el iceberg tenía una punta que se nos ha clavado por debajo de la franja protectora de acero en la línea de flotación; se ha inundado la parte inferior. Donde se encuentran los bidones de flotación. Hemos cerrado herméticamente las escotillas, pero los bidones siguen golpeando la parte inferior. Mal asunto.

Hart le escuchaba. Incluso desde el puente oía el sordo y rítmico tamborileo de los elementos de flotación, moviéndose al ritmo de las olas.

Apareció Schmidt procedente de la enfermería, nervioso, alterado.

—¿Transmitimos un SOS?

Drexler soltó una amarga carcajada.

—¿A quién, ahí abajo?

—A los noruegos, imagino.

—Creerán que es un truco. Por otro lado, no les pediría ayuda a esos cabrones hasta estar con el agua al cuello. La situación no es tan desesperada. No estamos zozobrando.

—Si ellos continúan avanzando... —Schmidt dejó caer la idea.

—Ellos continúan avanzando. —Jürgen clavó la vista en Greta y luego bajó la mirada, consciente de que la bravuconería había llegado demasiado lejos. Ella se esforzaba por contener las lágrimas.

El piloto permaneció en silencio. No tenía necesidad de decir nada.

—Así pues, ¿cuál es su plan? —El tono de Schmidt era apremiante. El médico no se dejaba apartar de su idea. Curiosamente, Drexler permanecía en silencio. Fue Heiden quien intervino:

—Si somos capaces de navegar, podemos poner rumbo hacia un lugar donde reparen el barco. Hacia Ciudad del Cabo, Montevideo o incluso las Malvinas. Pero será imposible permanecer mucho tiempo en alta mar rodeados de tanto hielo. Necesitamos un refugio rápidamente. La costa, una isla: un lugar donde podamos hacer algún remiendo provisional. De lo contrario, corremos el riesgo de que se nos abra el casco.

—¡Qué maravilla! —exclamó Schmidt en tono mordaz.

—Puerto Hamburgo —apuntó Feder—. El primer puerto donde hicimos escala...

—Demasiado lejos —dijo Heiden—. Nos metemos demasiado en el hielo. El continente, si no hay más remedio, aunque el riesgo sería menor en una isla más al norte, teniendo en cuenta lo avanzado de la estación. Menos hielo.

Feder inclinó la cabeza sobre un mapa casi todo en blanco.

—En general, esas aguas están por explorar...

Greta cerró los ojos.

—El avión. —Era Drexler.

—¿Sí? —dijo Heiden.

—El Bóreas. Seguimos disponiendo de un avión. Vamos a utilizarlo para encontrar refugio. El capitán negó con la cabeza.

—Tenemos un piloto muerto, otro herido. El barómetro sigue bajando. Es de noche. Aunque fuéramos capaces de levantar el vuelo, no creo que pudiéramos volar con este tiempo, ni sé si seríamos capaces de recuperarlo. ¿Podría aterrizar en ese hielo? ¿En ese mar? Lo dudo.

Durante un rato reinó el silencio. Se oía el eco del griterío de los marineros en el puente.

—Podría aterrizar en el puerto —apuntó Hart, y enseguida se arrepintió de la decisión.

Heiden se volvió hacia él.

—¿Qué sacaríamos con ello?

—Localizo un puerto, les comunico dónde está, aterrizo y les espero.

—La radio no funciona.

—Lanzaré la dirección, o las coordenadas, al barco. No sería la primera vez. Drexler lo miró con suspicacia.

—Sólo veo un inconveniente —dijo Schmidt—. ¿Y si, con esta tormenta, no encuentra un puerto? Tendrá que intentar aterrizar en pleno hielo del océano. Puede que lo consiga o tal vez no.

Hart asintió.

—Ése es, en efecto, el inconveniente. Greta le miró inquieta.

—Tiene que existir otra salida. El piloto miró a Drexler.

—Por desgracia, no existe. Heiden consideró la cuestión:

—Es la mejor apuesta, si tenemos en cuenta el bien de la tripulación.

—¿Cómo sabemos que no va aterrizar con los noruegos? —dijo Drexler. Hart se echó a reír.

—Ya han arponeado uno de los aviones. ¿Usted cree que voy a ponerme a tiro? Así ha muerto Reinhard. No ha sido nada agradable. —Miró con dureza al alemán—. Por otra parte, dejaré amigos a bordo del Schwabenland. —Hizo un gesto señalando a Greta.

—Dispondrá de comida de emergencia —dijo Heiden—. Cuerdas y ancla. De todas formas, alguien tendrá que ayudarle en la búsqueda, para lanzar los mensajes, anclar el aparato. Tal vez su amigo Fritz...

Hart movió la cabeza con gesto de asentimiento.

—Si él está de acuerdo...

—No. —Era Drexler, tras un suspiro—. Iré yo. He corrido el riesgo y he perdido. Ahora tengo que conseguir que todos salgamos de aquí. Yo iré con Hart en el avión.

Heiden frunció el ceño.

—Todos sabemos que no le gusta volar, Jürgen...

—Es cierto. Y a Hart tampoco le gusta pilotar con este tiempo. Él va a ir porque debe hacerlo y yo iré porque debo hacerlo. Llevaremos a cabo la búsqueda juntos. Y sobreviviremos o moriremos juntos. —Lanzó una desafiante mirada al americano.

«Eso constituirá una satisfacción —pensó el piloto—. Llevármelo conmigo».

—Juntos —decidió Hart—. En unas horas, el breve crepúsculo veraniego nos proporcionará otra vez luz. Saldremos en cuanto tengamos suficiente visibilidad.

CAPÍTULO 13

El Schwabenland avanzaba pesadamente, cargado con cientos de toneladas de agua del mar. Había descendido unos metros, por unos cuantos ojos de buey entraban los chorros de las olas mayores. La inclinación del barco ladeaba la catapulta: iba a complicarse el despegue. Hart había ordenado a Heiden que describiera un lento arco de popa en cuanto los motores del hidroavión hubieran alcanzado su máxima potencia, para poder decidir sobre la dirección del viento y el estado del hielo en el despegue. Él mismo indicaría al operador de la lanzadera el mejor momento para que la accionara. Nadie había dormido, había demasiada tensión.

Una vez pasado el solsticio, los largos días de enero constituían la tónica del hemisferio sur. Hacia las tres de la madrugada, Hart decidió que tenía visibilidad suficiente para partir. Heiden había dicho que seguiría lentamente la dirección norte tras el despegue para romper el hielo, con lo que el piloto estuvo de acuerdo, comentando que ya les localizaría de nuevo en ruta.

—Mantenga encendidas las luces de posición.

Drexler subió, envarado, al hidroavión, sin mediar palabra.

Hart echó una ojeada a la vacía catapulta que había sostenido el Passat. Habían limpiado la sangre de la cubierta, aunque ninguna ceremonia marcó el fallecimiento de Kauffman. Drexler guardaba un inusual silencio. Permanecía quieto en el asiento del copiloto mirando a través de los cristales, aunque era evidente que veía tan sólo los acontecimientos de las últimas horas.

Hart no quería que su nuevo compañero de vuelo estuviera paralizado.

—Escúcheme, Jürgen, reconozco su valor al decidir emprender el vuelo —dijo el piloto de mala gana mientras comprobaba el instrumental—. Soy consciente de que no le gustan los aviones y de que éste no es un vuelo ideal. Tenga en cuenta, de todas formas, que el Dornier es un aparato resistente, muy resistente. No vamos a tener problemas.

Siguió el silencio y Hart pensó que tal vez Drexler no le había escuchado. Pero por fin el alemán respondió:

—¿De verdad cree que me importa lo que pueda sucederme ahora? Lo único que me preocupa es encontrar un refugio para el Schwabenland. El miedo que pueda sentir o no sentir no cuenta después de mi... error. —Tragó saliva—. He hecho un intento y he fallado. Todo lo que me queda es el deber.

«Lo que me faltaba, el fatalismo romántico», pensó Hart.

—Muy bien. Pero yo aún tengo mi pellejo sano y salvo y usted tiene el deber de ayudarme a conservarlo. De modo que pase página a las bobadas del estoicismo alemán, hágame el favor, e intente ayudarme para que podamos sobrevivir. —Drexler no quiso volver la cabeza para mirarle—. Y si quiere vomitar, hágalo mentalmente. De lo contrario, volverá a casa andando.

Entonces el nazi volvió la cabeza.

—Como se le ocurra empezar con sus malditas acrobacias aéreas, será sobre usted que echaré la vomitona.

Los labios de Hart dibujaron la típica media sonrisa fruto de la tensión.

—Veo que ya ha quedado todo claro. ¡Contacto!

El motor soltó un espasmo, luego un rugido y se puso en marcha. El piloto lo aceleró al máximo y levantó visiblemente el pulgar, gesto al que respondieron los que accionaban la catapulta. La popa empezó a pivotar lentamente y Hart detectó una vía sin hielo en la cual podía posarse si surgía algún problema; las olas se alzaban amenazadoras. Cuando se encontró ya prácticamente centrado, levantó de nuevo el pulgar. Se produjo un impacto, el aparato silbó, pegó una sacudida... y en un instante abandonaron el barco, algo ladeados por la inclinación de la popa, con un ala casi tocando las negras aguas. Acto seguido, se elevó, bordeando un imponente iceberg.

Hart experimentó otra vez la emoción de sentirse libre. Por un momento deseó disponer de suficiente combustible para volver a su país volando.

Habían decidido explorar la zona oriental, ya que el barco aún no la había reconocido. Sólo se planteaba el problema de la visibilidad. Por todas partes se veían nubes altas como torres de las que se desprendían largos y oscuros hilillos de nieve. Sobre el mar, una niebla blanquecina. Hart miró a Drexler. Su piel no había adoptado aquel tono verde, pero comprobó que el alemán seguía agarrado al asiento y al borde de la carlinga. Tamborileó sobre la brújula para llamarle la atención:

—¡Empiece a contar!

Si querían volver a localizar el barco, el enlace político tenía que seguir al detalle la dirección, la velocidad y los vientos para poder determinar a ciegas su situación exacta con relación al Schwabenland. Drexler tragó saliva con un esfuerzo, parpadeó y se inclinó un poco para coger papel y el cronómetro. Empezaba a sudar, pero le dirigió a Hart una mirada que traducía algo de tranquilidad.

El avión chocó contra una bolsa de aire y descendió vertiginosamente. Drexler soltó lo que tenía en la mano y se aferró de nuevo al asiento. El avión volvió a alzarse rebotando y el alemán, mostrando esta vez una expresión decidida, cogió el cuaderno y empezó a escribir. La pluma temblaba levemente pero lo consiguió.

Durante un rato volaron en silencio. Hart se dio cuenta de que, a pesar del frío, él también estaba sudando. Tenían, en efecto, muchas probabilidades de no encontrar

nada y de que los alemanes tuvieran que avanzar a duras penas por las aguas más tempestuosas del planeta en un barco perforado. O lo que es peor: que él y Drexler no consiguieran regresar a bordo, todo lo que veía era un encapotado cielo gris. La situación meteorológica que más temía: el vacío total, sin huella alguna, capaz de tragarse a cualquier avión. Tal vez el inútil enfrentamiento de Drexler había conjurado aquella situación.

—¿Verdad que no nos tiene mucha simpatía?

Sorprendente, la forma en que decidió romper el silencio. El tono del alemán carecía de expresión.

—¿A quiénes?

—A nosotros. A los alemanes. A los nacionalsocialistas. Hart reflexionó un momento.

—Quizá. —Decidió ser franco—. Tal vez sea a usted a quien no le tengo simpatía.

—Eso es evidente. Sé que le ocurre a mucha gente. Yo no soy popular. Me respetan, quizá. Pero, popular, no lo soy. Soy una persona seria, obsesionada por el trabajo, por el partido, por Alemania. Eso, la gente... lo nota. Y no lo entiende. Saben que no soy como ellos... que no me conformo con la mera mediocridad.

Hart lo miró.

—Lo que tiene que hacer es dejar de pretender llevar el mundo sobre sus hombros, Drexler sonrió.

—Claro. Aunque de todas formas, en un momento u otro todos cargamos con lo que no deberíamos, porque se ha convertido en una parte de nosotros mismos, ¿verdad?

Hart soltó un suspiro.

—Todos luchamos contra lo que somos, Jürgen. Pero no creo que eso de abalanzarse contra un barco y entablar una batalla pueda justificarse con la personalidad de uno. Ni que sea la mejor forma de hacer amigos e influir en las personas. Precisamente hace poco ha salido un libro sobre el tema en Estados Unidos. Tal vez debería leerlo.

—¡Ja! ¡Americanos! Obsesionados con la amistad. Con la popularidad. Hasta el punto de que escriben y leen libros sobre el tema. Por otro lado, no creo que usted sea muy popular, Hart.

—Tal vez no he leído el libro.

—Yo diría que no. Me imagino que uno de los puntos incluidos en él será explicar por qué a uno no le tienen simpatía.

—Se diría que es lo que ahora mismo le preocupa a usted.

—Dicho de otra forma, saber si lo que no les gusta soy yo u otra cosa. Los celos. La envidia. El ansia imperiosa de pertenecer a algo.

—¿Pertener a qué?

—Una causa. Un país. Un objetivo.

Entonces Hart soltó una breve carcajada.

—¿Envidia de las camisas negras, la insignia de la calavera y las dagas plateadas? El problema con ustedes, los nazis, es que inspiran más temor que simpatía.

—No pretendemos amenazar a nadie. Se está refiriendo al uniforme de nuestra guardia de Hitler, de nuestros soldados de la Schutzstaffel. No es más que una unidad de élite, como los marines en su país.

—Los marines no visten como los gánsters o los piratas.

—Eso es ingenuo. Una nación fuerte tiene sus propias tradiciones inamovibles. Algunos de los regimientos prusianos de élite que lucharon contra Napoleón llevaban uniformes e insignias parecidas. La esvástica fue concebida en la Edad Media. No tiene nada de siniestra. Refleja el orgullo que sentimos por el orden y la disciplina que defendemos.

—Demasiado orgullo. Por él murió Kauffman y se ha hundido medio barco. Por eso no me cae usted bien, Jürgen. Por el orgullo nazi.

—No, Owen, es por algo más, y usted lo sabe perfectamente. Usted envidia mi sentido de luchar por un objetivo, de formar parte de algo. Aunque no quiera admitirlo.

El piloto no respondió.

La isla, cuando por fin la encontraron, le pareció a Hart tan adecuada por sus condiciones geográficas que incluso experimentó una extraña sensación de predestinación. Al principio surgió como un banco de nubes, tan poco perfilada que el piloto se sintió inclinado a desecharla en el momento en que Drexler señaló con dedo trémulo hacia allí. No obstante, al aproximarse a ella, una parte de la nube empezó a destacar de forma manifiesta, y lo que en un primer instante parecía neblina se definió de pronto como una sólida colina de nieve. Una montaña se levantaba en el gélido mar gris, y el hielo rodeaba su rocosa costa.

Hart la sobrevoló con cautela, intentando distinguir su contorno bajo el manto de las arremolinadas nubes. Siguió un largo circuito, en el que localizaron dos cimas separadas por unos veinte kilómetros y al parecer conectadas, aunque la parte más llana de la isla estuviera demasiado neblinosa para definirla con detalle. Drexler estaba absorto en la exploración de la costa; la emoción del descubrimiento de tierra firme le había liberado del miedo al avión.

—Aún no veo ninguna bahía —dijo.

—Voy a sobrevolarla en busca de un claro entre las nubes. Puede que demos algún tumbo.

El cielo estaba tan encapotado que Hart perdió la visibilidad. El avión iba de un

lado para otro en el turbulento aire y al piloto no le quedaba más remedio que rezar para no topar contra alguna cima no controlada.

Una impetuosa ráfaga ascendente dio de lleno en el Dornier y el piloto dio un respingo.

—¿Qué ha sido eso?

Drexler pegó un resoplido.

—Azufre. —Quedaron asombrados por un instante, y luego lo comprendieron—. Un volcán, creo. Hemos pasado por en cima de él.

Salieron de la nube en la que se hallaban y observaron la demás. Aquella isla tenía el aspecto de un capullo. Se abrió u resquicio en el encapotado cielo y una montaña que parecía un cuchillo se perfiló de pronto con una cima de oscura roca que punteaba la nieve. ¿El reborde de otro volcán? Más allá, las nubes se deshilachaban. Agua. Luego, otra vez nieve.

—¿Qué demonios...?

Hart describió un círculo. Las nubes seguían importunándoles, arremolinándose hacia uno y otro lado, pero lentamente fueron centrando la panorámica como en una serie de diapositivas. Un cráter conformaba una parte de la isla: un cráter volcánico lleno de agua. En uno de los extremos de la montaña, nada, otra vez nubes. Una figura descendía desde la caldera hasta el mar. Aquel viejo cráter, con un costado desgarrado por una explosión violenta, formaba una bahía en el océano.

Aquél era el puerto más resguardado que había visto Hart en su vida: un cuenco con una puerta, totalmente al abrigo de las tormentas. Suponiendo que el canal de agua y la laguna tuvieran suficiente profundidad, el Schwabenland encontraría un refugio ideal. Con gesto inusual, Drexler pegó un grito golpeando el hombro de Hart:

—¡Lo hemos encontrado!

Un instante después había desaparecido, cubierta por la tormenta. Hart miró el indicador del combustible. Podrían llegar hasta allí.

—¿Podrá localizarme ahora el barco? El alemán asintió, con nuevo brío.

—Por supuesto. —Con un objetivo en mente, estaba recuperando la seguridad. Estudió sus notas—. Dirección oeste-noroeste durante doscientos Once kilómetros. —Echó una ojeada a las embravecidas olas—. No podemos aterrizar, ¿verdad?

Hart agitó la cabeza.

—El viento nos llevaría de un lado a otro como un harapo antes de que ellos pudieran recogerlos. Ahora hay que buscar el barco, lanzarles las instrucciones y volver al cráter antes de que se nos acabe el combustible. Ojalá estos aviones llevaran una radio de repuesto.

Drexler asintió.

—Ya está previsto. Para la expedición del año que viene.

En la cocina les habían preparado tres viejos sacos de harina, a modo de

«bombas» aéreas, y se los habían llenado con guisantes secos para darles peso. Drexler calculó la dirección de la isla y la distancia desde el Schwabenland, hizo tres copias y metió cada una de ellas en un saco, que luego ató adecuadamente.

Hart pilotaba entre el vendaval; el hidroavión traqueteaba, el combustible se iba agotando, el piloto fijaba la mirada en la dirección del barco. En el punto de cita calculado por Drexler, se encontraba sobrevolando un espacio blanquecino. Descendió a trescientos pies para situarse por debajo del techo de nubes. No hubo suerte. Ascendió de nuevo.

—¡Santo cielo! —exclamó el alemán. La cresta de un inmenso iceberg casi rozó la parte inferior del aparato—. ¿Puede subir un poco, Hart?

—Si queremos localizar el barco, no.

Llegaron a un claro y allí lo localizaron: inclinado hacia estribor en el embravecido mar cubierto de espuma, con las luces de posición encendidas, como habían acordado. Las olas chocaban contra la cubierta de la lanzadera.

—¡Dispuestos! —dijo Hart—. Pasaré por encima. ¡Apunte a la chimenea!

Drexler siguió sus órdenes y se arrastró hacia la escotilla. Se oyó el silbido del viento al abrirla. El piloto se aproximó al barco por la parte de estribor; unas diminutas siluetas agitaban los brazos. Lo arrojó desde doscientos pies, se ladeó mucho... y la primera bomba pasó zumbando junto a la chimenea y cayó al mar. ¡Maldición! Una olla menos de sopa de guisantes para la vuelta.

Drexler se volvió:

—He fallado.

—¡Vamos a intentarlo otra vez! Descenderé más sobre el barco. —Inició el giro. Volvieron a ver la popa del buque.

«Adelante —se dijo Hart—. Con Ramona lo conseguiste».

—¡Suéltelo antes de que llegemos a la popa!

En esta ocasión el piloto dirigió el aparato directamente hacia la chimenea, decidido a elevarse al superar el buque. Pasó rozando, y algunos de los marineros incluso se agacharon y... ¡Hecho!

Dio la vuelta. Un grupo se había juntado alrededor del saco de guisantes caído y agitaba los brazos frenéticamente. Se oyó el golpe de la escotilla y Drexler se acercó al piloto con el rostro enrojecido por el frío.

—Un blanco perfecto —dijo sonriendo—. Nos ha sobrado uno. —Llevaba en la mano el tercer saco.

—Guárdelo hasta que llegemos a una oficina de correos.

Hart tomó de nuevo rumbo hacia el este sin perder de vista el indicador de combustible. Le quedaba una tercera parte del depósito. El alemán le pasó la ruta y las coordenadas, ya entregado a fondo a la tarea, y con el miedo al avión controlado.

—Buen trabajo, Jürgen.

La colaboración había conseguido otro tipo de respeto.

—Y un perfecto vuelo —admitió el alemán—. El mensaje ha llegado a bordo, tengo el estómago sano y salvo... Puede que después de todo Dios esté de nuestro lado.

—Eso lo comprobaremos cuando descendamos en la laguna.

No les costó encontrar la isla en el viaje de regreso. Las nubes se estaban disipando y la forma del volcán se fue delineando con la proximidad. Hart vio dos grandes montañas: el cráter, con su puerto, y tras él, otro volcán más alto, empinado y estrecho, del que salía una delgada columna de vapor. Las dos elevaciones se conectaban por medio de una serie de lomas y valles y de sus laderas surgían unos glaciares que parecían lenguas, que transportaban el hielo hacia el mar. Le pareció que el cráter era demasiado profundo y estrecho para volar directamente hacia él, por lo que descendió hasta cincuenta pies y se marcó como objetivo la fisura de la ladera del volcán, rozando las crestas de las olas. No tendría una segunda oportunidad: el indicador de combustible marcaba cero. El piloto esperó que el viento no les empujara hacia los acantilados.

Brotaba espuma de las rocas situadas alrededor de la estrecha boca. El hidroavión pasó por encima de un pequeño iceberg plano, un zafiro en un mundo monocromo. El motor crepitó y el avión descendió con la hélice humeante. ¡No hay que abandonar todavía! Poco después se encontraban en la fisura lateral del cráter, inundado por las gigantescas olas, cubierto de espuma, con los acantilados de basalto húmedo a uno y otro lado, las burbujas salpicando los cristales de la carlinga... y siguieron hacia la brumosa entrada, tras la cual las aguas estaban resguardadas y su superficie relativamente en calma. Hart posó rápidamente el aparato, que se deslizó en el agua con un silbido. Estaban a salvo, con el Bóreas controlado. El morro giraba lentamente, en busca de un lugar donde amarrar.

—¡Santo Dios!

Era Drexler. Miraba hacia atrás, en dirección a la boca del volcán. Hart se volvió también y el avión giró lentamente en esa dirección. El motor soltó otro chasquido, luego enmudeció.

—Vamos, pequeño, un empujón más...

El piloto miró hacia adelante. Junto a la orilla, con la proa como intentando ponerse a resguardo, se encontraba un barco medio hundido, cubierto de nieve, con la popa sumergida, como sucedería si la hubieran empujado para huir. La niebla y los copos de nieve iban cubriendo su helado aparejo. En la parte de proa destacaba, como un amenazador mascarón de proa, el hocico de un arpón que apuntaba hacia el acantilado.

—Creo que hemos encontrado el desaparecido Bergen —dijo el alemán—. Los noruegos jamás han pisado esta isla.

CAPÍTULO

14

Hart acercó el aparato hasta el barco que había naufragado.

—En el compartimiento de delante encontrará una cuerda, Jürgen. Tendrá que salir con el flotador, amarrar y saltar al barco cuando yo sitúe el aparato sobre la cubierta de popa hundida. Tenga cuidado. ¿Se atreve?

—Con lo de andar con cuidado, no hay problema. Pero no sé nadar. —Se inclinó para coger una cuerda.

El barco siniestrado resultó un amarradero ideal. Los flotadores del hidroavión se deslizaron sobre la cubierta semihundida, mientras la punta de un ala apartaba algunos soportes. Drexler saltó con agilidad, localizó una barandilla y contuvo el aparato. Hart paró la hélice enseguida, que seguía moviéndose espasmódicamente; de todas formas no quedaba combustible. Luego saltó por la escotilla sonriendo.

—Apuesto a que, después de todo, Dios nos ha echado una mano.

Colocándose las capuchas y protegiéndose las manos con los guantes, los dos hombres pasaron a la resbaladiza cubierta y echaron una ojeada a su alrededor. El cráter quedaba como mínimo a tres kilómetros de allí, calculó Hart, tal vez más, y la arremolinada niebla les impedía detectar cualquier huella humana. Sin embargo, habían encontrado un abrigo ideal para la tormenta. Se hallaban en un anfiteatro natural, en el que el oleaje procedente de la boca se apaciguaba, convirtiéndose en un seco vaivén. Sé trataba del puerto natural perfecto.

—¡La suerte de Hitler! —gritó Drexler, y el eco se fue alejando. Aspiró profundamente el frío aire, muy satisfecho de encontrarse fuera del sofocante avión. Había desaparecido en él el malhumor del principio—. ¡Qué extraordinario cobijo para una base, no registrado en ningún mapa!

Hart imaginaba que el hombre estaba ya enfrascado en el cálculo de posibilidades para su rehabilitación. La heroica batalla en el mar contra los adversarios extranjeros, el descubrimiento de un puerto ideal, la confección de un mapa del continente, el avistamiento de ballenas...

Todo eso contando con que le siguiera el Schwabenland para recogerlos.

—¿Qué le habrá ocurrido a este barco? —dijo el piloto.

Observaron la cubierta en pendiente. Un bote salvavidas seguía colgando de una de las grúas, aunque sin protección, con el casco cubierto de nieve incrustada. El otro no se veía por ninguna parte. Una serie de cuerdas sueltas serpenteaban por la

cubierta, retorcidas y heladas. Colgaban carámbanos del puente. El ballenero tenía todas las trazas de haber sido abandonado precipitadamente.

—Vamos a inspeccionar su interior —propuso Drexler.

Encontraron la primera escotilla, tan oxidada que ni entre los dos consiguieron que cediera. La segunda saltó con un chirrido metálico. Hart asomó la cabeza por la abertura. El interior se encontraba en penumbra, iluminado sólo por la mortecina luz que filtraban los ojos de buey cubiertos de placas de hielo. Se situó sobre la plataforma. La cubierta era una masa de hielo. Reinaba un silencio sepulcral.

—Todo esto me da escalofríos.

—No es más que un barco —replicó Drexler, quien siguió hacia adelante satisfecho por la oportunidad de reafirmar su autoridad.

Las puertas de los camarotes estaban cerradas y no les hacía mucha gracia tratar de abrirlas, pero descubrieron una escala que subía al puente.

—Por aquí —dijo el alemán.

Hacía tanto frío dentro como fuera; echaban vapor al respirar mientras subían; la fuerte inclinación del barco hacía mucho más empinados los peldaños. La puerta de madera que daba al puente también estaba cerrada, pero Drexler se abalanzó contra ella, soltando un gruñido, y cedió raspando el suelo y empujando una montaña de nieve en polvo. Se había roto un cristal de la ventana y la tempestad había hecho estragos. El alemán avanzó. Permaneció un momento en silencio y luego exclamó:

—¡Dios del cielo!

Hart le siguió y vio lo que había visto Drexler: un cadáver en la silla del capitán, inclinado hacia atrás, con la boca abierta, la espalda formando un arco, una pierna extendida, un rictus de dolor fijado en el rostro. Algo —tal vez una gaviota— le había picoteado los ojos antes de que el cadáver se helara y solidificara. En aquellos momentos había quedado momificado por el seco frío; el gorro, algo retirado, dejaba ver un mechón de pelo en su cabeza calva. La boca, con los labios algo entreabiertos, de los que asomaban unos amarillentos dientes, revelaba la imagen de un hombre que había muerto de repente, aunque no con la suficiente rapidez: con agonía.

—¡Cielos! —murmuró Hart, describiendo con el aliento una nube que reafirmaba su vitalidad—. ¿Qué le ocurriría?

Drexler se acercó a él con cautela.

—Alguna enfermedad, me imagino. De todas formas, ¿por qué estaba aquí, en el puente, y no en la cama? —Echó una ojeada por allí. Sobre la mesa vio unos mapas manchados de marrón, pues les había caído encima una taza de café, salpicados de excrementos de pájaros. El calendario de la pared había quedado detenido en el 29 de diciembre de 1937, la estación antártica anterior. De unas perchas colgaban unos tabardos. Unos cuantos lápices se habían desparramado. Se fijó en el timón. En la placa de latón, ahora de un color verduzco, ponía «Bergen». Una fina capa de hielo lo

cubría todo—. ¿Envenenado por algún alimento? No lo sé. No me parece lógico.

—Sea lo que sea, prefiero no contagiarme.

—Una bota —señaló Drexler.

El alemán se acercó al recinto del navegante, dejando sus huellas en la nieve. Unas cortinas protegían el cubículo, de forma que la luz no empañara la visión nocturna del timonel y su puesto de vigilancia. Corrieron las cortinas y encontraron un cadáver tendido. Este también tenía la boca completamente abierta, carecía de ojos, y su expresión reflejaba terror. Sus dedos habían quedado curvados, como garras, al parecer en un intento de asir lo que ya no podría alcanzar. A su lado, un pájaro muerto.

—No los toque —le advirtió Drexler—. Si estaban enfermos, la muerte y el frío se habrán llevado los gérmenes, pero no tenemos necesidad de correr riesgos. Algo raro sucedió aquí.

—¿Por qué zozobraría? ¿Qué le ocurrió al Bergen?

—¡Quién sabe! Pudo chocar con las rocas al entrar o intentar abandonar el puerto. Tal vez los supervivientes quisieron echarlo a pique. O podía estar amarrado y hundirse tras la muerte de la tripulación. —Suspiró profundamente—. Como mínimo no huele. Una ventaja de la Antártida, ¿verdad?

Hart quería volver al avión, pero a Drexler se le había despertado la curiosidad. Insistió en explorar otras partes.

La cocina era un cuadro de sombras que se agitaban en una luz acuosa. Algunos platos habían resbalado de las mesas al hundirse la popa y se habían roto en el suelo, pero otros seguían allí con los restos congelados de una comida no terminada. Los cacharros sucios se acumulaban en el fregadero. Las puertas de los armarios estaban abiertas y de uno de ellos descendía un rastro de harina procedente de un saco misteriosamente desgarrado. Encontraron otro cadáver en la despensa, con el brazo extendido.

En la cubierta inferior encontraron dos camarotes vacíos, pero en el interior del tercero había un cadáver. Tenía la columna vertebral espantosamente curvada, el cuerpo congelado, rígido, los pies en la litera, la cabeza, en el suelo. Algo monstruoso había ocurrido en aquel barco.

Más allá, en la zona de popa, el agua del mar inundaba los pasillos que conducían a la bodega y a la sala de máquinas. Todo resultaba helado al tacto, aunque al parecer conservaba el calor suficiente para no congelarse. Drexler movió la cabeza como si empezara a comprender algo de aquella catástrofe.

—Sorprendente.

Se situó delante en el camino de vuelta. Hubo un momento de inquietud cuando la confusión les llevó a intentar abrir de nuevo la oxidada puerta que daba a la cubierta exterior y no consiguieron que se moviera —una sensación de bloqueo—, aunque

enseguida recordaron que podían salir por la otra escotilla y se encontraron otra vez en la cubierta exterior, suspirando profundamente.

—¡Válgame Dios! —dijo Hart—. ¿Una epidemia, diría usted?

—Puede ser. Aunque, ¿de dónde podía proceder, en esa nevera? —Drexler observó con detenimiento la piedra volcánica espolvoreada de nieve del cráter—. No, me parece que en la Antártida hace demasiado frío. Quizá se envenenaron con algún alimento, con carne de pescado, de una ballena... ¿Quién sabe? Tal vez a Schmidt o a Greta se les ocurrirá alguna idea. De todas formas yo opino que deberíamos restringir la entrada al barco.

Hart asintió. No le apetecía nada volver al interior. Pensaba que se sentiría mejor cuando apareciera el Schwabenland, averiado o no. Aquellos cadáveres le hacían sentirse aún más solo, una sensación reforzada por el viento que aullaba en la entrada al cráter. Contempló las nubes que pasaban deprisa, fundiéndose en el relativo calor del cráter. Se dio cuenta también de que aquello era más cálido: no solamente se encontraban al abrigo del viento, sino que el frío no era tan crudo cuando estaban en mar abierto o en el sur del continente. Contempló de nuevo la niebla en el extremo de la orilla. Era consciente de que una parte eran brumas puras y simples, pero en la otra... el mar soltaba vapor. En efecto, estaba seguro de ello. Agua caliente. Claro, aquello era un antiguo volcán.

El Bóreas les proporcionaba un cobijo, pero la cubierta metálica del aparato conservaba muy poco el calor. Habían traído mantas; se cubrieron con ellas, dándose repentinamente cuenta del cansancio. Llevaban treinta y cuatro horas sin dormir. ¡Habían vivido un día largo, cargado de pesadillas!

Comieron salchichas frías y pan. Hart estaba tan agotado que apenas se sentía capaz de pensar. Sin embargo, aquella larga jornada merecía algún comentario.

—¡Qué extraño!, ¿verdad, Jürgen?, encontrar un refugio para descubrir acto seguido algo tan macabro. Algo así como encontrar a la vez la vida y la muerte.

Drexler movió la cabeza con aire fatigado.

—Es curiosa la suerte.

Aquella frase le trajo un recuerdo a la cabeza.

—Lo mismo que me dijo Otto Kohl cuando le conocí en Alaska.

—Ah, claro, Otto es un superviviente. No me extraña que dijera eso. —Drexler se tumbó de espaldas, con los ojos fijos en el acanalado fuselaje—. La clave, según me dijo Otto, radica en comprender que cada obstáculo representa una nueva oportunidad. Yo intento recordarlo cuando las cosas se ponen feas.

—¿Como ahora?

Drexler le miró con una expresión imposible de descifrar en las sombras del fuselaje.

—Exactamente como ahora.

«Y a veces, la catástrofe significa pura y simplemente el fin», pensó Hart, aunque no lo dijo en voz alta. No hubiera servido para nada. Mientras el piloto iba conciliando el sueño tenía la sensación de hundirse en un pozo sin fondo, en unas aguas azules y puras, un espejo plateado arriba, la negra oscuridad abajo. Se sumergía como la popa del infortunado Bergen. O bien como el Passat, presa del arpón, arrojado al abismo por el despedazado cuerpo de Reinhard Kauffman.

CAPÍTULO 15

—¡Maldito barrizal! Tengo hasta los muslos congelados y estoy atrapado en las arenas movedizas. Ha combinado usted lo peor de dos mundos, Owen: ha encontrado un pantano bajo cero. Algo tan curioso como una prostituta con ropa interior de hierro forjado.

—¿Habla por experiencia, Fritz?

El alemán bajito aspiró el humo del cigarrillo.

—No, simplemente imagino lo peor. Es un don, como el de encontrar la única playa de la Antártida en la que hace tanto calor que te hundes en el lodazal. ¡Madre mía! ¡Fango en una nevera!

Hart pasó por alto la broma. Se sentía bien. Había dormido, y al despertar se encontró con el Schwabenland anclado en el cráter volcánico. Una lancha había recogido a los dos exploradores y los había llevado a tomar un desayuno caliente. Todo el mundo estaba eufórico por haber encontrado un puerto provisional al abrigo; incluso Greta les dio un beso a cada uno en la mejilla. Sin embargo, la tranquilidad se vio empañada enseguida por la noticia de los cadáveres encontrados en el Bergen, aunque el barco siniestrado constituía un terco recordatorio de que los alemanes no se encontraban completamente solos en el mundo.

—Puede que recuperemos algunas piezas que nos hacen falta para las reparaciones —dijo Heiden.

La seguridad se planteó como cuestión principal. Los dirigentes de la expedición, con Greta entre ellos, se acercaron remando al barco fantasma noruego para investigar la misteriosa tragedia. Schmidt insistió en que llevaran guantes y máscaras por si se trataba de alguna enfermedad.

—No toquen nada, si no es imprescindible —les advirtió.

Hart vio cómo se alejaban y se sintió satisfecho de no formar parte del equipo que se acercaba al tétrico Bergen. En lugar de ello se ofreció como voluntario para explorar la isla en busca de otras pistas que pudieran arrojar una cierta luz sobre la suerte del ballenero. Se encontraba ya fuera del abarrotado barco, en la playa del cráter, con Fritz, quien parecía disfrutar tanto de la libertad como el piloto. De todas formas, las quejas del marinero tenían su lógica: aquella orilla era tan peculiar como el cálido puerto de la isla. Recibía el vapor de una filtración de aguas minerales calientes que convertían la negra arena volcánica en un material pastoso, en vez de

helado. Costaba andar por aquella superficie.

El tiempo había mejorado; las nubes se estaban, despejando. Hart prefería no poner en peligro el Bóreas con un despegue en el cerrado cráter —aconsejó que sería más prudente esperar a un lanzamiento por medio de catapulta en el mar—, si bien, estaba dispuesto a subir hasta el extremo de la entrada para conseguir una perspectiva más amplia de dónde se hallaban. A su llegada, Heiden le había confirmado que la isla estaba formada por dos grandes elevaciones volcánicas, la habitual capa de nieve y los glaciares, pero aparte de eso, poco más había podido avistar. «Puede que saquemos algún provecho del percance sufrido si el puerto al que hemos llegado nos sirve de base futura —había murmurado el capitán durante el desayuno—. Eche un vistazo teniendo eso en mente, Hart». Se trataba del mismo argumento de sacar partido de la adversidad al que recurría también Jürgen Drexler. Quizás a los alemanes se lo enseñaban en la escuela.

—Anímese, Fritz —dijo el piloto—. Yo le sacaré del barrizal. —Señaló hacia el borde del cráter, situado a unos sesenta metros por encima del nivel donde se encontraban en aquellos momentos—. La marcha será más agradable en cuanto alcancemos la cima.

El alemán bajito ladeó la cabeza para observar a fondo la pendiente de piedra volcánica salpicada de nieve. Al parecer, la protegida boca y el calor almacenado evitaban la acumulación de nieve típica de todo lo que había en la Antártida.

—¡Dios santo! —aspiró de nuevo el humo del cigarrillo—. Creo que me confunde con uno de esos montañeros nazis. Me hice a la mar para mantenerme alejado de la infantería, amigo mío.

—No es que me confunda. Pedí ir con usted porque es mejor conversador.

—¡Ja! El trasero de un asno tendría más conversación que esos robots. Además, no me queda ni aliento para articular palabra.

—Efectivamente. Cada adversidad reporta sus beneficios. Ustedes, los alemanes, me lo repiten constantemente.

—Si confía en los alemanes a la hora de buscar consejo es que lleva demasiado tiempo en el barco.

Iniciaron el ascenso. Abandonaron el barro, pero trepar por la piedra volcánica era algo así como subir por una duna, de arena. Los pies les resbalaban y un polvo de color ocre les iba tiñendo los pantalones. Iban optando por los puntos donde se había acumulado nieve, ya que preferían ascender con más rapidez sobre la costra helada. La lancha del barco les había dejado en la parte occidental, del lado del cráter que daba al mar. Hart tenía la intención de llegar arriba, seguir por el borde hasta quedar frente al otro volcán, donde conseguiría una panorámica interna de la isla, y descender luego hacia la orilla opuesta, en la parte oriental del cráter.

La ascensión constituía un trabajo duro y penoso. Se quitaron las parkas y pararon

a menudo para descansar; los barcos iban adquiriendo a sus pies el tamaño de juguetes. El Schwabenland creaba una constante corriente de agua. La tripulación había cubierto la grieta con lonas, para que las bombas compensaran la filtración, pero antes de hacerse de nuevo a la mar tendrían que llevar a cabo una reparación más completa.

Ya en el borde del cráter, el viento pasó de refrescante a helado y tuvieron que abrigarse otra vez. El mar mostraba aquel día un tono añil, se veía salpicado de icebergs y témpanos fracturados. Hacia el sur, las montañas del continente formaban un muro dentado. Más allá del lago, la cima del otro volcán ascendía a mayor altitud que el suyo, humeando ligeramente. La belleza natural, el agreste vacío, la vigorizante sacudida del aire: todo ello constituía una embriagadora droga para el piloto. Por un momento tuvo la sensación de que la vida había quedado limpia de toda impureza. Ya podía olvidar el terror del Bergen y la demencial batalla contra el Aurora Australis.

—¿A que es algo espléndido, Fritz?

—Pues sí. —El marinero seguía respirando con dificultad—. Aunque sería mejor con palmeras. Y una buena jarra de cerveza.

Iniciaron el recorrido por el borde del cráter, formado por lava endurecida y nieve recubierta por una costra. Mirando hacia abajo, Hart distinguió a algunos soldados que trasladaban a hombros los cadáveres del ballenero medio hundido. Los llevaban a la orilla en una lancha de salvamento.

Llegaron al extremo opuesto del borde al mediodía y se sentaron para comer y beber. La necesidad de combatir la deshidratación le recordó a Hart la importancia que tenía el agua dulce para una futura base alemana. Derretir nieve o hielo glacial era un trabajo laborioso. Allí, tal vez, el calor de la tierra podía proporcionar una provisión más adecuada. Observó la parte del cráter iluminada por el bajo sol antártico, y en efecto, vio un chorro de agua líquida que surgía a medio camino de la pendiente interior. Aquella corriente se hundía de nuevo en la piedra volcánica antes de alcanzar la caldera del cráter, si bien la playa situada por debajo hervía con el calor. Decidió observarlo con más detenimiento durante el descenso.

Un peculiar valle unía el cono truncado en el que ellos se encontraban al volcán más alto y abrupto que seguía humeando. Hart había oído hablar de los valles secos de la Antártida, pero aquél era el primero que veía: una larga grieta entre las ígneas y afiladas lomas con un lago helado al fondo. Las pendientes de roca volcánica y los afloramientos de basalto que lo rodeaban le daban un aspecto tan yermo como el de Marte. A diferencia del resto de la isla, una combinación de viento, calor y escasas precipitaciones mantenía el valle prácticamente desprovisto de nieve; recordó a Hart los desiertos que había visto en Arizona.

—¿Qué es lo que impide que caiga la nieve aquí?

—Los elfos —saltó Fritz con un bufido, cansado después de haber permanecido tendido en el rocoso suelo con la mochila como almohada, de cara al mortecino sol—. La lava. Una cabina de peaje. ¡Qué más da!

—¿No le interesa investigar?

—Yo no veo a ninguna mujer por ahí abajo, ¿y usted?

—¿Dónde está su espíritu aventurero, Fritz?

—Con el debido respeto a su autoridad, lo perdí durante los primeros ciento cincuenta metros de la jodida pendiente.

Contemplaron de nuevo el interior del cráter. En lugar de centrar la vista en la playa donde iban a recogerles, Hart se fijó en el plateado hilillo del naciente chorro. Se formaba en la base de un afloramiento rocoso en la pared del cráter.

—Una cueva —determinó. El agua surgía de una fuente en una de las laderas del cráter, humeando en el frío aire. Justo detrás del pequeño remanso se veía una abertura oscura, que parecía de un túnel—. Eso tiene todo el aspecto de un conducto de lava. Los he visto en el Oeste. El magma corre por ellos y desagua, dejando tras de sí una cueva.

—¿O sea que penetra en la montaña? —preguntó Fritz—. Por el olor, a eso apesta. —Se notaba cierto olor a azufre.

—Quizá. —Hart cogió una taza de latón para sacar una muestra de agua, no sin antes tocarla con el dedo—. Caliente, pero no en exceso. —La olió luego e hizo una mueca—: Mineral. —Se la pasó al alemán—. Huela.

Fritz vaciló un momento pero lo hizo, arrugando la nariz.

—¡Agua de sentina! —Miró a Hart con aire incrédulo.

—Aquí tendría que estar Greta para investigarlo —dijo Hart.

—Pues sí. Para evitar que me envenene usted. —Fritz le adelantó—. Me interesa más la cueva. Estará más caliente, me imagino. —Se metió en la abertura—. Parece que no acaba nunca. Se está bien aquí a pesar del hedor... ¡Huy! ¡Malditas piedras!

Hart le siguió, deteniéndose un momento para que sus ojos se acostumbraran a la penumbra. El marinero se estaba restregando la espinilla. Habían colocado una serie de piedras volcánicas en forma de pirámide a modo de mojón y Fritz tropezó con el montón.

—Alguien ha estado aquí antes que nosotros —dijo el piloto—. Dejaron una señal.

—¡Qué maravilla! En un lugar tan oscuro en el que por poco me rompo una pierna.

—No. Sabían que quien llegara a la isla en un momento u otro subiría aquí en busca de agua. El conducto queda protegido de las tormentas. El lugar perfecto.

—¿Para qué?

—Para... señalar algo. —Echó una ojeada por las paredes de la cueva, pero no

vio nada—. Quizá para llamar la atención sobre el túnel. O para enterrar algo.

—¿Del Bergen?

—Tal vez. —Arañó el suelo con el cuchillo.

—¿Un tesoro? —Con nuevo entusiasmo, Fritz empezó a tirar las piedras hacia un lado, desmontando el mojón.

—Era un ballenero, Fritz, no un galeón español.

—Aquí escondieron la grasa de cetáceo.

En cuanto hubieron quitado las piedras, escarbaron tan sólo unos centímetros y dieron con algo metálico. Se trataba de una caja de acero de unos treinta centímetros cuadrados: una simple caja de comida. La etiqueta era ilegible.

—Fíjese en el óxido —dijo el piloto. El aire de la Antártida normalmente era tan seco y frío que la madera no se pudría, el metal no se oxidaba y la comida permanecía congelada—. Se nota que aquí hace más calor y es más húmedo.

—De nuevo triunfa la ciencia. Lo he notado sin duda al colocarme de nuevo la capucha, pero yo no soy más que un marinero.

Hart utilizó el cuchillo y la caja se abrió sin problemas.

—Me temo que no contiene monedas de oro. —Sacó el objeto que guardaba—. Un libro. —Lo abrió y comprobó que era un manuscrito, con las páginas amarillentas—. Un cuaderno de notas o un diario. —Se lo pasó al alemán.

Fritz se llevó el libro hasta la entrada de la cueva, donde había más luz.

—Está escrito en noruego. Procede del Bergen, seguro. Algún tipo de diario. ¿Ve las fechas? —Hart lo miraba por encima del hombro del otro.

—¿Por qué enterrarían un diario? —se preguntó el piloto—. Y precisamente en un idioma que no conocemos...

—Yo sí —dijo Fritz—. Puedo leerlo más o menos. Aprendí el noruego pescando con ellos durante la depresión en Alemania. Era la única forma que tenía para detectar en los periódicos los barcos de suministros que se hacían a la mar. Pero ahora mismo estoy más oxidado que esta caja. Necesitaría un diccionario; creo que he visto uno en la biblioteca del Schwabenland. Al fin y al cabo ya contábamos con encontrarnos algún noruego por aquí.

—¿Entiende algo en concreto de esto?

El alemán pasaba las páginas distraídamente.

—Creo que habla de la enfermedad que contrajeron aquí. Su autor sería el último superviviente. —Una hoja suelta saltó del libro y Hart la pescó al vuelo antes de que se la llevara el viento. Contenía unas pocas palabras escritas con grandes letras, en tinta. Se lo pasó a Fritz:

—¿Qué pone aquí?

El marinero lo estudió durante un momento y luego levantó la vista con aire juicioso hacia el piloto.

—Pone: «Idos de la isla».

—Hay que poner un nombre a nuestra isla, Alfred —planteó el capitán Heiden—. ¿Cómo vamos a llamarla?

El geógrafo tomó un sorbo de té con aire melancólico, mirando a cada uno de los oficiales reunidos después de cenar en el comedor del Schwabenland.

—A mí se me ocurre: «Destrucción». —dijo Feder con aire desabrido—. O «Cataclismo». Resultan apropiados teniendo en cuenta la explosión que hizo saltar la parte superior del volcán y creó la figura que llega hasta el mar, por no citar al Bergen y nuestra situación actual.

—¡Por el amor de Dios, Alfred! —saltó Drexler—. Incluso los vikingos tuvieron el juicio de bautizar como «Groenlandia», o sea, «país verde», su descubrimiento, con la esperanza de que otros hicieran lo mismo. ¿No podemos ser más optimistas? ¿Qué les parece «isla Oportunidad» o, cuando menos, «Destino»? Juraría que han sido las Parcas quienes nos han traído aquí.

—Yo estaría de acuerdo con el nombre de «Término», si eso significara que aquí podemos poner punto final a la expedición y volver a Alemania antes de hundirnos —replicó Feder—. A mí este puerto me parece tan acogedor como una ratonera, con ese maldito barco fantasma tan cerca.

—¡Me parece peor que los dos primeros! —dijo Heiden soltando una carcajada—. Creo que está usted de muy mal humor para bautizar algo.

—¡Tantos cadáveres! —Feder hizo una mueca.

—Usted, que se ha paseado por tierra firme, Hart... —dijo el capitán, volviéndose hacia el piloto. Owen les había hablado ya de la playa de agua templada, de la panorámica desde el borde del cráter, del manantial de agua y de la cueva. Por el momento había decidido guardarse la información sobre el diario. En aquel momento Fritz estaba intentando descifrarlo en su camarote—. ¿Alguna sugerencia?

El piloto movió la cabeza en señal de negación.

—No hemos visto más que piedra volcánica y nieve. Y a decir verdad, aún no sabemos si la isla resultará acogedora u hostil.

El grupo permaneció un rato en silencio. A todos les había inquietado el ballenero naufragado.

—Apostaría por lo primero —dijo por fin Heiden—. Por horripilante que parezca ahora mismo el destino del Bergen, su presencia puede representar para nosotros la utilización de su plancha de proa para un remiendo temporal. No digo que con la reparación el casco quede hermético, pero bastará para que las bombas den abasto. Entonces podremos volver a casa.

Todo el mundo estuvo de acuerdo con él. Como el buque había sufrido algunos desperfectos y habían perdido un hidroavión, la idea de volver a casa les parecía muy

remota.

—Todo eso suponiendo que podamos trabajar con seguridad en el Bergen —siguió Heiden—. Queda claro que aquí se produjo una catástrofe y ninguno de nosotros desea repetir la experiencia. De modo que yo dejaría a un lado la cuestión del nombre y me centraría en lo otro. ¿Doctor Schmidt?

El alemán cogía la taza de café con las dos manos para calentárselas; incluso en aquella caldeada estancia se le veía encogido.

—Uno se congela en el barco hundido —comentó—. De todas formas, es algo que juega a nuestro favor. El riesgo de contaminación no es tan probable.

Heiden asintió.

—He inspeccionado algunos de los cadáveres —continuó informando Schmidt—. Los contorsionados cuerpos nos hablan de problemas en el sistema nervioso o muscular. Los pulmones encharcados sugieren una dolencia pulmonar, algo que podría haberse propagado por medio de la respiración o la tos. Un espantoso contagio terriblemente rápido, a juzgar por el lugar en el que se encuentran los muertos: muchos se desplomaron en su puesto de trabajo. Por otro lado, las enfermedades de gran virulencia se extinguen en general con rapidez. La bacteria o el virus suele perecer con los primeros infectados. De no ser así, el frío habría eliminado o neutralizado los microbios. De forma que considero que el riesgo de contraer la enfermedad es mínimo, a pesar de que recomendaría seguir utilizando las máscaras y los guantes. Para más seguridad, he dejado los cadáveres en la playa y vamos a quemarlos con combustible de avión. Con su eliminación y la prohibición de entrar a la cubierta externa del Bergen a nuestros marineros, considero que se puede aceptar el riesgo. Al fin y al cabo, no tenemos más remedio que reparar el Schwabenland. —Dirigió una mirada llena de irritación a Drexler, quien no le prestaba atención.

—Muy bien —dijo Heiden—. ¿Greta? ¿Qué ha descubierto nuestra bióloga?

—El doctor Schmidt y yo hemos sacado muestras de tejidos —informó ella—. Las he estado examinando al microscopio. Desgraciadamente, es un poco como intentar reconstruir una batalla a partir de un montón de huesos. Existen indicios de trauma microscópico, de paredes celulares rotas. También he encontrado restos de una bacteria de forma alargada, a la que nosotros denominamos bacilo. Parecida al virus de la peste.

—¿Peste bubónica?

—No creo; los cadáveres no presentan síntomas de ella. Parece más probable en este tipo de clima que los noruegos se encontraran con algo nuevo. —Dudó un momento, soltó un suspiro y dirigió una mirada a Drexler—. Mientras tanto intentaré hacer un cultivo con algunas de las muestras.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Feder.

—Cultivar los restos de un nutriente, como el agar-agar —respondió ella—. Por

supuesto que las células humanas no van a regenerarse. Llevan más de un año muertas. No obstante, algunos seres microscópicos (desde los pequeños gusanos a las diminutas bacterias) poseen la propiedad de entrar en estasis, es decir, una especie de animación ininterrumpida, cuando las condiciones no les son favorables. En un ambiente frío y seco, por ejemplo, como el del Bergen. Luego se activan cuando la situación mejora, como en el caso de aparecer agua en estado líquido.

—¿Quiere decir que reviven? —preguntó Hart.

—En cierta forma, sí. Son seres que en realidad no mueren ni se reproducen como nosotros; se dividen eternamente. Evidentemente, a veces los microorganismos mueren, aunque no expiran a causa de la vejez. Y en otras ocasiones se limitan a detener toda actividad hasta que mejora su entorno, y entonces crecen de nuevo. Es posible que los organismos de la enfermedad resuciten en mis recipientes Petri.

Los hombres parecían intranquilos.

—Eso tiene trazas de ser peligroso —protestó Feder.

—Lo es, cuando la persona es descuidada —dijo Drexler—. Pero no es el caso de Greta. —Le dedicó una sonrisa de ánimo.

—La verdad es que no poseo unas adecuadas instalaciones de laboratorio en este barco —advirtió la bióloga, mirando a Drexler—. Pero Jürgen y el doctor Schmidt consideran que valdría la pena estudiar los elementos patógenos. En aras de la ciencia.

—¡Estudiarlo! —exclamó Hart—. ¿Acaso no ha visto los cuerpos contorsionados de los cadáveres? Yo creo que sería más sensato que arrojara esos tejidos corporales al otro volcán.

—Probablemente lo hagamos —dijo Drexler tranquilo—. Cuando hayamos comprendido.

—Puede que dicho organismo se convierta en el más importante descubrimiento de la expedición —insistió Greta.

—Eso es una estimación insuficiente —dijo Schmidt—. Esa virulencia que ataca con tanta rapidez... escapa a nuestra experiencia y podría arrojar cierta luz en todo tipo de cuestiones médicas de interés.

—Y nadie más tendría que morir de esta forma —añadió Greta.

El grupo quedó de nuevo en silencio.

—El cultivo ése, suponiendo que funcione, ¿se convierte en inmortal de una u otra forma? —preguntó Drexler—. ¿Podríamos mantenerlo de forma indefinida? Para usarlo en investigación, me refiero.

Greta asintió.

—Quizás. He de advertir, no obstante, que no siempre resulta fácil cultivar bacterias. Muchas no sobreviven a las condiciones de laboratorio. No conocemos con exactitud la temperatura exacta ni los niveles de nutrientes o humedad. Estoy

probando tantas variables como cacharros tengo en mi mano, pero nos ayudaría muchísimo averiguar su procedencia en el mundo natural.

Drexler asintió.

—Por supuesto. Intentaremos enterarnos. —Hizo una pausa—. La verdad es que toda esa historia de la resurrección en el laboratorio me ha dado una idea para el nombre de este lugar. ¿Qué les parece isla de la Restauración?

El grupo reflexionó un momento.

—No está mal —comentó Heiden—. Aunque, ¿no estaremos tentando la suerte? Debemos tener en cuenta que aún no hemos acabado las reparaciones.

Drexler sonrió.

—Supersticiones de marinero, ¿verdad? ¿Y si encontráramos algo relacionado con el destino: una de las Moiras griegas, tal vez?

—¿Recuerda sus nombres? —preguntó Feder.

—Olvido muy pocas cosas. Si mal no recuerdo eran tres, pero Cloto y Láquesis son poco poéticas, en mi opinión. En cambio, «isla Átropos» creo que funcionaría. ¿No creen que tiene cierta musicalidad?

Los demás pusieron una expresión dubitativa, excepto Schmidt, quien sonrió maliciosamente. Finalmente, Heiden se encogió de hombros.

—¿Por qué no? Un nombre como otro, y quienes juzgan ese tipo de cosas nos considerarán intelectuales. ¡Ja! —Luego su semblante se ensombreció—. Usted y sus hombres, Jürgen, han inspeccionado a fondo el Bergen. ¿Pueden contarnos algo más en cuanto a su suerte?

—Pues bien, el libro de navegación acaba a finales de diciembre del año anterior sin mención a la enfermedad. Debió de atacarles de pronto, con una rapidez extraordinaria, tanto que los hombres murieron en sus puestos.

—De ser así, nos encontramos ante algo sin precedentes —observó Schmidt.

—Cierto —respondió Drexler—. Y eso es lo que me intriga.

Se acabó la reunión y el médico llevó al enlace político aparte.

—Me ha impresionado su cultura clásica, Jürgen.

—En otra época opinaba que la mitología que se aprende en clase no sirve para nada.

—Claro. Y su evocación de las Moiras me ha despertado recuerdos.

—Entonces comprenderá usted por qué creo que mi opción es la adecuada, Max. —Drexler se sirvió un brandy. Schmidt asintió.

—Si no recuerdo mal, Cloto elabora el hilo de la vida. Láquesis determina su longitud.

—Muy bien, doctor, y Átropos lo corta. Como nuestro fascinante microbio.

Alguien llamó a la puerta del camarote de Hart. Era tarde, había oscurecido, el barco

recuperaba la calma tras un agotador día y el piloto ya dormía. Se despertó medio aturdido y abrió un poco la puerta. Era Fritz.

—Sobrevivieron dos.

Sin pedir permiso, el marinero se metió en el camarote y cerró la puerta. Con el diario en la mano, se dejó caer pesadamente sobre la revuelta litera de Hart. Tenía los ojos irritados por la lectura.

—Dos sobrevivieron y ni ellos mismos se explican el porqué. Tomaron rumbo hacia el norte con uno de los botes salvavidas. Sabían que tenían pocas posibilidades, pero ¿qué otra opción les quedaba?

Hart se sentó en la silla del camarote.

—¿Sabían lo que había ocurrido?

Fritz movió la cabeza.

—La enfermedad surgió de pronto cuando llevaban unos días en la isla. Esos dos, Henry Sandvik y Svein Jungvald, habían entrado en la cueva, muy al fondo, al parecer. Los demás exploraban la isla. Les emocionaba poder contar con una base ballenera tan al sur y tan al abrigo del mal tiempo. Luego surgió la enfermedad. El capitán y la tripulación, presas del pánico, intentaron zarpar, chocaron con una roca y el barco zozobró. Henry y Svein eran los únicos que se encontraban en condiciones para manejar el bote. Abandonaron el barco y se dirigieron a la cueva para protegerse del frío y esperar que les llegara su hora, pero no acabaron allí, ni siquiera contrajeron la enfermedad.

—¿Por qué?

—Imaginaron que la enfermedad la había desencadenado algún alimento contaminado. Tenían miedo de volver a bordo a por comida. El Bergen había naufragado y se encontraban a miles de millas de cualquier lugar habitado. Contaban tan sólo con la comida de emergencia del bote salvavidas, el agua de la fuente y una vela. Dejaron el diario como advertencia y a modo de testimonio.

—¡Cielos! Dos hombres, un bote, la mínima comida... No podían salvarse.

—No. —Fritz agitó la cabeza—. A menos que volcaran, su final fue mucho más lento y angustioso que el de los enfermos. Una historia terrible, Owen.

Hart reflexionó.

—Supongo que podía ser la comida. Pero coincide con su llegada a la isla. Y esos dos en la cueva... ¿Y si algo estalló bordo mientras ellos se encontraban bajo tierra?

Fritz se encogió de hombros.

—No lo sé. Los dos noruegos se lo preguntaron también Esta isla, amigo mío, me intranquiliza. El vapor, el vacío... ¿Se ha fijado en que no hemos visto ni una colonia de pingüinos o de aves marinas? Todo parece detenido. Tengo ganas de acabar las reparaciones y salir de aquí.

—Intentarán acabar mañana —dijo Hart—. Ese era el plan. Creo que a todos nos

apetece largarnos cuanto antes.

—Ojalá fuera ahora mismo. Ese cráter me recuerda una tumba abierta.

—A todos, excepto a Jürgen. Y tal vez a Schmidt.

El marinero sonrió con cierta ironía.

—Pueden quedarse, si quieren.

—Lo que ocurre es que les interesa la enfermedad. Parecen dos malditos Frankenstein. ¡Dale con la medicina! Lo que me preocupa es que van a retenernos aquí hasta que pillemos la enfermedad. Y Greta les sigue la corriente.

—Es una buena alemana. Mejor dicho, una mujer práctica.

—¿Lo que significa...?

—Que se siente atraída por usted, pero ve su futuro junto a él.

A Hart aquello le cogió por sorpresa.

—¿Y usted cómo lo sabe?

—Es ambiciosa, como cualquier científico joven y brillante.

—No —dijo Hart impaciente—. ¿Cómo sabe que siente atracción por mí? Fritz soltó una carcajada.

—Queda claro cada vez que le mira. ¿Cómo pudo conseguir el título de piloto siendo tan ciego? ¿A qué espera? ¿A que se desabroche la blusa ante usted? Ojalá lo resuelvan de una vez, así los demás nos tranquilizaríamos.

Hart se ruborizó.

—No pretendo llevármela al huerto, Fritz.

—Ahí está el problema.

Hart le dirigió una ceñuda mirada que no afectó al marinero, pues siguió hojeando el diario.

—Creo que sería más feliz con usted, pero son cosas mías. Yo duermo abajo, soy el marinero solícito, no me entero de nada.

—¡Que le zurzan!

Fritz soltó una risita, sin apartar la vista del cuaderno.

En el camarote bailaban las sombras. El ojo de buey reflejaba una luz extraña. Hart se levantó y se acercó al cristal.

—Fuego —dijo—. Están quemando los cadáveres.

Fritz se levantó también para contemplar la pira de la playa, las llamas, alimentadas por el combustible del avión, se alzaban rugiendo hacia el cielo, soltando un humo negro y grasiento. Su luz rielaba en el agua.

—Heiden habrá decidido hacerlo de noche, quitarlos de delante antes de que puedan afectar a la moral de todos —dijo Hart a modo de conjetura—. Yo, la verdad, me siento mejor al ver cómo arden esos cuerpos infectados.

—Claro —respondió Fritz—. Lo malo es saber que su novia aún guarda unos pedazos a bordo.

Hart pasó por alto el comentario sarcástico.

—Me gustaría saber qué están haciendo con esos cultivos.

—Con cuidado, amigo mío. Cuando uno sabe demasiado entra en conflicto con el Tercer Reich.

CAPÍTULO 16

Hart meditaba. Las llamas se iban extinguendo. El diario seguía abierto sobre la litera, donde lo había dejado Fritz antes de retirarse. «Dos sobrevivieron». ¿Qué significaba aquello? No confiaba en Jürgen Drexler. Quería hablar con Greta.

¿Qué palabras había utilizado Fritz al hablar de ella? Eso, «su novia». ¿Tan patente era su interés por ella? ¿Sin darse cuenta se había situado como rival de Drexler y estaba destinado a perder? Se debatía en un mar de impulsos contradictorios. Se dio cuenta de que ya no tenía tan claro por qué estaba allí, cuál era su papel.

Salió al pasillo. Reinaba el silencio en el barco, todo el mundo estaba agotado a raíz de los acontecimientos de los tres últimos días. Llegó a la puerta del camarote de Greta y llamó sin hacer ruido: «¿Greta?». No obtuvo respuesta. Estaría durmiendo. O no quería hacerle caso. Siguió plantado allí, indeciso. ¿Acaso no era importante la información que contenía el diario? Hizo girar el pomo.

El camarote estaba vacío. Con sensación de culpabilidad, echó una ojeada al interior. Todo estaba ordenado, de forma impersonal. No vio fotografías ni detalle decorativo alguno. Una bata blanca colgaba de una percha del armario: la única concesión de la estancia a la feminidad. Aquello y el aroma del perfume. Tenía la cama hecha; la manta tensa, al estilo militar. Hart tragó saliva. ¿Estaría con Drexler?

Cerró de nuevo la puerta. «Vuelve a la cama», se dijo.

De todas formas, en su laboratorio tal vez encontraría alguna respuesta. Puede que Greta aún estuviera trabajando.

Bajó deprisa una escalera y continuó por un pasillo. El laboratorio no podía cerrarse con llave, pero alguien había colocado un rudimentario letrero en la puerta:

PROHIBIDA LA ENTRADA.

Encima, una calavera con dos huesos cruzados. «Clarísimo», pensó Hart, pero llamó de todos modos. Nadie respondió. Probó el pomo y abrió. El laboratorio estaba en la penumbra; la única luz procedía de dos lámparas colocadas sobre una mesa central. No había nadie allí.

«Está con Jürgen», pensó otra vez.

Aquella terrible certeza le hizo armarse de valor. «¡Al cuerno con las normas y los secretos de los alemanes!». Se metió dentro, cerró la puerta y encendió la luz principal. Necesitaba saber. Saber lo mismo que sabía Jürgen Drexler.

En el laboratorio reinaba el mismo orden que en el camarote de Greta, aunque todo estaba más apretujado. Tenía instalados dos microscopios en una mesa larga. En los estantes, los frascos de formaldehído se alineaban como soldados, repletos de organismos que había capturado ella misma en el mar. Unos cuadernos de notas muy parecidos y perfectamente etiquetados. Más allá, un gran armario repleto de redes, cubos, impermeables y botas de agua. En la mesa del centro, unas hileras de platos de cristal tapados, recipientes Petri, los había llamado ella. Todos estaban medio llenos de una gelatina dorada y tenían sus correspondientes etiquetas. Algunos estaban sobre hielo, otros, sobre una placa caliente, unos cuantos bajo unas lámparas y los demás cubiertos con una tela oscura. Sus cultivos. Ninguno de ellos le sugería nada a Hart. ¿Habría fracasado Greta?

Oyó voces y pasos. El femenino tono de ella, tan singular en el barco, y luego el de Drexler. Grave y preocupado. Los dos se acercaban. Apagó la luz principal y echó una ojeada a la estancia, aterrorizado por la situación violenta que podía crearse. Se metió rápidamente en el armario y se ocultó tras los impermeables colgados.

Se abrió la puerta y entró Drexler con aire impaciente. Le seguía Greta, con semblante serio. Hart detectó en el acto que iban vestidos con la misma ropa que llevaban durante la reunión de después de cenar. Aquello le tranquilizó. Greta aún no se había metido en la cama.

—Comprendo su preocupación, Greta —dijo Drexler con aire cansado; cogió una mascarilla de gasa de una caja, que le pasó a ella, y luego se colocó la suya. Los dos se pusieron guantes de goma—, pero la expedición está pasando por una crisis y vale la pena correr el riesgo. Se trata del tipo de descubrimiento con el que puede conseguir hacer carrera en Alemania. Eso puede cambiar su vida. Nuestra vida.

—O acabar con ella, Jürgen. Creo que estamos jugando con fuego.

—Se nos ofrece la oportunidad de utilizarlo como si fuera fuego, como un medio. Por Alemania. Por el progreso. —Se inclinó para mirar los recipientes Petri—. Anima comprobar que se desarrollan con tanta rapidez. ¿Cuáles son?

Ella señaló sin entusiasmo:

—Este. Y ése y aquél.

Él sostuvo uno contra la luz.

—No son más que puntitos blancos.

—Cada mota constituye una colonia. Suficiente, me imagino, para matarnos a todos.

—Si comete algún error.

—Me toca a mí, ¿verdad, Jürgen? Yo soy quien tiene que hacer el cultivo de una epidemia. Yo quien tiene que salvaguardarla. Éste no es un laboratorio adecuado. Es una locura tenerlo a bordo.

—Es una cuestión temporal, hasta que sepamos lo que nos traemos entre manos.

—Dejó el recipiente y le puso una mano sobre el hombro—. Escúcheme, Greta: Noruega estará echando fuego a raíz del desgraciado... incidente con el ballenero. Estarán pidiendo a gritos una compensación, reclamando descaradamente sus reivindicaciones. Es vital para nosotros encontrar algo que pueda compensar tanta irritación: situar la expedición bajo una perspectiva positiva. Dios nos ha puesto algo alcance de la mano: un organismo distinto a todos los conocidos, ¡una bacteria que parece capaz de matar con tal velocidad y contundencia que convierte las demás infecciones en algo así como un resfriado común! Y usted es la científica clave. Todos dependemos de usted. Sólo usted sabe cómo realizar un cultivo con esto, cómo estudiarlo. La experta mundial en... ¿qué? No lo sé. Apuesto a que recibirá su nombre.

—¡Qué honor! —Su tono era sarcástico.

—O no, como le plazca. Sería una locura aún mayor limitarnos a quemar los cadáveres y huir. Puede que con nuestro descubrimiento consigamos evitar una futura plaga. Convertir esta isla en un lugar seguro para instalar una base. Comprender una nueva biología polar. Estamos haciendo lo correcto, Greta.

—Entonces, ¿por qué las esporas? ¿Por qué se preocupa Schmidt de las esporas?

—Es un científico, como usted.

—No es cierto. Es médico, y ni siquiera eso, un patólogo de tres al cuarto que abría a lo bruto la caja torácica de esos noruegos como un ávido forense en busca de capas de esporas. ¿Por qué?

—Para comprender la biología, para localizar el origen.

—No soy estúpida, Jürgen.

—Para aprender, Greta. Ella movió la cabeza.

—Leo la propaganda. Sé lo que puede hacer un gobierno con la bacteria infecciosa adecuada...

—¿Como los británicos en Escocia?

—Con un microbio cubierto de esporas...

—¿Como los británicos y el ántrax? Con sus astutos experimentos, ¿por si se produce una guerra?

—Eso no puede afirmarlo con seguridad...

—Sé mucho más sobre estas cuestiones de lo que sabrá usted jamás. —No consiguió mantener un tono amable—. Usted es una excelente bióloga, Greta, pero tan ingenua en política como ese estadounidense tan inculto. Las grandes potencias pretenden aplastar al Reich, amiga mía. Aplastarlo. Antes de que acumule demasiado poder. Porque representamos el futuro. Y si algo como esto puede proporcionarnos tiempo...

—No hable así de él.

—¿De quién?

—De Owen. Hace bien su trabajo y usted siempre se mofa de él, le insulta.

—Es un entrometido y muy polémico. Y usted coquetea con él.

—¡Eso es mentira! Está tan inseguro que...

—Lo que pasa es que estoy harto del maldito estadounidense y de que usted le defienda. No teníamos que haberlo traído. Pero ahora sólo le pido que nosotros, usted y yo, nos centremos en Alemania.

—¡A mí no me venga con esa actitud autoritaria, con su patriotismo nazi! Schmidt no pretende ganar tiempo. ¡Quiere crear un arma!

—Para contrarrestar las de ellos, para inutilizar su maldad. ¿No se da cuenta? Schmidt considera que hemos dado con una fuerza nunca vista. Y Alemania puede utilizarla para mantener el equilibrio de poder.

—Yo no quiero trabajar en eso, Jürgen —dijo Greta desilusionada—. Sobre todo con el tétrico Schmidt. Le vi en la pira funeraria de la playa... Estaba totalmente en su ambiente. Volvamos a casa, reanudemos nuestras vidas...

—Ésta es nuestra vida. ¡Y usted trabajará en ella!

—¡Escúcheme de una vez! ¡Esos recipientes pueden matarnos! ¿Y si se rompen, qué? ¡Le juro que destruiré los cultivos! —La amenaza parecía definitiva.

Él la miró sorprendido, con una expresión que en un abrir y cerrar de ojos se convirtió en la de la indignación contenida. Su rostro se había crispado con la muda rabia, y poco después habló en un tono preñado de amenaza.

—Ahora va a escucharme bien, Greta Heinz: va a trabajar en esto como un fiel miembro de la expedición del Reich; de lo contrario, le juro por todos los santos que no seré yo quien le evite las consecuencias a su regreso. ¡No voy a permitir que sus pueriles y simplistas ideas sobre las cosas desbaraten nuestro futuro! Mi futuro.

Pareció tan conmocionada ante la vehemencia de Drexler que su mirada le frenó. Él se mordió el labio, al tiempo que luchaba por controlar de nuevo sus emociones. En su rostro se le dibujó una mueca que reflejaba el dolor interno por haberse traicionado. Aspiró profundamente.

—Lo que usted no entiende es que yo la quiero —consiguió articular por fin, y luego, en un tono más amistoso, añadió—: La quiero, Greta. Y lo que le estoy pidiendo es que haga eso, que trabaje en este descubrimiento concreto, por nosotros. Por los dos y por el Reich. Por Alemania, puesto que es lo más adecuado.

El semblante de ella se crispó.

—¡No puedo hacerlo, Jürgen! —le suplicó—. ¡Estoy muy asustada!

—Yo también lo estoy, por la posibilidad del fracaso. —La miró con aire solemne; su expresión revelaba la necesidad imperiosa—. No puede hacerme eso. —Se quitó la máscara y los guantes y, con todos los músculos tirantes, se acercó a ella y le besó su rígida mejilla. Luego salió.

Hart seguía allí, paralizado. Se produjo un leve sonido. Greta lloraba.

Las lágrimas rodaban sobre la mascarilla; intentó secárselas con los dedos. De pronto, con un brusco tirón se deshizo de los guantes y los arrojó a un rincón, junto con la mascarilla.

—¡Maldita sea! —exclamó entre sollozos—. ¡Malditos hombres, malditos recipientes! Esos cultivos me aterrorizan...

—Eso no mató a todo el mundo.

Levantó la cabeza en el acto. A Hart le costaba respirar.

—Eso no mató a todo el mundo —repitió. Salió del armario con paso torpe. Greta se volvió.

—¡Usted!

—Encontramos un diario y... —Levantó la mano hacia ella.

Todo su enojo se centró de repente en él.

—¡Habrase visto! ¿Cuánto tiempo lleva usted aquí? ¿Cómo se ha atrevido a...?

—Por favor, Greta, no era mi intención, créame que lo siento... Vine al laboratorio para comunicarle la noticia, usted no estaba aquí, luego oí pasos y... y...

—Notaba que aquello era poco convincente.

Greta tenía el rostro brillante por el llanto.

—¿Qué ha oído? ¿Hace mucho que está aquí? Él se encogió de hombros.

—Lo ha oído todo, ¿verdad?

—Pues sí, pero yo no pretendía...

—¡Fuera de aquí! ¡Salga ahora mismo!

—Dos personas sobrevivieron a la enfermedad.

—¡Fuera, fuera, fuera! ¡Cuánto les odio a los dos!

Hart se acercó a la puerta, avergonzado por la respuesta de ella, salió y se apoyó contra la madera cerrando los ojos. Desde fuera, oía sus lamentos:

—¡Ojalá encontrara la forma de abandonar este maldito barco!

Hart no pudo dormir; se sentía completamente confundido. Cada vez que se acercaba a ella ocurría alguna catástrofe. ¿Se lo contaría a Drexler? Podía darse por satisfecho si no decidían arrojarlo por la borda acusándole de espía. ¡Qué agotado estaba!

De pronto oyó un golpe y quedó aturdido. Se dio cuenta de que por fin había conciliado el sueño, y no sólo había dormido, sino que se había sumergido en el embriagador sueño de la persona exhausta. Se había caído de la litera. La superficie de la cubierta estaba inclinada y a través del ojo de buey le llegaba al camarote la nítida luz del sol polar.

«¿Qué demonios?». ¿Se estaban hundiendo otra vez?

El piloto oyó unos claros golpes, una repetición de sonidos metálicos; a pesar de su aturdimiento, comprendió que aquel ruido era provocado, y no debido al azar.

Luego oyó el retumbar de un movimiento de bombeo. Miró el reloj. Eran más de las doce del mediodía; había dormido mucho tiempo. Soltando un gruñido, se incorporó como pudo, superando la inclinación; era como si tuviera arena en los ojos. El diario de los noruegos había resbalado hacia el suelo; él lo cogió, lo metió bajo el colchón y luego se vistió a duras penas y se dirigió a la cubierta superior.

El Schwabenland estaba amarrado al semihundido Bergen; los marineros trajinaban en uno y otro barco. Habían tendido unos cables desde el buque alemán hasta los cabrestantes del noruego y descargado una parte del cargamento del barco alemán —las cajas numeradas que habían intrigado tanto al piloto— para colocarlo provisionalmente en la cubierta del Bergen; en aquellos momentos trasladaban más material a la orilla. La inundación controlada de determinados compartimientos y el cabrestante habían conseguido inclinar lo suficiente el Schwabenland por la parte de babor para que la grieta del casco quedara visible. Habían sujetado una serie de botes salvavidas a lo largo del corte, y los marineros estaban golpeando, cortando y remachando el metal. Otros, con una lluvia de chispas, cortaban una parte de la plancha del barco noruego de su alzada proa. Se habían colocado unas cuerdas que prohibían la entrada al interior del ballenero, pero además de dicha precaución, los marineros trabajaban con máscara. Heiden iba de un lado para otro, observando el desarrollo de la tarea y dando órdenes.

Hart buscó con la mirada a Fritz, pero no pudo localizarlo. Se acercó a Heiden.

—¿Por qué trasladan las provisiones a la orilla? ¿Nos quedamos aquí?

—No —respondió Heiden—. Ha sido idea de Jürgen. Abastecimiento para el año que viene.

De modo que los alemanes pensaban volver.

—¿Ha visto usted a Fritz? El capitán movió la cabeza.

—No, pero si usted le ve, dígame a ese haragán que es hora de trabajar.

—¿Sabe cuándo podremos zarpar?

—Cuando tenga el barco reparado. —Su tono era seco, reflejaba impaciencia.

El piloto se retiró hacia la zona de popa, contemplando con aire taciturno la fría laguna. Una vez más la Antártida había significado la catástrofe. Drexler le despreciaba a pesar del éxito del vuelo que habían realizado juntos. Al parecer, Greta le odiaba. El choque con el ballenero había eliminado probablemente toda posibilidad de propaganda favorable. Fritz había desaparecido. Se sentía totalmente solo.

De pronto la vio a su lado, con la capucha bajada, la roja cabellera rozando el hombro de él al inclinarse sobre la barandilla. Fue algo tan repentino que Hart tuvo un sobresalto.

—¿Quiénes sobrevivieron?

Era una pregunta aséptica, que no revelaba nada. Le miró directamente.

—¡Vamos! ¿Quién sobrevivió, Owen?

—Dos marineros —medio tartamudeó él—. Balleneros noruegos. Seguían con vida, cogieron un bote salvavidas y se alejaron de la laguna. Dudo que llegaran a ninguna parte.

Greta movía la cabeza, asimilando la información.

—¿Cómo?

—No lo sé. Ellos tampoco lo sabían. Se encontraban expío raudo una cueva, salieron, estalló la enfermedad pero a ellos no les afectó...

—¿Una cueva? ¿Qué cueva?

—La que encontramos Fritz y yo. Hablé de ella anoche en la reunión. Mire, desde aquí puede verla. —Señaló hacia la pared del cráter.

Ella siguió con la mirada su brazo y luego se volvió hacia él. Su tono continuaba siendo curiosamente distante, como si le hubieran agotado las emociones la noche anterior.

—¿Qué había en la cueva?

—No lo sé. Ellos no lo citan. Nosotros no la exploramos. Vimos una fuente de agua caliente, notamos olor a azufre, creo que procedía de un antiguo conducto de lava, y no sé más. Creí que usted tendría alguna explicación. Por eso fui a su laboratorio.

Ella reflexionó durante mucho rato.

—¿Conoce la temperatura de este puerto?

—No.

—Ocho grados centígrados. Muy por encima de la congelación. ¿No le parece curioso?

—¿De verdad?

—El agua del mar fuera del cráter está por debajo del punto de congelación del agua dulce; la sal y la presión impiden que se solidifique. Pero aquí el agua tiene una temperatura más alta. No se forma hielo y en las laderas del cráter se acumula poca nieve; un lugar cálido, ¿no le parece, Owen?

—Es un volcán, Greta.

Ella asintió.

—Exactamente. Lleno de calor y energía. —Miró hacia el otro lado del agua, observando la cueva—. Creo recordar que usted practicó la espeleología en su niñez. ¿Me equivoco?

Hart soltó una risita poco convincente.

—Los mejores años de mi vida.

—Owen, necesito un remedio.

—¿Un qué?

—Un antídoto contra lo que mató a los noruegos. ¿Cree que podemos encontrarlo en el interior de la cueva?

—Precisamente eso es lo que iba a preguntarle yo. Me refiero a anoche... Siento mucho haberles escuchado.

—Hace bien en sentirlo. —Le sonrió con tristeza—. ¿Sabe por qué no siempre me cae bien, Owen?

Hart no respondió.

—Porque en todo momento parece saber demasiadas cosas sobre mí. Igual que Jürgen. El no supo qué responder.

—En realidad, he reproducido un microbio y ahora estoy buscando la forma de eliminarlo. A modo de válvula de seguridad. Como forma de mantener el control sobre lo que ustedes, los hombres insensatos, intenten hacer luego. Esa cueva me intriga. ¿Me llevará hasta allí?

—¿Yo? Creí que estaba enfadada conmigo.

—Y sigo estándolo. Pero por otro lado mantengo la calma. No puedo permitirme el lujo de estar enfadada.

—¿Todo ello por Jürgen? ¿O por Alemania?

—¿No va a ayudarme?

—Yo no he dicho eso.

Greta se mordió el labio.

—Por la ciencia.

—¡Ah! Como el viaje.

—Y por mí.

Movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Siendo así, lo haré.

—Y por nosotros.

—¿Quiénes somos nosotros? Greta no respondió.

—¿Vamos ahora mismo? Ella negó con la cabeza.

—Esta noche. Cuando Jürgen no pueda vernos. Jamás permitiría que fuera con usted.

—¿Vamos a ir en busca de un remedio?

—En busca de algo que dé algún sentido a tanta locura.

CAPÍTULO 17

—Está muy oscuro.

—Es una cueva, Greta.

Se encontraban delante de la fuente. La corta noche de finales del verano antártico estaba tocando a su fin y la bóveda que formaban las relucientes estrellas por encima del borde del cráter iba perdiendo intensidad a medida que el cielo adquiría un tono azulado. Al otro lado de la oscura boca, las luces del Schwabenland iluminaban su enlace con el deteriorado Bergen.

Hasta aquel momento, Greta se había mostrado audaz y enérgica: recogió equipo de exploración de los armarios, organizó un trayecto en bote hasta la orilla, convenciendo al vigilante nocturno de que tenía que inspeccionar las cenizas de la pira, y cargó con una mochila en el recorrido a pie por la playa. Había hablado muy poco, pues su objetivo era el de salir del barco mientras los oficiales seguían durmiendo. Pero en aquellos momentos, cuando ella y Owen se encontraban en la abertura del conducto de lava, con la pestilencia a azufre, Hart notaba cierto tono dubitativo en su voz. Ese era el efecto que producía penetrar bajo tierra. Todo el mundo imaginaba el infierno en lo más profundo de la tierra.

—Hace miles de años las personas se refugiaban en cuevas —dijo Hart intentando tranquilizarla—. Además, disponemos de mucha luz. —Encendió una linterna y dirigió la marcha hacia el punto donde él y Fritz habían desenterrado el diario. Accionó una lámpara de gas y la encendió. Los dos parpadearon ante el resplandor, animados por el regular silbido—. Avanzaremos lentamente. Usted marque la dirección y yo intentaré encontrar el camino. —Le señaló unas telas de color brillante que colgaban de su cinturón—. Vamos a atar una cinta de reconocimiento en cada curva e intersección. Como Hansel y Gretel con las migas.

Aquel recuerdo hizo sonreír a Greta.

—Vamos.

Hart sabía que ella, a pesar del natural desasosiego, había decidido entrar. Al igual que Drexler, pensó. Los alemanes no retrocedían. Aquella cueva volcánica, a diferencia de las de piedra caliza, no tenía colores vistosos. La entrada hacia el conducto de lava le daba a uno la sensación de estar accediendo al encostrado sistema circulatorio de un ardiente corazón. El basalto tenía un tono negro rojizo apagado y no formaba estalactitas. En algún punto goteaba el agua.

Los primeros cien metros del túnel eran relativamente llanos y anchos. Encontraron unas cuantas ramificaciones que tentaron a Hart a dar un rodeo, aunque la luz de la linterna les confirmaba que terminaban en un montón de piedras derrumbadas. Del techo de la parte central del túnel se habían desprendido también unas placas de basalto, que obligaban a los dos a abrirse paso con dificultad y rodearlas. El piloto no demostraba inquietud ante la posibilidad de un hundimiento, si bien se preguntaba si se producían a menudo erupciones o terremotos. Le daba cierta seguridad encontrar alguna huella de botas. Los noruegos habían seguido aquel camino y durante todo un año nada había alterado las señales de las pisadas.

El conducto terminaba en una chimenea, o cuando menos eso es lo que le pareció a Hart. Un túnel ancho y vertical se elevaba a cientos de metros y recorría en sentido ascendente y descendente la montaña. Dirigió la luz hacia donde se perdía el haz en la penumbra, y la fisura le produjo una cierta sensación de vértigo.

—Ya hemos llegado al hueco del ascensor —murmuró Greta examinando la hendidura—. ¿Dónde está el botón que hay que apretar?

—Esto debería haber sido un importante río de lava cuando el volcán estaba activo. —Cuando dirigió la luz hacia abajo, iluminó unas rocas que obstruían el hueco; unas oscuras aberturas insinuaban un camino que las sorteaba. Vieron una serie de huellas humanas en la base—. Los noruegos vacilaban tanto aquí como nosotros, fraulein bióloga. ¿Qué camino tendríamos que seguir?

Ella observó lo que tenía delante, reflexionando. Seguía mostrando cierto aire distante, distraído, de fría profesionalidad. Era la primera vez que Hart pasaba tanto tiempo a solas con ella y, sin embargo, Greta parecía no hacerle caso. Aceptó su actitud con filosofía. Se dio cuenta de que por el momento él representaba para ella un medio de alcanzar un fin, una forma de reafirmar su independencia con respecto a Jürgen Drexler. Pero a pesar de todo, tenía presente que él estaba allí y Drexler, no. Sonrió al pensar cuál sería la reacción del alemán por la mañana, cuando el vigilante nocturno le informara de que los dos habían ido a tierra firme y no habían vuelto.

Greta se arrodilló, forzando la vista por encima del extremo.

—Hacia abajo, creo. Si usted se ve capaz de sujetarme.

Él asintió.

—Dejaremos una de las cuerdas atada aquí. No sé hasta dónde llegan esos conductos, pero en general no pueden ser muy largos. Eso espero al menos.

—Me interesa bajar porque el agua caliente del manantial tiene que nacer en definitiva en lo más profundo de la montaña, donde se encuentra el origen del calor. La vida necesita energía y calor, ¿no es así? Por eso creo que tenemos que descender.

—Puede que el antídoto, suponiendo que exista alguno, no sea biológico —le planteó Hart—. ¿No podría tratarse de algo químico? ¿De unos minerales en el agua?

—Me parece que no. En el caso de que la bacteria sea autóctona, se habrá

adaptado a lo largo de millones de años a la química de la isla. Claro que, ¿quién sabe! Puede que a los dos marineros no les afectara de entrada la infección, tuvieran inmunidad natural o desarrollaran los síntomas tras huir en el bote. Ésa sería una investigación inútil. Lo que yo estoy buscando, de todas maneras, son dos formas de vida que coexisten con dificultad: la bacteria de la enfermedad y algo tóxico para ella, que evolucionó como autodefensa. Un impasse biológico, para entendernos. Algo que pudiera mantener a raya la terrible epidemia.

—La científica es usted. Miremos para abajo.

Ató una cuerda a una roca y esperó a que se desenroscara en la oscuridad. En otra cuerda, doblada, bajó las mochilas.

—Yo no tengo nada de escalador, ni siquiera poseo una gran experiencia en cuevas, lo que sí sé seguro es que hay que proceder lentamente —le advirtió—. Mueva sólo una mano o un pie cada vez. Y no se agarre a la roca, pues con ello deslizaría el pie del punto de apoyo. Inclínese un poco hacia afuera y así tendrá el cuerpo en posición vertical. —Ladeó un poco la mano para mostrárselo.

—Muy bien —Greta parecía tener sus dudas, pero había decidido seguir adelante—. Usted primero.

Hart pasó delante, guiándola con la linterna. Tenía que admitir que ella bajaba con la misma seguridad que él; quizá no, ponía el mismo empeño, pero sus movimientos eran ágiles y mantenía el equilibrio. Aunque tuviera miedo, no lo demostraba. Descendieron unos cien metros y llegaron a un punto en el que una roca se había quedado atascada en el conducto. Greta había quedado casi sin aliento, pero estaba eufórica.

—¡Jesús! —Se echó a reír—. He comprobado que soy capaz de bajar, pero ¿conseguiré subir?

—De la forma en que lo está haciendo, casi juraría que me llevará usted a mí.

Hart siguió dirigiendo el descenso.

Había una rendija junto a la roca y luego Otros veinte metros de caída. A partir de ahí, el conducto formaba un ángulo con piedras amontonadas. El camino era duro y lento. A medida que iban avanzando notaban el aumento de la temperatura en la cueva, y tuvieron que irse quitando ropa hasta quedar en pantalón y camisa. El glacial frío de la Antártida parecía ya algo muy remoto.

El piso se fue alisando, pero el techo era cada vez más bajo. De pronto, Hart se detuvo. Había notado un temblor. Oyeron el distante eco de un movimiento de piedras, que recordaba un gruñido de inquietud.

—¿Qué ha sido eso? —Su euforia se había disipado.

—Un terremoto, creo yo. De poca intensidad.

—¡Madre mía!

—Esto es peligroso, Greta. Mi deber es advertírselo. Al fin y al cabo, estamos en

un volcán. ¿Prefiere volver atrás? Se hizo el silencio mientras ella decidía.

—No. Tengo que saber.

—Muy bien.

Hart siguió adelante. Poco después, los dos tuvieron que agacharse y más tarde avanzar a gatas. El techo, cada vez más bajo, les obligó a arrastrarse.

—¿Seguimos el camino correcto, Owen?

—No lo sé. Espere un momento aquí. —Siguió unos metros más a rastras, volvió y le dijo—: Oigo agua.

—¿Nos encontramos ya al final?

—No necesariamente. En las cuevas de Montana encontrábamos tramos muy estrechos, y si conseguíamos superarlos llegábamos a un recinto más amplio. Tal vez aquí ocurra lo mismo. Claro que podemos hacer el esfuerzo y quedar atascados, o bien, si no tenemos cuidado, meternos en otro hueco de ascensor. Lo mejor será que me ate una cuerda a la cintura y usted la moverá, ya le enseñaré cómo, mientras yo investigo con la linterna. ¿Podrá hacerlo?

—Claro.

Hart se las ingenió para avanzar bajo aquel techo cada vez más bajo. El haz de luz seguía desapareciendo en el oscuro vacío que se extendía ante él: una señal alentadora. La tosca piedra arañaba su mochila, y decidió quitársela. Un último tropiezo... y se encontró con los brazos y la cabeza en un espacio vacío desde el que oía el sonido de un río entre paredes rocosas. Dirigió la luz hacia allí. Había descubierto una gruta. El haz de luz danzaba sobre el agua en movimiento.

—¿Qué ve ahí, Owen? —La voz de Greta le pareció débil en la distancia.

—¡Tal vez lo que estamos buscando!

Salió del túnel arrastrando la mochila y haciéndola descender hacia el nivel inferior. Greta, siguiendo sus instrucciones, apagó la linterna y empujó su equipo hacia adelante, mientras enrollaba lentamente la cuerda.

Greta echó la cabeza hacia adelante y Hart la sujetó por debajo de los brazos. Ella se soltó, con gesto instintivo se aferró a él al saltar y Hart la sujetó un poco más de la cuenta, con el rostro junto a su pelo, imaginando que notaba los latidos de su corazón. Luego ella se apartó lentamente.

—Creo que deberíamos encender la linterna —dijo.

La gruta estaba formada por una cámara rocosa de unos sesenta metros de longitud y unos nueve de altura. La cruzaba una corriente de agua que surgía de otra negra abertura y descendía hasta desaparecer en el otro extremo. Prácticamente todo el suelo estaba cubierto de piedras y el agua había depositado un banco de arena en el centro, seco y suave. Cerca de allí borboteaba un manantial, cuya caliente agua iba a parar a la corriente principal. La temperatura era muy agradable en aquel lugar. Las

rocas situadas junto al manantial irradiaban calor, como estufas.

—Creo que deberíamos comer —propuso Greta—. Estoy hambrienta.

Se sentaron junto a la luz de la linterna. Cada uno había metido una manta en su mochila por si tenían que prolongar su estancia, y las extendieron sobre la arena. Llevaban también jamón y queso en lata, así como un apetitoso pan salido del horno del Schwabenland. Owen sacó una botella de vino.

—La he rescatado de las reservas que guarda Heiden en la cocina —confesó.

Greta sonrió.

—¡Qué bien se está aquí! Un ambiente tan cálido que parece un pequeño restaurante. Y ya me estoy acostumbrando a la oscuridad.

—¿Cree que nos encontramos cerca de lo que estamos buscando?

—No lo sé. En cuanto hayamos comido echaré un vistazo al agua. ¡Me parece tan raro estar aquí abajo! En la universidad no aprendimos nada sobre cuevas. No tengo ni idea de lo que puede hallarse en ellas.

Tomó un trago de vino. No llevaban vasos. Utilizó los dedos para secarse los labios.

Luego la bióloga quedó ensimismada, con la mirada fija en la arena. «¡Qué guapa es!», pensaba Hart admirando sus rasgos faciales entre los reflejos y sombras de la lámpara. Unos mechones se le habían desprendido de la cola de caballo y se deslizaban hacia sus mejillas. «¡Tan cautivadora y distante al mismo tiempo! ¿Qué la habrá empujado a correr el riesgo de entrar en este agujero oscuro?».

—¿Por qué hemos venido, Greta? —dijo él.

—¿Cómo? Para explorar... en busca de un antídoto, por supuesto.

—Evidentemente, pero ¿por qué esta perentoria urgencia? Y el cambio de parecer, ¿a qué se ha debido? Me pareció que no estaba interesada en los cultivos de laboratorio. Por lo menos eso dijo en la reunión. Algo debió suceder después con Schmidt. Anoche habló usted de esporas. ¿Tanta importancia tienen?

—¡Ah, Schmidt! —movió la cabeza como queriendo apartar otras ideas que surgían en su mente y tomó un bocado de pan—. Todo ha sucedido de un modo tan rápido, Owen... Los noruegos... el iceberg... esta isla... el Bergen. Me pareció lógico intentar averiguar qué les sucedió a sus pobres hombres, aunque sólo fuera para protegernos a nosotros mismos. Por eso accedí a desarrollar los cultivos. Pero creo que Schmidt se me adelantó. Lo mismo que Jürgen. Les interesaba entender de dónde nace una enfermedad tan estéril. Eso le llevó a investigar los pulmones y los conductos respiratorios en busca de capas de esporas.

—¿Y eso qué es?

—Un revestimiento. Algo parecido a la cáscara de una semilla o a la de un huevo. Ciertos microbios las elaboran al verse desplazados de su entorno idóneo. Son como una especie de capullo en el interior del cual el organismo se encuentra en estasis, a la

espera de unas condiciones favorables para estallar y multiplicarse. Schmidt opina que eso es lo que explicaría la infección. Las esporas se encontrarían en la isla, aunque ignoramos su procedencia. De una u otra forma, los noruegos entraron en contacto con ellas y las inhalaron al respirar. Las enzimas corporales las rompieron, como un caballo de Troya, y entonces empezaron a multiplicarse por dos cada veinte o treinta minutos: primero dos, luego cuatro, después ocho... y en un solo día pueden surgir miles de millones. Todo el mundo empieza a toser y estornudar. Al final, los músculos se agarrotan, el sistema nervioso se inflama como una hoguera, los órganos se descomponen... y la persona muere.

—¿O sea que teme que las esporas puedan atacar de nuevo?

Ella asintió.

—En efecto. Es una de las posibilidades. Aunque me inquieta mucho más lo que dijo Jürgen sobre la creación de una nueva arma letal.

—¿Usted cree de verdad que es posible?

—Digamos que sería posible con la mayoría de enfermedades, aunque no práctico. Porque de entrada, ¿cómo puede almacenarse? ¿Cómo se evita que quien lo manipule se exponga al riesgo? Es muy complicado. De todas formas, las enfermedades que desarrollan capas de esporas son las idóneas. La capa protectora evita muchos de los problemas.

—¿Y ni Schmidt ni Jürgen se plantean la ética del experimento?

Greta sonrió con amargura.

—Para Schmidt la ética no existe. Jürgen posee una ética implacable. Como ve, es un círculo, y en los dos extremos se juntan los medios para alcanzar un fin. El y Schmidt coinciden.

—Anoche dijo que la quería.

—Efectivamente. Y es cierto. Lo dijo de verdad.

—¿Y usted le quiere?

Greta sonrió mirando aún al suelo.

—¡Vaya, Creo que hemos vuelto a una conversación que tuvimos antes! — Reflexionó como si aquello no se le hubiera ocurrido nunca antes—. No. Bueno... sí. Le quiero. —Su tono delataba cierta duda—. Aunque no de la misma forma, tal vez... me gusta cuando está relajado. Es capaz de mostrarse afectuoso. Admiro en él su idea del objetivo, su ética, para entendernos. Su seguridad. Es un hombre fuerte. Inteligente. Me intriga.

—Está intentando convencerse de ello, Greta.

Parecía algo inquieta.

—No lo sé, Owen. A veces también me asusta con su energía. La lucha con los balleneros. La verdad es que no tengo claro lo que siento o lo que debo sentir. Ese amor me desconcierta.

Esperó un momento. No se oía más que el sonido del río y el silbido de la lámpara.

—A mí también. —Aquélla no era la respuesta adecuada, pero no encontró otra. Ella asintió con aire solemne, tragando saliva.

—Y me parece bien. Más sencillo. —Su voz se había entrecortado—. Porque quiero hacer lo que me propuse al venir. Explorar esta cueva. —Con gesto enérgico metió los restos de comida en la mochila y se levantó. Ya estaba de nuevo manos a la obra—. Veamos... Usted sostiene la lámpara mientras yo estudio la corriente.

—Greta...

Hart se levantó. Luchaba por conseguir el equilibrio, temeroso de mostrarse demasiado audaz y asustarla como a un cervatillo en un prado.

Ella le puso un dedo en los labios para impedir que siguiera.

—De cara al trabajo, es mejor dejar las cosas como están, Owen.

Empezaron a investigar a lo largo de la corriente. El agua era clara y estaba fría: el termómetro que llevaba ella marcó 6,3 grados. El afluyente que procedía del manantial de agua caliente, en cambio, estaba a 40 grados, apenas podían resistirla los dedos. Presentaba una costra mineral y algo de limo.

—Fíjese en eso, Owen —dijo la bióloga algo sorprendida—. Aquí no hay luz, y sin embargo mantiene la vida, alimentada tal vez por el calor subterráneo. Ojalá tuviera un microscopio a mano.

Encontró más limo en las piedras situadas río abajo, a partir de la confluencia con el arroyo cálido. En el extremo de la gruta había un salto por el que la corriente se precipitaba hacia la oscuridad del fondo. Fue enfocando la superficie con la linterna y detectó algo que serpenteaba como un exuberante cabello.

—¿Una planta? —preguntó Hart.

—Aquí abajo, no. No hay luz del sol. Puede tratarse de algo primitivo, de una extraña alga que no obtiene la energía de la fotosíntesis, o tal vez una colonia animal, como las esponjas o el coral. Quizá lo que encontraron los noruegos. Voy a sacar una muestra...

—Mejor será esperar a sujetarnos con la cuerda.

Pero Greta ya estaba vadeando por el agua y no le oyó. Estiró el brazo para alcanzar aquel delicado organismo y lo consiguió en el preciso instante en que sus botas resbalaron en el limo de las piedras del fondo.

—¡Greta!

Ella lanzó un grito y desapareció.

—¿Acaso perdemos el tren? ¿De eso se trata? ¿Hay una vía de ferrocarril al final del valle, de la que yo no tengo noticia? Tal vez eso explicaría el frenesí, la prisa, mi jadeo... Lo entendería si se tratara de coger un expreso para Munich. O si hubiera

detectado usted las luces de una cervecería.

—¡Cierre la boca, quejica! —le gritó el sargento de las SS Gunther Schultz a Fritz, convencido sin embargo de que sus órdenes no iban a surtir efecto.

«¡Vaya proteston!». ¿Por qué les habría obligado Drexler a cargar con ese inútil? El enlace político les había obligado a abandonar el barco y a penetrar en el seco valle el día anterior al amanecer. Jürgen no había dormido y mostraba una actitud agria y quisquillosa a causa de quién sabe qué contratiempo. «Probablemente la culpa la tiene esa maldita mujer», murmuraban los soldados de las SS. Hacia el mediodía habían llegado al borde del cráter y acamparon de noche al fondo del valle, aislados del barco: la radio no funcionaba, a menos que subieran una pendiente para establecer comunicación. Los soldados estaban irritados. Schmidt les había asegurado que no corrían riesgo alguno, pero ellos no eran estúpidos: habían transportado los cadáveres del Bergen y sudado bajo las máscaras protectoras. Ahora, alejados de la rutina habitual que les permitía estirar las piernas, estaban tan enfurruñados como Fritz. «Eso es una tumba, una tumba —había comentado a Schultz uno de los soldados bajando la vista hacia el árido y congelado valle—. Yo lo que quiero es volver al barco y zarpar para casa». Pero Drexler pretendía que se explorara la isla en busca de alguna pista que pudiera arrojar luz sobre la enfermedad, a pesar de que la creencia general era que no iban a encontrar nada en aquella mortaja de hielo. Allí estaban, observando las profundidades del valle, tragando el polvo que transportaba el viento.

Fritz se había visto obligado a incorporarse al grupo en el último momento. Sin duda, el enlace político decidió castigar al marinero por sus pesadas bromas y le llamó «maldito comunista», antes de asignarle la tarea de guía de la expedición por haber estado en tierra firme con el estadounidense. Naturalmente, Fritz no tenía ni la más remota idea de adonde se dirigían, ni la menor curiosidad por averiguarlo.

—Vi el valle desde el borde del cráter y me pareció tan atractivo como un sepulcro —les dijo antes de abandonar el barco—. Casi me seduciría más meterme en una alcantarilla.

—Pues si tenemos que descartar lo del tren, podríamos descansar aquí mismo —siguió Fritz—. Nos encontramos junto a un lago, a pesar de que esté helado. Comemos algo, pedimos unas jarras de cerveza, charlamos sobre jardinería...

—Bueno —exclamó Schultz exasperado—, estoy hasta la coronilla de sus lamentos. Quédese con el equipo mientras nosotros vamos hasta el extremo del valle. Volveremos antes de que anochezca.

—¿Van a dejarme solo?

—¡Hasta nunca! —le dijo uno de los soldados.

—La verdad es que me he sentido siempre mucho más tranquilo en cualquiera de los callejones de mala nota de Hamburgo.

—Si no se queda aquí y cierra de una vez el pico, tenga por seguro que no volverá

a poner los pies en Hamburgo.

Los soldados reemprendieron la pesada marcha con Schultz a la cabeza, contemplando con aire contrariado las colinas de roja piedra volcánica que circundaban el valle. El sargento creía ver el paisaje de otro planeta. El hielo del lago era viejo, pues jamás se derretía, y seguía una irregular ondulación marcada por el sol y la erosión del viento.

Eran muy cuidadosos con el agua que llevaban. El doctor Schmidt les había advertido que no bebieran de la que encontraran, pues podía estar contaminada. Al pie del segundo volcán encontraron unos manantiales de agua caliente, cuyos charcos humeaban en la fría atmósfera. El agua de las fuentes descendía por una serie de rellanos con tonalidades ocre y los calientes chorros iban fundiendo el hielo que se formaba en la orilla del lago. Pendiente arriba, un glaciar procedente del segundo volcán se había arrastrado hasta detenerse y el hielo y el montón de grava colgaban por encima de los manantiales.

Schultz ascendió hasta los charcos para echar un vistazo. Algunos se habían secado y dejado unos residuos pardos procedentes del interior de la tierra. No encontró, sin embargo, rastros de los noruegos, ni pista alguna que pudiera despejar el enigma de la catástrofe. Una ráfaga de viento levantó el polvillo y una nube de fina arena avanzó contra los soldados, obligándoles a cerrar los ojos.

—¡Qué lugar tan espantoso! —murmuró el sargento—. ¡Y pensar que no hemos encontrado absolutamente nada que pueda sernos de utilidad!

Un soldado movió la cabeza dándole toda la razón.

Seguidamente estornudó.

CAPÍTULO 18

—¡Greta!

Hart había avanzado a rastras hasta el mismo borde del salto de agua, presa de la desesperación.

Luego, en la negrura del fondo, a pesar del rugido de la cascada, oyó un tenue:

—¡Owen! ¡Dios mío! ¡Estoy en el agua! ¡Ayúdeme!

Aquella voz actuó como una descarga eléctrica en su sistema nervioso.

—¡Voy enseguida! —gritó con voz quebrada—. ¡Aguante!

El piloto retrocedió hacia las mochilas, cogió una cuerda y la linterna y se precipitó hacia la corriente. Dejó la linterna sobre una roca saliente, donde pensó que podía hacer las veces de faro, ató la cuerda y la lanzó hacia el salto de agua. Sin soltar el tosco cáñamo se dejó caer hacia atrás, notando el agua fría en los muslos. Una pequeña linterna que colgaba de su cinturón le proporcionaba algo de luz. Greta había sido arrastrada por la cascada, como empujada hacia el interior de un tronco vacío.

—¡Ya le veo, Owen! —gritó ella—. ¡Estoy en una charca, en un estanque!

A medida que fue descendiendo, la cascada bajaba más a plomo, hasta llegar a alcanzar la posición vertical. La chimenea por la que descendía el agua se abría hacia un espacio mucho más amplio. Hart se inclinó hacia afuera. Veía el reflejo de la luz en las negras aguas y oía cómo ella le suplicaba que se diera prisa. Le dolían los brazos a causa del esfuerzo y su corazón latía desesperadamente. Abajo, abajo...

Se le había terminado la cuerda.

Dudó un momento. Realmente no tenía otra alternativa. Iba a rescatarla o a morir en el intento, porque otra cosa le parecía inaceptable.

Se soltó y se sumergió.

Se preparó para enfrentarse al agua fría, a la típica sensación que le deja a uno sin respiración creyendo que de un momento a otro el corazón dejará de latir. En lugar de ello, penetra en un remanso de agua tibia. Cuando salió de nuevo a la superficie, escupiendo un agua que tenía un sabor salado, se encontró con Greta encima suyo, sollozando, contenta, agarrándose a él en el oscuro y cálido lago situado al pie de un imponente y helada montaña.

Estaban vivos.

Él la besó con pasión, con actitud posesiva, y en esta ocasión ella le devolvió el beso con la misma ansia. Así abrazado se fueron hundiendo, para luego separarse y

ascender otra vez riendo y tosiendo.

—Nos ahogamos en un volcán y nos parece divertido —farfulló él.

Greta movía las piernas en el agua; la luz era tan tenue que se había convertido en una silueta.

—A mí me parece divertido, Owen. Estaba aterrorizada caer, segura de que iba a chocar contra las rocas. Pero ahora que está usted aquí y noto el agua tibia tengo la impresión de que ya nada es real.

Nadaron hasta el extremo del risco, por donde descendía la corriente, y se agarraron a un saliente para descansar. Ha veía en lo alto la luz de la linterna. Al otro lado del agua, había un destello azul. Señaló hacia allí:

—¿Qué es eso?

Greta volvió la cabeza restregándose los ojos.

—Parece hielo. ¡Qué raro! ¿Un glaciar? No sé.

—Quédese aquí y descanse.

Se acercó nadando hacia el destello, notando al moverse la mezcla de corrientes cálidas y frías, así como un remolino de organismos que formaban una esterilla y chocaban contra su brazos y piernas, como una pelusilla diáfana que parecía fundirse cuando él intentaba agarrarla. Después del techo rocoso se veía el hielo: una bóveda de agua helada tachonada de minúsculos carámbanos procedentes de la condensación del vapor del estanque. Tenía la sensación de que aquel techo helado penetraba en el fondo del agua en algún punto de la lejana oscuridad. Una pálida luz azulada que manaba de un remoto sol se filtraba levemente por lo que parecía una cubierta terriblemente gruesa. El lago se encontraba debajo de una especie de casquete de hielo: puede que fuera la extensión de agua congelada que habían estado observando Fritz y él. Y en el punto en el que se unían los cálidos manantiales subterráneos volcánicos y el hielo de lo alto se encontraba el tibio averno, oscuro y secreto, en el que crecía algo extraño.

Fue nadando otra vez hacia Greta. En el saliente iba depositando puñados de material orgánico, que formaba un montón pardo y viscoso.

—¡Qué extraño es esto! —dijo a Greta al oído para vencer el ruido del agua.

Ella movió la cabeza.

—Tengo la sospecha de que nos encontramos en una especie de caldera, a la que descienden las aguas que se derriten, se calientan, suben y transportan minerales procedentes de las profundidades de la isla. Como esa exuberancia primitiva que se alimenta de... ¿de qué? ¿Energía química? ¿Es posible que se desarrolle cierta forma de vida bajo tierra? ¡Qué sorprendente!

—Esperemos que no nos mate.

—Si eso ocurre, como mínimo habré vivido para verlo. —Iba moviendo la cabeza como para hacerse a la idea, emocionada como una niña—. Y tal vez algo parecido a

esta vegetación pueda salvarnos.

—¿Esa viscosidad? —preguntó él no muy convencido.

—¿Ha oído usted hablar de la penicilina? —le preguntó ella con una sonrisa maliciosa—. Se saca de un moho. ¿Y de la lisozima? Procede de la sustancia que tenemos en la nariz.

—La maravilla de la baba. Eso me recuerda que debo mantenerme alejado de los biólogos.

Ella se echó a reír y le salpicó. Hart hizo lo mismo.

—¡Basta, ya me he mojado bastante!

Con gesto cariñoso, él le quitó las gotas de agua de la frente. Le pasó la mano por el pelo apartando de él unas perlititas de agua. Greta se estremeció, aunque no rehuyó la caricia.

Luego se volvió de repente y cogió otro puñado de pelusilla del agua, que juntó al montón.

—Y eso ¿cómo me lo llevo? —En lugar de mirarle a él tenía la vista fija en aquel pringoso material orgánico; de nuevo había decidido que la ciencia estaba en el puesto de mando.

—Aquí. —Hart se quitó la camisa de lana y quedó en camiseta. Metió aquella mezcla en la camisa y anudó las mangas—. Tendrá que pagarme el lavado, señorita Heinz.

—¡Hecho!, siempre que usted sea capaz de llevarme a una tintorería. —Se estremeció de nuevo, aunque esta vez de frío. Habían permanecido demasiado tiempo en el agua, y a pesar de que ésta estaba caliente, sentían frío—. ¿Cómo vamos a subir por el salto de agua, Owen?

El observó la lejana luz de la linterna.

—La cuerda no está muy arriba, tal vez a unos seis metros. —Señaló hacia arriba—. La corriente baja por la chimenea. Si conseguimos encaramarnos hasta la boca, podríamos utilizarla como apoyo, con la espalda contra un lado y los pies contra el otro, e ir subiendo.

Ella miró hacia arriba, indecisa.

—No sé si podré hacerlo.

—Lo hará porque tiene que hacerlo. Vamos, antes de que nos enfriemos y quedemos entumecidos.

Cogiendo impulso con los brazos se sentó en el borde; Greta observaba el movimiento de los músculos en sus hombros. Se quitó las botas y se las ató al cuello, al tiempo que le sugería a ella hacer lo mismo.

—Así podremos sujetarnos mejor a la roca húmeda. —Se ató el hatillo de algas al cinturón, se levantó con cierta incomodidad y observó la chimenea en busca de algún agarre. El basalto era lo suficientemente tosco como para ofrecerles algunos asideros,

si bien la cascada de agua fría parecía dispuesta a impedirselo. A Greta la notaba crispada, incapaz de ascender—. ¡Espere! —le dijo Hart.

Escaló a duras penas solo, abriéndose paso entre el agua hasta que, apoyándose en la chimenea, alcanzó la cuerda. Metió la camisa con la provisiones de algas en una grieta y se quitó el pantalón. Al diablo con el pudor; además, estaba oscuro. Ató una de las perneras a la cuerda y dejó la otra colgando. Otro metro y medio más o menos. Miró hacia abajo, donde se sostenía Greta. Con un gesto de asentimiento, ella se dejó caer en el lago. Ya en el agua, se quitó también la blusa y el pantalón. Nadó hasta encontrarse frente al risco y lanzó la ropa hacia arriba. Hart la ató a su pantalón en la cuerda y tiró de todo ello para comprobar su resistencia. Consideró que aguantaría. Se dejó caer, notó los brazos de ella en su pierna, la cogió por la muñeca... y Greta empezó a ascender lentamente. Dejó que ella se encaramara por su cuerpo y se agarrara a su pecho y sus hombros para tranquilizarse. Greta jadeaba; se le había puesto la carne de gallina con el frío.

—¿Está bien?

Ella hizo un gesto afirmativo.

—Intente pasar por encima mío.

Greta aspiró profundamente y siguió ascendiendo. Llegó al túnel rocoso, donde se apoyó y descansó un momento, sujetando bien la cuerda. Hart subió tras ella, levantó el extremo de la cuerda y desanudó la blusa de Greta.

—Tome, de lo contrario se arañará.

Greta apoyó su mojada piel contra la de él mientras se ponía la blusa de nuevo. Tenía frío y estaba chorreando. Se encontraban ya más cerca de la luz, y mientras se abrochaba, él pudo entrever la minúscula sombra de los pezones duros bajo el mojado sujetador. Sintió deseos de tocarlos. «Nos caeremos los dos, imbécil». Tal vez ella se percató de la mirada, pero no reaccionó.

—Ésa ha sido la peor parte. Lo conseguiremos, Greta. Sin mediar palabra, ella volvió la cabeza y le besó otra vez, con expresión grave. Luego agarró la cuerda con las dos manos.

—No tarde.

Al pasar por delante de él, Hart se fijó en sus piernas, magulladas por la caída. Las gotas de agua se deslizaban por sus muslos.

¡Cuánto la deseaba!

Cuando Hart consiguió llegar al extremo de la cascada, Greta respiraba con dificultad junto a la corriente. Él llevaba tan sólo la ropa interior, con el hatillo atado a la cintura, y se sintió un poco ridículo. Pero enseguida se fijó en ella, tan atractiva a la luz de la linterna, mojada, radiante. La blusa, aún a medio abrochar, cubría la mitad de sus muslos. Su melena estaba enredada. Al mirarla, Hart se dio cuenta de que su deseo quedaba totalmente al descubierto. Pero no le importaba.

En silencio, ella se volvió y fue avanzando contra la corriente hacia el banco de arena. El piloto enrolló la cuerda, desanudó la ropa de su extremo, cogió la linterna y la siguió.

Allí le esperaba ella: pálida, perfecta. Se había desabrochado la blusa y por encima del sujetador quedaba al descubierto la parte superior de sus senos. Tenía el cuello largo, una línea que, junto con las clavículas, formaba un arabesco de curvas que acababan de redondear su cintura, las caderas y los muslos. Hart ansiaba poseerla.

—Tenemos que secar esto —dijo ella centrada en la tarea, a pesar de que la voz se le entrecortó un poco. Cogió aquel montón de ropa empapada y se dispuso a subir a las cálidas piedras que rodeaban el manantial; una vez allí, extendió las piezas sobre ellas. Mientras lo hacía, Hart contemplaba las delicadas líneas de su espalda, el juego de los huesos y músculos. Bajó, se colocó de nuevo ante él y agitó la cabeza para sacudirse la empapada cabellera. Hart notaba la turgencia de los pezones a través del mojado sujetador. Le parecieron dos oscuras lunas idénticas. El triángulo que se dibujaba en sus húmedas bragas era como un enigmático portal. No obstante, la notaba insegura. Cruzó los brazos para quitarse el frío de encima y juntó los muslos.

Él avanzó hacia ella.

—Esto no lo habíamos planeado —dijo Greta en voz baja.

—No, es cierto. —Con las puntas de los dedos rozó su mejilla, apartando de ella una gota de agua. ¿O era una lágrima?

—Abrázame, Owen, tengo tanto frío...

Los brazos de Hart la rodearon y ella se acurrucó en el abrazo. Él inclinó la cabeza para alcanzar su oreja, su cuello. Seguía estremeciéndose.

—Te quiero, Greta.

—No digas eso, por favor. —La súplica no resultaba convincente.

—Nunca pensé que me fuera posible querer a alguien como te quiero a ti. Te quiero desde el momento en que te vi junto al fuego en Karinhall, aunque no lo admití del todo hasta que te caíste y durante un terrible instante creí que te había perdido para siempre. Te quiero y preferiría morir antes de perderte. Había muerto a medias antes de conocerte, lo que me ocurrió en la Antártida me insensibilizó. —La besó, encontrando su cuello, las mejillas, los labios, la punta de la lengua—. Tú has conseguido que vuelva a vivir...

—Por favor, Owen, sigo estando desconcertada, creo que esto puede ser un error...

—Sabes que no es ningún error.

—Tiene que serlo. Jürgen, la expedición... —Pero de pronto fue ella quien le besó, con determinación y avidez, agarrándole con fuerza los hombros. Luego intentó recuperar el aliento—. Es algo tan irracional, tan impulsivo...

—Tú sabes bien qué es lo que deseamos. —La besó de nuevo.

—Tan poco científico...

—¡Al diablo con la ciencia!

Greta tenía los ojos húmedos, brillantes, el aliento entrecortado. Entornó los párpados.

—Creo que yo también te quiero, y es algo que me asusta. Me da miedo quererte tanto.

Hart le acarició la espalda, la húmeda tela que cubría sus caderas, y ella se arqueó ante el tacto, suspirando.

—Si no te quitas la ropa vas a pillar un resfriado —le susurró él al oído con voz pastosa.

Greta le mordió el labio inferior y movió la cabeza con gesto afirmativo. Se deshizo el abrazo y quedó de espaldas a él. Se desabrochó el sujetador y dejó que las blancas tiras se deslizaran por sus pálidos brazos. Hart observaba el movimiento de los senos a ambos costados. Seguidamente se bajó las bragas, contorneándose un poco para que bajaran por las caderas, dejando al descubierto un trasero redondeado y firme. Agachándose un poco, colocó y alisó la ropa interior sobre las rocas. Luego se volvió y quedó frente a él desnuda, temblando. Le alargó la mano.

—¿Su ropa para lavar, señor Hart?

Él se quitó la camiseta y los calzoncillos y se los dio. Tenía una erección, dura como una piedra; notaba el pulso en los oídos. Temblaba como ella. «¿Desde cuándo?», pensó. ¿Desde cuándo no estaba con una mujer a la que amaba de verdad?

Greta arrojó la ropa de él sobre las rocas.

Y en un instante estuvieron de nuevo pegados, en esta ocasión ella derritiéndose en sus brazos, estrechándole con desesperación, abriendo la boca para recibir sus besos, ávida de ellos; un exultante retumbar llenó por completo su cabeza, apagando el tumulto del agua. Las manos de Hart se deslizaron por su espalda, siguieron por las nalgas, notaron la gran humedad y su pene acarició la mojada pelusilla al intensificar ella el abrazo. Le cogió uno de los senos.

Al inclinarse para besar los turgentes pezones, la melena de ella rodeó por un momento los dos rostros, formando una especie de tienda que protegía la intimidad.

—¡Qué sola me he encontrado, Owen!

Hart la llevó hacia donde tenían las mantas mientras ella se acurrucaba en sus brazos, con el rostro contra su cuello. Se arrodilló para colocarla suavemente en el suelo. Siguió acariciándola y besándola durante mucho tiempo; ella se estiraba, se movía; sus cuerpos se iban calentando. Por fin los gritos de ella resonaron en la gruta. Nadie los oyó excepto ellos dos.

CAPÍTULO 19

Algo iba mal. El Schwabenland seguía enganchado al Bergen; el buque alemán se había enderezado: al parecer habían finalizado los trabajos de reparación de su dañado casco. Sin embargo, el personal de la tripulación circulaba por las cubiertas como presa del pánico. Los marineros transmitían a gritos las órdenes, cargaban de nuevo el barco y la chimenea empezaba ya a humear. El buque se preparaba para seguir su camino cuando quedaban todavía algunas cajas esparcidas por la playa. Las nubes se estaban apiñando sobre el cráter. El tiempo empezaba a empeorar.

Los dos espeleólogos iban completamente manchados, pero se encontraban felices después de salir de la cueva.

—¡Luz! —exclamó Greta con alivio al llegar a la abertura del conducto de lava.

Abrazó a Hart, él la besó otra vez, sonriendo, y siguieron la marcha por la orilla del cráter, animados por la nueva relación establecida. Pero cuando la lancha les recogió para llevarles de nuevo al barco, adoptaron de nuevo con dificultad el aire distante, que les pareció más adecuado. Ya en el Schwabenland, vieron la silueta de Jürgen Drexler, el cual les observaba con frialdad, en el extremo del puente.

—Yo hablaré con él —murmuró Greta.

Dejaron su equipo en cubierta y la bióloga sacó una botella de la mochila y se la metió en el bolsillo. Cuando se dirigían hacia el puente, se encontraron con Schmidt.

—¿Han ido hasta el valle?

Ellos negaron con la cabeza.

Schmidt les miró de arriba abajo con recelo.

—Vamos, pues. No ocurrirá nada.

—Quisiera ver a Jürgen a solas —dijo Greta.

—No hay tiempo para ello.

Habían ordenado al personal de la tripulación salir del puente, pero seguían allí Heiden, Feder y Drexler. Se hizo un incómodo silencio, mientras los alemanes observaban a la pareja intentando averiguar qué había sucedido. Greta centró la vista en el timón del barco. Owen les aguantó la mirada sin alterarse. Jürgen estaba muy rígido, dejaba patente la humillación que había sufrido al verse abandonado por ella. El enlace político no podía dejar de mirarles, primero a uno, luego a la otra.

Quien habló por fin fue Heiden:

—Les dábamos por muertos.

—Hemos ido hasta la cueva de Owen —dijo Greta, dirigiendo por primera vez la mirada hacia Drexler. Él la aguantó impertérrito—. Yo se lo pedí. Quería estudiar la biología subterránea de la isla.

—Ha abandonado el barco sin permiso —replicó el capitán—. Se ha ausentado sin informar de ello. Eso equivale a una deserción.

—¡Por el amor de Dios, nosotros no pertenecemos a la marina!

—¿Creen que pueden pasar la noche fuera sin informar? —el tono de Drexler era severo—. Hemos estado preocupadísimos. —Miró a Greta—. Creí que había contraído la enfermedad.

Ella movió la cabeza.

—No, salimos para investigar una hipótesis científica. Para llevar a cabo una exploración.

—¿Y ha encontrado lo que buscaba? —le preguntó Feder con astucia. Su mirada pasó de la pareja a Drexler, esforzándose por mantener un aire grave.

Greta no le hizo caso.

Los ojos de Drexler se clavaron en Hart.

—Ha cometido usted un acto de irresponsabilidad, ha violado usted todo procedimiento de seguridad y lo sabe muy bien. Podía haberla matado.

—Un comentario perfecto, sobre todo teniendo en cuenta que procede de alguien que la ha obligado a desarrollar unos cultivos de virus epidémicos. ¿No ve que ya está de vuelta?

—¡Con un aspecto que cualquiera diría que la ha arrastrado usted atada a un camión!

—Oiga, ¿por qué no...?

—¡Basta!

El grito lo dio Heiden. Les señaló con dedo acusador, como había hecho Drexler.

—Los dos saben que han infringido las normas de seguridad habituales del barco. Salir de esta forma es algo irresponsable, y las cuevas son peligrosas. —Agitó la cabeza con gesto de repugnancia—. Han tenido suerte de volver a tiempo, pues podíamos haberles dejado en tierra. Vamos a zarpar en cuanto podamos.

—¿Nos marchamos? —protestó Greta.

—Algunos de los hombres no están bien. Creo que han contraído la enfermedad del Bergen. Tenemos que marcharnos antes de que mueran más.

—¡Santo cielo!

—¿Quién? —preguntó Hart.

—Un pelotón de soldados. Estaban explorando el valle. Schultz y algunos más.

—¿Cuántos?

—Cinco. Mejor dicho, seis. Los montañeros y Eckermann.

—¡Cómo!

—He considerado que había llegado el momento de que Fritz moviera las piernas, además del pico —dijo Drexler en tono grave—. Su ingenio le ha creado problemas.

—¡Válgame Dios! ¿Están en la enfermería?

—No, en tierra.

—Explíquenos qué ha ocurrido —pidió Greta preocupada, mirando a Drexler consternada.

—En realidad no lo sabemos —respondió Heiden—. Eckermann estableció contacto con nosotros esta mañana cuando se hallaba cerca del cráter. Nos ha informado de que anteayer había llegado al valle y de que ayer por la noche algunos de los hombres presentaban ya síntomas. Él seguía bien, e iba a volver para ayudar. Seguimos sin tener clara la fuente de contagio, pero él dijo algo sobre un polvillo. Por nada del mundo podemos permitirnos poner en peligro la expedición. No han vuelto a establecer contacto y no sabemos nada de ellos. Vamos a zarpar antes de que llegue alguno ya enfermo.

—¿De modo que piensa abandonarles? —le preguntó Hart sin acabárselo de creer.

—En estas circunstancias no tenemos otra opción. No sabemos dónde se encuentran, y aunque lo supiéramos, no podríamos atenderles. Si consiguieran volver a bordo, este barco podría convertirse en otro Bergen. Ha llegado el momento de abandonar esta maldita tierra. Tal vez fue un error enviarlos allí, pero lo hecho, hecho está. La tripulación está aterrorizada.

—En esa laguna no podemos contaminarnos —protestó Hart.

—Y eso, ¿usted cómo lo sabe, si tenemos un ballenero fantasma pegado a nuestro buque? —replicó Drexler—. No tiene ni idea de cómo o de dónde puede estallar la enfermedad.

—Si existe la remota posibilidad de que esas personas sigan vivas...

—¡Caballeros! —exclamó Schmidt impaciente—. A mí me parece que se nos plantea una cuestión más urgente: la de poner en cuarentena a nuestros dos exploradores que se han ausentado sin permiso.

—Nosotros no representamos ningún riesgo —dijo Greta.

—Eso usted no lo sabe.

—Puede que lo sepa —respondió ella. Y volviéndose hacia Drexler y Heiden añadió—: Nos fuimos porque Owen y Fritz habían encontrado pruebas fidedignas, un diario para ser más exactos, de que algunos noruegos sobrevivieron. Habían estado en la cueva; Owen y yo fuimos hasta allí para buscar información. Pensamos... que sería más rápido salir sin comentárselo a nadie. —Dirigió una mirada de disculpa a Drexler—. No teníamos ninguna intención de alarmarle.

Él la miró desilusionado.

Greta recuperó el aliento.

—Hemos encontrado un interesante organismo allí, una colonia de algas o de seres vivos parecidos a las esponjas, directamente relacionados con una fuente de calor subterráneo, que es posible que no necesiten la luz solar. Yo aseguraría que esa vida orgánica ha desarrollado unas toxinas para escapar a la bacteria. Es algo que se suele dar en la naturaleza. Quizá los noruegos que sobrevivieron bebieron agua de la cueva. Nosotros nos caímos a un estanque subterráneo y sin darnos cuenta tragamos un poco de esa agua, pero hasta el momento no hemos notado efecto alguno. Además, antes de salir del barco llené este frasco con un cultivo de la enfermedad que guardaba en el laboratorio.

Sacó el recipiente del bolsillo y se lo mostró.

—La solución, en aquellos momentos, presentaba un color blanco turbio a causa de la acelerada multiplicación de la bacteria. Entonces la mezclé con los organismos de la cueva. Como pueden ver, ahora es transparente.

Los alemanes parecían desconcertados. Schmidt cogió el frasco, intrigado.

—¿Y eso qué significa? —preguntó por fin Heiden.

—Que puede existir un antídoto para la enfermedad —explicó Greta—. Un antibiótico natural que, si destruye esa bacteria, también puede destruir otras. Como la penicilina de Fleming.

—Esa investigación de los británicos fracasó —saltó Schmidt—. Fleming no encontró la forma de desarrollar, purificar y guardar el moho. Abandonó el intento. Por ello los laboratorios alemanes han creado un producto químico que funciona, el prontosil.

—Es cierto, pero en las minúsculas cantidades que Fleming consiguió aislar, la penicilina funcionó mejor que los productos químicos —replicó Greta—. Su moho no perjudicaba el tejido sano. Y esto también puede funcionar, por lo menos para un caso de urgencia. —Se volvió hacia Drexler—. ¿Acaso no lo entiende, Jürgen? Podría ser mucho más importante y al mismo tiempo emocionante que un nuevo y repugnante microbio. Las infecciones acabaron con la vida de millones de personas durante la Primera Guerra Mundial. ¿Y si tuviéramos la forma de combatirlos? No podemos abandonar cuando estamos a punto de llevar a cabo un descubrimiento de esa magnitud.

Drexler la miró de hito en hito reflexionando. A Hart casi le daba pena aquel hombre, pues se veía a la legua que le habían herido. Sin duda, el enlace político seguía profundamente enamorado de Greta, y tener que escuchar cómo ella defendía sin mucha convicción su postura, junto al hombre con el que había huido, tenía que resultar durísimo.

No obstante, el piloto veía al mismo tiempo cómo Jürgen reprimía el sufrimiento, lo compartimentaba, concentrándose frenéticamente en una panorámica más amplia. La traición de Greta, el riesgo de contraer la enfermedad, un nuevo microbio, la

posibilidad de que la expedición se convirtiera en un éxito en el campo de la medicina, todo ello con Jürgen Drexler en cabeza. El alemán volvió la vista hacia Hart.

—Lo que nos ha dicho es muy complejo —dijo Drexler con tiento—, pero todo lo que tenemos en este momento es un frasco con un líquido transparente y dos personas que siguen vivas después de arrastrarse por un agujero subterráneo. —Reflexionó un instante—. Y la oportunidad de llevar a cabo una prueba inmediatamente. —Hizo un gesto con la cabeza señalando al capitán.

—Efectivamente —dijo Heiden con prudencia—. Es evidente. Veremos si el limo que ha encontrado usted sirve de ayuda para nuestros soldados.

—Y para Fritz —añadió Hart.

—Exactamente —exclamó Drexler—. Puede que Dios nos ofrezca la oportunidad de conseguir un milagro. Suponiendo que usted no se equivoque. Y que podamos encontrarlos.

—Yo los encontraré —dijo Hart.

—¡Owen! —protestó Greta tocándole el brazo; la mirada de Jürgen siguió el gesto—. No. Hart se volvió hacia Drexler:

—Yo no me voy dejando atrás a unas personas que siguen con vida. Los encontraré utilizando el Bóreas. Si siguen vivos, aterrizaré, ya sea para suministrarles el remedio o para recogerles.

—Si es así, yo iré con él —dijo Greta.

—Ni hablar —saltó Drexler.

—¡El descubrimiento es mío, Jürgen!

—No. No quiero que esté de nuevo en peligro, y además ya ha tenido suficiente tiempo abandonados los cultivos. Si quiere examinar el limo de la cueva, ¿qué mejor sitio que su laboratorio?

Greta parecía frustrada.

—Por otro lado, Hart es nuestro único piloto que está en condiciones. Lambert aún lleva vendas. El tiene razón: el avión es el sistema más rápido para localizarlos. A partir de ahí, decidiremos qué hacer.

Greta sabía que no iba a sacar nada protestando. Dirigió una compungida mirada a Hart.

El piloto fijó también la vista en ella y luego se volvió hacia Heiden:

—La hondonada es demasiado estrecha para el despegue. Tendremos que llevar a cabo el lanzamiento y recuperar el equilibrio en el exterior del cráter. ¿Está ya preparado el barco para la maniobra?

—Eso espero. Por ello hemos efectuado las reparaciones.

—La radio del avión sigue sin funcionar. Efectuaré el vuelo, los encontraré y volveré. Necesito llevar los esquís sujetos al extremo de los flotadores, por si he de

aterrizar en la nieve.

—¿Necesitará esta vez un acompañante? —le preguntó Feder.

Drexler frunció el ceño.

—No —decidió Hart—. No tiene ningún sentido arriesgar más vidas de las necesarias. Voy a investigar cómo están y decidiremos en consecuencia.

—¿Y si no vuelve usted? —preguntó Schmidt.

Hart se encogió de hombros.

—Tendrán que zarpar sin mí.

—¡No! —exclamó Greta—. ¡Eso es una locura!

—Volveré. —Se volvió para mirar a la bióloga—. Voy a ingerir esos organismos y a ponerme una máscara, Greta. No hay tiempo para hacer una prueba exhaustiva sobre el remedio, o sea que tenemos que contar con él. Hay muchas vidas en juego. Yo confío en su hipótesis. ¿Esos organismos serán de ayuda para Fritz y para los demás? ¿Me mantendrán vivo?

—¡Santo cielo, Owen! ¿Cómo puedo tener toda la seguridad sobre esa... porquería del estanque, basándome en un único experimento en el frasco? Incluso los medicamentos que resultan para una persona no siempre solucionan el problema de otra. Puede que los organismos pierdan su efectividad al secarse o con el tiempo. Y esos hombres tal vez ya hayan muerto. Es un riesgo desmesurado. —Sus ojos reflejaban inquietud—. No vaya solo, por favor.

—Un vuelo corto, controlo la situación y vuelvo. —Se volvió hacia Schmidt—. Si aún están vivos, suponiendo que no estén muy mal, podemos mantenerlos en cuarentena en la cubierta de popa, donde estaba sujeto el Passat. También pueden aislarme a mí.

—¿Cuánto cree que tardará en volver? —preguntó Feder. Hart encogió los hombros.

—El valle es demasiado árido para utilizar los esquís, de modo que tendré que encontrar una extensión de hielo en pendiente para aterrizar. ¿Unas cuatro horas?

—Seis —exclamó Greta.

—¡No! —respondió Feder—. El barómetro ha iniciado de nuevo el descenso y este cascarón de nuez remendado se encontrará con un océano plagado de icebergs. ¡Tenemos que apresurarnos!

—Ocho —dijo Drexler—. O más. —Miró a Greta—. Yo tampoco abandono a nadie.

Hart despegó, como habían planificado, desde mar abierto, ascendió alrededor del volcán y se dirigió hacia las colinas situadas más allá, volando por debajo de las oscuras y espesas nubes.

Aquel valle recordaba una parda artesa, con la blanca fuente del lago helado en el

centro, una superficie demasiado ondulada para aterrizar allí. A pesar de la aridez del paisaje, el piloto llegó hasta el segundo volcán sin divisar nada. Era difícilísimo localizar desde el aire al aislado pelotón. Dio la vuelta, bajó unos metros y rehizo el camino. Tampoco vio nada.

De pronto, una roca cobró vida y empezó a agitarse con frenesí.

Hart movió las alas del aparato, describió un círculo mientras exploraba la árida pendiente de piedra volcánica y por fin captó las siluetas de unos seres humanos. Los soldados estaban tumbados en el suelo como troncos dispersos. Destacaba en el grupo uno de ellos que bailaba con gran energía.

¡Parecía Fritz! Owen empezó a buscar un lugar donde aterrizar.

Divisó algunos glaciares en el valle, aunque le parecieron demasiado empinados y quebrados para utilizarlos como pista. Sobrevoló de nuevo la cadena montañosa en busca de alguna pendiente más suave por el lado que daba al mar. Vio un interesante altiplano nevado cerca de la ladera del volcán que conformaba el acogedor puerto de la isla. El piloto aterrizó allí, salió del aparato y observó el cielo, eme se estaba oscureciendo.

El viento arreciaba, por lo que tuvo que atar las alas a unas estacas con la esvástica que encontró en la parte trasera del hidroavión. «La primera utilización práctica de estos malditos chismes en todo el viaje», dijo para sus adentros, mientras las clavaba en la endurecida nieve. Colocó una lona alrededor del motor y otra en los cristales de la cabina y salió con la mochila y el antídoto. Aquella vacía panorámica resultaba intimidadora, pero el piloto descubrió que le apetecía volver a sentirse solo un rato. Aquello le recordó la independencia de que disfrutaba en Alaska.

El camino más recto llevaba a un glaciar cortado por unas grietas, pero decidió que la vía más segura sería la que daba la vuelta hacia la ladera del volcán y descendía en suave pendiente hacia el valle. El camino era incómodo; los pies le resbalaban en la nieve y las piedras; la máscara le calentaba el rostro, y al mismo tiempo el frío la congelaba. Cuando llegó al lago helado del fondo se dio cuenta de que aquel hielo era tan raro como el del resto de la Antártida. El polvillo acumulado se fundía en la espesa capa a más velocidad que en los puntos más reflectantes, dibujando un laberinto de ondulaciones y olas congeladas que alcanzaban casi un metro.

Se apresuró. Al acercarse al lugar donde había visto tumbados a los soldados de las SS, Fritz bajó a recibirle medio dando tumbos por la pendiente volcánica y agitando los brazos para que no siguiera avanzando. El marinero llevaba la cara cubierta por un pañuelo, como un bandido. Los dos se detuvieron a una distancia prudente.

—¡A pesar de que me encantaría darle un abrazo, amigo mío, tengo que advertirle que no puede acercarse! Y he de confesar que al ver el avión me he sentido más feliz

que un viajante de ropa interior en un cálido harén.

—¡No se entusiasme tanto! Antes de subir al Dornier, tendrá que andar unos kilómetros, Fritz.

—¡Siempre será mejor que quedarme sentado aquí! He estado a punto de congelarme, de quedar más tieso que haciendo el saludo nazi.

Hart sonrió.

—Como mínimo veo que la lengua no se le ha paralizado. ¿Qué tal el resto del cuerpo?

—Creí haberme librado de la enfermedad, pero empiezo a notar malestar. Si he de decir la verdad, estoy asustado. Y lo digo porque he visto lo que ha hecho la enfermedad con los demás. Es algo monstruoso.

El piloto sacó la cantimplora.

—Beba esto. Puede que le salve la vida.

Fritz levantó el extremo de la mascarilla y tomó un sorbo.

—¡Uf! —farfulló tosiendo—. ¿Qué es esto? ¿Orines de pingüino?

—Medicina. Sé que sabe a rayos. Yo también la he tomado.

—Será por eso que quiere martirizar al prójimo. Tomó otro sorbo con cautela.

—Greta cree que puede ser un antídoto, un antibiótico para combatir los microbios de la enfermedad. Por horrible que lo encuentre, tiene que beber tanto como pueda. Lo encontramos en la cueva.

Fritz siguió bebiendo y haciendo muecas.

—Me han obligado a efectuar una marcha, a ponerme enfermo, y ahora me envenenan. He estado en travesías más agradables. De todas formas, si esto no surte efecto, voy a morir, amigo mío. —Su mirada se había ensombrecido.

—¿Y los demás?

—Han muerto ya. Con un sufrimiento terrible. Algunos, contorsionados como gusanos.

—Pero usted no se relaciona ni siquiera con los microbios...

—No es eso, ha sido a causa de Schultz, que en paz descansa. Estaba tan harto de oírme que me dejó cerca de aquí mientras ellos seguían hacia el valle. Cuando volvieron, un par de ellos ya tosían. Yo me coloqué la mascarilla y me aparté. Puede imaginarse la gracia que les hizo, pero de no haber tomado esa decisión, no estaría aquí para contárselo. Me llevé la radio pendiente arriba para avisar a los del Schwabenland y luego volví para intentar llevarme a los supervivientes antes de que arreciara la tormenta. Demasiado tarde. Schultz ha sido el último: ha muerto hace dos horas.

—¡Santo Dios!

—Aquello es el infierno, Owen. Un infierno helado.

Hart bebió de la otra cantimplora que llevaba, haciendo también una mueca.

—Usted podría contagiármelo. Tendremos que tomarnos el remedio y quedarnos en cuarentena en la cubierta del Schwabenland.

Fritz asintió.

—Me imagino que Drexler ha estado soñando con eso durante todo el viaje. La mejor razón que me empuja ahora mismo a vivir es la de ver la cara que pone cuando se entere de que yo soy el único superviviente. —Tomó otro trago—. Aunque estoy dando por supuesto que lograremos salir de aquí. —Empezaba a nevar—. Creo que debemos correr hacia el avión.

CAPÍTULO 20

—¿Por qué no ha vuelto?

Greta tenía la vista fija en el sombrío horizonte. La isla de Átropos adoptaba un color gris, velada por la nieve que caía copiosamente, y el mar se estaba embraveciendo. Al aumentar de tamaño las olas, la espuma salía disparada hacia el cielo en la abertura del cráter y el Schwabenland se bamboleaba precariamente en su lucha por mantenerse en su lugar, por si volvía el Bóreas. Los icebergs se deslizaban como acorazados y Heiden no paraba de dar órdenes, a fin de cambiar ligeramente el rumbo para no chocar con ninguno de ellos. Ni rastro de Owen Hart. La radio que se habían llevado los soldados no había establecido otro contacto. La tripulación estaba inquieta. Incluso en lo alto del puente, los oficiales oían el sonido del bombeo que seguía el ritmo de la lenta filtración alrededor del parche colocado en el casco. Aún podían controlarla, pero como las olas seguían aumentando el tamaño y el barco chirriaba, la entrada de la fría agua del mar empeoraba la situación.

—Le dije que era una locura permitirle salir —dijo Feder intranquilo—. Y una locura permanecer aquí esperándole cuando deberíamos ir en búsqueda de un puerto adecuado. Se diría que hemos decidido solucionar un error cometiendo otro.

—¿Cómo puede decir que no tenemos que esperarle si probablemente se encuentra bloqueado por la tormenta? —dijo Greta.

—Porque si esperamos demasiado, nosotros también quedaremos inmovilizados.

—¡Basta, Alfred! —gruñó Heiden—. No corremos peligro de hundirnos. Y si ustedes dos pretenden seguir peleando como gallinas, búsquense otro gallinero.

Feder frunció el ceño.

—Yo sólo quiero que quede constancia de que advertí sobre el mal tiempo en cuanto surgió el primer problema.

—Ya consta. ¡Y ahora, silencio!

Drexler captó la oportunidad y se acercó a Greta, prestando mucha atención para ni siquiera rozarla.

—Sé lo bien que le cae Hart —le dijo en voz baja—. Comprendo su preocupación. Pero piense que es un hombre con recursos. Estoy convencido de que no le ocurrirá nada.

Ella suspiró.

—Es tan frustrante pensar que está allí solo después de... —Hizo una pausa—.

Resulta muy duro esperar, Jürgen. ¿Y si resulta que me equivoqué con lo del organismo de la cueva? Puede que confiara en mí y se lanzara en brazos de la muerte...

—Estupideces. Usted ha decidido con la máxima información de que disponía. Todos estamos luchando. Usted, Hart, yo mismo. ¿Acaso no lo hizo en el frasco? Algo positivo tendrá que salir de ahí.

—Ojalá pudiera afirmarlo con seguridad.

—¿Podría hacer una prueba en los cultivos?

—Owen se llevó todo el antídoto. —Vaciló un momento—. Además, ya no quedan cultivos.

—¿Cómo?

—Los destruí, Jürgen. Le advertí de que lo haría. Hemos visto ya demasiadas muertes.

Drexler la miró conmocionado. «Con cuidado —pensó—. Controla tus emociones o de lo contrario vas a perderla. Huirá».

—¿Se ha enojado?

Él tragó saliva.

—Me sorprende —consiguió responder—. Me parece tan poco... científico... Ella apartó la mirada.

—En realidad... —Su expresión estaba desfigurada por la consternación—. Había pensado llevar una parte de ellos a Alemania, pero... —«Conserva lo que tienes», le dijo una voz interior. Abordó una táctica distinta—: Usted y yo, Greta, no hemos coincidido siempre, pero ello no cambia lo que... siento por usted. Independientemente de lo que haya ocurrido, recuerde que sigo siendo amigo suyo. Ella asintió con aire de alivio.

—Gracias. Para mí tiene mucha importancia, Jürgen. El se volvió para ocultar el gesto de dolor.

El camino hacia el avión dejó exhausto a Fritz. El Bóreas se encontraba detrás de una cadena montañosa situada frente al lago donde habían muerto los soldados y el marinero insistió en coger un atajo cruzando su helada superficie. Pero, tal como le había advertido Hart, el ondulado hielo resultó una pesadilla: resbalaba tanto que apenas conseguían avanzar. Ambos cayeron unas cuantas veces. Y para colmo, la dirección que seguían hacia la pared del valle quedaba borrosa con la espesa nieve y se encontraron en la endurecida superficie de un glaciar. Siguieron a duras penas, avanzando a ciegas por la sombría pendiente hasta que se oyó un «crac» y Fritz estuvo a punto de hundirse.

—¡Toma! —exclamó incorporándose como pudo—. ¡Ahora la isla pretende engullirme!

Hart se arrastró con cuidado hacia el borde de la grieta y observó su interior en la azul penumbra. La profundidad le intensificó el escalofrío, pues aquellas paredes le parecieron duras como el acero.

—Ha tenido suerte.

—Y sus dotes como guía veo que no han mejorado.

—Reconozco que tiene razón. ¿Se ha hecho daño? Fritz suspiró.

—Noto el malestar, Owen. Da... miedo. El piloto le proporcionó más antídoto. Estaban acabando las provisiones.

Hart planificó con sumo cuidado el retroceso a partir del glaciar y el ascenso de la pendiente volcánica salpicada de nieve. Por fin, casi sin aliento, superaron la cima y llegaron al altiplano. El viento silbaba. El hidroavión seguía allí, la nieve golpeaba con fuerza contra sus flotadores, convertidos en esquís, y el ala tiraba de las estacas con la esvástica. A lo lejos, el mar se veía como una extensión borrosa de color gris listada de blanco. No podían localizar el Schwabenland, pues se hallaba a sotavento del volcán. Hart era consciente de que el tiempo se le agotaba. ¿Se habrían planteado los alemanes que no podría hacer el vuelo de vuelta en plena tormenta?

—¿Podemos despegar con este viento, Owen?

—Quizá. Puede que incluso volemos con él. Hasta podemos conseguir llegar al barco. Ahora bien, aterrizar en el mar, con ese hielo...

Fritz se estremeció. Tenían frío, un frío peligroso.

—¿Deberíamos esperar en el avión?

—Si no hay más remedio... Pero no tiene aislamiento y el fuselaje estará helado. —Hart echó una ojeada al entorno.

—¿Dónde, pues? El piloto señaló con el dedo:

—Tal vez en el interior de la montaña. La temperatura es más alta.

El marinero miró hacia donde le señalaba. Vio entre la nieve una oscura abertura parecida a un párpado.

—Me he fijado en eso al bajar y la nieve aún no lo ha cubierto. Significa que podemos encontrar un saliente o una cueva. Si se trata de lo segundo, el lugar será mejor que el avión.

—¿Y si no?

—El ascenso nos ayudará a calentarnos. ¿Es capaz de soportar el dolor?

Fritz se detuvo un momento para planteárselo.

—En realidad, empiezo a sentirme mejor. Quizás esos orines de Greta funcionen.

Iniciaron de nuevo el penoso camino hacia el ojo que divisaban a lo lejos, jadeando, perdiendo de vez en cuando el objetivo en la espesura de la nieve. Con el ascenso, el viento ululaba con más intensidad, las ráfagas les levantaban el extremo de las parkas. El frío les provocaba ardor en el pecho e irritación en la garganta. Hart notaba los pies y las manos cada vez más entumecidos y era consciente de que su

compañero lo pasaba aún peor. La vida era un sufrimiento.

Llegaron a una pared de lava petrificada de más de un metro, que formaba parte de un saliente del lado nevado del volcán. Tenía una repisa arriba y una pequeña cueva. Owen subió al agotado marinero al saliente y le empujó hacia adentro.

La entrada del túnel era estrecha, y los dos se vieron obligados a entrar a gatas, pero más allá encontraron una cámara de las dimensiones de un salón con el suelo de arena. Se tumbaron allí, aliviados. De pronto había cesado el sonido del viento y la temperatura había aumentado.

—Creo que lo conseguiremos —dijo Owen—. ¿Le apetece comer?

El marinero lo miró con aire cansado.

—¿Qué me ofrece, su cantimplora? Eso, pasta de papel y disolvente, por favor. Me encanta su menú.

Se agotaron las cuatro horas de ausencia que había prometido Hart. Las seis de Greta. Las ocho de Drexler. Ni rastro del piloto. Cayó la noche y el Schwabenland mantuvo su emplazamiento meciéndose en el mar; la tripulación refunfuñaba, agitada, mientras los voluminosos icebergs se deslizaban cerca de ellos y los témpanos, más pequeños, chocaban y rozaban en el deteriorado casco. La nieve cubrió las cubiertas y por fin dejó de caer en la sombría alba. Greta no había dormido, tenía los ojos enrojecidos. En el puente se respiraba una atmósfera lúgubre.

—Ha llegado el momento de replantearnos la situación —observó Schmidt—. O volvemos al refugio del puerto o pensamos en zarpar hacia el norte. Estamos a punto de que se termine el verano y el tiempo seguro que empeorará.

—Owen ha dicho que no nos movamos —replicó Greta.

Se hizo un silencio.

—Pues yo ya he dicho lo que debía y no pienso repetirlo —insistió Feder.

Heiden tamborileaba mientras miraba a través de las ventanas del puente.

—La tormenta sigue bloqueada en la boca del cráter. —Todos veían desde allí la espuma—. No voy a correr el destino del Bergen y chocar contra una roca. Una vez hemos llegado a mar abierto, prefiero no moverme hasta que mejore el tiempo.

—¿Cuánto tiempo propone que nos quedemos aquí? —preguntó Schmidt—. La filtración va en aumento otra vez.

—Un ligerísimo aumento. —El capitán parecía inquieto.

—A nadie puede sorprenderle que el piloto no haya vuelto —insistió el médico—. Todos hemos visto los resultados de la enfermedad.

—¡Eso no lo sabemos! —protestó Greta.

—Sí sabemos, sin embargo, que ninguno de los que se ha dirigido hacia el valle ha vuelto.

Greta miró a los oficiales con ojos suplicantes. Casi todos rehuyeron su mirada.

No así Drexler.

—Escúcheme —dijo—, he estado pensando que nuestro problema radica en la falta de información, y no de buena voluntad. Todos deseamos hacer lo más conveniente para el americano y los soldados, pero al no tener noticias de ellos no podemos actuar. Permítame intentar algo.

—¿Qué propone? —dijo Heiden.

—Llevar la lancha a la laguna. Con ello nos arriesgamos a perder un bote, pero no el barco.

—¡Si ni siquiera sabe nadar!

—En esas aguas tan frías lo de menos es nadar —respondió él quitándole importancia al asunto—. No quiero que se diga que abandoné al estadounidense. —Fijó la vista en Greta. Ella bajó la mirada.

—¿Cuál es su plan? —preguntó Schmidt.

—Busco voluntarios para acercarnos a la orilla y subir hasta el borde del cráter. ¡No más lejos! Hart y Eckermann lo hicieron sin mayores consecuencias, por ello considero que nosotros también podemos. Allí veré si hay huellas de nuestros hombres o del hidroavión. Si vemos algo... estableceremos un plan.

—¿Y si no?

—Entonces lo mejor será zarpar. —Oyó que Greta respiraba con dificultad—. Lo siento, pero no podemos poner en peligro indefinidamente a la mayoría en beneficio de una minoría. Alemania nos exige volver e informar sobre la reclamación de la soberanía del territorio.

Todos esperaron en silencio.

—Es una decisión lógica —dijo Heiden a Greta—. Tal vez él vuelva mientras Jürgen lleva a cabo la expedición.

Ella hizo un abatido gesto de asentimiento.

—El viaje me permitirá además llevar a cabo otra tarea —dijo Drexler—. Creo que deberíamos hacer estallar el Bergen.

—¿Por qué? —preguntó Feder.

—Por dos razones. En primer lugar, el casco puede seguir conteniendo vestigios de la enfermedad pese a que hayamos quemado los cadáveres. No tenemos por qué poner en peligro a los futuros exploradores. Y en segundo lugar, que su desaparición pondrá punto final a toda reclamación territorial por parte de los noruegos. Habiendo quemado los cadáveres y eliminado el barco, nadie sabrá jamás que los balleneros llegaron hasta aquí. Una vez hayamos investigado la enfermedad, puede convertirse en una espléndida base alemana. Los suministros que se dejen allí fundamentarán nuestra reclamación de la isla.

—¿Volverá usted aquí? —exclamó Greta con voz entrecortada.

—Con el personal y el equipo necesario. Es más, si me lo permite el Reich, lo

haré el próximo verano. Pero primero lo más importante. ¿Alguien se ha ofrecido como voluntario?

Feder sonrió con gesto forzado.

—Yo me apunto si con ello aceleramos nuestra salida de aquí.

—¿Cuándo aprenderé a no seguir sus pasos, de una vez para siempre?

—No ha sido más que un temblor, Fritz. Desde el punto en el que nos encontramos, ésa es la vía de salida más rápida. Se encontraban suspendidos en la cueva como moscas en una pared. Curiosamente habían llegado a aquella situación tan delicada gracias a que Fritz se encontraba mejor. El resto del preparado del frasco, la comida y la alta temperatura de la cueva habían conseguido maravillas en la recuperación del marinero. Por ello Hart le había convencido para que le ayudara a explorar el interior mientras esperaban que amainara la tormenta. El piloto aún llevaba en la mochila la linterna, la lámpara y las velas que había utilizado en la expedición con Greta, y con ese material habían podido descender por el empinado túnel que llevaba al interior de la montaña. No obstante, cuando Fritz creía haber llegado al punto en que no se podía avanzar ya más, Hart empezó a emocionarse, y en lugar de volver sobre sus pasos insistió en seguir hacia adelante.

—¡Estamos en el hueco del ascensor! —gritó.

—¿En el qué?

—Greta y yo lo seguimos y llegamos al lago donde encontramos el remedio que al parecer le está salvando la vida. Entramos en él a media cuesta, y este túnel llega hasta el fondo. ¡Las dos entradas a la cueva están conectadas!

—¡Qué maravilla! Por un pozo tan profundo que ni siquiera podemos ver su fondo.

Hart movió la linterna en aquel espacio.

—La chimenea tiene cientos de metros de profundidad, pero no es un pozo sin fondo. Fíjese además que tiene salientes y agarraderos. Bajando, a mitad de la cuesta, está el túnel horizontal por el que entramos Greta y yo. Ese hueco nos puede llevar al lago atravesando la montaña. Ahora que estamos aquí, incluso puedo recoger más antídoto, a la vista de que ha funcionado.

—¿Pretende que yo baje allí?

—Sólo hasta la mitad. Si los alemanes tienen algo de sentido común habrán trasladado otra vez el Schwabenland al lago al percatarse del peligro de la tormenta. Saldremos andando y los encontraremos allí.

—¿Y si carecen de todo sentido común, que es lo que yo opino de esta expedición?

—Entonces usted esperará junto al manantial mientras yo subo de nuevo al borde del volcán a recoger el avión. Mientras tanto, dispondrá de más antídoto.

—¿Cómo voy a dejarme engatusar y trepar por un empinado risco?

—Porque sigue el descenso de la montaña. —Le pegó unos golpecitos en la espalda—. No se preocupe, nos encordaremos.

—¡Vaya! ¡Y nos caeremos juntos!

En realidad, Fritz había seguido bien hasta que se produjo el leve temblor de tierra. Entonces, la pared de la cueva pegó una sacudida y se desprendieron unos fragmentos de roca, que explotaron como metralla en algún punto del fondo. El marinero se puso a temblar.

—¡No me gustan las cuevas!

—Estamos ya a punto de salir, Fritz. —El piloto enfocó su linterna—. ¿Ve? Ahí está el saliente al que nos dirigimos. Mucho más cerca que el camino de vuelta. La cueva es inestable, pero estaremos poco tiempo en su interior.

—¡Rediez! Yo no vuelvo a salir del barco por mucho que me lo ordene el cabezón ése.

—A estas alturas ya se ha convertido usted en un héroe. No van a ordenárselo.

Hart hundió una última clavija en la roca, pasó la cuerda por ella y le entregó el cabo a Fritz para que descendiera. Enrolló de nuevo la cuerda en el arenoso saliente donde él y Greta habían vacilado hacía siglos, o al menos esa impresión tenía él. El piloto se sentía animado. No tardaría en volver a verla.

Los dos se dirigieron a la entrada de la cueva que daba al cráter, parpadeando ante la grisácea luz del amanecer. La tormenta había escampado, aunque el viento seguía silbando en el borde del cráter y las olas chocaban contra la entrada de la caldera. Ni rastro del Schwabenland; una señal inquietante. Ahora bien, suponiendo que Drexler se lo hubiera tomado con la paciencia que prometió, estaría aún esperando en mar abierto. Cuando menos, eso esperaba Hart.

—Bajaré en un salto al estanque para recoger más material orgánico. Si cuando regrese aún no están aquí, cogeré el avión. Para entonces la tormenta se habrá calmado del todo. Luego localizaré el barco. Usted, mientras tanto, intente descansar.

Fritz le miró con ojos cansados, completamente agotado.

—No sé si sabe, Owen, que usted y yo no somos las personas más apreciadas de la expedición. ¿De verdad cree que van a esperarnos?

—Por supuesto. Greta les obligará a hacerlo.

A media mañana, Jürgen Drexler y sus voluntarios zarparon en la congelada lancha a enfrentarse con las inmensas olas de la entrada de la caldera; curiosamente, aquella motora se mantenía estable en la marejadilla de la picada laguna. A excepción de las esparcidas cajas de provisiones de la orilla, que conformaban un lastimero monumento erigido en honor a una misión al parecer frustrada, el cráter estaba, completamente vacío: Hart se encontraba en las profundidades de la montaña y Fritz

estaba durmiendo. Drexler usó los prismáticos para examinar el borde del cráter. Nadie levantó un brazo ni soltó un grito.

El enlace político bajó a tierra con Feder para escalar la pared del cráter mientras el resto de voluntarios se dirigía al Bergen para volarlo con explosivos. Los dos alemanes ascendieron con paso regular —el geógrafo jadeando— y tanteando el terreno llegaron a la cima. El imperioso impulso que sentía Feder de encogerse por temor a un posible ataque de gérmenes patógenos quedaba atenuado por el fuerte viento que soplaba a sus espaldas, barriendo la misteriosa amenaza procedente del árido valle. Aun así, los dos llevaban la mascarilla, sofocante en su parte interior y helada por fuera.

El valle se veía desolado y desierto: tan desierto como había deseado Drexler en su fuero interno. Cuando en el barco iban pasando las horas la idea de que el irritante estadounidense tal vez no volviera había ido animando al enlace político. ¡Cuántos problemas resolvería con ello! De todas formas, siguió su marcha por el borde del cráter para que quedara claro. Tenía que saberlo con seguridad, tanto de cara a Greta como a él mismo. Apenas había andado medio kilómetro cuando encontró la radio con la que Fritz había establecido contacto desde el fondo del valle, cubierta de nieve y abandonada a unos cien metros del borde.

—Yo no me acerco ahí —dijo Feder.

—Pues espere aquí. Hay que comprobarlo —repuso Drexler, y acto seguido descendió por la pendiente, sudando con la sola idea de penetrar en el valle de la muerte, pero obligándose a ello. Hizo una prueba y descubrió que las baterías de la radio habían quedado inutilizadas con el frío; no pudo hablar con el barco. Por otro lado, seguía sin detectar rastro de Fritz, de Hart y de los soldados. Reflexionó un instante, bajó otra vez la cuesta y señaló hacia el borde.

—Vamos a seguir.

Con gesto inconsciente, Feder se apartó de él, como si creyera que podía haberse contaminado.

—¡Por el amor de Dios, Jürgen, han desaparecido! ¡Les hemos perdido!

—No. Me interesa la perspectiva del valle desde lo alto.

A Drexler se le cayó el alma a los pies al ver el hidroavión. Así pues, el piloto no se había estrellado. Los alemanes distinguieron el aparato amarrado en la nieve muy abajo, y lo observaron un rato por si notaban en él señales de vida. Resultó un alivio no ver ninguna. El hidroavión estaba cubierto de nieve y en los alrededores no se divisaban pisadas. Quedaba claro que Hart lo había abandonado antes de la tormenta y no había vuelto a él.

—¿Distingue algo? —preguntó Drexler bajando los prismáticos.

—Tan sólo un avión abandonado. ¿No habría vuelto ya Hart si siguiera vivo? ¡Dijo cuatro horas y ha pasado un día!

El enlace político movió la cabeza, muy satisfecho de contar con un testigo.

—Tal vez deberíamos bajar a inspeccionarlo —planteó con cautela.

—¡No! ¡La lancha nos dejaría en tierra! ¿Qué pretende, que vayamos muriendo uno a uno buscándonos mutuamente? Yo no me acerco un paso más a esa plaga. ¡Es hora de volver!

Drexler simuló cierta renuencia, mientras seguía inspeccionando la isla con los prismáticos. Luego exclamó:

—Tiene usted razón, Alfred. Incluso Hart pidió prudencia.

Se dijo a sí mismo que la situación estaba clara, que el estadounidense había aterrizado, bajado hacia el valle y muerto a causa del microbio o la exposición a su contacto. Por mucho que le interesara obtener muestras de tejido infectado, consideraba un suicidio ir en busca de los cadáveres. Todo había terminado. Su rival había muerto.

Suspiró profundamente, consciente de la tensión que había estado soportando.

—De forma que hemos visto el avión abandonado sin señales de vida. ¿Estamos de acuerdo?

—Yo le dije que no saliera.

—Mejor será volver a la lancha. Estarán inquietos por si nos ha sucedido algo.

—¡Por fin! ¡Estoy medio congelado!

Durante la vuelta el viento les azotaba implacablemente el rostro, Jürgen avanzaba en cabeza, cavilando, recomponiendo los acontecimientos mentalmente. Sin duda aquello había sido una tragedia. Estaba dispuesto a admitirlo. Pero ¿quién podía haber previsto que una simple expedición de reconocimiento podía conllevar tantas muertes? Por otra parte, habían aprendido una importante lección que les prepararía para el regreso: sus hombres no habían muerto en vano. La catástrofe demostraba la fuerza de aquel raro y nuevo microbio, ¡que podía convertirse en una nueva e impresionante arma!

Siguió meditando durante todo el descenso. La isla de Átropos: el destino que programó la muerte, el destino que iba a dar nueva vida a su carrera en cuanto restaurara los cultivos cuando volviera al año siguiente. Además, al asignar a Hart un final desconocido, el destino revitalizaría su relación con Greta. Tras revivir la cadena de acontecimientos, en su conciencia todo estaba claro. Todo el mundo había hecho lo que debía, del mejor modo que supo. Todo el mundo.

Al acercarse al fondo del cráter, vieron que la lancha se alejaba del ballenero para recogerlos y llevarlos al Schwabenland. De pronto se produjo un fogonazo de luz y quedaron clavados en el suelo, contemplando cómo explotaba el puente del ballenero. ¡Había empezado la demolición! A ello le siguió otra explosión, y más tarde otra. Estaban destruyendo el barco: el humo y el agua salían a borbotones hacia el cielo. Drexler notó el estrépito y la presión en los huesos cuando la energía perforaba la

cuenca volcánica. Luego, la columna de humo empezó a disiparse y un agua negruzca invadió el lugar de la demolición. Los alemanes lanzaban animados gritos desde la lancha.

De repente se oyó un nuevo estruendo y Drexler se volvió hacia el lugar de donde procedía. Se dio cuenta de que la explosión había desencadenado una avalancha de nieve y piedras en la pared del cráter, en un punto situado justo por encima de la enigmática cueva de Hart. Jürgen apenas pudo reprimir una sonrisa ante el espectáculo. Una nube de escombros iba deslizándose por su entrada, contribuyendo a borrar los amargos recuerdos. La caverna de la traición se estaba borrando del mapa.

—¡Santo Dios, una explosión atronadora! —murmuró Feder—. No tenía noticia de que lleváramos tanto material explosivo a bordo.

—Tal como le dije a Hart, nosotros los alemanes somos amantes de la eficiencia.

Drexler observó cómo el viento se llevaba la columna de polvo. La entrada a la cueva había desaparecido. Del todo.

De repente, presa de la euforia, se dispuso a descender a grandes zancadas por la cuesta hacia el bote; el geógrafo le seguía con paso torpe y las botas de uno y otro iban levantando fragmentos de piedra volcánica.

Había llegado la hora de mirar hacia el futuro y olvidar el pasado.

Había llegado la hora de consolar a Greta.

El estruendo despertó a Fritz. Se había dormido en la cueva y la oscuridad le desorientaba; tardó unos segundos en dirigir la mirada hacia la luz de la entrada a la cueva, de donde procedía el ruido. Oyó una serie de sonidos sordos en el exterior y, tambaleándose, fue hacia allí para ver qué ocurría.

Constató que había estallado el ballenero, creando una nube de espuma y desechos que iban cayendo hacia la laguna. Medio aturdido, se dio cuenta de que la lancha motora del Schwabenland estaba también en el puerto. ¡Socorro! Levantó un brazo con la esperanza de que le vieran.

Acto seguido oyó un rugido más profundo y se fijó en que la cueva empezaba a temblar. Las piedras estallaban en la boca del conducto y un líquido en el que se mezclaban escombros y nieve fue descendiendo hasta taparle toda la panorámica. El polvillo avanzó hacia él y le provocó un ataque de tos. ¿A qué jugaban los malditos nazis?

El marinero retrocedió a duras penas para protegerse de la avalancha de la entrada, perplejo ante aquel desastre. De pronto oyó un temible crujido y ante él se desprendió una inmensa losa. ¡Un derrumbamiento! El suelo se estremeció, todo tembló, las piedras iban desprendiéndose mientras él corría enloquecido y el ruido iba en aumento... De pronto se vio envuelto en tinieblas y el tiempo se detuvo. Las

tinieblas se apoderaron de aquel lugar.

Le despertó una mano que temblaba en su hombro. Una voz, su nombre. Le pareció algo cruel. Más que dolor, lo que notaba era que las fuerzas le abandonaban, que su vida se iba apagando. ¿Tenía algún sentido responder a la voz?

—¡Fritz!

Era Owen. ¿Seguiría vivo? Ya era algo...

—¡Fritz! ¿Qué ha ocurrido?

El marinero respondió. Es decir, intentó hacerlo, Estaba afónico. Se sentía frustrado y no le salía más que un sonido ronco. Le desmoralizaba la idea de no conseguir volver al barco a darle la sorpresa al cabezota.

—¿Qué? —dijo el piloto acercándose a él.

Fritz consiguió articular un rauco murmullo.

—Vuelva hacia ella, Owen. —Estaba casi desvanecido por el sufrimiento—. No renuncie de nuevo.

Y con aquellas palabras perdió las últimas fuerzas que le quedaban.

Cielo. Mar salpicado de hielo. Tan vasto y brillante como reducida y oscura le había parecido la cueva. Hart había emprendido el vuelo en aquel terrorífico vacío cargando a sus espaldas con una repentina y devastadora pérdida. Tenía la sensación de encontrarse completamente solo en el mundo. La cueva destruida, Fritz muerto, el barco desaparecido, Greta fuera de su alcance. Había llegado tarde. Como él mismo había establecido, el barco zarpó sin él.

El piloto observó cómo la aguja del indicador de combustible bajaba al ritmo de sus esperanzas. Por fin decidió precipitarse directamente hacia el mar; la muerte sería más rápida con el choque que en las heladas aguas. Sin embargo, había agotado hasta la última gota de combustible. Había llegado demasiado lejos.

Se encontraba a medio camino del lago cuando se hundió la cueva y la imponente montaña tembló soltando un gutural estrépito. ¡Qué barbaridad! Reflexionando sobre el misterio, optó por volver hacia atrás rápidamente. Se metió en la chimenea y la encontró obturada por una asfixiante nube de polvo. Alarmado, ascendió por el hueco hacia el conducto de lava, que se encontraba ya repleto de piedras astilladas. En el límite interior encontró a su amigo, desplomado, medio enterrado y sangrando. ¡Santo cielo! ¿Cómo había podido derrumbarse la cueva? Todo había sucedido a un ritmo espeluznante. Mientras Fritz se iba extinguiendo, Owen invirtió un tiempo precioso lamentando lo sucedido, compadeciéndose a sí mismo por las injusticias que le había deparado la vida. Medio atontado, consiguió tan sólo entrever cuál era su objetivo evocando el recuerdo de Greta, y entonces inició el largo y solitario ascenso hacia la salida de la cueva, implorando a Dios no encontrarla también tapiada. Las luces con las que contaba se fueron agotando una tras otra; primero la lámpara, luego la linterna y finalmente las velas. Durante la última hora avanzó a rastras sumido en

la oscuridad, guiándose únicamente por la idea de que existía un camino de salida que le llevaría al final de aquel laberinto de túneles. En dos ocasiones llegó a vías sin salida, tuvo que retroceder a gatas y probar otro túnel. En tres ocasiones estuvo a punto de abandonar, tumbado en la oscuridad, oyendo tan sólo el sonido de su respiración y notando las gotas de aquel líquido que le incitaban a seguir. Por fin llegó al nevado saliente, quedó cegado por la luz polar, sintió cómo le latía con fuerza el corazón; el frío actuó como una descarga eléctrica, obligándole a aspirar una bocanada de helado aire. Soltó un gruñido al comprobar cómo se le había ido el tiempo. ¿Cuánto tiempo esperarían?

Decidió luego andar hasta el avión, sacarlo de la nieve, soltar las alas de sus ataduras, quitar los toldos y calentar el motor. Lo hizo todo con gran lentitud, con torpeza, con cansancio, y le costó una eternidad. ¡Una eternidad! En todo momento tuvo conciencia del paso de los minutos, de las horas, de la luz que se iba apagando, de las posibilidades menguantes. No obstante, cuando por fin oyó el sonido del motor, cuando se deslizó por el nevado altiplano y se elevó posteriormente alejándose de la isla de mal presagio, una lucecita de esperanza se mantenía encendida en su interior. Aún podía alcanzarles. Aún podía llegar a ella.

La laguna del cráter estaba vacía, ni siquiera quedaba rastro del Bergen en ella. Ningún indicio tampoco mar adentro.

Giró tantas veces la cabeza en su búsqueda que acabó con el cuello dolorido, pero no vio nada. Sobrevoló un mar tan falto de vida que creyó morir él mismo en él y encontrarse en un helado cielo o en un eterno infierno.

¡Qué agotado estaba! No paraba de mover la cabeza. Le dolía todo el cuerpo. Su corazón había quedado petrificado por la tristeza. ¿Por qué la vida ofrecía un instante de dulzura y volvía luego a mostrarse tan cruel? ¿Por qué había abandonado a Greta?

¡Cómo odiaba la Antártida!

Y entonces con el rabillo del ojo detectó un punto oscuro entre la helada masa blanca. Al acercarse un poco más hacia allí se fijó en que de él salía un hilillo de humo.

Bajó la vista. La aguja del indicador de combustible había llegado al cero. Ante sus ojos, un barco.

Le costó un poco comprenderlo. ¡Un barco! ¡Era Greta! ¡Lo había conseguido! El ángel de Elmer.

Apuró al máximo el Bóreas deslizándose, inclinándose hacia delante, empujando el Dornier en sentido casi vertical.

Luego, al posarse el hidroavión en el mar definitivamente y chocar contra las crestas de las olas, consiguió leer el nombre que tenía escrito el casco del barco que perseguía.

Se trataba del Aurora Australis, el ballenero noruego. Se aproximaba a él

lentamente.

Segunda parte

1939 — 1944

CAPÍTULO 21

El dolor remite, pero el recuerdo va echando raíces. La imagen de Greta había ardido en el interior del cerebro de Hart como el resplandor que produce el magnesio en un flash; aquel rostro enmarcado con la piel de la capucha mientras contemplaba los icebergs, del color de sus ojos, su cuerpo inundado por la luz de la linterna en la gruta que recordaba un útero, sus dedos rozando el brazo de Hart cuando le pedía que no abandonara el barco, que no la abandonara a ella. Aquella clara memoria, sin embargo, quedaba empañada por el oscuro tumor de Jürgen Drexler. La virulencia y el fuego del sol habían grabado otras imágenes mentales: la dentellada del viento polar, los cadáveres contorsionados por la enfermedad, la angustiada grieta de luz que le obligó a arrastrarse hacia la superficie cuando ya parecía haber agotado las fuerzas, la terrible desaparición del Schwabenland y del Bergen. La Antártida se había convertido en una melodía tan exquisita y al mismo tiempo tan horripilante que Hart no conseguía sacársela de la cabeza, así como el recuerdo de ella. Por esta razón, se veía incapaz de olvidarla, de sustituirla, de seguir sin ella. La había perdido, pero por alguna razón creía que no todo había terminado. Nada podía acabar hasta que volvieran a encontrarse.

Al principio, tumbado en el colchón que olía a moho de la bodega del Aurora Australis, donde le había confinado el recelo de Sigvald Jansen, la desesperación se apoderó de él. El compartimiento de acero, iluminado por una bombilla rodeada de un alambre protector, afortunadamente le evitaba el contacto con la tripulación noruega, furiosa aún por el enfrentamiento con los alemanes. «Asesino», murmuró uno de ellos dirigiéndose al piloto al entregarle la comida. Hart se enteró de que en la refriega había muerto uno de los balleneros y dos habían quedado heridos.

Los noruegos permanecieron un tiempo a la espera de detectar algún síntoma de la temible nueva enfermedad de la que él mismo les había hablado con vehemencia, mostrándose al mismo tiempo optimistas y temerosos. Sin embargo, los síntomas no aparecieron. Permaneció, pues, fuera de la vida cotidiana, inmerso en una deprimente bruma de pesar, nostalgia y tristeza. La súbita pérdida de Greta y Fritz le produjo tal tormento que en un principio no creyó poder sobrevivir le indujo a pensar que la vida ya no tenía ningún interés para él. No obstante, seguía con vida: una vida vegetativa, de autómata. Luego, lentamente —era como si se encontrara en un estante al que un mecanismo le hacía descender de día en día en su agonía—, la pérdida se hizo más

soportable. Sus opciones se habían convertido en salidas inevitables, que no podían invertirse bajo ningún concepto, y sus derrotas, en una amarga paz. Sólo le quedaba la alternativa de la locura. Y a medida que los días se fueron convirtiendo en semanas —al tiempo que el ballenero concluía su interminable temporada y tomaba lentamente el rumbo de vuelta a casa—, el hueco que tenía abierto en el corazón empezó a cubrirse. Poco a poco, el futuro fue sustituyendo el pasado y la voluntad eclipsó la desesperación. A pesar de que la expedición se había convertido en una tragedia —a pesar de que le habían dado por muerto—, ¿no podría entrar de nuevo en la vida de Greta? Aquélla iba a ser su meta.

Los noruegos, quienes, ávidos de venganza, se habían regodeado hundiendo el Bóreas en el fondo del océano, estaban desconcertados. ¿Era Hart un espía alemán, un desertor o un refugiado que decía ser? Nadie podía comprobar ninguna de sus afirmaciones. Mantenía haber escapado de una nueva epidemia de la que no mostraba síntoma alguno. Decía haber encontrado el Bergen, pero no podía demostrarlo: en realidad, él mismo afirmaba que no existía prueba alguna de nada, que el barco noruego había desaparecido misteriosamente de la laguna de una misteriosa isla, pues la última vez que sobrevoló la zona no detectó rastro de la embarcación. Por ello, Jansen decidió confinar al piloto durante todo el viaje, dándole vueltas al extraño conflicto que había vivido con los nazis. El piloto aseguró a Jansen que existía una mujer, una bióloga alemana, que podía dar fe de la extraña historia, e incluso confió a Sigvald sus fantasías en cuanto al reencuentro y su rehabilitación. Estaba dispuesto, le dijo, a describir la impresionante isla a las autoridades. Con ello, los científicos noruegos podían volver al año siguiente, armados y con cautela.

De todas formas, las esperanzas del piloto no se tradujeron en nada.

El estadounidense constituía un enigma diplomático y legal al que hubo que mantener a buen recaudo en Oslo mientras los noruegos decidían qué hacer. Hart no disponía de la menor prueba. Por otra parte, Noruega se mostraba reacia a desafiar a la Alemania nazi a raíz de un incidente tan desconcertante y, en el contexto de los últimos acontecimientos, tan trivial. ¿Greta Heinz? Por un lado Hart no conocía su dirección y por otro la prensa alemana jamás la había mencionado. Tampoco había salido a la luz la expedición, ni el retorno del Schwabenland. ¿Se habría hundido aquel barco que navegaba en óptimas condiciones? Todo era muy extraño.

Hart reflexionó.

—Se trata de la enfermedad —apuntó—. Quieren mantener en secreto lo del microbio. Su silencio demuestra que no miento.

Naturalmente. Pero ¿llevaba Hart encima alguna identificación o pasaporte?

Todo quedó en el barco, explicó.

Naturalmente.

Fueron pasando las semanas y los meses, y los alemanes ni anunciaron el

descubrimiento de una nueva isla ni protestaron por el hecho de que un ballenero noruego se inmiscuyera en una investigación biológica del Reich. Los noruegos, por su lado, no vieron la necesidad de informar a los alemanes sobre la suerte del Aurora Australis, del rescate y confinamiento de Owen Hart ni de sus afirmaciones sobre el destino final del Bergen. Los nazis se enterarían de todo cuando volvieran a la isla y vieran ondear en su puerto la bandera noruega, suponiendo que todo aquello no fuera una patraña.

Los acontecimientos llevaron a la liberación del piloto en septiembre. Alemania había invadido Polonia, y Francia e Inglaterra le habían declarado la guerra. Llevaron a Hart ante un tribunal, donde se le informó de que ya no estaba obligado a quedarse en Noruega, si bien sus opciones eran limitadas. Si intentaba sacar a la luz sus afirmaciones, el gobierno se vería obligado a responder a los rumores que circulaban sobre un trágico enfrentamiento en la Antártida, de lo que probablemente se derivaría un proceso contra él —el único miembro del Schwabenland que tenían detenido— por el asesinato del ballenero que había muerto en la confrontación. De todas formas, si se comprometía a permanecer en silencio, conseguía la libertad.

—Pues déjenme volver a Alemania —suplicó Hart—. Tengo que enterarme de lo que sucedió. Debo encontrar a Greta Heinz.

—Me temo que es tarde para ello —respondió un ministro—. El Reich ha cerrado sus fronteras. Hemos dispuesto con la embajada estadounidense que le entregaríamos una nueva documentación, así como un billete para salir de nuestro país, siempre que usted esté dispuesto a firmar estas declaraciones por las que se exime de culpa a ambas partes y usted se compromete a mantener silencio sobre los lamentables incidentes ocurridos en aguas polares. Nos encontramos en unos momentos en los que preferimos no empeorar nuestras relaciones con Alemania.

Hart pidió que le mandaran a Inglaterra. Pensó que desde allí podría buscar a Greta. Londres le absorbió inmediatamente en su colosal anonimato, pero allí constató que le resultaba imposible entrar en contacto con los miembros de la expedición. Suponiendo que siguieran con vida, se los había tragado el Reich, y se encontraban tan fuera del alcance del piloto como si hubieran ido a parar a otro planeta. La falta de información resultaba exasperante: Hart tenía la impresión de haber soñado aquel viaje. Se dio cuenta de lo poco que sabía de Greta. Guardaba el sonido, el perfume y el tacto de ella vividos como el recuerdo de su aspecto, y en cambio su pasado era algo impenetrable. Escribió una serie de cartas sin firmar, tan sólo con un apartado de correos de Londres como remite (dando por supuesto que las abriría y leería a hurtadillas la policía alemana) al Ministerio del Interior, al del Aire, a la Comisión Forestal y de Caza del Reich. A cualquier departamento que pudiera tener una remota conexión con Góring.

Querida Greta: Si consigues leer la presente, he de agradecer a Dios que sigas viva. Yo también lo estoy, en Londres. ¿Podrás reunirme conmigo?

Era consciente de que su mensaje era enigmático. Escribir no era lo suyo y por otro lado no tenía la menor idea de si Greta había muerto o seguía con vida, de si se había casado o permanecía soltera. ¿Habría vuelto? ¿Le había dado por muerto? ¿Cuál sería su situación? ¿Y su estado de ánimo? No obtuvo respuesta. A veces, la incertidumbre le destrozaba. Pero evidentemente no acabó con él y los días se iban sucediendo uno tras otro.

Nada podía entrar en Alemania o salir de allí sin el visto bueno de los nazis. El Tercer Reich se estaba cerrando a cal y canto como un avispero. El éxodo político de judíos e intelectuales aumentaba día a día y Hart abrigaba la poco realista esperanza de que algún día apareciera Greta saliendo de un tren en una estación londinense, expulsada del país y dispuesta a iniciar una nueva vida. Hart, presa de la depresión, vagaba sin rumbo por los andenes y paseaba entre las multitudes en busca de aquel rostro, siguiendo un instinto que él mismo consideraba totalmente ridículo. Otras opciones también fracasaron. La embajada alemana estaba cerrada. No constaba aquel nombre en las listas de la Cruz Roja. Se le dijo que su espera era inútil. Sin embargo, nada le movía a volver a los Estados Unidos de América y a que todo un océano le separara de Alemania. No sentía interés por ninguna otra mujer. El mundo entero no le interesaba.

Si bien la Segunda Guerra Mundial levantaba un muro en torno a Alemania, Hart descubrió que aquello constituía su salvación psicológica. Descubrió de pronto que no se encontraba solo en su incapacidad por controlar los acontecimientos: millones de personas se veían arrojadas en el inmenso y oscuro río. Encontró consuelo en su trabajo. Se convirtió en instructor de vuelo de la RAF, entregándose a la tarea en cuerpo y alma. ¡Qué jóvenes eran los pilotos! Muchos de ellos confiaban en que la avanzada técnica les mantendría alejados de las trincheras en la nueva guerra. La escapatoria de ellos se convirtió en su propia escapatoria. Se perdió en el aire.

El capitán del campo de entrenamiento de la RAF fue intimando poco a poco con el callado y ausente estadounidense, y mostró su curiosidad por la poca disposición que demostraba Hart a la hora de aprovecharse de las oportunidades que ofrecía la guerra en el campo del galanteo. El piloto le habló de su desesperación en cuanto a Greta.

—¡Enamorado de una teutona! —exclamó el hombre, atónito—. Corramos un tupido velo sobre el tema, amigo mío. Yo le aconsejaría que se la quitara de la cabeza y siguiera adelante. Suponiendo que siga con vida, está sepultada bajo un demencial manicomio.

—Ella es lo único que me mantiene vivo —dijo Owen—. La que me volvió a la

vida.

—Pues no permita que ahora se la arrebate.

Yugoslavia, Grecia, el norte de África, Rusia. El son del tambor de la derrota. Si Greta seguía con vida, se encontraba atrapada en una telaraña de dimensiones monstruosas, un nuevo imperio que iba de Normandía al Cáucaso y del Círculo Polar Ártico al Sahara. Luego vino Pearl Harbor. Al entrar los Estados Unidos de América en la guerra, Hart se alistó en el Air Corps estadounidense en Inglaterra y se le destinó a reconocimiento y servicios secretos por su dominio del alemán. A sus superiores no les agradaron sus opiniones de que los alemanes probablemente no iban a ceder ante los bombardeos estratégicos, de la misma forma que no lo habían hecho los británicos, pero reconocieron su pericia en los interrogatorios a los pilotos enemigos capturados.

En contadas ocasiones, Hart se ofreció como voluntario para llevar a cabo vuelos de reconocimiento por Europa. Soportó en esos viajes el fuego antiaéreo y la persecución de los cazas, y nada consiguió despertar en él emoción alguna. Tan grueso era el caparazón emocional —la capa protectora de las esporas, como lo calificaba él con cierta ironía— que llevaba consigo, que tenía la sensación de contemplar el peligro a una gran distancia. Si bien era consciente de los largos y terribles minutos que podía vivir al descender en picado seis mil metros, la propia muerte significaba para él cierta paz. Sus sentimientos, por otro lado, quedaban trastornados con la idea de que tal vez indirectamente estaba contribuyendo en la muerte de Greta; a veces contemplaba los fuegos que ardían a lo lejos y la imaginaba atrapada en uno de ellos. No obstante, cuando era sincero consigo mismo, no la imaginaba muerta ni en peligro de muerte. En el fondo creía que si algo de eso sucedía, él lo sabría en el acto —notaría que se deshacía bajo sus pies todo el entramado del universo— y que, además, el destino les reservaba algo más que eso.

Para Owen Hart, casi toda la Segunda Guerra Mundial se redujo a un período de eterna espera, una espera tan larga y atroz que en todo momento creyó que el tiempo había quedado anulado. Llegó por fin el otoño de 1944; las fuerzas aliadas habían liberado gran parte de Francia y el piloto tuvo uno de esos encuentros que le hacen pensar a uno que el destino rige nuestras vidas: una coincidencia que hizo borrón y cuenta nueva tras cinco años de desesperación, proporcionando un hilo de aliento, el suficiente para alimentar la desesperación. Un preso preguntaba por Owen Hart; su nombre era Otto Kohl.

La policía militar estadounidense saludó con energía al mayor Hart mientras avanzaba por el sórdido pasillo de un antiguo hospital psiquiátrico; sus botas retumbaban en el suelo de madera noble al que los años de desidia habían arrebatado todo el brillo. El rostro del piloto no mostraba emoción alguna en su lucha por ocultar

lo que sentía en su interior. ¡Kohl! Owen había consultado alguna que otra vez las listas de los pilotos alemanes prisioneros para comprobar si podía establecer alguna conexión con el pasado, pero siempre obtuvo el mismo resultado eme cuando se sumergía entre las multitudes que ocupaban las estaciones ferroviarias de Londres. Y de pronto ahí estaba Otto, como caído del cielo, ¡preguntando por él! Uno de los muchísimos alemanes a los que habían arrestado tras la caída de París; habían encontrado el Mercedes con el que pensaba huir recalentado y derrengado a causa de las cajas de vino que transportaba, lleno de pinturas con dorados marcos, un cargamento de joyas y una amante francesa treinta años más joven que él. Unos campesinos de los alrededores habían cogido a la francesa y le habían afeitado la cabeza. El alemán, en cambio, consiguió escaparse para caer en un interrogatorio en el que alardeó de sus contactos de alto nivel. El autobombo le había llevado al confinamiento temporal en un centro de reclusión para políticos montado en el abandonado hospital psiquiátrico. Los internos de dicha institución habían desaparecido misteriosamente durante la Ocupación.

La guerra había dejado su sombría marca. Hacía tiempo que las rejas de acero necesitaban una mano de pintura. El ascensor estaba fuera de servicio, cubierto de polvo. El verde de las paredes había cambiado su función tranquilizante y más bien acentuaba la angustia. Una camilla había quedado abandonada en un rincón y la grisácea sábana mostraba uñas manchas de sangre del mismo tono. El pequeño despacho que se utilizaba para los interrogatorios contenía tan sólo una mesa y dos sillas. El sol de finales de otoño proyectaba unas sombras geométricas en las paredes a partir del enrejado de las ventanas; hacía frío. Allí sentado ante la mesa estaba Otto Kohl, con uniforme de preso y los tobillos con grilletes. El alemán parpadeó e intentó esbozar una sonrisa al ver acercarse a Hart, con un aire más bien tímido. Se levantó con gesto torpe.

—¡Owen! —le saludó con poca delicadeza—. ¡Ha resucitado!

Hart se sentó y el prisionero hizo lo mismo tras dudar un instante. El alemán parecía haber envejecido, pues su pelo era más gris, a pesar de que al parecer la guerra no le había tratado tan mal. Cuando menos se había alimentado bien.

—No, simplemente volví de la Antártida, Otto. El barco no me esperó.

Kohl agitó la cabeza con nerviosismo.

—No, en efecto. Pero posteriormente nos informaron de que usted había muerto en un heroico intento de rescate aéreo. Es un milagro encontrarle vivo. ¡Qué curioso es el destino!, ¿verdad?

—No tan curioso como yo, ni de lejos. —De modo que el barco, en definitiva, había sobrevivido. Miró a Kohl, recordando la cena en Karinhall, a Greta a la luz de la chimenea—. ¿Qué demonios hace usted aquí?

Kohl asintió con gran emoción.

—¡Exactamente! ¡La pregunta clave! Hace semanas que repito a quienes me capturaron que no tengo ningún contacto militar, que no soy más que un hombre de negocios, ¡un auxiliar del gobierno, un funcionario de última fila! Yo no tengo por qué estar encerrado. Deberían emplearme para la reconstrucción, para la reconciliación, donde pueda ser útil a la población. Es un despilfarro mantenerme aquí.

Hart pareció reflexionar sobre aquellas palabras. Luego abrió la carpeta.

—Aquí pone que usted saqueó medio valle del Loira.

—¡Esa es una interpretación vergonzosa! Hice tan sólo de enlace en importación y exportación para Alemania.

—Que poseía usted un castillo allí y una casa en París. Que se abrió camino usted en los círculos sociales de la Ocupación y de Vichy. Que de día lucía la esvástica en la solapa y de noche rondaba por los cabarets. Que se aprovechaba del mercado negro. Que era un mujeriego. Que intervino en el tráfico de mano de obra esclava.

—¡No! —Kohl agitó la cabeza con vehemencia, angustiado—. No, no, no. Son informes difundidos por gente envidiosa, por mis enemigos, por prisioneros que pretenden salvar el pellejo divulgando mentiras, sin ninguna base. Me encargaron que colaborara en la integración económica de Alemania y Francia cuando se hizo imposible mi presencia en Washington. Hart no dijo nada.

—He intentado explicar a sus superiores que soy un hombre de negocios, Owen. Un hombre con miras muy altas. Un hombre de ciencia. Cité la expedición a la Antártida. ¡Este era el Otto Khol de verdad! ¡Organizando expediciones para explorar la naturaleza! Les comenté que en ella habíamos incorporado a un estadounidense. ¡Una tarea de cooperación internacional! Y entonces una persona que le examinó a usted, citó su nombre. Dijo que usted mismo le había hablado de la expedición, que había vuelto y estaba en Francia. ¡Aquello fue como una descarga eléctrica! ¡Como un rayo! ¡Casi no podía creérmelo! Y evidentemente pregunté si podía verle, si podía entrevistarme con mi viejo amigo Owen Hart, con el hombre capaz de aclarar quién soy yo.

Hart examinó al alemán con cierta desconfianza.

—Jamás he tenido noticia del regreso de la expedición.

—En efecto, se mantuvo en secreto.

—Ni una sola palabra sobre mi propio destino. Como si hubiera desaparecido del mapa. Ninguna mención. Nada que acreditara mi participación. Ninguna recompensa.

—¿Y usted cree que no me preocupaba la idea? El hecho de haberle contratado, la aparición de la temible enfermedad... ¡Una auténtica tragedia! Teníamos intención de mandarle su asignación, pero no localizamos a ningún familiar, no disponíamos de dirección alguna...

—¿Cómo está tan seguro de ello?

—La expedición a la Antártida fracasó rotundamente y...

—¿Y eso por qué lo afirma con tanta seguridad, Otto? El otro se calló un instante.

—¿A qué se refiere?

—A que la enfermedad había acabado conmigo. Hace poco ha hablado de que fallecí en un heroico intento de rescate aéreo. Kohl frunció el ceño.

—¿Eso he dicho? ¿He mencionado la enfermedad? Quería decir que es algo que yo di por supuesto, que todos dimos por supuesto, era lo más lógico...

—Nos encontrábamos en la Antártida, no en Panamá. Un lugar donde no se contraen enfermedades... aparte de la congelación. De modo que, ¿quiere hacer el favor de responderme qué le contaron sobre mi muerte?

Kohl parecía inmerso en un cálculo mental en el que sopesaba qué era lo que deseaba oír Owen.

—En realidad se habló de un descubrimiento, de una nueva y temible enfermedad. A usted se le contaba como a una de las víctimas. Todos sintieron mucho su muerte. Drexler afirmó que tenía intención de volver allí el verano siguiente para llevar a cabo una investigación más minuciosa. Pero...

—¿Pero?

—Estalló la guerra. La Armada británica bloqueó el camino.

Hart se levantó, inquieto, y empezó a pasearse por el pequeño recinto; Kohl le seguía con la mirada, intranquilo. En la cabeza del piloto se barajaban las múltiples preguntas que se había planteado durante cinco años. Se detuvo para observar de cerca al alemán.

—¿O sea que no tiene noticia de ningún programa de armamento surgido a partir de la expedición?

—Ninguna noticia. Fui a recibir el barco y allí me enteré de que le habíamos perdido a usted y a otros miembros de la expedición. Heiden me contó que se habían librado de la enfermedad, así como de unos enfurecidos balleneros, que el barco había sufrido desperfectos... Todo era muy desconcertante.

—¿Otros miembros de la tripulación? ¿Quién más desapareció?

—Pues... en realidad, ninguno. Al menos que yo sepa. Me imagino que serían soldados. Lo que sí sé es que estaban allí todas las personas importantes: Heiden, Drexler...

—¿Greta?

Se hizo el silencio. Kohl miró con recelo a su interrogador.

—No...

A Hart se le cayó el alma a los pies.

—Primero no la vi, cuando menos en el desembarco. Pero apareció más tarde, con Drexler. Me pareció taciturna, apagada. Se fue rápidamente a la estación marítima. Estaba enormemente ansiosa por abandonar el barco, seguro.

Hart se acercó más a él.

—¿Adonde fue?

Kohl se mordió el labio mientras reflexionaba.

—No me interprete mal, Owen. Si vacilo es por lo que me contaron. En el barco se comentaba que... usted y Greta no eran tan sólo simples colegas. Que eran más que amigos. ¿Es cierto eso?

—¿Adonde fue? ¡Maldita sea!

—¿Así que eran amantes?

Hart permaneció en silencio contemplando cómo Kohl hacía sus cálculos. Luego se acercó un poco más a él y le dijo en tono resuelto:

—¿Por qué me hace una pregunta si ya conoce la respuesta?

Kohl se apartó un poco del piloto. A pesar de que hacía mucho frío en la estancia, sudaba, y tuvo que secarse la frente con la manga.

—¡Qué curiosa la forma en que se han cambiado nuestros papeles!

—¿Por qué quería verme, Otto?

Kohl apartó la mirada de él con gesto instintivo —la mirada alemana cié Fritz surgía de forma mecánica después de más de diez años en el Tercer Reich—, y luego fue él quien se acercó al piloto. La voz se convirtió de pronto en un susurro:

—Puedo ayudarle.

Hart se apoyó en el respaldo.

—¿Qué maravilla! ¿Y cómo piensa hacerlo?

—Tengo la información que usted desea.

—Ya ha salido el hombre de negocios —saltó Hart sin esforzarse en disimular el desprecio que sentía por él—. ¿Y cuál es la mercancía?

—Puedo conseguir que Greta salga.

Hart se puso rígido.

—¿Cómo?

—Conseguir su salida. Del Reich. Alemania está perdiendo la guerra, Owen. Lo ve todo el mundo. La soga se está tensando. Pero usted, es decir, nosotros, podemos conseguir que ella salga. Usted y yo. Antes de que sea demasiado tarde.

Hart vacilaba.

—¿Por qué? —consiguió decir al fin—. ¿Por qué tendríamos que hacerlo?

—Porque, a pesar de que crea que usted murió, nunca ha dejado de amarle. Greta huiría con usted. Estoy convencido de ello. Mi idea... Mejor dicho, mi plan sería el de entrar en contacto con ella y luego que usted nos sacara a los dos sanos y salvos. Precisamente por eso quise hablar con usted.

—¿Puede localizarla?

—Evidentemente.

—¿Por qué tengo que creérmelo?

—Puedo hacerlo. Conozco su dirección exacta.

—No, me refiero a lo de que sigue queriéndome. ¿Cómo iba a confiarle a usted tales sentimientos?

—Porque Greta Heinz es mi hija —dijo Kohl.

Hart se estremeció como si le hubieran sacudido.

—Y —continuó— Jürgen Drexler es mi yerno.

CAPÍTULO 22

Al igual que la selva iluminada por un rayo, Alemania de noche era como un negro agujero parpadeante. El oscurecimiento que conllevaba la guerra le había arrebatado la luz de la civilización y convertido sus horas nocturnas en algo tan opaco como las de la Edad Media. Desde el aire, donde se encontraban a bordo de un aeroplano, se divisaba tan sólo un centelleo en el lejano horizonte. Fuego de artillería y antiaéreo, llamas a lo lejos, focos de rastreo de las defensas aéreas: todo aquello indicaba que el Tercer Reich seguía habitado. En algún punto de aquel abismo se encontraba Greta.

Hart había salido sin más. Cuestión de necesidad. Las fuerzas aéreas estadounidenses jamás le habrían permitido pasar al otro lado de las líneas enemigas para ir en busca de una mujer. Por ello, había cogido un avión poniendo en peligro su vacía vida en una apuesta por conseguir otra.

Kohl había ideado todo el plan. Los dos se hicieron con un todoterreno diciendo a los superiores de Hart que el astuto alemán iba a llevar a Owen a un lugar donde guardaban piezas de arte robadas, cerca de París, a cambio de la indulgencia prometida por el piloto. Pero en lugar de ir en busca del botín de los impresionistas, Hart acompañó a Kohl a casa de un falsificador, quien les suministró documentación del Reich a cambio de los dólares que tenía ahorrados el estadounidense. Seguidamente consiguieron un aeroplano para volar supuestamente hacia un lugar donde iban a conseguir una información estratégica, hacia el cuartel general del Tercer Ejército.

—Si nos movemos con suficiente rapidez, funcionará —le prometió Kohl. Y así fue. En cuanto los fugitivos se encontraron en el aire, dieron la vuelta y atravesaron como una centella a baja altura el cielo de Berlín, casi rozando las copas de los árboles para evitar la detección de los radares—. Darán por sentado que le han derribado y ha desaparecido —le explicó Kohl—. Si quiere tranquilizar su conciencia, puede optar por el papel de espía. Sus superiores le proporcionarán de mil amores un aeroplano para observar sobre el terreno la situación de Berlín.

—¿Y cómo volvemos?

Kohl manifestaba una gran seguridad.

—Poseo una propiedad agrícola en las afueras de la capital. Esconderemos el avión allí, nos pondremos en contacto con Greta y luego volaremos a Suiza. Puedo conseguir dinero, la cantidad suficiente para untar a las personas adecuadas. Los

suizos nos ayudarán a organizar una nueva vida y nos iremos a donde nos apetezca.

—¿Nos acompañará Greta?

—Eso, naturalmente, ya es cuestión suya.

Hart había especulado con todas las posibilidades en relación a Greta. Sin embargo, no conseguía quitarse de la cabeza su boda con Drexler. ¿Tenía que creer lo que le aseguraba Otto, que se trataba de una unión en la que el amor no contaba, que Greta mantenía aún encendida la llama de la pasión por el piloto estadounidense que daba por muerto? ¿Sería la suya una relación de dos personas que llevan vidas paralelas y al tiempo separadas? Interrogó más a fondo al alemán.

—Nunca he acabado de comprender lo que inclinaba a Jürgen hacia ella. En qué podía basarse —respondió éste.

Kohl miró por el cristal de la carlinga con aire sombrío, como quien intenta arrancar algún recuerdo de la negra oscuridad.

—Antes de que apareciera Jürgen —siguió el alemán—, hubo otro hombre. Otro marido, en realidad. Un biólogo alemán bastante mayor que trabajaba en la Universidad de Hamburgo. Considerándolo retrospectivamente, no debe sorprendernos aquella atracción, pues la madre de Greta murió al dar a luz y yo... estaba casi siempre tuerca. La chica paso su infancia entre monjas e internados.

Kohl movió la cabeza con aire cansino.

—Tuvo una infancia solitaria, Owen, por mi culpa, evidentemente.

Siguió explicándole que aquella rara unión acabó de repente al morir el profesor Heinz en un accidente de automóvil. Para Greta fue un duro golpe, y no sólo por la pérdida de la seguridad que le ofrecía él. Al casarse había abandonado su carrera. Como quiera que se rompió aquel matrimonio, Greta como bióloga se encontró muy sola en una profesión dominada por los hombres, con escasas perspectivas. Había perdido de repente a su mentor y la conexión con el mundo académico.

Kohl, que se encontraba en Washington, volvió a Alemania para ayudar a su hija a decidir sobre su futuro, así como para mejorar sus relaciones con el gobierno del Reich. Enseguida decidió que Greta tenía que encontrar a otro marido: algún joven y brillante funcionario que sobresaliera en el nuevo régimen, un hombre que les resultara de utilidad a los dos.

Y así fue como cultivó la amistad con Drexler, el típico nazi de la propaganda, quien a su vez vio en Kohl a un asesor agudo, que disponía de amigos y contactos.

Kohl llevó a Greta a una fiesta de cumpleaños del Führer, asegurándose de antemano de que también asistiría Drexler. El joven nazi sintió una atracción instantánea: una mariposa nocturna ante una llama. Ella, no obstante, se mostró vacilante. En efecto, le consideró apuesto, brillante y ambicioso. Consideró que su visión sobre el futuro de Alemania era atrayente, incluso fascinante. Y Drexler se lanzó de lleno a la conquista: una actitud halagadora. Las mujeres le encontraban

encantador.

—Me parece algo frío, papá —le confió Greta—. Quiero decir absorto en sus cosas. Se diría que ya se casó... con su carrera.

—¡Todos los hombres que alcanzan la fama escogen el trabajo como amante! Ese hombre puede ser tu futuro. ¡Nuestro futuro! Te abrirá todas las puertas.

Greta suspiró.

—Lo sé. Es una persona... asombrosa. Pero no creo que vea siempre lo que veo yo, que le preocupe lo que me preocupa a mí. A veces nos encontramos sin tema de conversación. En realidad creo que es algo torpe.

—Con las mujeres, tal vez. Pero no con quienes tienen el poder.

Entonces Drexler dejó caer lo de la próxima expedición a la Antártida, alardeando de que iban a elegirle a él como representante político. ¡Tras el proyecto se encontraba el propio Góring! Quienes participaran en la expedición iban a convertirse en héroes. Se estaba organizando el equipo científico para el viaje.

Para Kohl, la expedición representaba la satisfacción de sus súplicas al Altísimo. Podía proponer a una joven e inteligente bióloga para el equipo. Y pese a que la presencia de una mujer no era corriente en un viaje del Reich de esas características, su incorporación proporcionaría a Drexler tiempo para conocerla mejor.

Greta no lo veía muy claro. ¿Y si ella y Jürgen no se entendían? Por otra parte, la idea la emocionaba. ¡La Antártida! Se convertiría en la primera alemana que visitaría aquel lugar. Le parecía algo embriagador, trascendental. La bióloga creía merecer una segunda oportunidad para dejar sentada su capacidad profesional. Preguntó al joven nazi si la invitaba en calidad de científica capacitada o de mujer.

—Pretendo incorporar al equipo a la persona más capacitada que encuentre —respondió Drexler.

Mientras una ráfaga de viento azotaba el avión, Kohl recordó el día en que Greta le comunicó que la habían aceptado en el equipo de la expedición.

—Tenía que haberla visto, Owen —dijo el alemán—. Estaba loca de alegría. Jamás la había visto así. —De pronto su semblante se ensombreció—. La otra cara de la medalla de la chica que vi tres meses más tarde, cuando el Schwabenland amarró en el puerto de Hamburgo.

Hart siguió con la vista al frente, pese a que empezaba a notar los dedos húmedos, pegajosos, al contacto con los mandos.

—¿Le habló a usted sobre... sobre nosotros? Kohl asintió.

—Desecha en lágrimas. Tras contarme los detalles que condujeron... a su muerte, digamos, noté que se iba insensibilizando. En realidad no supe cómo enfrentarme a todo aquello, qué decir. Por otra parte, Jürgen estaba allí... ¿cómo lo explicarían ustedes, los americanos? Para solucionar cualquier problema. Se propuso distraer a Greta de su aflicción. Créame, es un hombre que posee una gran fuerza. No podemos

negárselo. Y con el tiempo ella se ablandó. No sentía impulso alguno, no sabía qué dirección tomar. De hecho Jürgen es su dirección. —Kohl esbozó una amarga sonrisa—. Yo mismo pensé: eso es lo mejor para ella.

—¿Pero no fue así? —preguntó Hart. Bajó la mirada para comprobar la brújula. Seguía la dirección correcta.

—Jürgen es un personaje muy complejo. Admirable en muchos aspectos, aunque al mismo tiempo, me di cuenta posteriormente, poco maduro. Es como un niño que lucha por un juguete y que lo abandona en cuanto deja de ser un objeto de disputa. Estoy convencido de que, de surgir alguien que intentara arrebatárselo lo suyo, mostraría sus garras, y con ello no quiero decir que sienta pasión por el objeto que sea. La soledad de mi hija es algo profundo.

El piloto sintió que le embargaba completamente aquel dolor sordo que le había acompañado desde su regreso de la Antártida, pero siguió en silencio. A sus pies se desplegaba Alemania: a oscuras, herida.

Hart era consciente de que aquel simple y audaz plan que habían trazado era inútil, Entrar en Berlín de la forma que fuera. Encontrar como fuera a Greta. Convencerla de una u otra forma de que abandonara a su marido. Encontrar la manera de evitar las garras de Drexler. Intentar huir a Suiza. Hacer todo lo posible por iniciar una nueva vida.

Aquél era el plan más claro que se había planteado Hart en seis años.

Siguieron volando y el cielo empezó a iluminarse. En el horizonte destacaban unos fuegos que Hart situaba a más de treinta kilómetros de Berlín. No tardarían en cruzar el fuego antiaéreo. Permanecer en el aire a la luz del día sería un suicidio.

—¿Dónde está situada su propiedad?

—Gire hacia allí. Cruzaremos la autopista, y unos kilómetros más allá...

Hart estaba nervioso. El avión llevaba distintivos estadounidenses.

—Tenemos que abandonar el cielo enseguida o de lo contrario nos derribará algún caza.

—Si no conseguimos ocultar el aparato quedaremos atrapados en Alemania. Tenga un poco de paciencia.

Siguieron volando unos minutos más en un incómodo silencio. Luego Kohl señaló con el dedo:

—Ya lo tengo. Werder está en esta dirección. Reconozco mis edificios. ¡Qué bien se distinguen desde el aire! Puede aterrizar en aquel prado.

Tomaron tierra con una sacudida en la luz del amanecer, y rodaron hacia los establos, tras lo cual saltaron del aparato con el cuerpo rígido, agotados. Un gallo cantaba en alguna parte.

—Esto tiene el aspecto de la Alemania que yo recuerdo —dijo Hart echando una ojeada a su entorno—. Ordenada.

—Conseguí personal para cuidar de la propiedad. Para una buena temporada. Ayúdeme a meter el aparato en el establo.

Lo empujaron hacia adelante; las alas se deslizaban por los vacíos compartimientos. Bajo un toldo se encontraba otro vehículo; Hart echó una ojeada: Un Mercedes.

—No hay gasolina —dijo Kohl—. Y un vehículo invita a la inspección. Iremos en bicicleta. Son unas horas de aquí a la ciudad.

Hart movió la cabeza.

—No sabía que estaba tan en forma, Otto.

—No lo estoy. Simplemente es cuestión de cautela. Nos encontramos en el corazón de la Alemania nazi.

En los alrededores de Berlín se detectaba alguna señal que indicaba la guerra. El chamuscado armazón de un bombardero se había empotrado en la entrada del patio de una escuela. En los otoñales árboles se veían plateadas barcias que habían arrojado los aviones aliados para interferir, los radares, lo que les daba un aspecto de adorno navideño. Una línea de cráteres abiertos por las bombas y repletos de agua recorría un campo, dejando constancia de un fracaso aliado. Al atravesar pedaleando los barrios periféricos iban descubriendo una especie de tablero de ajedrez en el que se combinaba la normalidad y la destrucción: aquí una franja que conservaba totalmente el orden prebélico, allí una extensión azotada por las bombas con cuatro casas y un parque destruidos. En el centro de Berlín la destrucción se hacía más patente. Cruzaron barrios enteros reducidos a escombros, donde el material de construcción hecho añicos formaba una especie de dunas. Por encima de aquel talud edificado por la mano del hombre destacaban las espectrales ruinas de unos edificios que mostraban tan sólo el esqueleto, al no haberse derrumbado del todo, con unas ventanas que dejaban ver lo que habían sido unos pisos.

Kohl avanzó tambaleándose, sorteando los cascotes y cristales rotos, y se detuvo para recuperar el aliento.

—¿Se encuentra bien, Otto?

—La punta del espinazo me duele horrores. Creo que nunca más volveré a andar.

Aquella pausa inquietó a Hart. Los alemanes que se encontraban por el camino apenas les dirigían la mirada, pero se fijó en que casi todo el mundo iba uniformado. Una palabra de Kohl y todo habría acabado. Lo que le tranquilizaba era la devastación. Kohl no podía desear permanecer allí y Owen Hart constituía su única salida.

—¿Está ella cerca de aquí?

—Estaba. —Con una mueca de dolor se instaló de nuevo en el asiento—. Esperemos que sus aviones no hayan llegado al barrio donde vive.

Siguieron pedaleando.

Jürgen y Greta habían tenido suerte. Las casas situadas en la avenida flanqueada de árboles seguían en pie, manteniendo el aspecto tranquilo anterior a la guerra. Una carretilla de reparto de leche circulaba por la acera, lo cual inspiraba confianza. La normalidad. Kohl señaló hacia una casa:

—Ésa.

Tenía planta baja y tres pisos. Poseía la elegancia de las construcciones de piedra rojiza de Nueva York. Al parecer, a Jürgen Drexler las cosas le habían ido bien. Al encontrarse ante la intacta casa de aquel hombre, Hart se sintió indeciso. Él nunca había poseído una mansión como aquella y probablemente jamás la conseguiría. La vio sólida, segura, con estilo. El tipo de casa que desea toda mujer.

—No puedo ir a verla a casa de él.

—Por supuesto que no —respondió Kohl—. Sería peligroso. Tienen servicio y tal vez también guardias de seguridad, ¡quién sabe! Actualmente Jürgen tiene el cargo de Standartenführer, coronel en la rama civil de las SS. Se mueve por los círculos más encumbrados, lo que significa que probablemente tiene el teléfono controlado. Me acercaré yo en un salto. Aunque me reconozca algún miembro del servicio, no les llamará la atención verme: darán por sentado que he huido de Francia y tengo los papeles en regla. Explicaré mi situación y saldré para llevar a cabo algunas gestiones. Tengo que recoger cierta cantidad de dinero en Berlín antes de partir. Usted puede esperarme frente a la estatua de Federico el Grande que se encuentra al otro lado de la Bebelplatz, cerca del hotel Adlon, donde estuvo usted alojado. ¿Se acuerda? Queda a poco más de un kilómetro en dirección este.

Hart asintió sin verlo muy claro.

—La verá allí dentro de una hora. ¿De acuerdo?

—Sí, pero ¿y si ella no...?

Kohl levantó la mano dirigiendo la vista hacia la imponente mansión. Hart se fijó en que sus ventanas estaban a oscuras, con las cubiertas de protección que evitaban la detección de los aviones enemigos. En su interior reinaría la penumbra.

—No faltará.

CAPÍTULO 23

El rey Federico había sufrido los embates de la guerra. La metralla había hecho añicos su tricornio y vaciado uno de sus ojos. Algunos edificios de los alrededores de la Bebelplatz permanecían intactos, mientras que otros se habían derrumbado y los escombros se acumulaban en sus interiores como si hubieran caído en una avalancha. Hart llegó con antelación, y viéndose incapaz de esperar sentado, dio un paseo por la plaza evitando los fragmentos de piedra, sin perder de vista la estatua del rey. Los alemanes que circulaban por allí no le prestaron atención alguna, pues cada cual tenía su misión concreta. Nadie le pidió la documentación falsa que llevaba encima —la robótica burocracia del Tercer Reich empezaba ya a corromperse ante la perspectiva de la derrota—, pero cada vez se sentía más inquieto ante la idea de volver a ver a Greta. ¡Habían pasado casi seis años! Cuando la conoció tenía veintiocho años y estaba soltera. Se armó de valor ante la idea de una posible traición.

Pero la traición no se materializó. La reconoció al instante cuando la vio acercarse a la plaza: su porte, la espléndida cabellera rojiza, la cabeza alta, cuando todas las demás que había visto parecían inclinarse. Aspiró profundamente. La vio tan atractiva como cuando la había conocido, vestida además con la máxima elegancia; sus andares reflejaban la seguridad en sí misma que le había proporcionado su situación. Avanzaba por entre las ruinas con un largo abrigo ribeteado en piel; las refinadas botas taconeaban contra las piedras. Un collar de perlas destacaba en su cuello. Hart tuvo que admitir que Drexler era un buen sostén económico.

Pero cuando redujo el paso y se detuvo a unos metros de él, con mirada inexpresiva, Hart se fijó en algo más: su rostro traducía una nueva gravedad. La rigidez fruto de haber contenido durante tanto tiempo las emociones. Vio en ella una mirada tan directa —tan analítica— que por un momento temió que el tiempo hubiera borrado sus sentimientos hacia él.

Greta parpadeó, asombrada.

—¡De modo que realmente eres tú! —Su tono no le aclaró nada.

—¿Qué tal, Greta? —dijo él tragando saliva—. Ya te dije que volvería.

La mirada de Greta recorrió su rostro, absorbiendo cada uno de sus rasgos.

—Creí que habías muerto. Y te encuentro aquí, en el centro de Berlín. —Le observó minuciosamente—. ¡Qué poco has cambiado!

—Tú estás aún más guapa.

Ella no reaccionó ante el cumplido y siguió mirándole como si fuera un fantasma. Aquella distancia martirizaba a Hart.

Tragó de nuevo saliva y se metió la mano en el bolsillo.

—Hice grabar esto en Londres en 1939. ¡Cuánto tiempo he tenido que esperar para entregártelo! —Sacó algo del bolsillo: una cadena de oro con un colgante—. Acéptalo, por favor.

Greta dudó un momento antes de cogerlo. Al rozar los dedos de él se estremeció. Luego miró la joya, casi en trance.

—Ábrelo.

El colgante era de oro y tenía la forma de un pingüino. Greta lo abrió. En su interior estaba grabada la palabra «esperanza». Contenía también un tosco guijarro.

—El guijarro procede de la cueva. Lo encontré yo mismo. Es un regalo. Como los de los pingüinos.

Greta observó aquel guijarro como si en su vida hubiera visto una piedra. El permaneció a la espera, observándola mientras los recuerdos se agolpaban en la cabeza de la mujer. Luego se fijó en que temblaba mientras levantaba la vista con los ojos empañados. Por fin estaba segura de todo. Entreabrió los labios.

—¡Oh, Owen! —la voz se le entrecortó—. De verdad eres tú...

Acto seguido, el espacio que les separaba pareció desaparecer por arte de magia y Hart se dio cuenta de que la estaba abrazando, que estrechaba aquel cuerpo protegido por el paño del abrigo, que enterraba el rostro en su cabellera y aspiraba su maravilloso perfume.

—¡Creí que habías muerto! —exclamó ella—. Que yo misma te había matado, que te había fallado...

Hart casi no podía creerse que se hubiera puesto aquel perfume, que se hubiera arreglado tanto para él.

Apagó su llanto con un beso, notando el sabor salado de las lágrimas, la besó sin pensar ni por un instante en que alguien podía observarles, con la imperiosa, ansia de seis años de ausencia.

Ella le devolvió el beso con desesperado anhelo, sollozando, y después lo apartó.

—Owen, ¡Dios mío! ¿Sabes cuántas veces he soñado en un momento como éste? Pero no aquí, no ahora, por favor.

Él miró a su alrededor esbozando una sonrisa de triunfo. Una vieja que pasaba por allí con una bolsa de red en la mano hizo una mueca de desaprobación, y en cambio una joven sonrió con nostalgia al verlos.

Hart la sujetaba por los hombros; no quería soltarla.

—He intentado escribirte —le explicó—, quise establecer contacto contigo, pero no hubo forma...

Las lágrimas descendían a raudales por las mejillas de ella.

—¡Te creía muerto! —repitió ella—. ¡Tantos años sin ni siquiera una palabra, un susurro! Y aquí estás, has resucitado para volver a este infierno en la Tierra que es hoy Berlín. —Respiraba a duras penas, sus senos empujaban contra el pecho de él sus ojos aún reflejaban el asombro—. Para volver a mí. —Luego apartó la cabeza hacia atrás y de pronto soltó una carcajada, que demostró su inmensa alegría—. Por fin, aunque sea por un instante, ¡qué feliz soy! Un simple instante me ha demostrado que toda mi vida, todos mis pesares han valido la pena. —Sonreía con el rostro radiante.

Hart le acarició con ternura la húmeda mejilla.

—¡Basta ya! —exclamó él riendo—. Si no es más que una piedra. Ahora veo por qué las buscan los pingüinos machos con tanto afán. Ella agitó la cabeza.

—¡Qué mundo tan distinto! ¡Han pasado siglos! Recordaba la Antártida como un sueño. Y como una pesadilla. Y aquí estás tú, resucitado. ¿Cómo? ¿Por qué? ¡Dios mío! Tantas preguntas...

—El organismo que encontraste funcionó, Greta. Funcionó para mí y también para Fritz, pero luego... Detuvimos a tu padre, volamos... es una larga historia...

Ella asintió sin acertar a comprenderlo todo, pasmada y al mismo tiempo emocionada.

—¿Funcionó?

—Curó a Fritz. Estoy seguro de ello. Aunque luego muriera en la cueva. Se derrumbó la entrada.

—¡Santo cielo! —Su semblante reflejó la gravedad, la reflexión—. Teníamos que haberlo investigado más a fondo. ¿Te has enterado de que los aliados han conseguido el éxito con la penicilina? ¡Cuántos alemanes podríamos haber salvado en esta guerra! —Iba agitando la cabeza—. ¡Siempre lamentándonos! ¡Tenemos tantas cosas que lamentar! ¡Qué se le va a hacer! —Miró el colgante que tenía aún en la mano, tomó una decisión y luego fijó los ojos en él con cierta timidez—. ¿Me lo pones?

El miró a uno y otro lado, satisfecho.

—¿Te atreves? ¿No levantará sospechas?

Greta volvió la cabeza hacia los edificios en ruinas y su expresión tradujo la inmensa tristeza que le producía aquella panorámica.

—Claro. Por supuesto que las levantará. Pero ahora mismo deseo notar su peso en mi cuello. Lo esconderé bajo el vestido y más tarde me lo quitaré.

Hart cogió la cadena y el colgante y ella se volvió y levantó su cabellera, dejando al descubierto la ebúrnea piel de su nuca. Le abrochó la joya. Greta pasó el dedo por el pingüino sonriendo, algo asustada, y luego se metió el colgante bajo el vestido. Se estremeció.

—Esto me acelera el corazón. Hart sonrió.

—He venido a sacarte de aquí, Greta. A llevarte lejos de Alemania, de la guerra. Ella se calmó. —Eso es imposible.

—No lo es. Tengo un avión a mi disposición. Tu padre dispone de dinero y documentación.

—Las cosas han cambiado tanto, Owen...

—Otto me ha hablado de tu boda. Me ha dicho también que seguías amándome. Por eso he venido, Greta.

Ella bajó la cabeza.

—Es más una boda de apariencias que de hecho —admitió ella—. Creí que conseguiría hacerle cambiar, enseñarle a ser feliz. Él pensó que conseguiría que fuera suya, que tuviera un objetivo en la vida. Pero... ¡sucedieron tantas cosas en la Antártida!

—¿O sea que no le amas?

—Le amo... de una determinada manera. —Su voz no era más que un hilillo—. Él estuvo a mi lado cuando no te tenía a ti Owen. Aunque no de la misma manera.

Él le acarició la mejilla.

—Nunca he dejado de quererte, Greta. Ni un solo instante. Creí que tendría que esperar para buscarte una vez concluida la guerra, pero de pronto, como por arte de magia, apareció Otto y llegué aquí. He abandonado mi unidad. He tirado por la borda mi vida anterior. Y ahora lo que quiero es marcharme contigo. Ya sabes que Alemania está en las últimas. Los nazis han desbaratado el mundo. Tu padre y yo te llevaremos a Suiza. Para empezar una nueva vida.

Ella iba negando con la cabeza, temblando.

—No es tan sencillo, Owen. Hay que tener en cuenta las promesas, el deber, el país.

—Si permaneces aquí con Jürgen, Greta, morirás. Berlín va a convertirse en un campo de batalla. Podemos ser felices si tenemos valor para proponérselo.

Greta cerró los ojos.

—Me casé, con Jürgen, Owen. Él es mi marido. Tal vez si hubieras vuelto con nosotros, todo habría sido distinto, pero no fue así. ¿Sabes que él incluso fue a tierra firme en la tormenta a buscarte? Dijo no haber encontrado rastro...

—Allí estaba mi avión, y mientras yo permanecía en la cueva, se produjo un derrumbe...

Greta movió la cabeza.

—No conozco los detalles. Era un tema doloroso para los dos. Yo no quería recordarlo. —De pronto echó una ojeada a su entorno—. ¡Dios mío! ¿Dejarlo todo? Mi trabajo, mi casa, mi marido...

—Y alcanzar la felicidad, Greta. Te la mereces.

Parecía destrozada.

—Todo me parece tan súbito, tan... desconcertante... Papá llama a la puerta y descubro que tú has resucitado. Estoy aturdida. —Se estremeció, intentó controlar la

emoción y le miró luego llena de esperanza—. Deseo empezar de nuevo, Owen. Soy sincera al decirlo. Quiero empezar otra vez, lejos de Alemania y lejos de la Antártida.

—Tan lejos como podamos llegar.

Greta asintió.

—Pero no quiero hacerle daño a Jürgen. Él me reconfortó. Es algo que debo tener en cuenta.

—Tú eres lo que más he deseado en esta vida, Greta. No soportaría perderte de nuevo.

Ella suspiró, deshecha.

—¿Cuándo nos marcharíamos?

—Ahora mismo. Iremos a tu casa a recoger tus cosas. Y luego desapareceremos sin que Jürgen se entere de que sigo con vida.

Siguió con el dedo la cadena que le había colocado en el cuello.

—No —respondió Greta negando con la cabeza—. Tengo que reflexionar. —Se apartó un poco de él—. Pensar en mí, y no en los hombres de mi vida: en ti, en Jürgen y en mi padre. —Suspiró profundamente—. Te daré mi respuesta mañana, Owen. Aquí, a las doce. Si decido huir contigo, vendré con lo necesario. Pero tendrás que esperar hasta mañana. Ocúltate en las ruinas y no hables con nadie.

—¡Por favor, Greta! La vida no nos proporciona muchas oportunidades. ¡Tenemos que huir ahora mismo, antes de que sea demasiado tarde!

Pareció que iba a despedirse con un gesto de la mano, pero luego cerró el puño con aire decidido.

—¿Vas a encontrarte con mi padre?

—Más tarde. —Su voz surgió algo disonante.

—Cítale mañana a las doce. —Le puso un dedo sobre los labios—. Dame tiempo, Owen. Tiempo para escuchar lo que ríe dice la cabeza y el corazón.

CAPÍTULO

24

Greta paseó sola un rato por las maltrechas calles de la ciudad intentando recuperar el control sobre sus emociones. Ya había descartado de su vida la felicidad. Había perdido a su primer marido, más tarde a Owen, y luego, de una forma distante, a Jürgen: un hombre que la había aceptado de nuevo considerando su fría unión como un castigo autoimpuesto, negándose a soltarla y reuniendo una enfermiza fuerza a partir del dolor que le producía aquella proximidad. Greta había renunciado a la felicidad a cambio de unos bienes superficiales que se reducían a la casa y su carrera, cambió la esperanza por la resignación y fue pasando los días sin nada que la animara. Tenía la impresión de esperar que una bomba se la llevara.

De pronto una conmoción la había vuelto a la vida. Le había devuelto la vitalidad, el deseo y, ¿por qué no?, la llevaba a la traición. Tan profunda había sido la conmoción de volver a ver a Owen que se había planteado abandonar a su marido, dejar su casa, su país y las pingües posesiones que le ofrecía una existencia vacía. Ya casi saboreaba la libertad prometida.

Acarició con el dedo la cadena de oro que rodeaba su cuello, el pingüino, cálido contra la piel de sus senos. Jürgen la había cubierto de regalos; progresivamente se sentía más frustrado al notar que aquellos objetos, en lugar de alegrarle la vida, parecían ofenderla, añadir otra carga que se sumaba a la del pecado de haber dejado morir a Owen. Greta sentía desprecio por sí misma al odiar los actos de Jürgen. Y de pronto todo se había vuelto al revés, su marido se convertía de nuevo en la víctima de su confusión sentimental. Temía volver a casa y enfrentarse con él, temía tener que decidir si le traicionaba otra vez. Pero el crepúsculo de otoño se cernía sobre aquella ciudad, cada día más peligrosa, y Greta veía su hogar como el único refugio que tenía. Ya en los peldaños que llevaban a la puerta principal, se desabrochó la cadena y se la metió en el bolsillo del vestido.

—¡Frau Drexler! Es muy tarde, estábamos preocupados. ¿Le ha sucedido algo?

—Nada, Ingrid. —Greta se quitó el abrigo y se lo dio a la doncella, quien lo dobló y se lo colocó sobre el brazo—. He salido a dar un paseo y, reflexionando, he perdido la noción del tiempo. ¿Ha llegado Jürgen?

—Todavía no.

Por supuesto que aún no había llegado. Al intensificarse la guerra, las jornadas de Drexler se alargaban de día en día. Muchas veces ni cenaba con la excusa del trabajo.

Greta sospechaba que tenía una amante, o como mínimo que acudía periódicamente a visitar a una prostituta, y en el fondo la aliviaba no sentirse culpable también en aquel aspecto de su distanciamiento. Su relación era educada y amistosa en público, pero dormían en habitaciones separadas en aquella mansión excesivamente espaciosa, en una ciudad en la que decenas de miles de personas habían quedado sin hogar a causa de los bombardeos. El tamaño de aquel piso les permitía dejar un poco de lado su condición de casados.

—Esta noche no cenaré, Ingrid. No me siento muy bien y me contentaré con un pequeño refrigerio en mi habitación. Dígale a herr Drexler que me he retirado pronto.

—Lo que usted diga. La visita que ha tenido hoy...

—Me ha afectado un poco, Ingrid. Un rostro del pasado. Hágame el favor de no mencionarlo ante mi marido.

—Como usted diga. —La muchacha se mordió el labio.

Ingrid comunicó la orden a Arnold, el cocinero, al recoger su ligera cena.

—Creo que el Führer opina que una esposa alemana no debe tener secretos —comentó en tono desaprobador.

—Y yo creo que el Führer opina que una sirvienta alemana debe hacer lo que se le dice —respondió él.

Greta, ensimismada, paseaba por su dormitorio luchando con las emociones que sentía. ¿Por qué no había huido con Owen sin más? ¿Qué razón la había movido a volver a la casa y torturarse? Se dijo que aún sentía algo por Jürgen. Que había sido la lealtad lo que la había movido a hacerlo, además del dolor que le producía haberle decepcionado, pues él era consciente de que nunca le había amado como él a ella.

Sentada en la cama contemplaba, perpleja, sus armarios abiertos. ¿Qué iba a llevarse si se marchaba? Ropa práctica. Algo de dinero, aunque no todo: aquello no se lo podía hacer a Jürgen. Tan sólo una bolsa que pudiera llevar al hombro para no despertar sospechas. Las pocas alternativas resultaban desalentadoras, aunque le parecía extraño comprobar lo poco que significaba para ella la ropa al plantearse la perspectiva de dejarla toda allí. Casi le parecía un ancla de la que por fin podía soltarse. Se planteaba el problema de decidir acabar con todo su pasado. Se tumbó en la cama pensando en Owen, con el deseo de haberle besado durante más tiempo, de tenerle allí a su lado, de no haberlo conocido nunca, si bien aquella opción ya no tenía sentido alguno...

Se despertó sobresaltada. Se había quedado dormida sin darse cuenta. Todo estaba a oscuras; la casa, en silencio. Medio adormilada, se incorporó en la cama y encendió una luz. Habían dado ya las doce. En la mesilla de noche tenía la bandeja que le había dejado Ingrid, intacta. Tenía la ropa y el bolso esparcidos junto a la cama. Se levantó, se dirigió hacia la puerta y la abrió sigilosamente. La planta baja de la casa estaba a oscuras; las sombras lo invadían todo. Todo el mundo estaría durmiendo. Cerró otra

vez la puerta, inquieta, con la cabeza hecha un torbellino. Tal vez lo mejor sería tomar un baño para relajarse.

Dejó la ropa sobre los fríos azulejos y esperó con impaciencia a que se llenara la bañera. Casi sin darse cuenta se agachó a coger la cadena y el colgante que tenía en el bolsillo. El pingüino se quedaría en la bolsa que llevaría en bandolera hasta que ella y Owen estuvieran a salvo fuera del país. Abrió otra vez el colgante, miró el guijarro y sonrió para sus adentros al recordar: el miedo que le había dado la cueva, el pavoroso y extraño lago, el acto amoroso sobre las toscas mantas de lana. Con gesto instintivo cerró el colgante, se lo puso y se miró al espejo. Le quedaba justo por encima de los pechos, como protegido entre dos elevaciones, más brillante aún en contacto con la calidez de su piel. Se miró el cuerpo con ojos críticos, volviéndose para observar la espalda, las prominencias de las caderas. ¿Seguiría encontrándola atractiva Owen? Le había dicho que estaba muy guapa. Aquello le había gustado. Hacía mucho tiempo que no se lo decía nadie.

Se acercó a la bañera, cerró los grifos y se metió en ella. El agua estaba caliente; notaba un hormigueo en los dedos de los pies tras haber permanecido un rato sobre los fríos azulejos. Sintió placer al notar que el vapor le humedecía el pelo, y se le rizaba ligeramente la suave pelusilla del delta marcado entre sus muslos. Se sumergió completamente, suspirando satisfecha, y se quedó flotando en el tibio líquido. Le calmó la calidez que se iba adueñando de su cuerpo. Fijó la mirada hacia abajo: sus senos flotaban como dos icebergs gemelos, el pingüino nadaba entre ellos, y aquella imagen le hizo esbozar una sonrisa. Aquel encuentro con Owen era como un sueño, de no, ser por aquella prueba, palpable, suave y dura al mismo tiempo. ¡Había llevado con él aquella joya durante seis años! La idea le parecía increíble.

Aplicó jabón a una esponja y la pasó por su piel. Un glaciario de espuma se deslizó por su cuello desembocando en el Océano del Sur. Greta, ¡el continente blanco! Levantó las piernas del agua. ¡La isla de Átropos! Su regazo, la caldera volcánica, y la cueva, efectivamente, sabía dónde situarla... La notaba en lo más profundo. Tenía la impresión de que su cuerpo despertaba de un sueño profundo. Algo desconcertada, apartó los dedos.

También se dio cuenta de que su mente había estado hibernando. La noticia de la muerte de Owen había apagado su interés por la Antártida. No había publicado ningún informe ni redactado artículo alguno relacionados con aquel viaje que, por otro lado, se había guardado como secreto oficial. Los recuerdos volvían poco a poco a ella: las ballenas, el krill, el microscopio, los asquerosos recipientes Petri y los cultivos...

Se sujetó con fuerza los brazos. «Piensa en Owen —se dijo—. Piensa en sus fuertes manos, en su boca en tu cuello».

¡Las ballenas! La guerra había cortado por lo sano la investigación de la

naturaleza. Sus supervisores en la universidad eran condescendientes, pero se había interrumpido toda posibilidad de recogida de nuevas especies. Resultaba incluso imposible seguir el ritmo de los descubrimientos en biología. ¿Y qué ocurriría tras la inevitable derrota de los alemanes? Los científicos del país lo tendrían difícil. En los Estados Unidos de América, en cambio, la ciencia iba a experimentar un florecimiento. ¿Conseguiría ella rehacer su carrera? Aquella posibilidad la intrigaba.

Tomó conciencia de que se iba a ir a vivir con Owen. Había tomado ya la decisión. Estaba planificando el futuro, algo que llevaba mucho tiempo sin hacer.

Se apagaron las luces.

Sobresaltada, se incorporó en la bañera. Durante los ataques aéreos solían quedarse sin corriente. En efecto, surgió el lastimero lamento de la sirena que quitaba el sueño de noche a la dormida ciudad. ¡Maldición! A Greta nunca la había pillado en la cama, y quedó desorientada. Se levantó, chorreando. Oyó el batir de las puertas, los pasos de Arnold, de Ingrid y de Jürgen, las carreras hacia el sótano.

¡Qué cansada estaba para salir a toda prisa hacia el sótano! Pero aquél era el objetivo de los ataques. Agotar a los alemanes.

Puso un pie fuera de la bañera, resbaló y cayó al suelo. El agua se esparció por las baldosas. «¡Qué torpe eres, Greta!», pensó. Buscó una toalla a tientas. Le parecía cómico andar a gatas en la oscuridad. No cesaba el zumbido de la sirena.

Consiguió por fin ponerse de pie, con el cuerpo dolorido, y a ciegas llegó a la puerta. En su habitación reinaba también la penumbra. Con los brazos extendidos buscó la mesa, mientras se recriminaba su imprudencia. Su objetivo era encontrar la lámpara de aceite y las cerillas para poder vestirse.

De repente se abrió la puerta.

—¡Greta!

Era Jürgen. Con las prisas no había encontrado más que un pantalón y una camiseta sin mangas; sostenía una lámpara. Con gesto instintivo, Greta se cubrió como pudo el cuerpo con las manos. Los dos quedaron un instante paralizados por la sorpresa.

El llevaba años sin verla desnuda. La miró fijamente y no acertó a articular palabra alguna.

—¿Qué haces aquí? —consiguió decir por fin—. Deberías estar en el sótano.

—¿Y tú, no? —Jürgen cerró la puerta y entró en el dormitorio, animado por sus palabras—. Me he inquietado al ver que no bajabas. Se me ha ocurrido que tal vez las sirenas no te habían despertado. —Su voz era áspera. Su mirada recorría el cuerpo de Greta.

Ella se sentía incómoda. Se volvió, y con gesto brusco cogió el edredón, tirando la bolsa y la ropa al suelo. Lo utilizó para cubrirse y se plantó ante él, completamente rígida.

—Ésta es mi habitación. Tú nunca vienes.

Jürgen dejó la lámpara sobre la mesa, excitado, irritado por el gesto de ella.

—Ésta es nuestra habitación. ¿Acaso no recuerdas que estamos casados?

—Ésta es mi habitación. No tienes derecho a irrumpir en ella; sabes que es una decisión que tomamos los dos. No sabes cuánto me has asustado apareciendo así de repente. El bombardeo me ha pillado en el baño. Por poco me rompo una pierna.

Él la miraba con avidez, con tristeza. Greta volvió la cabeza. Aquella situación le resultaba incómoda. La hacía sentir culpable.

—Será mejor que vayamos al sótano. —Se acercó con paso vacilante a la cómoda y cogió un camisón—. No mires, por favor.

Curiosamente, Jürgen obedeció la orden. Ella soltó el edredón y apresuradamente se puso el camisón, mientras Jürgen iba mirando a un lado y otro, impaciente. Su mirada se centró en aquel montón de ropa que había caído al suelo. La duda se reflejó en sus ojos. Cuando Greta iba a salir, él le cogió el brazo.

—Un momento. —Le señaló la ropa y la bolsa—. ¿Qué es eso? ¿Adonde vas?

Ella miró el montón como si le sorprendiera verlo allí.

—A ninguna parte, estaba ordenando cosas.

—¿En plena noche?

—¡Me he quedado dormida, Jürgen! —Empezaba a oírse el balbuceante estampido de los cañones antiaéreos—. Vámonos, de prisa. —Intentó soltarse de él, pero Jürgen la sujetó con más fuerza.

—¿Encima tomando un baño de madrugada?

—¡Quería relajarme para dormir de nuevo! ¡Suéltame!

El la cogió por los hombros, atrayéndola hacia él.

—Pienso sujetarte siempre que me dé la gana. ¡Soy tu marido, maldita sea!

—¡Jürgen! —Intentó girarse a pesar de la fuerza de sus manos. No soportaba aquella proximidad, sobre todo aquella noche—. ¡Si no me sueltas no podremos bajar al sótano y moriremos los dos!

El se inclinó para besarla, con gesto brusco, irritado, pero Greta volvió la cabeza.

—¡Basta ya! —consiguió soltar un brazo y le pegó un bofetón que le dejó la palma dolorida—. ¡Contrólate!

Durante una fracción de segundo, él pareció conmocionado. Luego arremetió de nuevo. Greta cayó de espaldas contra la cama.

Quedaron mirándose de hito en hito, jadeando. Se oía el sordo ruido de las bombas que caían en alguna parte. Por fin Jürgen asintió adoptando un aire despectivo.

—Perfecto. Ya bajarás sola. Puedes vivir sola, ¡frígida! ¡La reina témpano! —Cogió la lámpara, se fue hacia la puerta y una vez allí se detuvo para mirarla otra vez diciendo—: No sé si sabes, Greta, que yo te lo he dado todo. Y que no he conseguido

nada a cambio.

—No —respondió ella sin reflexionarlo—. Yo lo he perdido todo.

—¡Zorra! —Cogió el pomo dispuesto a salir. Volvió a detenerse, vaciló un instante y atacó de nuevo—: ¿Qué has dicho? Greta permaneció en silencio.

—¿Qué significa eso de que lo has perdido todo? ¿Cuándo? ¿A qué te refieres?

—Por favor, vete, Jürgen.

La sospecha le atormentaba. Levantó la lámpara para verla bien.

—¿Qué es eso?

A Greta se le aceleró el corazón.

—¿El qué?

—Eso. Lo que llevas en el cuello.

Entró de nuevo en el dormitorio, directo hacia la cama.

Ella se llevó la mano al cuello sin ni siquiera reflexionar. Había olvidado que llevaba el colgante.

—Una joya que no tiene importancia. —La sujetó fuerte, como para protegerla—. A ti no te importa.

La mano de Jürgen se cerró sobre la de ella y sus fornidos dedos intentaron abrir el puño. Consiguió asir el colgante, pegó un tirón y la cadena cedió. Sostuvo el pingüino. La dorada figura relucía en la penumbra.

Ella la miraba, atónita.

—Un pingüino. —Jürgen dijo aquello sin más, pensando—. Recuerdos de la Antártida. Una extraña elección teniendo en cuenta nuestra historia. No recuerdo habértelo regalado.

Greta se había ruborizado; notaba un cosquilleo en todo el cuerpo. Contaba con que él no lo notaría a la luz de la lámpara.

—Lo compré yo. Hace dos años, por Navidad, cuando fuimos a Baviera.

—¿Ah, sí? —lo abrió—. «Esperanza» —leyó—. No está mal para los tiempos que corren. —Dio la vuelta a la joya y la piedra cayó en su mano—. ¡Encima alguien dejó un pedrusco dentro! ¡Vaya descuido! —Lo tiró al suelo y desapareció en la oscuridad mientras él observaba los parpadeantes ojos de Greta—. Pues no recuerdo el detalle. Es curioso, porque lo recuerdo todo.

El estrépito de las bombas iba en aumento. Ella cerró los ojos.

—Por favor, Jürgen, vamos al sótano y estaremos a salvo.

—La joya ésa tal vez no me habría llamado la atención de no haberme enterado de que hoy has tenido una visita. Un misterioso anciano. De que has cogido el abrigo, has desaparecido apresuradamente y no has vuelto hasta tarde. ¿Qué ha ocurrido, Greta?

—Creo que te equivocas.

—Según Ingrid, no creo. —Sonrió levemente—. Ella sabe que conmigo no hay

secretos. —Ingrid es una chismosa que todo lo exagera. Jürgen soltó una carcajada.

—Creo que a eso se le llama decir la verdad, querida.

—¡Si se dedica a hablar a mis espaldas, la despediré!

—Cuando uno no tiene poder, Greta, todo el mundo le traiciona. Todo el mundo.

—Colocó el pingüino frente a sus ojos—. Una visita misteriosa, una chuchería nueva, el revuelo de la ropa... ¿Qué ocurre aquí, queridísima esposa mía?

Otra bomba, ésta ya más cerca. La ventana vibró.

—¿Cómo te atreves a inmiscuirte en mis asuntos privados?

—¿Cómo te atreves a ocultarme las cosas?

Hizo balancear de nuevo el pingüino mientras la observaba con detenimiento. Greta estaba como hipnotizada, luchando por reflexionar. No quería traicionar a Owen.

—Es un regalo... de mi padre —exclamó por fin—. Hoy ha venido a verme. Una visita rápida, pues estaba de paso.

Estaba convencida de que Ingrid le había descrito a la persona que Jürgen asociaría con Kohl.

—¡Ah! —Impulsó el pingüino hacia arriba, lo sujetó luego con el puño y la miró, impertérrito—. ¿Otto en Berlín? ¡Vaya sorpresa! Creí que había desaparecido en Francia.

—Ha llegado de improviso. Me ha sorprendido mucho la visita. Me ha traído ese colgante. Dijo haberlo comprado en... París. Al parecer, al verlo se acordó de mí, de la expedición. Le preocupan los bombardeos y me ha invitado a... acompañarle en un viaje. Un viaje de negocios. Pensaba comentártelo durante el desayuno.

El rostro de Drexler seguía impasible.

—Vaya...

—No es ningún secreto, Jürgen...

—Ingrid no lo ha visto así.

—Ya sabes qué conclusiones saca ella...

—¡Cállate! —saltó él—. ¿Y pensabas volver de ese viaje?

Ella no apartó la mirada de su rostro, intentando armarse de valor. Ya no podía echarse atrás. Había llegado el momento de la verdad, de decírsela a él y de admitirla ella misma.

—No. Te dejo, Jürgen.

Intentó que la voz no le fallara, pero no lo consiguió. «Sigue creyendo que Owen murió», dijo para sus adentros.

—De modo que... —El semblante de Jürgen reflejaba la pena que había marcado su relación en la Antártida—. Me dejas. Precisamente ahora, cuando Alemania se encuentra sumida en esta crisis.

—Ya no te quiero. —Le salió como un susurro, pero de pronto se dio cuenta de

que estaba diciendo la verdad—. Nunca he conseguido amarte como debería hacerlo una esposa y deseo salir del peligro de las bombas. Nada en nuestro matrimonio consigue retenerme aquí. Papá lo sabe. Lo ha sabido desde el primer momento.

La aflicción de Drexler se reflejaba en todo su cuerpo, como si el dolor fuera físico.

—¿Cuándo? ¿Cuándo te vas?

—Mañana, creo.

—¡Santo cielo! ¿Cuánto tiempo llevas planificándolo?

—No es algo que haya planificado. Ha sucedido... sin más. Lo siento, Jürgen. Tú también deberías abandonar Berlín. Aunque no conmigo.

—Yo no puedo abandonar el Reich. —Su tono aún traducía el asombro—. Jamás abandonaré el Reich. Lo sabes perfectamente.

Greta asintió.

—Es cierto. Pero yo no le entregaré mi vida. A partir de ahora se acabó. Quiero vivir de nuevo, Jürgen. Quiero volver a ser yo misma. Los dos pensamos en una ocasión que podríamos cambiar al otro y fallamos.

Él seguía mirando aquella estancia como si buscara en ella alguna pista.

—Pero yo sigo queriéndote. —El tono era lastimero. Cayó otra bomba. Cada vez estaban más cerca.

—Lo siento, Jürgen. Vámonos al sótano, por favor. Si los cristales se rompen, nos haremos daño.

Él movió la cabeza, pero no el cuerpo.

—¿Por eso ha venido Otto a hurtadillas? ¿Para llevarte con él?

Greta encogió los hombros.

Él pensaba en voz alta:

—¿Un cobarde como Otto Kohl se arriesgaría a volver a Berlín? ¿Vendría a buscar a una hija que tuvo siempre abandonada? Lo dudo. ¿Tal vez ha venido a recoger un dinero obtenido con malas artes? ¿Especulando en plena guerra? Eso ya tiene más lógica...

—Jürgen, las bombas... —Se produjo otra explosión, aún más cerca, y los cristales temblaron de nuevo.

—¿Y cómo ha conseguido llegar hasta aquí?

—No lo sé. Por favor, Jürgen...

—¡Con un regalito, encima! —Miró otra vez el pingüino, desconcertado. Se lo metió en el bolsillo—. Vamos a ver, ¿me lo habrías contado, de no haber surgido el enfrentamiento? No lo creo. ¿Me habrías dejado una nota? Me parece que no.

Greta bajó la vista.

—No sé si sabes que podía haberte seguido.

—Por favor, Jürgen. Es algo muy difícil. No quiero hacerte daño. Déjame

marchar.

—¡Ah, claro! ¡Despedir así como así seis años de matrimonio! ¡Zas! Es graciosa la reunión que habrás tenido con tu padre, y a mí me habéis dejado fuera, queda claro, ¿no? Resulta que aparece Otto Kohl como caído del cielo. ¡Qué extraño! Creo que lo que vamos a hacer es invitarle a cenar mañana por la noche. Me ha despertado la curiosidad. Y entonces podemos hablar del futuro, ¿no te parece?

Greta asintió. Sabía que ya se habría marchado.

—¿Y me dejarás ir?

Estalló otra bomba y él siguió:

—Jamás ha deseado a una mujer que no me quiera. —Su tono traducía la tensión—. ¡Vamos! Bajemos al sótano.

A la mañana siguiente Greta encontró a un desconocido en su cocina. Llevaba el uniforme negro de las SS y leía el periódico como si estuviera en su casa. Se había sentado en una silla al lado de la puerta de atrás.

—¿A qué viene esto? —preguntó Greta.

El policía no respondió. Ingrid hacía como que estaba absorta limpiando una tetera y miró hacia aquel hombre como si no se hubiera enterado de su presencia.

—Su marido le ha llamado para que cuide de su seguridad —dijo, evitando mirarle a los ojos.

—No necesito un agente para mí.

—Herr Drexler opina que sí.

Dicho eso, la doncella la miró con aire de suficiencia, como si hubiera estado esperando responder a aquella pregunta. Greta sintió deseos de estrangularla.

—¿En serio? ¿Y dónde está ahora herr Drexler?

—Ha salido.

—Pues yo también voy a salir.

Se dirigió hacia el vestíbulo a buscar el abrigo. Allí encontró a otro miembro de las SS sentado junto a la puerta. La observó con aire impasible, sin decir nada, mientras se ponía e abrigo. Cuando se disponía a salir se le puso delante con gesto educado.

—Lo siento, frau Drexler. Su marido opina que no es conveniente que salga usted hoy. Nos han llamado para que no ocupemos de su protección en esta casa.

—Tonterías. Tengo una cita. Apártese.

—Lo siento, frau Drexler.

Greta vaciló un instante.

—¿Estoy presa en mi propia casa?

—Lo siento, frau Drexler. ¿Me permite su abrigo?

Se quedó allí plantada, atemorizada e irritada. Había pasado una noche horrible y

estaba cansada. Durante el ataque aéreo, Jürgen no había vuelto a dirigirle la palabra, pero parecía estar cavilando. Una vez acabado éste, en lugar de irse a la cama se había metido en el despacho y había cogido el teléfono utilizando las líneas no afectadas por el bombardeo. Ella estaba enojada porque se había quedado con el colgante, pero pensó que si iniciaba una disputa, podía traicionar a Owen. Por ello se retiró a su habitación, donde no consiguió conciliar el sueño, pues le preocupaba adivinar qué información podía tener él. El teléfono de la casa había sonado a primera hora de la mañana y lo había cogido el propio Jürgen. Ahora estaba fuera.

Si no acudía a la cita de las doce, su padre y Owen podían venir allí...

¿Jürgen podía proporcionarle tanta desventura? Devolvió el abrigo al centinela.

—Si es así...

Se retiró hacia el comedor y desayunó sola. ¿Qué sabía exactamente Jürgen? ¿Qué haría Jürgen? Se fue al despacho a mirar el lugar donde escondían los marcos del Reich y las monedas de oro para un caso de emergencia. Por supuesto, habían desaparecido.

Hubiera sido mejor adelantársele.

—Si estoy en calidad de presa en mi propia casa —dijo en voz alta en la cocina—, me voy a dormir la siesta. Esta noche apenas he dormido. —Ingrid y Arnold evitaron su desafiante mirada. Sabían que sucedía algo muy grave—. Ustedes dos —dijo, señalándoles—, mejor será que se dediquen a quitar el polvo y limpiar, para variar. Esta noche viene mi padre. —Arnold le dirigió una agria mirada—. A mediodía bajaré a comprobar lo que han hecho.

Recogió las cosas a toda prisa, completamente decidida, sin vacilar un solo instante. Ropa interior, un pantalón, un jersey. Llevaba el vestido de lana y las botas del día anterior, así como el collar de perlas. Tal vez podría empeñarlo cuando necesitaran dinero. Encontró el guijarro en la moqueta del dormitorio, lo envolvió con una cinta y se lo metió en el sostén. «Esperanza», murmuró para sus adentros, tocando el bulto.

Echó una ojeada a su dormitorio sin sentir nostalgia. Para ella había sido una celda, y no sólo desde aquella mañana. Se colgó la bolsa al hombro, salió de la habitación y cerró la puerta con llave. Subió luego a la tercera planta, donde vivía el servicio, y se dirigió a la trampilla del desván. La abrió e hizo descender la escalera de madera. «Adiós, Jürgen», dijo en un susurro. Subió los peldaños y cerró de nuevo la trampilla.

El desván estaba a oscuras, a excepción de las rendijas de luz que penetraban a través de las redondas ventanas de buhardilla incrustadas en el tejado de pizarra. A diferencia del resto de la casa, no tenían protección contra el bombardeo, pues allí no había luz eléctrica. Las tablas del suelo tenían un dedo de polvo, con el que se mezclaban los excrementos de ratón. Greta había visto subir al desván a algún obrero

para llevar a cabo reparaciones en el tejado.

Se acercó a las diminutas ventanas. Vio que la de delante estaba cerrada herméticamente, pero que la de atrás tenía un pestillo. Lo abrió y empujó. El batiente no cedía. Golpeó con más fuerza. ¿Le haría falta alguna herramienta? La ignorancia le hizo sentirse estúpida: ¿y si algún día hubiera tenido que salir por allí a causa del fuego? Reflexionó un momento, y con la bolsa colgada del hombro cogió impulso hacia la ventana. Se abrió de golpe.

Esperó un momento. No oyó nada abajo.

Miró hacia afuera. Las nubes se estaban disipando y el aire era muy frío. Las planchas de pizarra parecían empinadas y resbaladizas. Se encontraba en la parte trasera de la mansión, y a partir del canalón de plomo surgía una tremenda pendiente hasta el pequeño jardín trasero. Asomó medio cuerpo y miró hacia arriba. Tenía la arista del tejado a más de un metro y medio, y a partir de ahí, se podía pasar al tejado más plano de la casa de los Hauptsted, al lado.

Oía el leve sonido del teléfono. ¿Sería para ella la llamada?

Realmente no tenía otra alternativa.

Apoyándose con los brazos saltó hacia afuera, quedando ligeramente en suspenso en el alféizar, frente al tejado. Se inclinó contra la pizarra sin mirar hacia abajo y trepó como pudo hasta el techo de la buhardilla. Poco a poco estiró los brazos, haciendo deslizar las manos por las planchas del tejado principal, notando el guijarro entre su pecho y la resbaladiza pizarra. No estaba tan lejos. Empujó con las plantas de los pies, notando que empezaba a perder contacto con el suelo al extender más y más el cuerpo. Por fin agarró con los dedos el caballete. ¡Perfecto! Un esfuerzo más utilizando las rodillas y el torso y consiguió colocar la pierna sobre el caballete. Se situó sobre él a horcajadas y suspiró profundamente.

Miró hacia la calle. Las ramas de los árboles formaban una red de encaje. Un obrero municipal estaba serrando una de ellas; la oscura gorra parecía un platito. Greta pensó que el hombre iba a vender la leña en el mercado negro.

Anduvo por el caballete hasta llegar al tejado de los Hauptsted, desde donde contaba con pasar a la mansarda. Le quedaban cuatro tejados por cubrir hasta llegar al extremo, dos de ellos con un caballete como el suyo. Los fue pasando uno tras otro, avanzando con la máxima rapidez, recordando el ascenso en la gruta. Al final del bloque vio una escalera de hierro que acababa en un balcón, más abajo. Esperó a no ver ningún vehículo en la calle, se dejó caer, saltó luego al balcón y cayó finalmente contra las piedrecitas del suelo, torciéndose un poco el tobillo. Miró a uno y otro lado. No vio a nadie que mirara a través de las cortinas de las casas de los alrededores. Al llegar a la esquina se volvió otra vez. La única persona que divisó fue al ladrón de leña de su calle. De haber tenido tiempo, se habría enfrentado con él. Pero en lugar de ello, aspiró una inmensa bocanada de aire. ¡Libertad! Cojeando un

poco, se dirigió hacia la plaza donde estaba la estatua de Federico. Se volvió una sola vez para echar una última ojeada a su casa.

Sonrió pensando en que los centinelas de las SS seguían bloqueando las salidas de su casa con aire arrogante.

Mientras se alejaba, el hombre que estaba serrando el árbol se incorporó para observarla detenidamente, soltó la sierra, saltó al suelo, corrió hacia la puerta principal de su casa y llamó con los nudillos. La puerta se abrió y por ella asomó un centinela de las SS.

—Informe al coronel Drexler de que acaba de salir —dijo—. Gunther le seguirá la pista por la avenida. El hombre asintió.

—Ya han detenido a su suegro y han encontrado un avión con distintivos estadounidenses. ¡Qué curioso, de lo que puede enterarse uno sobre la propia familia!, ¿verdad? Kohl empezará a cantar ahora mismo.

El agente de las SS se quitó la gorra, la chaqueta y el pantalón ancho con los que ocultaba su uniforme.

—¡Qué tonta es!

—Es incapaz de apreciar la suerte que ha tenido al casarse con un poderoso Standartenführer.

—En efecto. Además, estando casada con el coronel Drexler, tenía que saber eme nadie escapa al Reich.

CAPÍTULO 25

Greta fue la primera en llegar frente a la estatua y se acurrucó en un banco de la Bebelplatz. Controlaba a las personas que pasaban por allí y le pareció que nadie se fijaba en ella. Miró los edificios medio derrumbados y elevó la vista hacia el cielo, que parecía augurarle la libertad. El humo provocado por el ataque de la noche anterior planeaba en el horizonte, si bien por detrás de él asomaba algún rayo de luz. Un sol de otoño, bajo, como el de la Antártida. Hacia el mediodía reinaba el silencio. Los pájaros habían desaparecido de las plazas de Berlín, como lo habían hecho los coches y los tranvías de sus calles. Habían huido, lo mismo que pretendía hacer ella. Sonrió un instante recordando cómo había sido antes el mundo. Sin embargo, le resultaba difícil relajarse. Un policía parecía avanzar sin rumbo fijo por unos escalones descascarillados. «Apresúrate», murmuró ella.

Entonces apareció Owen, tal como había prometido, cruzando la plaza con sus andares seguros, capaces de levantar las sospechas de cualquiera. ¡Qué intrépido era su porte! Greta pensó que tendría que aconsejarle cautela. Pero por otra parte el corazón se le derretía al ver aquella actitud tan natural. Así de libre se sentiría ella cuando llegaran a donde iban; al menos eso esperaba. Tenía un aspecto poco aseado, sin afeitar, aunque radiante por verla allí, consciente de que la bolsa que llevaba al hombro indicaba que había tomado una decisión. Greta se levantó de un salto y corrió hacia él con las mejillas enrojecidas por el frío. Se besaron rápidamente; Greta echó una ojeada a su alrededor con gesto instintivo.

Hart rió ante aquella reacción.

—La mirada alemana, así la llamaba Fritz.

—Si hubieras vivido aquí, Owen, tú también habrías aprendido a volver la vista. Es un hábito que resulta imprescindible. —Dudó un poco; se sentía violenta—. Además, el peligro es real. Le he dicho a Jürgen que me iba con mi padre. Ha mandado unos soldados a casa para que vigilaran las salidas y he tenido que escapar a través de los tejados.

—¡Virgen santísima! ¿Te han seguido?

—Creo que no. Pero nunca se sabe.

Hart miró hacia la plaza, inquieto.

—Tienes razón. Estoy aprendiendo lo que es la mirada alemana. —De pronto se le ocurrió algo—. ¿Dónde está Otto? Anoche le vi y me prometió estar aquí. ¿Crees

que Jürgen habrá ordenado su detención?

—Todo es posible —admitió ella frunciendo el ceño—. ¿Y si no aparece?

—Tendremos que marcharnos sin él.

Iba mirando a todos los que pasaban, buscando a Kohl.

—No quisiera dejar a mi padre en esta ciudad. Sobre todo ahora que el enemigo se acerca. Y con mi marido por aquí.

—¿Sabe Jürgen dónde tiene Otto la propiedad?

—No lo sé. Nunca hemos estado allí. Creo que deberíamos ir hacia el avión.

Hart reflexionó un momento.

—Confío en tu instinto...

Un plañidero lamento cortó la frase. Los transeúntes se pararon en seco, miraron hacia el cielo y echaron a correr. Otro ataque aéreo.

—¡Maldición! —exclamó Hart—. ¡Bombardeo!

Desde allí no se veía nada. Los bombarderos estadounidenses volaban a mucha altura.

—Tendríamos que buscar un refugio, Owen. No sacaremos nada exponiéndonos al ataque. Puede que mi padre nos espere allí.

Hart agitó la cabeza sorprendido.

—Ahora sí que puedo afirmar que me han bombardeado los dos bandos.

Cerca de allí estaba la estación del metro de Friedrichstrasse. Se unieron a una riada humana que bajaba la escalera, lamentándose en la especie de Torre de Babel lingüística que había reunido allí el imperio nazi. La ciudad estaba llena de trabajadores eslavos, de prostitutas, colaboradores y oportunistas: eslavos con chaquetas acolchadas, daneses rubios, francesas elegantemente vestidas, morenos y enjutos italianos de aspecto gélido y miserable a causa de la maléfica alianza de su país con Alemania. Pese a la diversidad, lo que dominaba era el aire gris y cansino. La estación estaba sumida en la penumbra, atestada de gente, y en ella se respiraba el sudor del miedo. Las sirenas seguían zumbando.

Hart llevó a Greta a un rincón del andén, donde se sentaron sobre el cemento, abrazados.

—¿Dura mucho esto?

Ella encogió los hombros.

—Una hora. A veces más. Te vas acostumbrando a ello. El tiempo pierde su sentido.

—Ojalá viniera tu padre.

Siguió abrazado a ella en silencio, acariciándole el pelo. Greta cerró los ojos y se apoyó en él. Oyeron a lo lejos el estrépito de los cañones antiaéreos y poco después el martilleo de las bombas. Las luces del túnel parpadearon. Algunos gemían; un bebé empezó a llorar. El susurro apaciguador de la madre resonaba en el recinto. El bebé

seguía berreando.

Las bombas se oyeron más cerca, como el paso de un gigante; el refugio se estremeció. El techo soltó una nube de polvillo. Estalló una bombilla y la penumbra se intensificó.

Greta abrió los ojos para mirar a Hart. Los dos estaban radiantes.

—En casi seis años nunca había sido tan feliz —murmuró ella.

Una bomba cayó cerca de allí y algunas mujeres empezaron a chillar. Greta acarició el rostro de Hart y le besó de nuevo; esta vez fue un beso largo y profundo. Un beso que demostraba el ansia. Él hizo lo mismo, con más avidez que nunca, deseando con todas sus fuerzas poder estar a solas con ella.

Luego Greta se acurrucó en sus brazos.

—¡Qué sola me he sentido, Owen! ¡La soledad y el vacío! Mi marido nunca me ha ofrecido amistad. Él la abrazó con más fuerza.

—¿Ha sido cruel contigo? Ella suspiró.

—No. Me pegó en una ocasión, al principio, cuando se sentía frustrado, pero aquello le hizo sentirse muy mal. A partir de entonces me ha tratado como si fuera un objeto de porcelana. Nunca hemos conseguido encontrar el tono adecuado para relacionarnos, y creo que ha sido por culpa mía, pues en mi aflicción después de lo de la Antártida le permití solucionar mi futuro sin prestar atención a qué futuro podía ofrecerme. Él sabía que había triunfado sobre mí, que se había apoderado de mí en la medida en que le había sido posible. A parecer decidió que con aquello tenía suficiente.

—¡Por todos los santos! ¿Por qué se casó contigo?

—No lo sé. —Cerró los ojos—. Me deseaba. Creía que yo podía proporcionarle lo que necesitaba, aunque ni él ni yo supimos nunca qué era. Pero él no soporta perder. Tiene algún problema, una profunda inseguridad. En cuanto accedí a casarme con él, pareció saciado: como si para él el matrimonio no fuera un comienzo, sino el fin. La relación en sí carecía de importancia para él.

—¡Es increíble!

Permanecieron un rato en silencio.

—¿Le pediste alguna vez el divorcio?

—Le pregunté si era eso lo que deseaba. Me respondió que el destino nos había unido y que el futuro desvelaría nuestro objetivo respecto a Alemania. ¡Siempre Alemania!

—¿Y tú qué hacías durante todo el día?

—Seguí con la investigación oceánica, pero se fue haciendo cada vez más difícil. La guerra se tragó la biología y mis colegas me hacían sentirme muy incómoda: el Reich quiere a las mujeres en casa. Así que tuve que hacer un esfuerzo para adaptarme a la vida del hogar: relacionarme con otras esposas frívolas, leer, pensar en

ti. Esperar que la vida decidiera por mí.

Hart se entristeció.

—¡Cuánto siento no haber podido volver! Se desencadenó la tormenta, buscamos refugio en la cueva y parte de ésta se derrumbó. Algo desencadenó un temblor de tierra. Fritz murió en él y cuando yo conseguí salir de la isla ya no encontré a nadie. El Schwabenland había zarpado y no se veía rastro de él. Ni del Bergen, por cierto.

—Jürgen mandó que lo volaran.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Para dejar ver que los alemanes habían sido los primeros en pisar la isla. Para modificar la historia. —Reflexionó un momento—. Oímos el estrépito de la explosión fuera ya de la laguna. ¿Tan potente sería que derrumbó la cueva?

Hart pareció sorprendido.

—Jamás se me ocurrió. Puede que eso lo explique todo. —Agitó la cabeza—. ¿Sabes que Fritz me aconsejó que volviera a por ti? Me dijo que no abandonara.

Ella tragó saliva.

—Es curioso cómo se han entrecruzado nuestras vidas. A veces me pregunto por qué Dios nos juntó a los tres. ¡Cuánto dolor, cuánto tiempo perdido! No me extraña que no encontraras el Schwabenland. ¿Sabías que tomamos rumbo hacia el este en lugar de hacia el norte?

—¿Para seguir explorando a pesar de tener el casco deteriorado?

—Precisamente por ello. El capitán Heiden dijo que prefería seguir la corriente mientras se iba reparando el casco. Un día después viramos hacia el norte. Ya se podía controlar la filtración, y no paramos hasta que llegamos a Alemania.

—¿Crees que Jürgen...?

—¿Decidió el rumbo para que no nos encontraras? No lo sé. Tal vez de forma inconsciente. Durante aquellos días creo que todos poníamos la práctica por delante de la reflexión, que en lugar de actuar, reaccionábamos.

—¡Dios, qué embrollo! —Permaneció un rato sin hablar, recordando cada uno de los acontecimientos—. ¿Le echarás de menos?

Ella se apoyó en la pared de azulejos del andén.

—Pensaré en él. No podré evitarlo. Y pese a que para mí será un alivio huir de su fanatismo, no puedo por menos que respetar su compromiso. ¡Qué pocas personas siguen fieles!

—Echa un vistazo al terror que reina ahí afuera. Se ha comprometido con una causa errónea.

Ella cerró los ojos.

—Lo sé. Pero también se comprometió conmigo. —Lo siento.

—No debes sentir lo que ni tú ni yo podemos evitar.

Hart la besó, deseando fervientemente estar a solas con ella, imaginándola

alrededor de su cuerpo. Las bombas explotaban aquí y allá, haciendo estremecer el refugio.

De pronto Hart se dio cuenta de que se había producido un altercado entre la multitud, de que una serie de gente se quejaba. Se incorporó para echar un vistazo. Un grupo de hombres intentaba avanzar por el abarrotado andén, pisando gente, tropezando contra las personas que iban chillando, irritadas.

—¡A sentarse, a sentarse! —gritaban algunos de los que se encontraban allí.

Uno de los que andaban, vestido con una guerrera, mostró una placa de identificación, y los que se quejaban se callaron en el acto. Los ojos de los intrusos escrutaban entre la multitud como si llevaran un radar. Uno de ellos señaló a la pareja con dedo acusador.

—La policía —dijo Hart en voz baja levantándose—. Probablemente la Gestapo. —Echó un vistazo a la estación—. Puede que el bombardeo nos ayude a huir si conseguimos llegar a la superficie. ¿Nos arriesgamos?

—Por supuesto. No quiero quedar atrapada aquí abajo.

Hart la cogió de la mano y se dirigieron hacia la salida sur de la estación, la opuesta a la que habían utilizado aquellos hombres para entrar. Era como avanzar en aguas profundas. Alguien agarró a Greta por el tobillo y ella se volvió y pisó con el otro pie la mano, tras lo cual se oyó un aullido de dolor. Los dos siguieron adelante.

—Creo que les hemos burlado —dijo Hart mirando hacia atrás.

Estaban llegando a la salida cuando oyeron un claqueteo en la embaldosada escalera y vieron una riada de botas negras que descendían por ésta como pistones de un émbolo. Un destacamento de las SS les cortaba el paso. Entre los uniformes, una persona vestida de paisano.

—¡Maldita sea! —exclamó Hart—. Es tu padre.

Kohl estaba pálido. Cuando los soldados llegaron al andén, le empujaron hacia la pareja; Hart y Greta vieron que tenía el rostro amoratado y la americana rota. Un agente de las SS señaló con el dedo y Otto movió la cabeza, asintiendo abatido.

—Lo siento, Greta.

Hart giró sobre sus talones. Otros policías avanzaban desde la dirección contraria; la multitud abría paso a las fuerzas del orden como el Mar Rojo de la Biblia abrió sus aguas. Greta tiró de Owen.

—¡El túnel! Los trenes no circulan sin fluido eléctrico. Si conseguimos llegar a las vías podemos llegar corriendo a la próxima estación.

Los alemanes se iban desplegando para bloquearles el paso. Salían a la luz las pistolas, y alguien empezó a chillar. La muchedumbre se apretujaba de tal forma que uno tenía la sensación de encontrarse en arenas movedizas.

De pronto, Otto giró vertiginosamente como un derviche extendiendo un brazo. Soltó unos papeles que sujetaba entre los dedos y el gentío se puso frenético.

¡Había lanzado dinero! ¡Una parte de los marcos del Reich que había reunido!

—¡Corred! —gritó. El jefe de las SS le pegó un tremendo bofetón que le derribó—. ¡Corred!

La pareja salió embistiendo a todo el mundo hacia el extremo del andén. Por todas partes se veían billetes flotando, todo el mundo juraba y algunos pegaban enormes saltos para alcanzar el dinero. La policía se veía empujada hacia uno y otro lado como los barcos en una tormenta, mientras su jefe aullaba presa de la frustración.

El extremo del andén estaba totalmente a oscuras y ni siquiera se distinguían las vías.

—Contigo siempre topamos con la misma cueva —dijo Greta con ironía.

—Es porque lo pasé muy bien en la última.

—¡Alto!

Se oyó un estampido, y algo ardiente y veloz pasó rozándoles las cabezas y se incrustó en los azulejos del túnel. Se agacharon.

—¿Tienes un arma?

—Sí. —Hart miró hacia atrás—. En Francia.

Greta le cogió la mano y se sumergieron en la oscuridad. Tumbados en la carbonilla, oyeron un chillido y Greta levantó la pierna para pegar una patada. La rata del túnel se escabulló rápidamente. Un marco alemán volaba muy cerca de ellos.

Oyeron otro disparo y una nueva bala recorrió el túnel.

—¡Vamos, Greta!

—Espera.

Se agachó, recogió un puñado de carbonilla y la lanzó. No dio exactamente en el blanco, pero tuvo un efecto parecido al de atacar un nido de avispas. Se oyeron unos gritos y el inicio de una pelea. La muchedumbre se agitó aún más con los empujones. La policía había quedado acorralada y no conseguía avanzar; parecía que se hubieran quedado clavados en un tramo de viscoso asfalto.

—Lo has hecho igual que una niña —le dijo Hart—. ¡Perfecto!

Iniciaron la carrera ante las atónitas miradas de los berlineses, que no sabían cómo canalizar su turbación. Las bombas que seguían explotando lo confundían todo; no se distinguía ninguno de los gritos en la algarabía. El túnel era completamente negro. Greta pegó otra patada.

—¿Estás bien?

—Si no fuera por las malditas ratas... La guerra las ha engordado y envalentonado. No pares. —Tiró de su mano con la palma sudada.

Se respiraba el polvillo. En los paréntesis entre bomba y bomba se oían los apresurados pasos de las botas y los confusos gritos de quienes les perseguían. Extendiendo totalmente el brazo como en una jugada de fútbol americano, a ciegas,

pretendiendo no topar con un inesperado muro, Hart inició una carrera; Greta siguió su ritmo.

De pronto oyeron una serie de disparos de pistola y los dos se echaron al suelo. Una lluvia de balas resonaron a su alrededor.

—¡Basta ya, imbécil! —gritó alguien, y el eco repitió aquellas palabras—. ¡Disparas contra la policía que avanza desde el otro extremo!

—¿Estás herida? —preguntó Hart inquieto.

—No, asustada.

—Yo también.

Se pusieron de pie otra vez y siguieron con paso vacilante. El piloto buscaba una salida de emergencia, pero no veía nada. Poco a poco fue distinguiendo las luces de la siguiente estación, así como unas siluetas que bloqueaban las vías.

—¡Maldición! —La pareja de fugitivos seguía protegida por la oscuridad, pero estaba atrapada. Hart soltó un momento la mano de Greta para avanzar a tientas en la negrura—. Tenemos que encontrar otra salida —dijo desesperado, siguiendo con los dedos la pared del túnel—. Una puerta, una escalera.

Como respondiendo a su comentario, se oyó un rugido y la atmósfera del túnel les azotó de pronto, echándoles al suelo. Hart consiguió deslizarse por encima de Greta mientras les atacaba una ráfaga caliente, a la que siguió una lluvia de gravilla y polvo. El humo impedía la respiración, pero la oscuridad iba cediendo paso a una potente luz. El piloto parpadeó. Una bomba estadounidense había dado en el punto flaco, en el lugar donde el túnel conectaba con la estación siguiente; las siluetas que les esperaban desaparecieron, y su lugar fue ocupado por una avalancha de escombros. El talud daba a un cielo humeante.

—¡Vamos! —gritó Greta, empujando a Owen y arrodillándose—. ¡Podemos salir por aquí!

Los dos se encontraban envueltos en polvo, el elegante abrigo de ella hecho jirones, la hilera de perlas esparcida por las vías como lágrimas. Un hilillo de sangre descendía por la frente de Hart.

—¡Cuánto te quiero! —dijo casi sin aliento.

—Yo también te quiero.

Empezaron a trepar por el derruido túnel hacia la luz, cogidos de la mano. Al haber caído el techo, el estruendo del bombardeo se oía con más claridad: un martilleo arrítmico que parecía vibrar en sus huesos. Al salir, el piloto se fijó en que el cielo estaba salpicado de negras volutas procedentes del fuego antiaéreo. Se oía un inquietante tamborileo, mientras caía sobre la ciudad una lluvia de cascotes metálicos con la cadencia del granizo.

Treparon hasta afuera y comprobaron que el cráter abierto les separaba del refugio en el que habían estado a punto de ser atrapados. Tenían que echar a correr en

sentido contrario. El fuego había prendido en un edificio cercano y el humo que desprendía les servía de pantalla protectora.

—¡Mi tobillo! —se lamentó Greta.

Cojeaba. Hart la cogió del hombro y fueron avanzando como pudieron, sorteando un par de cadáveres tendidos entre los escombros. Entonces él decidió que ella no podía seguir su ritmo, la cogió en brazos e inició la carrera. Tenía muy poca visibilidad y le aterrorizaba pensar que tal vez lo que sacaría de su excursión a Berlín sería la muerte de Greta. ¿Estaba disminuyendo la cadencia de las explosiones? Salió de la cortina de humo...

Aminoró la marcha y de repente se detuvo.

—¡Maldita sea!

Jürgen Drexler salía con una pistola en la mano de la estación siguiente. Greta le vio, se agarró al cuello de Owen y escondió el rostro en su pecho.

Hart decidió cambiar de dirección, pero comprobó que unos miembros de las SS salían del cráter con el rubio pelo ennegrecido por el humo. Ellos también iban armados.

Todo había acabado.

Drexler se detuvo a unos diez metros; bajó la automática un instante para observar a Hart con aire incrédulo.

—Está usted vivo... —Parpadeó como si no diera crédito a sus ojos—. ¿Pero cómo? —Pasó un instante y añadió—: Ahora empiezo a comprenderlo, cuando menos una parte de la historia.

Hart soltó a Greta con cuidado. No quería que se hiciera daño.

—Por favor, Jürgen —le rogó ella apoyándose aún en Owen—. Déjanos marchar.

—Me has mentado, Greta. Me has mentado con lo del colgante. Y también con lo de marcharte.

—Tú me dijiste que Owen había muerto —replicó ella—, que había desaparecido su avión.

—Es cierto que creí que no había podido salvarse, de lo que me alegré en el fondo. Pero al parecer todo se ha vuelto en contra mía. ¿Cuánto tiempo hace que sabes que está vivo?

—Un día.

—¿Y tan rápido decidiste abandonarme? Greta le miró con tristeza.

—En realidad no te he tenido nunca, Jürgen. Ese es el problema. Tú nunca permites que nadie llegue a ti. Que nadie llegue al fondo... de tu capa protectora de esporas.

A Drexler le sorprendieron aquellas palabras y observó a Hart con más curiosidad.

—Sabías perfectamente cómo era yo —respondió él, pensando en realidad

muchas más cosas. El engranaje mental estaba en marcha. Miró a Hart de arriba abajo—. ¿Cómo consiguió sobrevivir a la enfermedad?

—El antibiótico funcionó —dijo Owen con un gesto de indiferencia—. Greta tenía razón. Debería haber tenido más fe, Jürgen. Nos hubiera ahorrado a todos mucho sufrimiento.

Jürgen asintió reflexivamente. Otra vez el cálculo.

—Puede que consiga aprender de mis errores. —Miró a Greta—. ¿De modo que aquel limo resultó efectivo?

—Está clarísimo —dijo Greta, impaciente ante aquella discusión. ¿Qué importancia tenía en aquellos momentos?

—Y aquel organismo... ¿podía haberse reproducido? ¿Fabricado?

Aquel empecinamiento parecía desconcertar a Greta.

—Jamás lo sabremos.

Hart miró a su alrededor. Había cesado el bombardeo y el sonido de las sirenas indicaba el final. Unos obreros echaban agua al edificio en llamas y los berlineses iban saliendo de las estaciones subterráneas.

—Fíjese en ese caos, Jürgen —dijo él—. Berlín se ha convertido en un osario. ¿Por qué no baja de una vez la pistola y se viene con nosotros? Le llevaré en mi avión. Todos podemos empezar de nuevo.

Drexler le miró atónito.

—¿Huir con los adúlteros?

—¡No somos adúlteros! —protestó Greta—. Tan sólo...

—¡Cállate! —gritó él—. ¡Cállate, cállate, cállate!

Greta tuvo la impresión de haber recibido un guantazo.

—¿Crees que soy idiota? —dijo intentando controlar el tono para que sus hombres no pudieran oírle—. ¿Acaso crees que no soy consciente de que se han cumplido tus sueños al comprobar que ese fantasma cobraba vida de nuevo? ¿Y yo he de irme contigo? ¿Abandonar mi país, mi carrera, permitir que este hombre me robe la esposa y darle la mano encima? —agitó la cabeza—. Escúchame bien, Greta. Tú me has traicionado. Me has traicionado. Tal vez no físicamente, pero sí mentalmente. Muchas, muchísimas veces. Por ello se acabó el papel de marido perfecto. ¡Se acabó! ¿Me entiendes? A partir de ahora mismo nuestra relación ha cambiado, nuestra relación queda marcada por las necesidades del Estado. Ahora los dos estáis en mi poder. En poder del Reich. Sólo os queda la salida, la única salida, de obedecer hasta la última orden que os dé yo.

Se hizo el silencio mientras Hart miraba a Greta como diciéndole: «Mantén la calma».

Drexler se acercó un poco más a la pareja.

—Y ahora... que las cosas ya están claras, tengo que hacerle una pregunta, Hart.

—¿Tan sólo una?

—Si no le había ocurrido nada —dijo el coronel de las SS con cara de pocos amigos—, ¿por qué no volvió con el avión al Schwabenland? ¿Por qué no salió de la isla?

—Me quedé encerrado en la maldita cueva. A causa del derrumbamiento que tal vez causó usted al volar el Bergen. Cuando conseguí salir, ya habían zarpado. Me fui con el avión y encontré a los noruegos.

Drexler le miró realmente sorprendido.

—¿Se encontraba en la cueva cuando se produjo la avalancha?

—Lo mismo que Fritz. El murió. Si usted es el responsable del hundimiento, usted le mató.

—Eso es absurdo. De entrada, yo no podía saber si había alguien en la cueva. No puede culparme de ello. ¿Y qué demonios hacía usted allí?

—Protegerme contra la tormenta.

—¡Alabado sea Dios! —exclamó Drexler moviendo la cabeza—. Las ironías de la vida. Y ahora la cueva se ha cerrado herméticamente y no nos permite acceder al maravilloso medicamento. ¡Qué lástima! —de pronto empuñó los ojos—. De todas formas hay un fallo en su historia, Hart. Usted está aquí, tras la avalancha. ¿Cómo salió de la cueva?

El piloto iba a responder, pero cambió de idea. Ahora era él quien debía hacer sus cálculos.

—Eso mismo. ¿Cómo salí, Jürgen?

Drexler observaba a la pareja intrigado. Iba llegando más policía. Con ellos, Otto Kohl, ensangrentado y con el rostro crispado. Su piel había adquirido un tono grisáceo.

—Aquí tenemos al hombre que traicionó a su hija —exclamó Drexler a modo de saludo. Su mirada se fijó en los agentes—. Estábamos discutiendo un asunto que concierne a la seguridad estatal —les dijo—. Déjenlo aquí un momento. Enseguida estoy con ustedes.

Los hombres retrocedieron, poco convencidos.

Kohl bajó la vista.

—Lo siento, Greta. Me obligaron a confesar el lugar de la cita. —Apenas se le entendía—. Fueron a mi propiedad y encontraron el avión.

—Tranquilo, papá. —Una lágrima se deslizó por su mejilla—. Fui yo quien le dijo a Jürgen que estabas en Berlín. Tú hiciste lo que pudiste en el refugio.

—Tirar el dinero. —Una irónica sonrisa—. Lo mío me costó.

—¡Qué conmovedor! —le interrumpió Drexler—. Precisamente estábamos discutiendo el destino de su familia, Otto. Al parecer, la cuestión radica en si debo colocarles a todos contra la pared, entregarles a la Gestapo o utilizarles para un buen

fin.

—Hará lo que le dé la gana. Todos estamos convencidos de ello.

—Exactamente. Por eso siempre me ha sido tan útil, Otto. Es un hombre que sabe captar la realidad.

—Y la realidad es que la guerra está perdida. Lo sabe todo el mundo. O sea que deténgame si quiere, pero déjelos marchar. Que alguien pueda salvar algo.

—Ahí es donde se equivoca, Otto. Estoy empezando a pensar que la victoria está aún al alcance de nuestra mano. Con su ayuda.

Otto le miró con suspicacia.

—¿A qué se refiere?

—Si no me equivoco, sigue estrechamente vinculado al Reichsmarschall Góring.

—El cargo indicaba que había ascendido en el escalafón militar.

—Nuestra relación formal ha quedado en suspenso...

—¿Y la informal?

Kohl se mordió el labio.

—No crea que no estoy al corriente de que mi suegro ha sido un proveedor clave en las compras realizadas por Góring en la Francia ocupada. Dos patriotas unidos por la ambición. Y justamente por eso, Otto, usted puede serme de utilidad. Usted me ayudará a ver al Reichsmarschall. Ahora mismo. Urgentemente. ¿Le escuchará a usted?

—Es posible.

—¿Me lleva adonde está?

—No sé si será posible. Recordará lo poco satisfecho que se sintió con nuestra expedición. Claro que ha pasado mucho tiempo. ¿Por qué tendría que recibirle ahora?

—Porque la expedición que tanto le decepcionó puede encerrar alguna promesa. La promesa de una coyuntura favorable en estos momentos de guerra.

Kohl parecía escéptico.

—¿Y qué saco yo ayudándole?

—Seguir vivo.

Kohl soltó una amarga carcajada.

—¿Vivo? ¿Aquí? ¿Para qué, para aprender ruso?

Drexler esbozó una leve sonrisa.

—Y una salida. Podrá marcharse, como era su deseo.

—Con mis ahorros, supongo.

—No, eso ya ha desaparecido. Sus propiedades son ya propiedad del Estado.

—¿Cómo? ¡El dinero era mío! Soy un hombre de negocios alemán honrado...

—¡Tonterías!

—Es el trabajo de toda una vida, Jürgen. ¡De toda mi vida! Eso no pienso cederlo. Prefiero que me peguen un tiro.

—¡Tal vez no pueda permitirse el lujo de que le peguen un tiro!

—¡Y usted tal vez no pueda permitirse el lujo de hablar con Hermann Góring!

Se miraron de hito en hito: Drexler, acalorado; Kohl, impasible. Por fin Jürgen hizo una mueca y exclamó:

—De acuerdo. Se le devolverá lo que amasó. Suponiendo que todo el mundo coopere, incluyendo en ello a su hija.

—¿Cooperar en qué?

—De eso vamos a hablar con Góring. —Levantó el tono para dirigirse a los soldados que tenía cerca—. ¡Johann! ¡Preparen una celda para cada uno de ellos! —dijo señalando a Owen y a Greta—. ¡Y usted, Abel! —el hombre se acercó a él y Drexler le dijo al oído—: Póngame en contacto con Maximilian Schmidt.

Hart le miró intrigado.

—¿Qué está tramando, Jürgen?

—¡Vaya con Owen! ¿Acaso no le dije en una ocasión que de la crisis surge una oportunidad?

CAPÍTULO 26

Karinhall parecía arrastrarse bajo un manto, escondiéndose del cielo. Tenía los tejados de color jengibre cubiertos por una inmensa red de camuflaje sujeta en unos abetos y en una especie de telaraña de cables que recordaba las jarcias de la carpa de un circo. Las fuerzas aéreas de Hermann Göring se habían ido desintegrando en mil remotas batallas, y el que en otra época fuera el señor de los aires tenía que aparentar que su castillo se había hundido, por temor a que lo localizaran los aviones aliados. Los vehículos militares habían destrozado el césped que rodeaba la gran mansión y los árboles proyectaban su sombra sobre un campo minado. Allí estaban los cañones antiaéreos, ocultos entre sacos de arena, apuntando hacia el cielo. Aquella humillación había conllevado la pérdida de la gran influencia ejercida por el Reichsmarschall en la Alemania nazi. En contadas ocasiones se convocaba al presunto sucesor de Hitler a las juntas de guerra.

Al ir empeorando la suerte de Alemania, la mente de Göring se había refugiado en la actividad de la adquisición mecánica de bienes materiales, que le resultaba tan absorbente como una droga. Así pues, no le iba a resultar difícil a uno de sus agentes mercantiles, a Otto Kohl, establecer contacto de nuevo con el Reichsmarschall. ¡Otto, recuperado del olvido! ¡La persona que le recordaba los emocionantes saqueos en Francia! Su agente aparecía una vez más en su propiedad al anochecer, cuando las luces de Karinhall quedaban ocultas tras las protecciones antiaéreas. Drexler y Schmidt viajaban en el asiento trasero de un coche oficial vestidos con el uniforme de las SS. Kohl lucía un traje recuperado de su casa de las afueras de Berlín; llevaba aún una venda en la frente que ocultaba la herida sufrida en el refugio. La promesa de que conseguiría por fin huir de Alemania quedaba algo empañada por el miedo a que Drexler pudiera traicionarle tras la visita a Göring. Luchaba desesperadamente por adivinar cuál era el juego de Jürgen, mientras hacía gala de una efusividad que estaba lejos de sentir.

—¡Aquí estamos de nuevo! —exclamó cuando el coche oficial se detuvo ante la entrada, flanqueada en esta ocasión por unos puestos de guardia con sacos terreros protegidos con ametralladoras—. Esto me evoca recuerdos de otros tiempos más felices.

Drexler contempló la inmensa mansión sumida en la penumbra.

—Evoca recuerdos de lo abajo que hemos caído, Otto —replicó. No tenía

ninguna intención de tranquilizar a su suegro—. Vivimos una época desesperada. Y usted va a tener que lucir sus encantos de manera desesperada: por el bien de su hija.

—De haber mandado yo, ahora mismo estaría sana y salva fuera de Alemania.

—De haber mandado usted, a mí me habría puesto los cuernos un piloto de tres al cuarto que viviría del botín que usted planeaba sacar con malas artes de Alemania.

Kohl se enfurruñó.

—¡Vaya humor para enfrentarse a una velada tan crucial!

—La vigilia del Götterdämmerung —saltó Schmidt para cortar la discusión—. El Crepúsculo de los Dioses. La hora de desenfundar la espada.

Kohl dirigió una mirada escéptica a su lúgubre acompañante.

—No sabía que lo suyo fueran las citas literarias, Max.

—Lo mío no es la literatura, Otto. —El médico apagó el cigarrillo antes de salir del coche—. Lo mío es la voluntad.

Los perros guardianes empezaron a ladrar ferozmente en cuanto aquellos hombres salieron del vehículo y los tres se quedaron clavados al pie de la escalera. Acto seguido, una brusca orden mandó callar a aquellos animales y un capitán de la Luftwaffe bajó a recibirles. Fueron escoltados hasta el oscuro vestíbulo de Karinhall, donde los centinelas los registraron con presteza en busca de armas. Nadie se disculpó. El atentado contra Hitler del verano anterior había intensificado las medidas de seguridad en toda Alemania.

—Por aquí, caballeros —les indicó el capitán de la Luftwaffe.

La larga mesa de banquetes estaba cubierta por unas sábanas blancas que indicaban que llevaba tiempo sin servir. Se habían retirado los cuadros y tapices de las paredes y habían dejado unas espectrales marcas en la pintura. Las obras de arte se encontraban junto a unas cajas de madera, listas para ser trasladadas a un lugar subterráneo seguro. Estaban horadando medio país.

La biblioteca había sufrido menos cambios; sus libros estaban igual de intactos que seis años antes. La chimenea estaba encendida, y frente a ella, de espaldas a los invitados, una silueta sentada en un sillón de alto respaldo.

—Sus invitados, Reichsmarschall.

Góring gesticuló con el brazo por encima del respaldo:

—Hágales pasar. —Parecía algo impaciente—. Adelante, caballeros. Déjense de cumplidos.

Se situaron delante de él. Góring llevaba una bata de seda y tenía una pierna apoyada en una otomana.

—¡Maldita gota! —Había envejecido, se notaban las arrugas y el tono más pálido en su rostro; tenía los ojos más hundidos y parecía haber perdido peso. Todo su cuerpo había encogido; ya no tenía el aspecto de dominar la sala, por no hablar ya del imperio. No obstante, la mirada del Reichsmarschall seguía reflejando el frío brillo

del cálculo. Observó a los visitantes esbozando una leve sonrisa, fijándose en los uniformes y en la carpeta que llevaba Drexler bajo el brazo—. Muy militar. —Señaló con la mano las tres butacas dispuestas en semicírculo ante la suya—. Tomen asiento, por favor. Recuerdos del 38, ¿verdad?

—Me honra que lo recuerde usted —dijo Drexler inclinando la cabeza.

—¡Ah, recordar! Recordar que tuvimos que dar carpetazo a todo el tema. Drexler dudó un momento.

—Y tal vez ahora sea el momento más adecuado para abordarlo de nuevo. Se sentaron.

—Me alegra verle tan bien, Reichsmarschall —tanteó Kohl.

—Efectivamente, y yo a usted, Otto. —Dedicó una picara sonrisa a su viejo amigo—. ¿Y qué es lo que me trae hoy?

—Me temo que sólo mi persona. Me escapé por los pelos de Francia. Es decir, mi persona y mis... amigos aquí presentes. Que le traen una interesante propuesta.

Góring soltó una especie de gruñido en señal de asentimiento.

—La verdad es que durante el tiempo que permaneció en Francia se las arregló muy bien. Ese champán —dijo, mostrándoles una botella— me lo mandó Otto. Un hombre de un gusto extraordinario. —Un sirviente se acercó a ellos y empezó a servirles. Todos probaron el champán—. ¿Están ustedes de acuerdo?

—Otto siempre ha sabido vivir bien —comentó Drexler—. Sabe escoger a sus amistades y cómo complacerlas.

—¡Por supuesto! Y hoy, en lugar de traerme pinturas impresionistas o reservas de Burdeos, viene con ustedes dos. Me acuerdo de la misión que planeamos a los confines del mundo. ¡Qué gran oportunidad tuvo usted! —dijo moviendo la cabeza—. Pensar que hemos perdido lo que nos prometía aquella época... Trágico, ¿verdad?

Sus acompañantes asintieron con cierta vacilación.

—Lo que más me deprime del curso de los acontecimientos es que yo en el fondo soy un constructor, y no un destructor. ¡Un constructor! ¡Cuántos sueños sobre la forma de construir nuestro nuevo mundo! Y ahora debo ocultarme bajo este maldito toldo y soportar insultos y quejas de personas torpes como Bormann, un gusano de búnker. ¡Incluso el Führer me pone en ridículo! Lo cierto es que no fui yo quien decidió apoderarse de todo el mundo en un abrir y cerrar de ojos. —Tomó otro sorbo.

—¿Sigue creyendo en la victoria, Reichsmarschall? —le preguntó por fin Drexler. Góring observó al oficial de las SS con sus oscuros y diminutos ojos.

—Evidentemente, coronel Drexler. Mi fe en el Führer y en su destino son inquebrantables. Las armas excepcionales, nuestros planes secretos. Es sólo cuestión de tiempo. No creo que al final Dios nos abandone, ¿verdad? —Era una afirmación mecánica.

—Puede que ya nos haya obsequiado con un milagro.

—¿De verdad? —Góring apuró la copa.

—En efecto. Y ésa es la razón que nos ha traído aquí, Reichsmarschall. Por eso hemos pedido a nuestro amigo Otto, mi suegro, que preparara la visita.

—¡Están emparentados!

—Sí. Estoy casado con la hija de Otto, con Greta, la mujer que fue con nosotros a la Antártida.

—¡Ah! ¡Ya me acuerdo de ella! Una muchacha encantadora. ¡Nunca me olvido de una mujer! —Soltó una carcajada, que interrumpió al constatar que nadie se unía a ella—. Nunca más supe de ella. Ya veo que usted se la adjudicó y la ha mantenido escondida. ¡Pues brindemos por un matrimonio feliz!

Drexler levantó la copa con una leve sonrisa.

—Brindemos.

Kohl observaba el fuego.

—¿Qué hay de su milagro?

Drexler se inclinó hacia adelante.

—Sospechamos que podemos haber encontrado, a partir de una increíble fuente, una posible clave para la victoria. Confieso que es una posibilidad muy remota, nada que pueda afirmarse con seguridad. De todas formas, una época desesperada exige un remedio desesperado, ¿no es cierto?

Góring le observaba con escepticismo.

—Yo diría que no, sobre todo si agota unos recursos valiosos.

—El recurso es un submarino —dijo Drexler—. Un submarino, y opino, es decir, opinamos, que nos puede llevar a la victoria en la guerra. O cuando menos, a imponer un armisticio favorable. Pero necesitamos su apoyo para llevarlo adelante, Reichsmarschall. Suponiendo que el éxito nos acompañe, usted se convertirá en el dirigente que salvó a Alemania. Góring se echó a reír.

—¿Piensa ganar la guerra con un barco? ¡Lástima que no se alistara en la Marina en el 39, pues habría ahorrado muchos problemas al almirante Dónitz!

Drexler sonrió.

—Necesitamos tan sólo un submarino para transporte. Para volver a la Antártida a buscar algo que posiblemente cambie nuestra suerte.

—¡Ah! Se refiere de nuevo a su microbio.

—En efecto, Reichsmarschall. Usted recuerda nuestro descubrimiento. Un arma tan potente, tan rápida y mortífera que obligará a nuestros enemigos a pedir la paz. Un arma que se multiplica con facilidad y fácil de distribuir en tiempos difíciles.

—Ya conocíamos esa arma en 1939 y no volvimos a por ella. Si mal no recuerdo, dijeron que era demasiado peligrosa para manipularla. Además, intervino la guerra.

—Correcto. Pero puede que las circunstancias hayan cambiado a nuestro favor. —Drexler se volvió hacia Schmidt—: ¿Podría explicarle con detalle al Reichsmarschall

lo que puede hacerse con el microbio, doctor?

El médico nazi se puso rígido ante la petición.

—En primer lugar, parece ser altamente contagioso y no requiere un tercer organismo, como una rata, una pulga o un mosquito, para la transmisión. Se desarrolla en los pulmones y se contagia por medio de la tos, los estornudos, incluso la respiración. En segundo lugar, en su estado latente es extraordinariamente estable. Se encierra en una capa o caparazón, que le permite resistir niveles extremos de temperatura, de humedad, e incluso alteraciones como la detonación de un cohete o una bomba. Su resistencia facilita el traslado. En tercer lugar, es capaz de matar con una rapidez insólita. A partir de las doce horas de haber contraído la infección, las personas quedan completamente incapacitadas. En un par de días muere prácticamente el ciento por ciento de la población expuesta. Se trata de algo mucho más mortífero que la peste bubónica, la pulmonía o el ántrax. En todos mis años de práctica médica jamás había visto algo igual.

Góring frunció los labios, reflexionando, y luego asintió lentamente.

—O sea que su intento de utilización sería algo así como abrir la caja de Pandora. Cuando uno juega con un brebaje de brujas que difunde una plaga, éste puede volverse contra ti. —Iba moviendo la cabeza mirando fijamente a Drexler—. Como aprendieron demasiado tarde sus soldados especiales.

Drexler levantó la mano.

—Tiene razón. Pero descubrí algo más en aquella isla, Reichsmarschall. Un organismo subterráneo que, en opinión de algunos miembros del equipo científico, podría neutralizar los efectos del microbio.

—¿Y hasta qué punto tiene esto importancia?

—Por el hecho de que al abrir la caja de Pandora poseemos ya inmunidad respecto a sus efectos, como hicieron los españoles con las enfermedades europeas que destruyeron los imperios de los aztecas y los incas.

—Claro —dijo Góring impaciente—. Pero si descubrieron un remedio, ¿por qué no lo trajeron?

—La expedición se encontraba en plena crisis. Los hombres morían, el barco estaba en peligro. No se había demostrado plenamente la efectividad del antibiótico en los seres humanos. Tras un vano intento de salvar al destacamento de las SS, durante el cual se agotaron las reservas de antibiótico de que disponíamos, se derrumbó la cueva en la que se había hallado la sustancia. Por razones de seguridad tuvimos también que destruir el microbio; con el limitado equipo de que disponíamos, no podíamos estar seguros de evitar el contagio. Pero ahora...

—¿Ha cambiado algo? —dijo Góring, harto de la poca claridad de Drexler. El coronel de las SS jugó su carta.

—Hace dos días llevamos a cabo una importante detención que nos abrió nuevas

perspectivas. ¿Se acuerda de Owen Hart, el piloto estadounidense? Estuvo aquí, en Karinhall.

—Recuerdo su nombre por los informes. Pero no su rostro.

—Hasta ahora habíamos creído que había sido una de las bajas de la expedición. Pero hemos descubierto que sobrevivió al microbio. Hace cuarenta y ocho horas efectuó un vuelo secreto a Berlín para establecer contacto con mi esposa. En cuanto lo arrestamos, confesó que había sobrevivido a la enfermedad tras ingerir el antibiótico. El es una prueba viviente de que el remedio existe.

Góring frunció el ceño mientras hacía girar con aire distraído uno de los anillos de su mano izquierda.

—¿Estableció contacto con su esposa?

—Efectivamente. Se trata de Greta, quien llevó a cabo la innovadora investigación en la Antártida. Al tal Hart, que en la actualidad es agente secreto estadounidense, al parecer se le confió la misión de secuestrar a Greta y obligarla a explotar el descubrimiento en contra nuestra. Afortunadamente, su lealtad respecto al Reich me permitió frustrar dicho plan.

Miró de soslayo a Kohl. El hombre de negocios alemán tragó saliva y asintió en un leve gesto de apoyo.

—Opino —siguió Drexler— que probablemente nos encontramos en una carrera armamentista biológica. Y la detención casual de Hart nos permite iniciar la partida. Si pudiéramos volver a la isla de Átropos, recogeríamos suficientes esporas para cultivar y desarrollar el microbio. Podríamos llevarnos asimismo una cantidad suficiente del organismo antibiótico para iniciar también su reproducción. Luego destruiríamos el origen de ambos, atacaríamos antes que los estadounidenses y forzaríamos el fin de la guerra.

—¿Se prestaría a ello su esposa?

—Naturalmente. Su lealtad hacia el Reich y para conmigo mismo está fuera de duda. —Los otros dos seguían sentados, como petrificados.

Góring entrelazó las manos y apoyó la barbilla en ellas.

—Infecciones, pestes... No es ésa la guerra que a mí me gusta librar. ¿A cuántos millones de personas pretenden matar?

—¿Cuántas decenas de millones han muerto ya? —respondió Schmidt—. La nación capaz de imponer un fin satisfactorio a esta guerra antes de librar las últimas y más sangrientas batallas habrá llevado a cabo una tarea humanitaria. Nosotros habremos salvado vidas.

Góring iba tamborileando al tiempo que reflexionaba.

—Es una operación muy peligrosa.

—Y considero una locura implicar a mi hija en ese arriesgado plan —intervino Kohl preocupado.

—Ella es necesaria —replicó Drexler irritado—. Hay que aceptar riesgos para salvar Alemania.

—¿Pretende llevar a su esposa con usted? —preguntó el Reichsmarschall—. ¿Aceptará ella?

—Si le explico la necesidad, lo hará.

—Vaya, una mujer extraordinaria. Aun así, Otto tiene razón. Es un juego terriblemente expuesto.

—Tal como están las cosas, creo que es una apuesta que debe aceptar Alemania.

—Sí. —Góring lo pensó durante un instante y luego señaló un reloj—. Probablemente, el problema clave radique en el tiempo.

Schmidt asintió.

—Tiempo para llegar a la isla, tiempo para recoger los citados organismos, tiempo para producirlos en masa. Con la presión de los aliados, no será tarea fácil.

—Debo decirles, caballeros, que dispongo de una información que puede hacer que su cometido no resulte tan imposible como podría parecer. —Góring hizo una pausa, caviló un poco y luego guiñó el ojo. Disfrutaba demostrando que seguía tomando parte de vez en cuando en las reuniones internas del Reich—. Se trata de un tema reservado, por supuesto, pero créanme, Alemania no está tan acabada como creen sus enemigos. Nuestra patria contraatacará este invierno, enfrentándose a los estadounidenses y británicos donde menos lo esperan. El Führer está convencido de que ello nos llevará a la victoria. Yo no lo estoy tanto, pero confío en que la ofensiva prolongará la guerra. Quizás el tiempo suficiente para que ustedes consigan proporcionarnos algún milagro. —Sopesó la cuestión—. ¿Y necesitarán un solo submarino?

—Para ganar la guerra —le prometió Drexler—. A la vuelta, nos harán falta instalaciones biológicas, pues habrá que producir en masa tanto la enfermedad como su antídoto. Un laboratorio, tal vez montado en el interior de una mina, será suficiente. Los elementos patógenos resultan mucho más económicos que los tanques o los aviones.

Góring soltó una carcajada.

—Tenemos ya las minas atestadas, ¡hemos trasladado tantas cosas allí! De todas formas, no estaría mal poder volver a controlar las cosas. Muy bien. —Parecía haber recuperado una parte de la energía que le había caracterizado antaño. Se incorporó con una ligera mueca de dolor—. Vamos a discutir los detalles de la operación cenando, Jürgen. Estoy de acuerdo con Otto en que no tenemos todas las de ganar, pero la idea de disponer de una opción de última instancia me intriga. Vamos a decidir si el plan es en realidad factible y usted me contará más cosas de la Antártida.

—Con muchísimo gusto, Reichsmarschall.

—Abra.

Drexler se encontraba ante la puerta de acero, ataviado con su immaculado uniforme, las botas altas relucientes y la pistola recién engrasada. Abrió la puerta con un sonido metálico un fornido y rudo agente de las SS de brazos musculosos y cabeza prominente. Un animal encargado de custodiar animales. Drexler entró y el guardián encendió un interruptor.

Greta se despertó de un sobresalto. Estaba tumbada en una litera, acurrucada para protegerse del frío. En la celda no se veía, aparte de la litera, más que un cubo de acero. Drexler cogió una silla plegable de fuera y se sentó.

—Hola, Greta.

La mujer se incorporó, parpadeando ante la desnuda luz. Se la veía desaseada, fatigada, muy poca cosa. A Drexler le resultaba triste encontrarla en aquel entorno. Humillante. Pero necesario, se decía. Necesario que aquella mujer comprendiera hasta qué punto se encontraban en una situación desesperada. «No muestres emoción alguna —dijo Drexler para sus adentros—. No sientas emoción alguna. Cada vez que has cedido a los dictados de tu corazón, te has arrepentido». A pesar de todo le resultaba difícil empezar. Fue Greta quien habló la primera.

—¿De modo que has venido a echar un vistazo? ¿Qué, te gusta? ¿Cómo has conseguido mantenerme en Alemania?

Aquel sarcasmo le movió a reaccionar. El control lo tenía él.

—¿Crees que disfruto viéndote así? ¿Viendo a mi esposa encarcelada porque intentó fugarse con un agente secreto estadounidense? La Gestapo sospecha que has podido revelar alguna información importante al enemigo. He tenido que hacer valer mis influencias políticas para que la detención no trascienda y nuestra reputación quede a salvo. Tu impulsivo egoísmo ha estado a punto de hundirme, Greta. De destruirme.

—Yo sólo quería que me dejaras irme.

—Sabes que el Reich no puede darte el permiso. Lo único que se plantean quienes te mantienen bajo custodia es cuánto tiempo seguiréis con vida. Ésa es la realidad de la guerra, Greta: tu sitio está en esta celda, sin que yo pueda protegerte, sin mi lujosa mansión, lejos de mi vida, mi carrera y mis contactos. ¡Despierta! Piensa que es casi imposible describir lo que puede suceder en un lugar como éste. Entre esta situación y tú misma sólo me tienes a mí.

Ella cerró los ojos.

—¿Dónde está Owen?

—A la espera de tu decisión. Esperando a que le rescates.

—¿Qué decisión?

—Haz el favor de reflexionar sobre tu situación. —Se inclinó un poco hacia ella—. Un agente secreto estadounidense en el centro de Berlín. Un espía, como lo

definiría cualquier nación. Una alemana confraternizando con él. Piensa que pueden mataros a los dos. Es más, he trabajado duro para evitarlo ahora mismo.

—Sería un alivio acabar de una vez.

—Me entristece oír estas palabras. De todas formas, para Hart no será tan rápido. La Gestapo tendrá preguntas que formular a un espía estadounidense. Los interrogatorios durarán días. A la larga, suplicará que le peguen un tiro.

Greta le miró de arriba abajo como si le estuviera viendo por primera vez.

—¿Has venido para decirme eso?

—No, por supuesto. Soy tu marido, Greta. Nuestra relación ha cambiado, ¡qué duda cabe! Me siento herido, estoy enojado. Pero a pesar de tu traición estoy dispuesto a ayudarte. Para que tú también puedas hacerlo.

Greta no se fiaba de él.

—Necesito tu ayuda, Greta. —Movi6 la cabeza con aire solemne—. Alemania necesita tu ayuda. No quiero verte muerta, ni muchísimo menos. Tal vez me apetecería matar a Hart, pero tampoco puedo permitirme su muerte. Porque, de una u otra forma, encontró la salida de la cueva al derrumbarse, y eso significa que tal vez pueda entrar de nuevo en ella. Así pues, os ofreceré a los dos la oportunidad de salvaros. La posibilidad de trabajar otra vez juntos por un bien común.

—¿Qué posibilidad? —Su tono era escéptico.

—Volver a la Antártida.

Ella tuvo que aspirar una bocanada de aire.

—¡No! ¡Ahí fue donde empezó todo!

—Para desarrollar tu medicamento, Greta. No lo vi como una posibilidad real hasta que me encontré frente a Hart. Además, en nuestra visita a la isla de Átropos la necesidad no me pareció tan patente. Pero la guerra ha conseguido que lo vea de otra forma. ¿Y si dispusiéramos de un nuevo antibiótico? Se produciría un cambio radical en nuestros hospitales.

—¡Estamos en guerra, Jürgen! No podemos volver a la Antártida.

—Te equivocas. Podemos hacerlo, en un submarino. El Reich está dispuesto a proporcionarnos uno.

—Pero la guerra está ya en un estadio...

—Esta guerra puede durar más de lo que crees. Los ojos de Greta reflejaban la incredulidad.

—No es verdad. Tú quieres ir a por el microbio.

El movió la cabeza, reflexionando detenidamente sobre lo que iba a decir.

—Me temo eme el doctor Schmidt se nos adelantó a los dos, Greta. —No apartó ni un milímetro sus ojos de los de ella, intentando reflejar la máxima sinceridad—. Yo di por supuesto que todos los cultivos se habían destruido, como tú misma dijiste, pero resulta que Schmidt, con la máxima discreción, elaboró los suyos propios a

partir de tus recipientes.

—¿Cómo?

—Se trajo la enfermedad a Alemania y ahora se están haciendo pruebas de ella en los campos —le mintió Drexler—. El Reich está en un momento de desesperación, y tal vez se vea obligado a utilizarla. Para mí, esto ha representado una sorpresa. Góring comparte mi temor, pero el cuartel general del Führer está ejerciendo su presión: Bormann, tal vez otros asesores, no lo sé. Por ello, el Reichsmarschall quiere que volvamos a la Antártida para conseguir un antídoto, a modo de válvula de seguridad. A buscar tu antibiótico. Para salvar vidas y no para matar. —La miraba detenidamente para comprobar su reacción.

—¿Sólo quieres el medicamento?

—Sí.

Greta parecía confusa y agotada, pero esperanzada.

—¿Y si colaboro, dejarás vivir a Owen?

—Necesito a Hart para que nos lleve a la cueva. No puedo arriesgarme a que nos haya mentido y nos haga realizar un peligroso viaje. Tiene que ir con nosotros para mostrárnoslo. Y tú debes convencerle. A ti te necesita para recoger el material y llevar a cabo los cultivos. Los dos dependéis de mí. De la misma forma que ahora mismo tú me necesitas a mí. Será una asociación.

Ella agitó la cabeza intrigada.

—¿Volveremos allí los tres?

—Estamos en grandes apuros, Greta. ¿Crees que me gusta verte en una celda? Eso para mí no es ninguna victoria. Sin embargo, la aparición de Hart ha revelado que aún podemos hacer algo juntos para dar un rumbo positivo a esta guerra. Asociado con mi esposa, a pesar de que ella ya no me ame. Todos hemos cometido errores, Greta, grandes, terribles y amargos errores. En un primer momento creí que la vuelta de Hart había sido el más terrible. Luego me di cuenta de que representaba una nueva oportunidad, la posibilidad de intentarlo de nuevo. Sé que es tarde, tardísimo. Pero tal vez no demasiado tarde.

—Jürgen... —Le salió como un gruñido al intentar ordenar sus ideas. El suspiró.

—Algún día acabará la guerra, con la victoria, la derrota o en tablas, ¡quién sabe! Y entonces se hará el recuento de lo que ha conseguido cada una de las partes. Y en él quiero que figure el nuevo remedio milagroso. Un medicamento descubierto por nosotros. Tenemos la oportunidad de salvar algo de la catástrofe, Greta, independientemente de lo que haya ocurrido entre tú y yo. Algo que el mundo de la posguerra pueda recordar. Vamos a la Antártida a repetir la expedición, más completa esta vez. A corregir los errores del pasado. A triunfar en lugar de fracasar.

—¿Y luego? ¿Tú, yo y Owen?

—Tu corazón te pertenece. Eso ya lo he aprendido. Si he de serte sincero, te diré

que aún espero que cambies de parecer. Pero haz lo que quieras, con él, si no hay más remedio. Alemania es mi misión. Hazlo y nos salvaremos todos.

Greta cerró los ojos.

—¿Qué tengo que hacer?

—Convencerle a él, Greta. Convencerle de que debe cooperar.

—¿Para salvar su vida?

—Para salvar la suya. Para salvar la de tu padre. Y para salvar la tuya, también.

Miró a su marido con tristeza, pensando en el retorno a la isla. Al cabo de un momento asintió.

—Hablaré con él.

CAPÍTULO 27

Greta aspiró el aire nocturno del puerto. La temperatura del noroeste de la Península Ibérica era fría en noviembre, aunque algo más cálida que la de Alemania; las estrellas resplandecían en el cielo. Llegaban hasta ella los aromas dulces y fragantes del puerto de Vigo; el olor a mar, a vegetación y a muelle pesquero le recordaban otros tiempos mejores. Ella y Owen habían permanecido encerrados en un mundo aséptico, sin ventanas: una serie de celdas, camiones herméticos y posteriormente un avión, con los cristales tapados por protectores antiaéreos. Les habían dejado durante más de veinticuatro horas en uno y otro extremo de un gélido hangar metálico de Suiza, sin poder dormir, helados en aquel duro suelo de cemento. En aquellos momentos, aunque algo rígida por el largo viaje, disfrutaba de un momento de respiro en un extremo del Atlántico, en una nación que seguía ofreciendo resguardo a los barcos nazis.

Unas cuantas luces centelleaban en el agua, y la música procedente de los blanqueados edificios que se apiñaban alrededor del anfiteatro natural de Vigo llegaba hasta ella. «Así es la vida sin guerra», recordó Greta. Aquello no era más que una visión fugaz. Una escalera de piedra, resbaladiza a causa de las algas, llevaba a un embarcadero al que se accedía con una lancha motora. Al otro lado de la bahía se divisaba la negra sombra de un submarino. Schmidt, impaciente, estaba ya en los peldaños; Greta distinguió su alargada silueta por el resplandor del cigarrillo. Ni se dignó siquiera a echar una ojeada al bello puerto.

A pesar de encontrarse a cincuenta metros de su marido, de su padre y del hombre que amaba, Greta se sentía terriblemente sola. Jürgen se había mostrado simplemente correcto, Otto apenas había podido comunicarse con ella y el pelotón de mirada impertérrita de las SS, que había volado con ellos desde Alemania se había ocupado de que ni siquiera viera a Owen. Aquel aislamiento le provocaba dolor. No creía poder aguantar ya la temperatura del exterior, y antes de ser confinada en el submarino deseaba compartir sus últimos momentos con el hombre a quien quería. Justamente por esa razón, Drexler no iba a permitirselo. Si bien necesitaba tanto a Owen como a Greta para llevar a cabo su plan, no les quería juntos. Al menos de momento.

La última conversación que la pareja había mantenido en Berlín estuvo marcada por la prisa y la angustia. Contra su voluntad, Drexler accedió a que su esposa entrara

a solas en la celda de Owen para convencer al piloto de que participara en la nueva expedición. No obstante, el coronel de las SS se plantó en la puerta, aporreándola y gritando: «¡Se acabó el tiempo!», mucho antes de que se hubieran dicho todo lo necesario. Greta le planteó la cruel alternativa —la Antártida o una dolorosa muerte— apresuradamente, sin dudar ni por un instante que Hart accedería a ello. «Tranquila —le dijo él—. Soy consciente de que aún no ha acabado mi cometido aquí. Ni en esta guerra. Además, se me ha ocurrido una idea». De todas formas, al comprobar que él accedía, Greta se echó a llorar, odiándose a sí misma por habérselo pedido y al mismo tiempo terriblemente aliviada con su respuesta.

Owen permanecía encerrado en un camión español, a la espera de que le trasladaran al submarino. El padre de Greta seguía de pie, con aire taciturno, junto a un almacén medio en ruinas, vigilado de cerca por un gigante de pelo rubio llamado Hans. A Jürgen se le veía decidido y seguro, con nuevos ánimos a raíz de lo que él consideraba su segunda oportunidad para ascender en el Reich y trabajar junto a Greta.

Seguía con su uniforme negro para resaltar su autoridad. En aquellos instantes observaba cómo la lancha motora procedente del submarino amarraba junto a la escalera de piedra del muelle. El capitán del submarino se negó a responder a su saludo hitleriano con el mismo gesto, y se limitó a levantar levemente la gorra al subir con paso cansino aquellos peldaños abrigado con un jersey medio raído. Parecía agotado; tenía los ojos enrojecidos de tantas horas al mando del submarino.

—¿Coronel Drexler? Se presenta el capitán Joachim Freiwald, al mando del U—4501.

—Bienvenido, capitán. Va usted a capitanear un novísimo submarino, por lo que tengo entendido.

—Tan nuevo que juraría que tiene aún la pintura húmeda. Siento no haberme encontrado en tierra firme para recibirle, pero no estaba clara la hora de su llegada. Por otro lado, las órdenes que recibimos fueron algo precipitadas. Huimos del fuego cruzado del Atlántico a partir de los astilleros de Kiel y hemos prescindido de todo aprovisionamiento hasta llegar a España. Y todo para llegar a un destino del que aún no se nos ha informado —dijo con ironía a Jürgen.

—Le informaré de nuestra misión en cuanto estemos en alta mar, capitán. Lo siento, pero es imprescindible que nos apresuremos. La guerra se encuentra en un estadio crítico y tenemos poco tiempo para cumplir la misión.

Freiwald parecía incómodo.

—Las órdenes que he recibido del alto mando no quedan nada claras. Se me ha informado tan sólo de que he de recoger a un grupo de personas para llevar a cabo un viaje excepcionalmente largo. He pedido por radio que me aclararan las instrucciones.

—No hace falta. Yo tengo las órdenes de Berlín. —Le señaló a su contingente de las SS—. Esos hombres las siguen. Al igual que usted, como le revelarán estos documentos. —Un asistente le pasó una carpeta—. Como quiera que no podíamos permitirnos el lujo de perder tiempo con embrollos jurisdiccionales, he dispuesto que se estipularan aquí las órdenes que dejan clara mi autoridad. Y tengo mucha prisa. Tenemos que zarpar antes del amanecer, capitán.

Freiwald pareció sorprendido.

—Se me dijo que teníamos que partir mañana por la noche, coronel. Algunos de mis hombres han ido a la ciudad, de permiso.

—Sus directrices han cambiado. Hay que cancelar todos los permisos. Nuestro éxito depende de la velocidad.

—Hemos trabajado sin cesar en la preparación y luego en el aprovisionamiento aquí en España, coronel. Mis hombres no han podido descansar desde...

—Esta noche, capitán. El tiempo es esencial. Podrán disfrutar de un día libre en cuanto ganemos la guerra.

Freiwald frunció los labios y abrió la carpeta. El foco de un almacén proyectaba luz suficiente para que pudiera identificar las firmas y los tampones. Cerró la carpeta con expresión impertérrita.

—De acuerdo, coronel. Saldremos a las tres de la mañana.

—¿Podrá reunir a la tripulación? El otro encogió los hombros.

—Sé dónde encontrarlos. La diversión es muy limitada en Vigo.

—Perfecto. Otra cosa: el biólogo que nos acompaña es una mujer. Mi esposa, en realidad, aunque eso no tiene ninguna importancia por lo que se refiere a su trato con ella. Su profesionalidad es imprescindible en esta misión, y como mujer, tiene que disponer de un camarote particular. Ocúpese de ello, por favor.

El capitán parpadeó.

—Los submarinos disponen de poco espacio, coronel, incluso nuestro nuevo XXI. Yo dispongo de un camarote, y está también el compartimiento del primer oficial. Cuenta tan sólo con una pequeña litera...

—Será suficiente. No voy a compartir camarote con ella. Discúlpeme ante el primer oficial, aunque estoy convencido de que lo comprenderá. Deseo asimismo un compartimiento para mis nueve soldados Schuztaffel y para mí: tal vez en la sala de torpedos de proa. Redistribuya a la tripulación teniendo en cuenta todo ello.

—Pero...

—¿Se ha dispuesto ya el espacio para el laboratorio? —Esa imposición nos ha dejado casi sin lugar para almacenamiento y las cajas...

—¿Ha llegado ya la ropa de abrigo?

—Sí...

—Llevamos también un prisionero. Un agente secreto estadounidense que

dispone de información esencial para nuestro éxito. ¿Dónde podríamos confinarle?

Freiwald pareció aún más perplejo.

—En ninguna parte, coronel. Los submarinos no tienen calabozo.

—Pues enciérrele donde sea. En una cañería o en una colchoneta. El capitán puso mala cara.

—¿Es peligroso? —Podría serlo.

—Eso no va a funcionar, coronel. Piense que es un largo viaje. Si le encadenamos a alguna parte, quedará expuesto a la tripulación, y eso es negativo para la moral. Los submarinos son algo más... promiscuos de lo que usted pueda imaginar por su experiencia en Berlín.

—¿Se le ocurre algo, pues, capitán?

—¿Adonde puede ir? ¿Qué puede hacer? Tenga en cuenta que en ningún momento estará solo en un submarino, sobre todo con el número de soldados que llevamos a bordo. Le veremos siempre.

Se oyó un gruñido de enojo.

—De acuerdo. Límitese, pues, a mantenerlo alejado de la mujer. Mi esposa, quiero decir. De ningún modo debe hablar con ella.

La perplejidad de Freiwald iba en aumento.

—Eso es todo de momento. Puede empezar a trasladar a mis hombres y su equipaje al barco.

—Es un submarino, coronel. Pero Drexler ya se había alejado.

Otto Kohl contemplaba la turbación del capitán del submarino desde lejos, alegrándose en el fondo de aquella patente fricción. Le acababan de impartir un cursillo acelerado sobre cómo Drexler organizaba a toda prisa el mundo para que casara con sus propios designios. Kohl había imaginado que le dejarían en Suiza, pero Jürgen ordenó que siguiera hasta España. Durante un tiempo temió tener que subir también a bordo del submarino, pero ya se daba cuenta de que no iba a ser así. Le tenían allí de pie, como un colegial castigado, a la sombra de un gigantesco gorila de las SS, observando a su única hija allí cerca, deprimida y probablemente atemorizada. Le avergonzaba aquel estado de aislamiento.

Drexler, por el contrario, tenía un aire desenvuelto; se habría dicho que iba a embarcarse en un crucero de placer. Le pasó por la cabeza que su yerno había perdido el juicio. El nazi se acercó a él.

—Ha llegado el momento de la despedida, Otto. —Mantén las manos entrelazadas en la espalda—. Tiene suerte de poder esperar aquí a que acabe la guerra.

—Una solución lógica. —Kohl decidió intentarlo por última vez, y gesticuló señalando hacia las montañas de España—. Todos podríamos poner aquí el punto y final, Jürgen. Usted también se encuentra fuera del alcance del moribundo Reich.

Firmar su propia paz por separado y abandonar. Ya ha hecho bastante.

—Sigue sin comprender a los que son como yo, ¿verdad, Otto? —La voz de Jürgen reflejaba un desdén compasivo—. No entiende que hay cosas más importantes que la breve chispa de la propia existencia. Que existen el país, el deber y el honor. Que a veces uno se sacrifica por la mayoría.

—Cuando la causa es justa.

—La causa de su patria es una causa justa. Siempre lo ha sido y lo será. Nadie elige su patria, de la misma forma que no elige a su familia. Y nadie abandona a su patria, como no abandona a su familia.

Kohl no respondía. El estaba abandonando lo uno y lo otro.

—El destino me ha traído a este puerto —continuó Drexler—. El destino me ha ofrecido la oportunidad de invertir el curso de la guerra. Dios me llevó a aquella isla como si hubiera puesto allí para mí sus señales, y usted y Owen Hart cayeron como del cielo al igual que arcángeles con sus trompetas. Al principio me pareció vivir una pesadilla. Luego me di cuenta de que tenía en la mano la solución a todos mis problemas.

«¡Qué barbaridad, qué necio y soberbio!».

—Nadie conoce con certeza los designios divinos —le advirtió Kohl sin levantar la voz—. Si ha decidido correr ese riesgo, adelante, Jürgen, pero por favor... se lo suplico: deje a mi hija aquí. No la necesita.

—Claro que la necesito. ¿Cree usted que Hart me ayudaría si no dispusiera de Greta como contrapartida? Por otro lado, su hija es una científica que posee una gran intuición. El tiempo es un factor clave ahora que los aliados se encuentran a las puertas del muro occidental. Cuento con su pericia para poner en marcha nuestros planes, Además, la necesito también por otra razón.

—¿Cuál?

—Usted.

—¿A qué se refiere?

—¿De verdad cree que confío en alguno de ustedes? ¿Que me voy tranquilo dejando a Otto Kohl suelto por España mientras llevo a cabo una misión secreta por la Antártida? Pues no, ella es mi garantía, querido suegro. Usted no hará ninguna tontería porque, de lo contrario, pondría en peligro a su hija. Si fracasamos, ella será la primera en sufrir las consecuencias.

—¡No puede convertir a Greta en rehén por mis actos! ¡Ése no era el trato!

—Pues sí. Decidí dejarle libre, pero no puntualizamos nada más. Ahora he rellenado los espacios en blanco.

—Y lo ha hecho con un chantaje.

—Aprendí del maestro.

Kohl echaba chispas.

—De todas formas, no pensaba hablar. Yo no soy un traidor.

—Pues debería alegrarle el acuerdo. Somos aliados.

Kohl pensaba que ojalá no hubiera conocido a Jürgen Drexler.

—¿Cuándo volverán?

—En menos de dos meses, espero. Imagino que para entonces conocerá Vigo como la palma de su mano.

—No pienso quedarme sentado en esta miniatura de puerto. Barcelona, tal vez. Puede que Lisboa, Portugal. Dispongo de dinero para ir a donde me plazca. —Señaló las dos bolsas de cuero que estaban en el suelo junto al camión, bajo la mirada de un guardián de las SS. Estaban repletas de billetes de banco, oro y documentos bancarios que Kohl había reunido en Suiza al hacer escala para repostar—. Si tengo que estar dos meses perdiendo el tiempo, lo haré con cierta comodidad —dijo, y se fue a coger las bolsas.

Drexler le puso una mano sobre el brazo.

—No, Otto. Nuestro acuerdo tiene otra enmienda.

—¿Y cuál es?

—Dispondrá de su dinero, tal como le prometí. Pero no antes de que hayamos vuelto nosotros sanos y salvos. Otra razón para deseamos un bon voyage. Las bolsas se irán conmigo en el submarino.

—¡Cómo!

—Se le entregará una cantidad suficiente en pesetas para vivir cómodamente dos meses en Vigo. Y para alumbrar el farol que habrá de recibirnos. Pero si le importa el destino de su hija no iré a ninguna otra parte. A comienzos del nuevo año celebraremos una reunión familiar. Entonces usted será rico y yo poderoso. Pero no antes.

—¡Eso es un escándalo! ¡El dinero es mío!

—Considéreme su banquero.

—¡Qué hijo de puta es usted, Jürgen!

—Tranquilo, tranquilo, Otto —dijo Drexler sonriendo—. Estamos en familia y no debemos alterarnos. —Señaló hacia Greta—. Vamos, despídase de su hija. Dígale lo importante que es su cooperación. Déle un beso en la mejilla, hágalo por mí. —Estaba de muy buen humor.

Kohl luchaba por mantener la calma. Observó cómo Jürgen hacía señas a uno de los guardianes, quien cogió las bolsas y las llevó a la escalera para que las trasladaran al submarino. Luego, resignándose a la pérdida, se fue a hablar un momento con Greta. Ella le cogió la mano antes de que un guardián de las SS la acompañara a la lancha. Luego apareció Hart, esposado. La lancha se alejó con la primera carga.

Drexler se acercó de nuevo a Kohl.

—¿Una cálida despedida?

—Me ha dicho que no tenía esperanzas de volver.

—¡Ah, vaya! Siempre me ha infravalorado.

—Como usted a mí —respondió Kohl—. Piense que no soy su marioneta. No pienso ser nunca más la marioneta de nadie.

—Claro que no, Otto. Ahora es señor de Vigo. Un flamante caballero español. Y con un poco de paciencia, conseguirá una nueva vida.

Observaron cómo la lancha se acercaba al submarino que les esperaba. Vieron a Greta volviendo la cabeza hacia ellos, no distinguieron su expresión. Luego se confundió entre las sombras. Drexler puso el brazo en el hombro de Kohl y le llevó hacia un coche que le esperaba. El alemán, enfurruñado, se metió en él, y Drexler se inclinó ante la ventanilla abierta.

—Su hija y su dinero están a salvo conmigo. Creo que las estrellas nos prometen suerte, ¿no está de acuerdo? Kohl seguía mirando hacia adelante.

—Adiós, Jürgen.

Al ver que aquéllas eran sus únicas palabras, Drexler encogió los hombros, y el coche arrancó.

Otto casi esperaba que el vehículo se desviara en un momento determinado y recibir una bala, pero no fue así. «Un error», pensó. Cuando alguien derriba a una persona, acaba con ella. Sospechó que Jürgen no tenía estómago para aquel tipo de asuntos.

Acompañaron a Kohl a una habitación de hotel con vistas al oscuro puerto.

—Tiene los gastos cubiertos —le dijeron.

Desde el balcón de su habitación veía el ir y venir de la luz de la lancha motora. El submarino estaba a demasiada distancia y la oscuridad no le permitía ver nada.

Suspirando, se sentó en la combada cama y reflexionó sobre su arruinada vida. Luego sacó el objeto que Greta le había puesto en la mano.

—Guárdame esto —le susurró.

Se trataba de un trozo de cinta blanca y manchada. La desanudó y encontró en su interior un guijarro parduzco. Pensó que tendría algo que ver con Owen. Junto a éste, un pedazo de papel en el que había escrito con letra cuidadosa: «El asunto nos supera, papá. Tienes que detener este submarino».

Kohl se tumbó en la cama. Por primera vez en muchos años las lágrimas inundaron sus ojos. Aquel sentimiento le atemorizó.

Para tranquilizarse, palpó el forro de la americana, donde había metido cierta cantidad de dinero. Luego empezó a pensar qué podía hacer.

Tercera parte

1944

CAPÍTULO 28

El U—4501 era un nuevo tipo de submarino que se había adelantado unos años a su época. Alcanzaba doble velocidad que los submarinos alemanes estándar y tenía nueve metros más de longitud, con la autonomía y la zona de carga adecuados para llegar a la Antártida, Un nuevo schnorkel le proporcionaba suficiente capacidad de oxígeno para permanecer bajo el agua todo el tiempo necesario para huir de las costas europeas. Incluso su aspecto era futurista, con su aerodinámica falsa torre que recordaba a Hart un moderno DeSoto anterior a la guerra. El submarino contaba con comodidades de las que carecían los anteriores: frigorífico, ducha, un sistema hidráulico para recargar con más celeridad los torpedos. Podía sumergirse a veinte metros. Pero a pesar de todo, seguía siendo una especie de tubo claustrofóbico ruidoso y húmedo.

Iba atestado de gente. Aparte de Drexler, Greta, Owen, Schmidt y los soldados, trece personas más a bordo —los funestos trece, murmuraban los marineros— que se añadían a la tripulación normal, compuesta por cincuenta y siete personas. Tenían que compartir las literas, cada marinero debía ocupar el lugar caliente y apestoso de otro tras el cambio de guardia. Además, para liberar espacio y organizar el rudimentario laboratorio y el material para la Antártida, las provisiones tenían que acumularse por todas partes. Los marineros andaban sobre las latas de comida en la sala de torpedos, e incluso una de las cabezas sostuvo un tiempo la provisión de carne y salchichas ahumadas. Tan atestado iba el buque que los marineros comentaban que tendrían que adelgazar si querían seguir viajando allí.

A Hart, amante de la libertad que le ofrecía el cielo y el mar, aquel cilindro le parecía tétrico y opresivo. Desde la litera que se le asignó en la sala de torpedos de popa, escuchaba inquieto el estruendo del bombeo y el chorreo del agua al avanzar el submarino alejándose del puerto de Vigo, mientras imaginaba la negrura del océano en el inicio del largo viaje submarino.

Seguía tumbado allí cuando apareció de pronto Drexler ante él. Desde Berlín no le había visto tan de cerca. El alemán había cambiado su abrigo de uniforme azul marino. Notó también en él una expresión hastiada.

—¿Ya ha empezado el mareo, Jürgen? —le pinchó Hart.

—Lo que me marea es tenerle cerca —dijo Drexler—. Y si me obliga, le encadenaré de nuevo. De momento me reprimo. Preferiría dejar a un lado nuestras

diferencias personales para poder constituir el imprescindible equipo profesional que ha de llevar a cabo nuestra misión. Con su conclusión podemos salvar muchas vidas. ¿Puedo confiar en que se comportará con corrección?

Hart hizo como quien reflexiona sobre la respuesta.

—De la misma forma que yo confío en usted.

—Yo le salvé de la Gestapo: he salvado a un hombre que tenía intención de fugarse con mi esposa. Y lo he hecho porque ella me ha prometido que usted nos sería muy útil. Ahora necesito que me lo prometa usted.

—Uno no puede conseguir siempre lo que desea.

—Yo sí puedo. —Se metió la mano en el bolsillo y sacó un objeto dorado, que dejó colgar en su mano—. ¿Recuerda esto?

Se trataba del colgante en forma de pingüino. Hart no pudo evitar un sobresalto; miraba el balanceo del animalito y su indignación iba en aumento.

—¡Esto es de Greta, hijo de puta! Se lo ha robado a Greta.

—Del mismo modo que usted me la robó a mí.

Owen se incorporó apoyándose con los codos con un gesto de advertencia.

—No sé si sabe, Jürgen, que yo puedo convertirme en una persona peligrosa. Yo que usted abriría esas esposas. ¡Quién sabe lo que soy capaz de hacer!

—Me da muy poco miedo —respondió Drexler con desdén—. Lo único que intento es conseguir un viaje algo más tranquilo. Usted sí que podría sentir miedo si es que pretende causar problemas. —Dicho esto, giró de pronto y se alejó.

Aquel tropiezo dejó deprimido al piloto, pues le confirmó la sensación de impotencia. Tenía sentimiento de culpabilidad por haberse presentado precipitadamente en Berlín poniendo a Greta en peligro, de igual forma que era consciente del sentimiento de culpabilidad de ella por haber permitido que les atraparan. Con cadenas o sin ellas, nunca se había sentido tan impotente.

Permaneció mucho rato pensando mientras los marineros alemanes le miraban llenos de curiosidad al pasar: por fin veían el rostro del enemigo. De repente saltó de la litera. No podía quedarse paralizado. Tenía que estar a punto para actuar si se le presentaba la oportunidad. Decidió hacer una exploración, y si veía la posibilidad de ello, hablar con Greta.

Al principio, mientras paseaba por los pasillos, nadie le dirigió la palabra. «Sigues siendo un fantasma», pensó. De todas formas, la noticia del cambio circuló, y el capitán Freiwald hizo girar el periscopio para bloquearle el paso en la sala de control. Constató que no le miraba con antipatía, que sólo intentaba ponerse al corriente de la situación.

—El americano ha despertado —dijo.

Hart echó una ojeada a la sala.

—Estoy admirando esta última muestra de la ingeniería alemana. Lástima que ya

es tarde para que influya en el curso de la guerra.

—El coronel Drexler no lo cree así.

—El coronel Drexler es tan peligroso para consigo mismo como para los demás. Freiwald se calló un momento ante la afirmación.

—¿Y de usted, qué deberíamos decir?

—Ni yo mismo lo sé bien, capitán. —La mirada de Owen se fue centrando en la media docena de miembros de la tripulación que estaban allí manejando instrumentos. Todos le miraron con curiosidad—. Yo soy un oficial estadounidense que abandonó su unidad sin permiso para intentar rescatar de esta guerra demencial a una mujer alemana. Si bien soy enemigo suyo, he accedido a asesorar esta expedición con mis conocimientos espeleológicos. Pero ha sido porque me han obligado a escoger entre el submarino y un sótano de la Gestapo, lo mismo que le ha ocurrido a frau Drexler.

Calló un momento esperando que Freiwald digiriera la información, y se fijó en que el oficial alemán miraba de reojo hacia un cubículo cerrado por unas cortinas, donde supuso que estaría Greta.

—¿Existe una relación entre usted y nuestra bióloga?

—Nos conocemos desde antes de la guerra.

—¿Y sin embargo está casada con el coronel Drexler? ¿Y él le ha obligado a usted a realizar este viaje?

Hart asintió.

—La vida a veces se complica.

—¿Y cuál es la cueva que el coronel quiere que explore?

—¿Aún no le ha dicho Jürgen dónde vamos?

—No.

—Pues es mejor que no lo sepa. Dudo mucho que consigamos volver a Alemania, Freiwald frunció el ceño.

—¿Es una amenaza?

—No, tan sólo una profecía. Pero existe una solución. —Levantó ligeramente el tono—. Ríndase ahora mismo y podremos poner rumbo hacia Norfolk. La guerra ha terminado, capitán.

Freiwald se echó a reír.

—No es así, por desgracia. Al menos para usted y para mí. Además, yo sigo siendo leal a mi país y por ello no voy a aceptar. —Observaba a fondo al piloto, pues no había quedado satisfecha su curiosidad—. Mi tripulación me ha informado de que hace poco, hablando con el coronel Drexler, ha utilizado usted el adjetivo «peligroso» refiriéndose a sí mismo.

Hart hizo un gesto de indiferencia.

—Todo el mundo es peligroso cuando se encuentra atrapado. Pero tenga en

cuenta que respecto a usted no lo soy tanto como Jürgen.

—No ponga en peligro mi buque, Hart. Le tengo mucho aprecio al U—4501. — Respeto a las personas que aprecian lo que aman. Pasó al lado del capitán y siguió adelante.

—¿Greta? —Se detuvo frente al cubículo.

—¿Owen?

—¿Estás bien?

De pronto, un miembro de las SS le bloqueó el paso. Era un hombre musculoso y tenía el rostro lleno de cicatrices. «Heridas del frente», pensó Hart. Lucía un corte de pelo estilo cepillo y el tono de éste era grisáceo: Espinete, le llamó mentalmente Hart.

—Usted no puede hablar con frau Drexler.

—Tal vez se encuentre mal. Se marea en alta mar. Quiero cerciorarme.

—Estamos sumergidos. El movimiento es mínimo.

—Pero aun así, puede encontrarse mal. Espinete acercó su rostro al de Hart.

—Usted no puede hablar con frau Drexler. Aléjese de ella. Aléjese de esta zona del barco. No tiene que hablar con la esposa del coronel.

—Me gusta esta zona del barco.

—Si no se marcha, tendré que atarle a la sala de máquinas.

Hart reflexionó sobre aquellas palabras. De pronto, Hans, el gigante de pelo rubio, apareció ante ellos. El piloto estudió detenidamente aquellos rostros.

—A esto en América le llamamos una situación alarmante. —Se volvió—. Greta —dijo bajando el tono—. Hay algo que no te he, contado respecto a la isla. Un detalle que nos proporcionará una oportunidad.

Luego echó una mirada desafiante a los de las SS y se retiró.

Si bien aquel submarino podía avanzar durante días sumergido, alcanzaba una mayor velocidad en la superficie. Al llegar a la altura del continente africano, los alemanes decidieron arriesgarse y seguir por la superficie de noche. Con el oleaje surgió el movimiento, y la masa en forma de salchicha del submarino empezó a bambolearse. Circuló la noticia de que la mujer, recluida en el camarote, se encontraba mal.

Desde que Greta intentó la huida con Hart, Drexler se sentía incómodo en su presencia. En aquellos momentos aprovechó el malestar de ella para visitarla.

—¿Te sientes mal?

—No, estoy bien. Ya tengo un cubo.

—Si quieres le digo a Schmidt que te visite.

—¡Ni hablar! Déjame tranquila, por favor.

Drexler consideró la situación.

—Tal vez tendrías que moverte un poco.

—Jürgen...

—Ven conmigo.

No era una invitación. Sacó a Greta de su camarote y la obligó a bajar las escaleras que llevaban al nivel más bajo de la embarcación.

Ella observó aquello con gesto malhumorado.

—¿Qué hay aquí?

—Nuestro futuro.

El espacio del fondo del barco medía apenas dos metros y tenía la forma de un abrevadero; los mamparos se combaban hacia adentro, en dirección a una estrecha cubierta por encima de la quilla.

—He ordenado que dispusieran este compartimiento de almacenaje para ti —dijo para animarla—. Para que lo utilices como laboratorio.

Greta echó un vistazo al recinto. Vio allí dos armarios metálicos y una serie de cajas de madera en el suelo, aunque no distinguió ningún lavabo ni mesa de trabajo. Una serie de tubos y cables sobresalían de las superficies. Hacía frío. Cerca de la escalera, la luz era intensa, desnuda, pero en el interior reinaban las sombras y nada se distinguía con precisión. Notaban el ronroneo del motor en la zona de popa a través de las suelas de los zapatos.

—Muy acogedor —dijo ella sin ningún entusiasmo. Notó que algo se movía en la oscuridad y fijó la mirada en ello. Tuvo un sobresalto al ver, y reconocer por el olor, a unos animales enjaulados. Se acercó a las jaulas—. ¿Has traído animales aquí? ¿Qué es esto, un arca?

—Para hacer las pruebas de tu medicamento. Pensé que los seres humanos no iban a prestarse voluntarios.

—No sabía que los habían subido a bordo.

—Los hemos puesto aquí para no inquietar a los marineros. Jacob es quien cuida de ellos. Vamos a ver, ¿crees que esto funcionará?

—¿Para qué? ¿Para ganar la guerra?

—Estoy intentando ayudarte, Greta. ¿Tendrás bastante con esto?

Ella se mordió el labio.

—Todo tan apretujado, tan poco adecuado, pero quizá con alguna modificación... Nos hará falta una mesa, un desagüe...

El movió la cabeza, algo animado. Se colocó frente a una de las cajas y abrió la tapa.

—Tus libros de biología. Los he traído por si te sirven de ayuda.

Cogió el de encima. Era el de las ballenas que él le había regalado en el Schwabenland.

El recuerdo la hizo estremecer. ¡Cuánto tiempo había pasado! Echó otra vez un vistazo al entorno.

—Esta zona parece un refugio —reconoció—. No está tan atestada.

—Y cerca de la quilla no se nota tanto el balanceo.

Aquello incluso la hizo reír.

—Tendrás que convencer de ello a mi estómago.

—En caso de emergencia tú vendrás aquí. Éste es tu puesto de combate. Se cerrará la escotilla y quedarás aislada, pero nadie te molestará y estarás más segura que cualquier otra persona.

Greta se encogió de hombros.

Drexler intentó tocarle el hombro, pero ella se apartó.

—Siento que las cosas hayan llegado a este punto, Greta. Que todo sea tan embarazoso. Pero en definitiva, tal vez tengamos la oportunidad de hacer algo positivo. Juntos.

Ella no estaba de humor para responder a aquello y permaneció en silencio, apartada de él.

—¿Cuándo llegaremos a la Antártida? —dijo por fin para romper el silencio.

—Dentro de dos semanas, quizá menos.

—¿Y cuándo volveremos?

—Eso depende de ti, ¿o no?

Ella se armó de valor.

—¿Vas a...? —no conseguía articular la palabra «matarnos»—. ¿Vas a dejarnos allí, Jürgen?

La pregunta desconcertó a Drexler. Tragó saliva.

—No. —Negó con la cabeza—. Al principio pensé en dejarle a él. Pero ¿qué sentido tiene? Tú estás dispuesta a ayudarme a conseguir lo que quiero. Y no iba a recuperarte eliminándole. De modo que, si cooperas, le liberaré. Es posible que le deje en una balsa en algún puerto. Quizás en Port Stanley, en las Malvinas, o en Ushuaia, en Argentina. Incluso en Ciudad del Cabo.

—¿Y qué harás conmigo?

—La elección es tuya. No puedo evitar que te vayas con él.

Greta no parecía creer lo que estaba oyendo.

—No te impediré irte con él, si sigues deseándolo.

Drexler vio un nuevo brillo de esperanza en su rostro y se dio cuenta de que tal vez la había tranquilizado demasiado.

—Claro que la promesa se cumplirá siempre que los dos llevéis a cabo vuestras tareas de manera efectiva.

—Y así tú podrás jugar con la enfermedad.

—¡No! ¡Combatirla! —Hizo una mueca que traducía su frustración—. Escúchame, sé que ahora mismo me odias, pero tienes que saber que este viaje no es tan horripilante como tú crees. Cuando llegue el momento, te explicaré con detalle mi plan, y entonces verás la misión, e incluso a mí mismo, bajo un prisma distinto.

Luego podrás escoger entre los dos.

—Ya elegí, Jürgen. ¿Por qué no lo aceptas?

—Creo que ya lo he hecho, hasta donde he podido. Al fin y al cabo, él está en el barco.

—Pues déjame hablar con él.

—¡No!

—Piensa en el abarrotamiento del barco. Permítele ayudarme aquí abajo.

—No. Confío en ti, pero no en él. Si deseas hablar con alguien, hazlo conmigo. Cuando necesites ayuda, acude a mí.

—¡Marineros y soldados del Tercer Reich! —resonó, atronadora, la voz de Drexler por el intercomunicador.

Se habían apiñado todos los hombres que cupieron en la sala de control, desde donde transmitía, pues resultaba más fácil oírle directamente que a través del precario sistema de intercomunicación. Algunos hombres estiraban el cuello hacia los altavoces. Todos sentían curiosidad por saber qué les deparaba la suerte.

—Les transmito la salutación de nuestro Führer, Adolf Hitler, así como la del sucesor que tiene designado, el Reichsmarschall Göring. Hemos emprendido un largo viaje hacia un destino remoto. Qué duda cabe de que todos ustedes se preguntan cuál es nuestra misión. Y ustedes, los que pertenecen a la marina, se sentirán intrigados al ver tantos rostros nuevos a bordo. Les pido disculpas por obligarles a viajar tan apretados. He de decirles, sin embargo, que los soldados son una pieza clave para nuestro éxito.

Hart estaba en su litera, arrugando la frente ante los gritos del nazi. En la litera de al lado, un técnico ladeaba la cabeza escuchando.

—Nuestro destino es... la Antártida —Drexler hizo una pausa para dar énfasis a la frase. Se oyó un murmullo inquieto por todo el barco. El técnico frunció el ceño—. Un lugar frío, aunque no tan temible como podrían imaginar. Nuestro invierno septentrional corresponde al verano de la Antártida, por lo que esperamos encontrarnos con un tiempo soportable conforme vayamos avanzando hacia el sur. Contando con la fortaleza, la resistencia y la fuerza de voluntad, conseguiremos llevar a cabo nuestra tarea con rapidez y volver a casa.

Greta asomó la cabeza de su cubículo y miró con aire sombrío a su marido.

—¿Y cuál es esa tarea? A unos pocos se nos ha ofrecido la oportunidad de cambiar el curso de la historia. ¡La opción está en nuestras manos, en las de los que navegamos a bordo del U—4501! Navegamos hacia el remoto continente con el objetivo de recuperar un nuevo medicamento, un organismo subterráneo que puede afectar positivamente al rumbo de la guerra. Por razones de seguridad, no está en mi mano exponerles con todo detalle el objetivo de dicho elemento, pero como ustedes

comprenderán, ni Berlín ni el mando del submarino arriesgarían uno de sus mejores navíos en una misión a tierras lejanas si, no tuviera una importancia vital.

Un sinfín de cabezas asintieron.

—No se trata de una misión de combate. Si la suerte nos acompaña, en ningún momento toparemos con el enemigo. Somos como un silencioso gato que se escabulle con paso seguro cruzando los mares por el fondo. Ahora bien, si aparece oposición, lucharemos poniendo en ello todo nuestro empeño. —. Porque lo que buscamos con la misión realmente puede salvar las vidas de nuestros seres queridos, súbditos del Reich.

Drexler miró a Freiwald.

—Corren rumores sobre las excepcionales armas de que disponen los aliados. Es cierto que Alemania tiene que alcanzar un armamento excepcional para defenderse. Y ésa es nuestra misión: obtener la clave de un arma excepcional, y ustedes han de ser quienes la pongan al alcance del país. Viajamos hacia una isla de la Antártida, y con toda seguridad a principios de año volveremos a nuestra patria como héroes y salvadores. De momento, nuestro objetivo seguirá siendo un secreto militar. Pero cuando salga por fin a la luz, el mundo aclamará nuestra hazaña.

Movió la cabeza con gesto de seguridad.

—Estoy plenamente convencido de que la divina providencia ha posibilitado el viaje. He puesto mi fe en su voluntad y en la voluntad de nuestro Führer.

La mirada de Drexler recorrió la sala de control y luego levantó el brazo.

—Heil Hitler. —Y, como una multitud de espadas, los brazos de aquellos hombres se elevaron también—. ¡Heil Hitler! —resonó en todo el barco. Hart se tapó los oídos con las manos.

Otto Kohl estaba cansado, le dolía todo el cuerpo y tenía los bolsillos vacíos. Había invertido todo lo que le quedaba en huir de Vigo, tuvo que viajar atravesando polvorientas montañas en camión, en burro y en carro. Llevaba el traje mugriento y hecho trizas, y los pies llenos de ampollas; la seguridad en sí mismo y su aire dominante se habían esfumado.

Sin embargo, el responsable de los servicios secretos estadounidenses había salido a recibirle en la embajada de Lisboa. El alemán se humedecía los labios con gesto nervioso, planteándose por enésima vez qué iba a hacer. Tal vez se había corrompido, como afirmaba Drexler.

Puede que se hubiera salvado.

—Dígame —le dijo el agregado militar con cierta impaciencia.

—Me Hamo Otto Kohl —empezó él—. Constará en sus archivos que huí de una cárcel militar estadounidense en Francia. He estado en Alemania. Debo contarles una historia de lo más extraordinario.

CAPÍTULO 29

—¡Alarma! ¡Alarma! ¡Inmersión! ¡Inmersión! ¡Inmersión!

La sirena resonó en toda la embarcación, provocando un sinfín de reniegos, carreras y desbarajuste. El agua entraba a borbotones en los depósitos de lastre del submarino y éste empezó a descender. Se oían portazos por doquier y manivelas que se cerraban. Todo lo que no estaba fijado, volaba.

—¡Mi laboratorio! —Creta pescó la taza de café que resbalaba ya por la superficie de la minúscula mesa y se unió a la riada de marineros que corrían hacia sus puestos de combate; una serie de hombros la empujaron mientras batallaba en la escalera.

—¡Inmersión! ¡De prisa, maldita sea! ¡Inmersión, inmersión! —El capitán Freiwald se deslizó por la escalera de la torre y se precipitó hacia la sala de control blandiendo los prismáticos, con la gorra ladeada.

—¿Qué ocurre? —exclamó el teniente Erich Kluge, el primer oficial.

—Aviones. Probablemente una patrulla de control. —Freiwald levantó la vista hacia la torre que ya encubría el agua, como si pretendiera ver el cielo—. ¡Maldición! ¡Ya hemos superado el ecuador! ¿Cómo nos habrán localizado?

Greta se fijó en la mirada acusadora de Kluge al pasar corriendo junto a él. El primer oficial había hecho todo lo posible por no encontrarse con ella desde que supo que le había robado su camarote, y en aquellos momentos quedaba claro que la culpaba de su mala fortuna. Con gesto resignado, descendió como pudo por la escalera; una vez abajo, se enfrentó a la escotilla del laboratorio y la abrió de la forma en que le habían indicado que lo hiciera: girando el volante. Se encerró dentro. Cayó sobre el suelo de acero. Una caja se deslizaba por la inclinación de la nave y Greta estiró una pierna para pararla. La sirena cesó.

—¡Puestos de combate, informen! —resonó por el intercomunicador. Uno a uno, los departamentos del submarino cumplieron con su cometido.

—¡Seguridad en el laboratorio! —gritó ella cuando le tocó el turno, con la voz entrecortada por la tensión.

Acto seguido, se sentó sobre la caja, con el corazón acelerado, agarrándose con una mano a la escalera para controlar la inclinación del suelo. Oía cómo rascaban inquietos los conejos.

—¡Hola!

Se puso de pie de un salto. El se encontraba sentado en las sombras, al fondo del compartimiento, medio oculto entre cajas.

—¡Owen! ¡Tú no puedes estar aquí abajo! —su tono reflejaba gran alegría.

—Donde no tendría que estar es en este submarino, y al parecer no tengo forma de abandonarlo. El ataque me ha ofrecido la oportunidad para que se olviden de mí por un rato. Por eso he decidido bajar.

Greta soltó la mano de la escalera para coger la de él.

—¡Gracias, Dios mío! —Se abrazaron apasionadamente—. ¡Qué sola me he sentido! —escondió el rostro en su pecho.

—Lo sé —respondió él con comprensión.

Se besaron por primera vez desde el ataque aéreo de Berlín. Por un maravilloso instante consiguieron olvidar aquel lugar.

La inclinación del buque seguía aumentando. Se oyó un sonido sordo procedente de la primera carga de profundidad, y el casco pegó un bandazo.

—Se están acercando —le advirtió él—. ¡Sujétate!

Ella movió la cabeza con aire resuelto, se agarró a una cañería y siguió el movimiento de los labios de Hart mientras contaba los segundos. Se produjo una segunda detonación, un atronador estrépito que sacudió el submarino como si lo hubieran embestido. Greta notó el zarandeo en el cuerpo y salió disparada; el golpe que se dio contra el mamparo estuvo punto de hacerle perder el conocimiento.

—¡Arrea! —exclamó Hart. A él también lo había derribado. Los tenemos justo encima.

Otra explosión retumbó como un gong en el submarino empujándolo por un flanco. Se abrió uno de los armarios en una cascada de utensilios se esparció por la estancia. Las luce parpadearon y quedaron a oscuras.

—¿Owen? —dijo Greta con la voz entrecortada por el dolor. La inclinación era ya alarmante.

—¿Te ocurre algo, Greta?

—Creo que no, estoy algo aturdida...

La embarcación se agitó de nuevo, tembló y volvió a bambolearse. Oían los gritos de los marineros en las cubiertas superiores. De todas formas, las explosiones habían sido ligeramente menos violentas que las anteriores. Como más lejanas.

Greta le encontró a tuestas en la oscuridad y se agarró a su ropa, trepando por encima de él para abrazarle de nuevo.

—Tendremos que plantearnos acabar con este tipo de encuentros —murmuró él, sin la ironía que pretendía.

Siguieron a la espera, a oscuras, mientras el tiempo transcurría con una lentitud desesperante. Oían un chorro de agua, pero no sabían de dónde procedía. El casco crujió.

—Vamos hacia el fondo —comentó ella.

Dos nuevos estrépitos, ya más distantes. Los aviones descargaban a ciegas. La pendiente iba pronunciándose y los restos del laboratorio de Greta se deslizaban por el suelo. Los conejillos de Indias seguían rascando la tela metálica. La inmersión no parecía detenerse.

—¿Seguimos bajando, Owen?

Él no conocía la respuesta. Los marineros se habían callado y el acero del casco chasqueaba. Se oyó una seca detonación en algún punto del submarino, como la descarga de un arma, y acto seguido, otra.

—¿Qué ha sido eso?

—Supongo que es algo que ha cedido. Algún tornillo, las válvulas. ¿Qué profundidad tiene el mar en este punto? —le preguntó él preocupado.

Greta lo estrechó con más fuerza.

—No lo sé. ¿Tres kilómetros?

—Suficiente profundidad.

Retumbaron otras explosiones, aunque lejanas, pues tan sólo se notaba su eco en el casco, el temblor. El casco del submarino chirriaba.

—Parece el sonido de una ballena —murmuró ella.

Luego la inclinación se fue reduciendo. Daba la impresión de que Freiwald hubiera sujetado las riendas de un caballo, obligándole a bajar la cabeza. Se estabilizaban con una lentitud tremenda, pero aun así notaban el movimiento. Todo el submarino crujía como una bisagra oxidada. Los dos sudaban, esperaban.

Por fin la quilla recuperó el equilibrio.

—Creo que se ha detenido la inmersión. —Su voz se había convertido en un susurro, como si temiera que el menor ruido pudiera desencadenar de nuevo el descenso. Se abrazaron, aliviados.

—¿Y ahora qué?

—Nos escondemos.

De repente se encendieron las luces azules de emergencia. El destello les pareció fantasmagórico. El desastre no era tan grande como habían imaginado a oscuras, aunque el suelo estaba lleno de objetos rotos. Se miraron los dos.

—Tienes un corte en el brazo —dijo él, señalándole el rasguño.

Ella asintió casi sin fuerzas. Hart cortó una tira de tela, se la aplicó a la herida y ambos se dispusieron a colocar lo que pudieron en las cajas.

—Hace un calor asfixiante. ¿No podríamos abrir la escotilla?

El movió la cabeza en señal de negación.

—Hasta que no comprobemos que estamos a salvo, no. La atmósfera empeoraría.

Colocó los cristales rotos en un archivador y luego encontró una lona, que desplegó en el suelo para evitar pisar los añicos. Reinaba el silencio en el submarino,

que funcionaba por medio de baterías; la tripulación no hacía ruido alguno. Los alemanes intentaban huir sigilosamente.

En cuanto hubieron guardado lo esparcido por el suelo, Owen y Greta se sentaron uno al lado del otro. No les quedaba más que esperar.

—¿Crees que han abandonado?

—No. Seguirán sobrevolando la zona, esperando que salgamos a la superficie. Pedirán destructores con sonar. No abandonarán con tanta facilidad.

—¿Tardarán mucho?

—Horas, me imagino. Horas y horas.

Greta se apoyó en él.

—Perfecto.

Permanecieron un rato en silencio, recuperando la tranquilidad en la calma, y luego reemprendieron la conversación, pasando de un tema a otro, Casi habían conseguido dejar a un lado la gravedad de la situación cuando, de repente, oyeron un lejano y espectral eco:

«Clinc».

—¡Aja!

«Clinc».

—¿Qué es eso?

—Mi marina. Siguen persiguiéndonos. Se dispusieron a escuchar. Greta apoyaba la cabeza en su pecho. Notaba los latidos de su corazón. «Clinc... clinc... clinc».

—Se están acercando. —La empujó para que se incorporara—. Agárrate otra vez a la escalera. Prepárate. Ella se soltó, vacilando.

—Si nos dan de lleno, ¿será rápido?

—Sí.

En realidad no lo sabía. «Clinc, clinc, clinc, clinc...». Oían ya las hélices del destructor. El submarino tembló ligeramente. Freiwald pretendía acelerar y alejarse.

¡Blam! Una enorme sacudida de la envergadura de la primera, seguida por otra y otra. Quedaron de nuevo sin luz y Greta no pudo reprimir un sollozo mientras el submarino se escoraba. Sus cuerpos quedaron a merced del movimiento, con los pies y los brazos en el aire.

—Owen... —gimió ella.

El piso se iba inclinando.

—¡Caramba! Pretende descender aún más.

«Clinc, clinc, clinc, clinc...».

—¡Agárrate!

Se oyeron dos ruidos sordos y el submarino se agitó terriblemente. La potencia de las explosiones les sacudió todo el cuerpo; Hart tenía que apretar con fuerza los dientes para no oír su angustiada castañeteo. Siguieron las detonaciones, y de la

cubierta superior les llegaban las imprecaciones y el silbido del agua. El U—4501 rugía en las profundidades.

Greta se acercó a él arrastrándose en la oscuridad.

—Me sujetaré a ti —murmuró.

«Clic, clic, clic...».

—Creo que nos alejamos de ellos.

¡Blam! Esta vez la sacudida fue menor.

—Quizá sería mejor que todo acabara así —susurró ella—. Abrazados. Mucho más fácil.

—No. Nosotros le venceremos. —No se refería al destructor.

Otra serie de explosiones, ya más lejos. Con gran lentitud, como si el agua la hubiera inundado, la cubierta recuperó la estabilidad.

—No sé a qué profundidad estaremos. —Hart notaba la presión del mar; era como un tornillo de banco. Toneladas de negra agua. ¡Qué agobiante era aquello!

Poco a poco, fueron perdiéndose las cargas de profundidad. Aminoró el chorro de agua, se fueron apagando los gritos hasta desaparecer. Volvió a reinar el silencio en el navío: se había convertido en una cripta.

Hart hundió el rostro en la cabellera de ella. Greta suspiró y le acarició la cabeza.

—Jürgen me ha dicho que nos dejará marchar.

—¿En serio?

—Le he preguntado si pensaba dejarnos en la Antártida, abandonarnos. La pregunta le ha avergonzado. Ha dicho que si hacemos lo que nos manda, nos sacará en el submarino y nos pondrá en una balsa, cerca de un puerto extranjero.

—¿Y tú le has creído?

—Ya no sé lo que tengo que creer. Le veo imprevisible. Creo que de una forma u otra sigue queriéndome. Pero ya no le conozco.

—No puede dejarnos marchar, Greta.

—¿Por qué no si consigue lo que quiere?

—Porque cree que ganará la guerra con un secreto que nosotros conocemos. Porque nos encontramos en el submarino más moderno y flamante de Alemania. Porque necesita tus conocimientos para elaborar lo que persigue. Además, yo soy un agente secreto estadounidense, Greta. ¿Crees que va a recoger el remedio contra una enfermedad y luego nos dejará en tierra firme para que se lo contemos a todo el mundo? Drexler sólo me pondrá en una balsa si ya he muerto.

Permanecieron un rato en silencio.

—¿Crees que es perverso, Owen? ¿Es perversa Alemania? Hart sonrió torciendo el gesto.

—Creo que a eso deberíamos llamarle confusión moral. Además, tú misma me dijiste que lo suyo es simple entrega.

—No. —Agitó la cabeza—. Quiere destruir lo que no puede poseer. Y eso es malo.

Siguieron tumbados, esperando, escuchando. El sonar se oía más lejos. Los destructores y los aviones describían círculos como perros desconcertados.

La luz azul de emergencia parpadeó de nuevo, si bien con poca fuerza. Hart se soltó de la escalera y se deslizó por el toldo, sujetando a Greta.

—Le enfurecerá saber que he venido aquí.

—No te preocupes —respondió ella besándole—. No puede mostrarse vengativo de momento. Nos necesita.

—Sí, pero empiezo a preguntarme hasta qué punto. Tarde o temprano sus soldados encontrarían la entrada de la cueva. Y alguien más, puede que Schmidt, conseguirá recoger el limo. Aquella imagen hizo reír a Greta.

—No sé por qué, pero no veo al doctor Schmidt de espeleólogo intrépido.

De todas formas, su estado de ánimo cambió inmediatamente. «Clic».

—¡Maldita sea! Siguieron esperando.

«Clic...». El intervalo fue más largo. El sonar les había perdido de nuevo.

—Tengo calor —dijo ella por fin, terriblemente inquieta—. Estoy sudando. —Sin ventilación de ningún tipo, la temperatura iba en aumento en el submarino—. Tengo la impresión de estar enterrada. Es como si me estuviera muriendo, si me hubieran enterrado viva.

—A mí me ocurre lo mismo.

Greta se incorporó y le zarandeó la cabeza.

—No, noto tu vitalidad. Estás vivo. Intuyo la dureza. Aquí abajo —dijo señalando el punto.

—¡Greta!

—Hace calor, estamos en peligro y quiero quitarme la ropa. Ayúdame antes de que me muera. Quítamela tú, Owen. Quiero que la dureza aumente.

Hart tragó saliva y echó una ojeada a la escotilla.

—Si subimos a la superficie...

—Eso es lo más excitante. —Se quitó el jersey—. Ya no soporto estar así, moribunda. Llevo seis años muriendo poco a poco. —Se desabrochó el sostén y lo tiró al suelo. Luego se inclinó, y rozándole con los pechos, se centró en los botones de él—. Iba muriendo poco a poco, perdiendo mi existencia, y ahora que el momento es mío no me importa lo que pueda suceder luego o lo que puedan pensar los demás. O sea que date prisa. ¡Rápido! Antes de que vuelvan los destructores. Estoy sudando, todo mi cuerpo está empapado.

—¡Válgame Dios!

Hart pegó un tirón a su propia ropa y luego a la de ella, presa de frenesí, casi sin saber por dónde empezar. Pero no parecía importar mucho, por la forma en que se

besaron y se abrazaron. En un instante ella se situó a horcajadas sobre su cuerpo, con las pupilas dilatadas, los labios entreabiertos.

—Te deseo más que a nada en el mundo —susurró ella.

Y acto seguido él se vio envuelto en una especie de fuego líquido mientras Greta arqueaba la espalda, él le acariciaba los pezones, sus cuerpos se pegaban con el calor y el sudor, jadeaban y resollaban en la intimidad del recinto mientras Greta se mecía suavemente con el ondulante movimiento. Incapaz de controlarse, Hart explotó en su interior, y Greta soltó un grito ahogado en la última arremetida.

Luego descendió para poner sus senos al alcance de los labios de él; le murmuraba en tono cálido y perentorio al oído:

—Espero que el destructor no abandone. Porque nosotros no hemos acabado.

«Clinc».

Estaban agotados.

La pareja permanecía tumbada respirando con dificultad, medio inconsciente, deslizándose entre los angustiosos sueños que les provocaba la falta de oxígeno. Cuando hubieron hecho el amor, volvieron los destructores, que martillaron el casco con implacable furia. Tuvieron que sujetarse a la escalera, el uno al otro, y apretar con fuerza las mandíbulas mientras las explosiones les zarandeaban una y otra vez. Volvieron a apagarse las luces. Una cañería se reventó soltando un chorro cuyas salpicaduras les parecieron frías agujas contra su cuerpo; Owen se incorporó y a tientas cerró la válvula.

—¡Controlada la fuga! —Greta tuvo que responder casi sin aliento por el intercomunicador ante la inquieta pregunta de Freiwald. La escotilla seguía cerrada.

Se desplomaron de nuevo, respirando a duras penas, a la espera de otro ataque por arriba. No se produjo. Iba transcurriendo el tiempo. Surgió de nuevo la espectral luz azul, que les recordó el destello de la cueva helada antártica.

Greta suspiró.

—Habrà llegado ya el momento de acabar después de hacer el amor.

—No. —El se incorporó a medias—. Escúchame, Greta. Aún tenemos una oportunidad. Es algo desesperada, puede que sea una locura, pero por ella decidí emprender el viaje. Antes de salir de la isla la última vez, encontré algo que puede servirme para huir. Se trata de una posibilidad muy remota para ti, pero si yo desaparezco, probablemente Jürgen te dejará vivir. Tú volverás en el submarino con él. Si yo puedo salirme con la mía, nos veremos en Alemania.

—¡No! ¡No pienso dejarte otra vez!

Hart le acarició la mejilla, el borde del rostro.

—Escúchame: él me matará, me matará en cuanto le haya mostrado la forma de entrar en el volcán. A menos que consiga huir. Esa es mi única oportunidad. La tuya

es la de no hacer nada e intentar que Jürgen y los demás me persigan.

Greta no parecía muy convencida.

—¿De qué se trata?

—Cuando avanzaba por la cueva, encontré una caleta... Siguió hablándole un rato en voz muy baja. Ella continuaba tumbada a su lado, ensimismada.

—¿Y cómo conseguirás aprovechar la oportunidad?

—No lo sé.

Greta apoyó la cabeza en su hombro.

—Sospecho que seré yo quien tendrá que facilitártela. El no supo qué responder. Al cabo de un rato se durmieron.

Les despertó de nuevo el estruendo y las sacudidas del barco. Hart miró el reloj. Dieciséis horas. Por fin se vaciaban los depósitos de lastre y el submarino ascendía lentamente. Tenían la impresión de subir entre la melaza. Buscaron apresuradamente la ropa y se vistieron.

—No salgas aún —le dijo Greta—. Intenta aprovechar la confusión para volver a tu sitio. Tal vez nadie se entere de que has estado aquí.

—Quiero que él sepa dónde estaba. Dónde estaba exactamente. Para que no haya malentendidos.

—No. Tienes que vivir, Owen. Vivir para aprovechar tu oportunidad. No pierdas la cabeza.

Oían cómo el griterío iba en aumento en las cubiertas superiores, y cuando el submarino alcanzó la superficie atronaron los vítores. Los motores diesel recuperaron la vida y una fresca brisa entró por el conducto de ventilación cual lluvia en el desierto.

—O sea, que no acabó todo. —Su tono era más bien triste—. Tenemos que seguir adelante.

—Por poco tiempo. Algún día todo eso acabará y podremos estar juntos. Algún día el tiempo será nuestro.

—Eso espero, algún día. Pero tú procura mantenerte alejado de Jürgen.

Lo abrazó y se fue hacia la escotilla. La manecilla giraba. Deseaba poder subir antes de que alguien localizara a Owen.

Pero cuando la escotilla cedió, Greta tuvo que apartar la cabeza para evitar la embestida de un par de botas. Drexler saltó al recinto con expresión inquieta.

—¿Estás bien, Greta? ¡Qué preocupado estaba!

Luego quedó paralizado. ¡El maldito americano!

Greta había retrocedido para situarse al lado de Hart. Con la abertura, entraba más aire y la pareja aspiraba profundamente, abrazada para mantener el equilibrio. Drexler también parecía demacrado: su rostro indicaba que había pasado la noche en vela y llevaba la camisa empapada de sudor. Miró al piloto sin dar crédito a lo que

veía.

—¡Le dije que no se acercara a ella! —exclamó con voz entrecortada.

—Efectivamente, eso me dijo.

—¡Maldito intruso!

El movimiento de Drexler fue de lo más rápido. Pegó un tirón a Greta, empujándola contra el mamparo, y luego se enfrentó a su rival.

El piloto se le adelantó pegándole un puñetazo en la cara, que le empujó hacia atrás, contra la escalera, y le hizo soltar un gruñido. Perdió el equilibrio, aturdido, y cayó al suelo. Hart blandía aún el puño, estremeciéndose.

—¡Arriba, hijo de puta!

—¡Owen, no, no lo hagas! ¡Te matarán!

Se oyó un fuerte griterío arriba y unos cuantos hombres más, con uniforme y botas, saltaron por la escotilla, llenando el minúsculo recinto. Perteneían a las tropas de asalto, eran los gorilas de Drexler. Hart iba a atacar de nuevo con el puño cuando Hans arremetió con la bota contra él y el piloto cayó con gran estrépito; notó una intensa sensación de asfixia. Greta empezó a chillar, a saltar y a arañar, pero enseguida la apartaron a golpes. Hart se disponía a incorporarse cuando otra bota le dio de lleno en el plexo solar y cayó como un saco. Otra le dio en la cabeza. Perdió el conocimiento.

Greta sollozaba. Espinete se acercó a ella, indeciso.

—Déjala —dijo Drexler; aquellas palabras surgían de unos labios sangrantes. Se levantó con cierta rigidez, humillado. Se estremeció intentando reprimir sus emociones.

Señaló hacia Hart:

—Ahora quiero que lo encadenen. Hasta que llegemos a la isla.

Los agentes de las SS asintieron.

Luego señaló hacia Greta:

—Y ella se quedará aquí abajo, conmigo.

Arrastraron inconsciente al piloto a través de la escotilla y la cerraron. Greta permanecía de pie, temblando. Drexler giró la cabeza, escupió sangre y se humedeció los labios mirándola. Tenía el pecho desbocado, los ojos inyectados en sangre.

—Lo hiciste con él, ¿verdad? —el tono reflejaba la incredulidad—. Lo hiciste con él aquí, en el maldito barco. Ante setenta hombres, ¡Santo cielo!

Greta cerró los ojos y una lágrima se deslizó por su rostro.

—No le hagas daño, por favor. Puedes hacérmelo a mí, pero no a él.

—¿Hacerte daño? —Su tono reflejaba el asombro—. ¡Por el amor de Dios! ¿Qué podría hacerte yo que tuviera un remoto parecido con lo que tú me has hecho a mí? Has destrozado mi vida. Has desintegrado el último resquicio de amor propio que podía quedarme. Me has llenado de vergüenza. Me has convertido en el hazmerreír

de todos. ¿Hacerte daño? ¡Qué graciosa!

—¡Yo te lo dije! —gritó ella con los ojos encendidos, llorando—. ¡Te lo dije y no quisiste escucharme! ¡Dije que era a él á quien quería, y no a ti! ¿Y qué has hecho? Meternos a todos en este maldito submarino, como si hubieras perdido el juicio, con la historia de que íbamos a trabajar conjuntamente. ¿Qué creías que iba a ocurrir?

Drexler parecía derrotado.

—Como mínimo, un poco de... educación.

Las lágrimas bajaban a raudales por sus mejillas.

—¿No lo ves? Ya es tarde para eso.

Él movió la cabeza, ya sin ánimo.

—Efectivamente.

Greta esperó, pero el otro no reaccionaba.

—¿Y ahora qué piensas hacer, Jürgen?

Él se volvió hacia la escalera.

—Salvar Alemania.

CAPÍTULO 30

Hart se despertó poco a poco. Estaba atontado, le dolía todo el cuerpo. Se volvió, oyó un ruido vibratorio y abrió sus somnolientos ojos. Comprobó que tenía una esposa atada a la muñeca; pesaba mucho porque de ella colgaba una cadena que iba hasta la pata de la litera. Se fijó en que el submarino se balanceaba, que los motores retumbaban martilleándole en la cabeza. Estaban en la superficie y avanzaban a gran velocidad.

«¡Al cuerno!». Palpó la cadena con gesto débil y poco a poco fue recordando lo que había ocurrido. Era casi un milagro que Drexler no le hubiera matado. Por lo visto le necesitaba.

—Despierte. Tiene que comer. —El piloto abrió otra vez los ojos. Un marinero se había acercado a él. Era Jacob, que le ofrecía un tazón de sopa—. Tiene que aprender a apartarse de las mujeres. Traen mala suerte.

Hart se incorporó a duras penas y tomó un sorbo del líquido. Tuvo la sensación de que aquel caldo le llegaba directamente a las venas.

—Mi suerte va a cambiar.

—En esa misión... no creo.

Hart tomó otro sorbo.

—¿Hemos dejado atrás a los destructores? ¿Navegamos por la superficie? Jacob asintió.

—De momento. Pero tenemos que soltar una parte del combustible para que crean que han dado en el blanco y estamos quemando lo que queda.

—Quiero salir de este ataúd.

—¿Y quién no en este submarino? No espere comprensión por mi parte. Hart terminó el caldo.

—Muy bien —dijo Jacob—. Ahora se presentará ante el capitán.

—No me interesa ver al capitán.

—Eso no tiene importancia. El sí quiere verle.

El piloto alzó el brazo esposado.

El marinero sacó una llave y abrió la cadena.

—Tengo órdenes del capitán de liberarle. Si el coronel tiene alguna objeción tendrá que plantársela a Freiwald.

Quejándose, Hart saltó de la litera y siguió a Jacob hasta la sala de control.

—Ahí arriba —señaló un técnico. Hart miró intrigado la escalera—. El capitán se encuentra en la torre. Tenga, póngase el abrigo y la gorra.

En el hueco de la torre hacía un frío terrible después de que el submarino hubiera permanecido tanto tiempo sumergido. A Hart incluso le resultaba difícil respirar. Sin embargo, hizo un esfuerzo, aspiró el aire puro y se animó, hasta el punto de que la sensación fue casi embriagadora. ¡Qué maravilla!

—Cierre la maldita escotilla.

El piloto se plantó frente al capitán. Era de noche. El submarino avanzaba con furia entre las olas, balanceándose con seguridad mientras el agua espumaba y descendía rutilante por la estrecha cubierta de proa. Hart no se había dado cuenta de lo mucho que habían avanzado hacia el sur. Se encontraban bajo una luz de luna tan intensa que los icebergs relucían como las blancas montañas de la luna. La Vía Láctea se distinguía con la claridad de una cinta de seda; las estrellas y la Luna se reflejaban con tal precisión en el mar que uno tenía la sensación de navegar por el cielo o bien cabeza abajo. Estaba ya en las aguas del mar que rodeaba el continente y en el cielo se divisaba la Cruz del Sur. Ante ellos, a lo lejos, les esperaba la Antártida.

Hart se colocó la capucha. Freiwald se inclinaba hacia adelante en el mamparo de la torre para detectar el hielo, mientras un marinero vigilaba junto al cañón antiaéreo de popa; tenía demasiado lejos a los dos para oír sus comentarios. Allí, en el exterior, parecía que ellos fueran las únicas personas del planeta.

—Hemos llegado muy deprisa, capitán.

—Estas embarcaciones alcanzan una increíble velocidad bajo el agua. Y resisten muchísimo. Acabamos de superar un récord de profundidad: por eso sigue usted vivo ahora mismo. Si dispusiéramos de otros más como éste, conseguiríamos controlar el Atlántico. —Movió la cabeza—. Pero no es así. Nosotros, los de la Armada, ya supimos en 1939 que esta guerra era una locura. Dónitz nos dijo que nos prepararíamos para luchar durante siete años. Podemos dar gracias a Dios si duramos tanto.

—Jacob me ha comentado que les burlaron ustedes soltando combustible.

—Al menos los desconcertamos. Pero se trata de una satisfacción temporal. No disponemos de combustible suficiente para la vuelta, y por ello he tenido que pedir por radio una «vaca lechera», provisiones para el submarino, para el viaje de retorno. Nos hemos tenido que arriesgar con la llamada. El mando de submarinos afirma que resulta científicamente imposible descifrar nuestros códigos, pero yo me pregunto: ¿qué harán todos mis amigos en el fondo? Yo prefiero no utilizar la radio.

—¿Qué posibilidades tenemos, pues?

—¿No las tendrá más claras usted que yo? —dijo el capitán mirándole inquisitivamente. El piloto se echó a reír.

—Las mías son pésimas. Hice una verdadera chapuza en la Antártida, y

estábamos en tiempos de paz.

—Por lo que veo, no ha mejorado mucho en época de guerra. Aquel tono apaciguó al piloto.

—¿Qué significa eso?

—Le he mandado llamar para que me cuente de una vez qué pasa entre usted y los Drexler. No pienso tolerar peleas en mi barco. No me gustan los trece nuevos pasajeros que se incorporaron. No soporto a esos arrogantes matasietes de las SS con sus aires de dueños del submarino. Me horrorizan las mujeres que aparecen donde no deben y no aguanto al insubordinado prisionero estadounidense. Ya es hora de que alguien me dé alguna buena razón para no echarlos a los tres por la borda antes de que las cosas se compliquen más.

—Pues bien —empezó Hart—. A mí no puede arrojarme al agua porque soy la única persona que sabe cómo llegar a una montaña a buscar lo que necesita Alemania. No puede arrojar por la borda a Greta porque es la única que sabe cómo procesar el medicamento que vamos a encontrar. A Jürgen puede lanzarlo al mar. No creo que sirva para nada.

Freiwald puso mala cara.

—¿Por qué bajó al laboratorio durante el ataque? Usted sabía que no tenía nada que hacer allí.

—Me pareció que no tenía importancia alguna dónde estuviera yo. En realidad, no se me ha asignado una tarea de combate a bordo.

—¡Responda a mi pregunta, maldita sea! ¿Por qué insistió en ver a la mujer cuando se le había prohibido hacerlo? Hart vaciló tan sólo un segundo.

—Estoy enamorado de Greta, capitán. Y ella está enamorada de mí. Está casada con Jürgen Drexler, pero sólo sobre el papel. Nos enamoramos antes de la guerra en una expedición anterior a la isla a la que nos dirigimos ahora. Me retrasé en la vuelta al barco, Drexler informó de que yo había muerto y finalmente convenció a Greta para que se casara con él. Cuando supe que ella seguía viva, robé un avión, volé hasta Berlín y la convencí de que huyera conmigo. Como puede imaginar, eso ha generado cierta tensión entre los tres.

—¡Dios nos asista! —exclamó Freiwald frunciendo el ceño—. ¿Está al corriente de todo ello el alto mando?

—No, evidentemente. Si supieran la verdad, Drexler estaría ahora mismo ingresado en un manicomio. Claro que con él entraría también la mitad del alto mando.

Freiwald le dirigió una agria mirada, pero no le discutió el comentario.

—¿Y usted? ¿Cómo ha aceptado esta misión? ¿No es leal a su país, a su causa?

—Al contrario —respondió Hart con aire taciturno. Hizo una pausa y se preguntó hasta qué punto podía ser sincero. Por fin decidió que no perdía nada expresándose

con franqueza—. Se cuenta una historia sobre un campesino que despierta las iras de un importante rey, hasta el punto de que éste ordena su muerte. Cuando están a punto de cortarle el cuello, el campesino le grita al soberano: «¡Un momento!, si me concede un año más de vida, enseñaré a hablar a su caballo». El rey reflexiona sobre ello, y decidiendo que no tiene nada que perder, accede a la petición. Más tarde, un amigo del campesino le pregunta por qué ha propuesto un trato que a todas luces no podrá cumplir. El otro responde: «En un año pueden ocurrir muchas cosas. Puedo morir yo. Puede morir el rey. Es más, el caballo del rey puede aprender a hablar».

Freiwald sonrió ante el chascarrillo.

—Es usted gracioso, Hart. Gracioso y al mismo tiempo representa un factor imponderable en toda esta trama. Me inquieta usted.

—Creo que debería perfeccionar mis técnicas de relación social.

Freiwald se giró un poco para colocarse de espaldas al viento.

—Hábleme... de ese medicamento al que se refiere todo el mundo.

—Es un medicamento para controlar una nueva enfermedad. Una de las más terribles que pueda imaginarse. Jürgen Drexler pretende esparcirla por el mundo. Y para ello le necesita a usted.

—Y a usted le parece mal...

—Me parece algo espantoso.

—¿Conseguir un antibiótico?

—En efecto, el antibiótico es la única garantía para difundir la enfermedad. Me imagino que ya se habrá percatado de ello.

—Jürgen afirma que su plan es más amplio.

—¿Le ha explicado en qué consiste?

—No.

—A mí tampoco. No debe ayudarlo en ese cometido, capitán.

Freiwald observaba el desplazamiento de los icebergs en el mar.

—¿Ha estado usted en Hamburgo, Hart?

—Sí. La primera expedición partió de allí.

—¿Ha visto usted alguna vez una explosión de fuego y aire? ¿Y sus efectos?

Hart tragó saliva.

—No.

—Los británicos provocaron una en Hamburgo. La ciudad arde a tal temperatura que absorbe el oxígeno hacia su centro como un torbellino. Se desatan unos vientos tan fuertes que incluso derriban a los niños. ¿Sabía usted que en una sola noche murieron en Hamburgo más personas que en la batalla que libraron ustedes en Gettysburg? Y no me refiero a soldados. Estoy hablando de mujeres, niños y ancianos.

—Vi el bombardeo de Londres, capitán. Usted me está describiendo la guerra

moderna.

—Exactamente. Precisamente por eso Jürgen Drexler no es un monstruo. Es un hombre de su tiempo. Un guerrero de nuestros tiempos. La ideología ha sustituido a la religión. Los centuriones de la moral han desaparecido, se han abierto brechas en las murallas del orden. Vivimos en la edad de los bárbaros.

—Si usted sigue a Drexler hasta el final, capitán, tenga por seguro que él mismo le matará. Su causa es catastrófica. No arriesgue su vida por un hombre así.

—Yo no arriesgo nada por un hombre así, pues como mucho puedo afirmar que pongo en entredicho su mente y su carácter. Ni siquiera arriesgo mi vida por nuestro Führer. Pero sí la arriesgo por la patria. La arriesgo para salvar Alemania. Y no temo a la muerte. ¿Sabe usted por qué?

—No. ¿Por qué?

—Porque yo ya he muerto, y el hombre que se encuentra ante usted es un fantasma. Tiene que saber que mi familia estaba en Hamburgo aquella noche, que quedaron calcinados en la explosión, y con ellos perdí todo lo bueno que podía llevar dentro. —Agitó la cabeza—. De modo que usted nos ayudará, Hart, porque en el mundo moderno hay que enfrentarse al terror con el terror.

—En algún punto tendrá que cesar, capitán.

—Y Jürgen Drexler nos promete acabar con él. Ya ve. Y ahora, váyase abajo para que Jacob pueda encadenarle de nuevo a la litera.

CAPÍTULO 31

La isla de Átropos destacaba en el horizonte como una nube de tormenta, amenazadora entre las sombras. La blancura de sus glaciares, que se evaporaban formando una neblina que se desgajaba en forma de fantasmagóricos cañones de cremoso vapor, y como contraste, el oscuro jarabe de la columna de humo volcánico que surgía de la segunda cima. El aumento de la actividad volcánica no parecía constituir un peligro inmediato que les impidiera anclar de nuevo en la laguna, si bien la ventisca de cenizas inquietaba a los soldados y marineros alemanes que se hallaban en cubierta. A medida que se aproximaban a la isla, el mar se iba calmando y el submarino avanzaba lentamente por las oscuras aguas, sorteando los témpanos de hielo. La temperatura estaba por debajo del punto de congelación y la escarcha cubría la torre. El cielo parecía un tapiz: una súbita borrasca arrojaba los copos de nieve hacia el buque, y minutos más tarde lucía el pálido sol polar. Al doblar el extremo de la isla observaron que la nieve tenía un tono más grisáceo, y su textura era arenosa. Cenizas volcánicas, se explicó a los marineros. Éstos levantaban los brazos asombrados.

Incluso a Hart se le permitió subir a cubierta. Él mismo contemplaba la columna de humo volcánico con inquietud, preguntándose qué significaría aquel cambio para su descenso subterráneo. Aun así, cuando el U—4501 se metió en la laguna tuvo la impresión de que el puerto no había cambiado ni un ápice en aquellos seis años. Se fijó en el paisaje parduzco de piedra volcánica y nieve, constató que todo seguía sin muestras de vida animal, vio de nuevo las solitarias playas que humeaban en el frío. Incluso las cajas de provisiones que había dejado el Schwabenland seguían intactas. Notó un escalofrío, aunque no a causa de la temperatura. Aquel paisaje tan familiar, después de tantos años, le estremeció. Pensó que los cadáveres de los soldados especiales seguirían en el lugar donde perdieron la vida, salpicando el paisaje con unas manchas de color café, momificados por el frío glacial.

Freiwald ancló cerca del punto donde se encontraban los restos del hundido Bergen, y la tripulación del submarino empezó a montar la lancha motora prefabricada. Sacaron del navio la ropa de abrigo, cuerdas, cubos, linternas y lámparas, y fueron preparando las cajas. Pese a la perspectiva del volcán humeante, a bordo se respiraba un ambiente eufórico, tras haber sobrevivido al ataque y haber llegado a la Antártida. Todo el mundo tendría una historia que contar a sus nietos.

Hart salió ataviado con una parka, botas, una mochila, luces, comida y equipo de escalada, en el que se incluía un hacha especial para el hielo. Se colocó en la cubierta de proa junto a cinco miembros de las SS. Los últimos en salir fueron Jürgen y Greta. El piloto la veía por primera vez desde la noche del ataque y ella le dedicó una breve sonrisa tranquilizadora, si bien no intentó dirigirle la palabra. Hart se percató de su expresión grave al contemplar la isla. Le animó, sin embargo, no ver marca alguna en su rostro.

Drexler le pareció apagado, aunque decidido.

—Aquí es donde usted tendrá que ganarse el pan, Hart —le dijo de mal humor, situándose entre él y Greta—. Yo podría penetrar en la montaña a base de cargas y excavaciones, a la antigua, pero eso nos llevaría tiempo y no disponemos de madera para entibiar el techo. Espero que su alternativa sea más práctica.

—Puede que algunos de sus gorilas encuentren dificultades para avanzar en un lugar tan estrecho, Jürgen. ¿Les asusta la oscuridad a los muchachos?

Los miembros de las tropas de asalto miraron al piloto con desdén.

—A mis hombres no les asusta más que la derrota. Que es lo que debería temer usted, por otra parte. De una forma u otra, conseguiremos lo que hemos venido a buscar. De todas formas, si usted y mi esposa nos prestan la ayuda prometida, las cosas resultarán más fáciles para todo el mundo.

Hart miró a aquellos hombres sin alterarse.

—Estoy deseando ver la compañía al completo. Sobre todo a Hans, el de la bota inmensa.

El gigante de pelo rubio le dedicó una risita.

Saltaron a la lancha, se dirigieron hacia la orilla y el grupo cargó con las mochilas. El piloto se situó en cabeza, iniciando el ascenso al cráter. Al poco rato todos sudaban a pesar del frío; el submarino se iba empequeñeciendo en la laguna, al fondo. Al llegar al borde del cráter, Hart se fijó en que la lancha había vuelto al submarino y estaba cargando a otros miembros de la tripulación. Creyó reconocer entre ellos la cadavérica y enjuta silueta de Schmidt. ¿Adonde iría?

Siguieron hacia la cima y quedaron fuera del campo de visión de los que se hallaban a bordo; Drexler se acercó a Greta. Estaba claro que no le inquietaba que el piloto pudiera hablar con ella, y él también mantenía sus distancias con la mujer. Hart se dio cuenta de que su relación tras el enfrentamiento en el laboratorio no había mejorado. Decidió tener paciencia. A pesar de la situación, se había animado un poco al salir de los confines del U—4501. Hasta los adustos miembros de las SS parecían más alegres. El aire era seco, frío y exquisitamente limpio. El desacostumbrado paseo les fortalecía los músculos. Hart se detenía de vez en cuando.

—Beban mucha agua —iba advirtiéndoles—. El clima aquí es muy seco, a pesar de la nieve.

Rodearon la cima bajo la brillante luz del sol. Hart echó una ojeada hacia el yermo valle, donde sabía que seguían esparcidos los cadáveres de los alemanes. ¿Se dirigiría hacia allí Schmidt? ¿A recoger los cuerpos o las esporas? No quiso mostrar el lúgubre valle al grupo. Le gustara o no, todos resultaban necesarios para efectuar, el descenso hacia el interior de la montaña. El pánico constituiría un obstáculo.

Más allá del valle divisó el otro volcán, que humeaba de forma irregular. A ratos, el vapor quedaba oscurecido por la ceniza, y en otros momentos el vaho lo aclaraba. La nieve de alrededor de la cima parecía salpicada de carbonilla. Se preguntó qué opinaría Elmer de aquello. «Esta isla no le quiere a usted aquí», le habría dicho el esquimal. «Y a mí tampoco me apetece quedarme», le habría respondido Hart.

Al llegar exactamente al borde por la parte del cráter que daba al mar, Hart se volvió bruscamente. Tenía a sus pies una vista panorámica. A la izquierda, el mar, la isla rodeada por un quebrado laberinto de témpanos. Al frente, el nevado altiplano donde había aterrizado con el Bóreas, y junto a éste, el risco rocoso que unía los dos volcanes. Atrás, a su derecha, el valle. Sin decir nada, inició el descenso sobre la nieve de la ladera exterior del volcán. Se detuvieron en el saliente de basalto que se proyectaba en la montaña a apenas la mitad de la pendiente.

Hart miró al grupo que le seguía.

—Será difícil volver al borde del volcán —dijo a los soldados—. Tendrán que llevar a cabo un duro ejercicio para transportar la carga al submarino.

—El trabajo no nos asusta —dijo Hans.

Hart movió la cabeza.

—En otro momento dispusimos de un conducto que atravesaba la montaña y salía directamente a la laguna, pero el coronel Drexler lo voló. En 1939. A la vuelta pueden preguntarle la razón.

—Fue un derrumbamiento accidental, Hart. Y mejor será que guarde para sí la aburrida historia.

—A la orden, mi comandante. —Le saludó con gesto burlón y señaló con la punta del hacha—: La salida que encontré yo está aquí mismo.

Con el aspecto de un ojo entreabierto, una oscura rendija daba al océano y al mosaico de hielo.

—¿Vamos a arrastrarnos hacia adentro por aquí? —preguntó, poco convencido, Rudolf, el hombre al que Hart llamaba Espinete.

—En el interior se ensancha.

Se pararon para sacar cuerdas, linternas y cascos de minero con foco. Todos estaban ya a punto para entrar en la cueva y Hart seguía contemplando intrigado el punto situado al fondo de la ladera del volcán, hacia la pequeña bahía en la que apenas se acumulaba el hielo. Su mirada recorrió la orilla en busca de algo. Luego, mientras Drexler se inclinaba junto a la mochila, se acercó rápidamente a Greta.

—Sigue ahí —le dijo en voz baja.

Ella miró hacia abajo, aunque no detectó lo que veía él y luego volvió la mirada hacia el mar.

—El océano es tan vasto... —dijo preocupada.

—Pero es posible.

Le robó una caricia con su mano enguantada.

—¿Está a punto, Hart? —saltó Drexler. Seguía su mirada inquieto, dejando patente que le había irritado el murmullo pero no quería hacer una escena. Los agentes de las SS observaron a los tres con interés.

—Dispuesto.

—Cumpla con su trabajo y sitúese delante.

Tuvieron que arrastrarse hasta llegar al recinto cubierto de arena situado cerca de la entrada. Luego el conducto se estrechó de nuevo al descender hacia el interior de la montaña. Hart les explicó que habían dejado una bandera de colores cada diez metros aproximadamente para marcar la intrincada ruta. Precisó que la cueva se ensanchaba en un tramo al llegar a la larga chimenea vertical —el hueco del ascensor— por la que él y Fritz habían descendido hacía tanto tiempo. Luego volvía a estrecharse antes de la gruta. Tendrían que fijar cuerdas a lo largo del camino.

El grupo avanzaba lentamente, preparado para un repentino hundimiento. De vez en cuando se desprendía una piedra, que rodaba junto a los espeleólogos y terminaba en los pozos situados más adelante.

—¡Maldita sea! ¡Esto es peor que el submarino diseñado por unos enanos! —exclamó Hans al resbalar en un punto difícil, mientras caía de espaldas y tenía que llevar a rastras la mochila.

—Por lo menos no hace tanto frío como fuera —respondió Espinete.

—En cualquier lugar hace menos frío que fuera.

Hart tuvo que detenerse unas cuantas veces y en alguna ocasión incluso volver hacia atrás. Los conductos de lava formaban un laberinto; habría sido un milagro encontrar la salida en la oscuridad. Estaba cogiendo adrede la dirección equivocada, en un intento por elaborar un mapa mental de las rutas alternativas. El resto del grupo le agradecía un momento de descanso durante su exploración.

—Aquí mismo estuve a punto de morir y no quiero repetir la experiencia —les explicó.

La chimenea seguía siendo lo más intimidador. El conducto de la lava descendía con la peligrosa inclinación de un tobogán infantil, para abrirse luego hacia un pozo vertical de cientos de metros de profundidad. Con gran cautela, Owen se colgó de una cuerda hasta aquella confluencia, y agitando las piernas en el vacío, logró soltar una piedra para que todos comprendieran que había que andar con muchísimo tiento. Esta cayó en la negrura, y no se oyó sonido alguno hasta que transcurrió lo que a todos les

parecía una eternidad. Entonces les llegó el ruido del choque en un punto alejadísimo. El eco lo fue repitiendo.

—¡Caray! —exclamó un agente de las SS—. Se diría que el pozo no tiene fondo. ¿Hasta ahí tenemos que llegar?

—No sólo eso —respondió Hart—. Además, habrá que ascender de nuevo. Y con una carga mayor de la que llevamos ahora.

—Odio esta puta guerra.

—Por fin estamos de acuerdo.

El piloto desenrolló una cuerda en la penumbra y empezó a bajar, deteniéndose de vez en cuando para hundir una clavija que sujetara la cuerda. Los demás le iban siguiendo con cautela.

En el saliente, donde se juntaban el conducto de la entrada con la chimenea, Hart esperó a que el grupo se uniera. Todos jadeaban. Echó una ojeada a Greta. Se había ido amoldando a todo, apartándose de los nazis, quienes habían aprendido ya a mantener las distancias. Drexler estaba cerca de ella, intentando situarse siempre entre su esposa y Hart, aunque evitaba mirarla.

Ella tenía la vista fija en la chimenea por la que habían descendido en aquella ocasión, absorta en sus recuerdos, cuando Hart, señalando con la cabeza el conducto horizontal, dijo:

—Por aquí.

Los labios de Greta se entreabrieron por la sorpresa, pero volvieron a cerrarse. Avanzaban como si fueran a salir de la montaña por el conducto que se había derrumbado.

—¡Jürgen! —gritó Hart—. ¿Puede acercarse hasta aquí? Quiero mostrarle algo.

Drexler le obedeció. El haz de luz del foco de su casco iluminó un muro de rocas desprendidas procedente del derrumbamiento; Hart les había llevado de nuevo a un callejón sin salida. Drexler empezaba ya a impacientarse por los constantes rodeos, pero había decidido reprimirse y no decir nada: seguía necesitando al estadounidense.

—¿Qué es eso? —preguntó de mal humor.

—El resultado de los objetivos alemanes. —Hart iba proyectando la luz de su propio casco—. Ahí. —Le señaló el punto.

Greta soltó un grito ahogado. Huesos. Sobre un montón de escombros vieron un cadáver, muy descompuesto ya a causa de la temperatura de la cueva. Sobre el cráneo quedaban unas trizas de piel apergaminada. Destacaban una hebilla, los botones y una navaja de bolsillo entre la telaraña de hilos que cubría la caja torácica. Las piedras ocultaban las destrozadas piernas.

Drexler quedó petrificado.

—¿No ve que es Fritz, Jürgen? —exclamó Hart—. Clavado en el punto donde usted decidió quitarle la vida al provocar el hundimiento.

Se oyó un murmullo de inquietud en el grupo.

—¡Ya es mala suerte! —dijo uno en voz baja.

Drexler dirigió una siniestra mirada a Hart.

—¿Y qué tiene que ver eso con nuestra misión?

—Es algo que simplemente pone de relieve su profunda preocupación por sus hombres.

—A mí no me acuse, Hart. Pese a ser un charlatán comunista, jamás deseé la muerte a Eckermann. Sencillamente, ocurrió que se encontraba en el lugar donde no debía en el momento preciso.

—Pues tendremos que enterrarlo.

—No disponemos de tiempo para sensiblerías de este orden. Hart cruzó los brazos.

—No nos moveremos de aquí hasta, que su cuerpo quede cubierto de piedras y hayamos rezado una oración sobre su tumba.

Nadie quería malgastar más tiempo discutiendo en las profundidades de la cueva. El alemán bajito quedó pronto sepultado, y Hart dirigió la plegaria al Altísimo, mientras a un par de soldados se les trababa la lengua con aquellas palabras. Luego se volvió hacia el grupo:

—Ese es uno de los hombres. Antes de seguir adelante en la misión, quisiera que todos imaginaran que habrán de enterrar a millones como él: las víctimas de una nueva peste.

—Todos estamos hartos de sus pretensiones morales, Hart —intervino Drexler—. Se está librando una guerra. Y nosotros hemos bajado aquí para salvar vidas, y no para segarlas: para conseguir una medicina, y no una enfermedad. Piense que por la primera vida que tendría que preocuparse es por la suya. De modo que sigamos.

Owen les miró a todos entristecido.

—Muy bien. —Señaló—: Volvemos al hueco. —Los hombres avanzaron de nuevo, ansiosos por alejarse del cadáver. En esta ocasión Drexler se situó en cabeza.

El piloto se acercó a Greta y la miró inquieto.

—¿Te encuentras bien?

Ella asintió.

—Sí. Hemos tenido una pelea.

—Me inquieta dejarte a solas con él.

—No le tengo miedo a Jürgen.

—Yo sí.

El responsable de los servicios secretos estadounidenses se encontraba en la terraza de la embajada de Lisboa con el contenido de una carpeta esparcido sobre la mesa. Al atardecer la temperatura refrescaba, aunque resultaba agradable. El agregado naval

les había llamado.

—Puede que el alemán no mienta, después de todo —les dijo.

—Vamos, Sam —saltó en tono burlón el responsable—. No dispone de la menor prueba que respalde esta extravagante historia. ¿Cómo sabemos, además, que no asesinó a Hart? Una de dos, ese alemán es un infiltrado o un psicópata.

—Yo también lo pensé. —El agregado señaló los papeles—. Pero he comprobado que la historia empieza a cuadrar.

—¿A qué se refiere?

—Hace seis días, un escuadrón de escolta que circulaba por el océano Indico realizaba una patrulla aérea rutinaria y se encontró con un submarino alemán al sur del Atlántico, lejos de toda ruta de tránsito y de los campos de batalla habituales. Según los pilotos, se trataba de un navío de gran envergadura que al parecer se dirigía a Japón para alguna misión de intercambio. Arrojaron sobre él cargas de profundidad y apareció una gran mancha de combustible. Sin embargo, no pudieron confirmar el hundimiento.

—¿Y?

—Dos días después interceptamos un mensaje radiofónico codificado de un submarino situado aún más al sur. Decía que el submarino se estaba quedando sin combustible y necesitaba aprovisionamiento para el viaje de regreso a Alemania. Pedía la intervención de una «vaca lechera», aunque no con urgencia, pues primero debía dirigirse a otra parte. Lo extraño es el tiempo. Sin duda no habría podido llegar a Japón. Tal vez iban a Suramérica. O... a la Antártida.

El responsable frunció el ceño.

—Piénselo un poco, Phil —le planteó el agregado naval—. Aparece el tal Kohl con esa historia de la misión secreta y por otro lado descubrimos un submarino más o menos por la zona donde él preveía que debía encontrarse. Además, ¿a qué habría venido aquí Kohl si huyó de Francia?

—Porque pretende que desviemos recursos hacia la Antártida. Se trata de una estratagema nazi.

—Tal vez. Pero ¿y si dice la verdad? ¿Si realmente ha cambiado de bando? Un oportunista como él, a estas alturas de la guerra...

—Sam...

—Tenemos un destructor en Punta Arenas. Poseemos la mayor Armada del mundo, tenemos a Hitler contra las cuerdas...

—¡No les diré eso a los muchachos que las pasan canutas en la contienda!

—Por otro lado, nos podemos permitir desviar un barco. ¡Maldita sea, Phil! ¿Y si el hombre tiene razón?

—¿Y si esos alemanes están montando una guarida ahí abajo? —intervino con calma el ayudante del embajador—. Para refugiarse después de la guerra. Creo que

Sam está en lo cierto. Deberíamos pedir a la Armada que lo controle.

—No sé si seremos capaces de convencer a Washington.

—Lo conseguiremos si les prometemos un submarino como botín —dijo el agregado.

—Podríamos llevarnos a bordo al maldito y empalagoso nazi —sugirió el ayudante del embajador—. Diciéndole que o bien nos ayuda a encontrar el submarino o le dejamos allí por habernos creado problemas.

CAPÍTULO 32

Greta se sentía agredida. La gruta de la cueva había sido para ella un lugar secreto, un dulce recuerdo al que se había aferrado durante los oscuros años de la guerra. En aquellos momentos, los rufianes de las SS de Jürgen se habían hecho dueños y señores de ella; sus rudas carcajadas le parecían un sacrilegio. Tenía la impresión de que el destino había decidido arrebatarse todo lo que más quería. Odiaba a Jürgen por haber llegado hasta allí. Aun cuando no estaba al corriente de lo que había sucedido sobre aquellas mantas, allí tal vez podía imaginarlo, y la sola sospecha por parte de él le parecía a Greta una violación de su intimidad, de los momentos que recordaba con más cariño. Le habían mancillado el recuerdo.

Owen estaba empapado, temblaba: los alemanes se servían de él como si fuera un esclavo. Habían lanzado una cuerda por el salto de agua hasta el estanque subterráneo y le iban bajando unos pequeños cubos de agua para que recogiera y mandara hacia arriba grandes cantidades del misterioso organismo. Según Owen, el agua del estanque seguía siendo tibia, pero la inmersión constante y el agotador ascenso le habían dejado exhausto y había cogido frío. En aquellos momentos le habían concedido un respiro, durante el cual se quitó la empapada ropa, la colocó sobre las calientes piedras y se cubrió con una manta. Parecía frustrado, impotente. Greta vio cómo la miraba con tristeza, y tuvo que apartar sus ojos de él para que no se diera cuenta de su propia desesperación.

Los músculos de la bióloga estaban también doloridos por el esfuerzo de agacharse junto al río subterráneo para ir colando el limo y conseguir la concentración, que debían llevar a la superficie. Dos miembros de las SS habían partido ya cargados. Jürgen se acercó a ella y la miró a los ojos. Con el trabajo ya en marcha, su aire pesimista se había transformado en inquieta emoción.

—¿Eso es lo que necesitamos? —le preguntó él—. ¿Lo que va a curar la enfermedad?

Greta dejó el tamiz en el suelo y con aire fatigado se apoyó en los talones.

—No lo sé, Jürgen. Es lo que encontramos Owen y yo, pero... ¿quién sabe si seremos capaces de reproducirlo en grandes cantidades? Es un lugar insólito, una cueva oscura, con el agua atestada de elementos microscópicos vivos y de materia química. Puede que tardemos mucho en reproducirlo en un laboratorio.

—No disponemos de mucho tiempo. Ni de poco, me atrevería a decir. Por ello es

imprescindible que empecemos a experimentar ahora mismo, en el submarino. Tengo que saber qué hace falta para el éxito antes de abandonar la isla. Si hay que bombear cierta cantidad de agua de aquí para la reproducción del organismo, también se hará.

Greta se secó la frente con el brazo.

—¿Para que Alemania pueda propagar el microbio?

—¡No! Para que yo pueda poner fin a esta guerra.

Ella levantó la vista con aire escéptico.

—¿No te das cuenta, Jürgen, de que eso es demencial?

—¿Por qué insistes en verme como un monstruo?

—¿Será porque me tienes cautiva? —Se levantó, entumecida, apoyando las manos en la parte inferior de la espalda—. ¿Será porque le diste a la isla el nombre de la Moira que arrebató la vida?

Drexler puso mala cara.

—Sí, lo busqué en la enciclopedia. Escúchame: yo no quiero una cautiva —dijo impaciente—. Quiero una socia. No te habría confinado si hubieras hecho gala de la lealtad y fidelidad que se exige a una auténtica esposa alemana.

—¿Y cuándo te has comportado tú como un auténtico esposo alemán? ¿Has colocado en algún momento el amor por delante de la ambición?

Al oír eso hizo el ademán de levantar la mano, pero vio que los agentes de las SS le observaban con interés. Detuvo el gesto.

—Vamos a dejar estas estúpidas peleas, por el amor de Dios —le dijo en voz baja—. Llevas seis años casada conmigo y sigues sin conocerme, sin comprenderme.

—Comprendo que a menos que actuemos con una gran cautela, no sacaremos nada positivo de todo esto.

La impaciencia de Drexler iba en aumento.

—Ahí es donde te equivocas. Sólo la rapidez puede llevarnos al éxito. —Reflexionó un momento—. Tienes razón. Nuestros motivos son más complejos de lo que te revelé en Berlín. Pero no en el sentido que tú imaginas. Te dije que tenía otras cosas que aclararte respecto a mis planes y creo que ha llegado el momento de hacerlo; el momento de comprender lo que estamos haciendo aquí. De saber quién es el verdadero Jürgen Drexler. —Se volvió hacia Owen—: ¡Venga aquí, Hart! —luego se dirigió de nuevo a Greta—: Os lo contaré a los dos y entenderéis por qué hemos emprendido un camino tan largo y duro.

Los tres se apartaron para que no pudieran oírles los agentes de las SS que aún permanecían allí y Drexler se quedó un rato en silencio, pensando lo que iba a decir. Formaban un trío insólito. Hart seguía empapado, sus ojos revelaban cansancio; Greta y Jürgen llevaban la ropa mugrienta. Ninguno de ellos había dormido bien en muchos días.

—Escuchadme —empezó por fin Drexler—. ¿Acaso creéis que estaría aquí en

este infecto confín de la Tierra, manipulando mierda, si no tuviera una elevada meta? ¡Por favor! ¡Esto es infernal! —Señaló hacia la gruta.

—Interesante la constatación, Jürgen —dijo Hart.

Drexler frunció el ceño.

—Cállese de una puñetera vez, inculto payaso. Estoy harto de las burlas de un hombre que todo lo que ha conseguido en su vida es robarme la esposa. —Dejó el comentario en el aire—. ¿Aún no ha entrado en su minúsculo cerebro que ahora que nos ha traído al interior de la montaña ya no le necesito? ¿Que sobra en esta expedición? ¡Otro comentario despectivo y yo mismo dispararé contra usted!

El piloto estuvo a punto de responder, pero cambió de idea.

Drexler respiró a conciencia.

—Perfecto. Sigamos. Es cierto que la primera vez que pisamos la isla sólo despertó mi interés la enfermedad. La consideré un medio de defensa para los alemanes, o cuando menos, una baza para la investigación. Luego mis hombres se pusieron enfermos, murieron y todo pareció terminar, como mínimo hasta un posible retorno.

—¿Y por qué no lo dejamos así? —preguntó ella.

—A ello voy. ¿Me haréis el favor de escuchar? —La miró, frustrado—. Informamos de nuestro descubrimiento, evidentemente, pero los estrategas del Reich adujeron que se trataba de una enfermedad demasiado peligrosa para poder utilizarla si nuestras tropas no eran inmunes a ella. Luego empezó la guerra, nuestras victorias lo eclipsaban todo, la Antártida quedaba muy lejos y me olvidé de la cuestión. Sin embargo, al ensombrecerse el destino del Reich, recordé de nuevo la isla. Me acordé de la emoción de Greta tras la exploración en esta cueva y pensé que tal vez me había apresurado. ¡Luego apareció usted, Hart! Un desastre personal, debo admitirlo, pero también una revelación. ¡Una inspiración! Porque entonces me di cuenta de que la clave del éxito radicaba en nuestros problemas personales. Y no para destruir, sino para poner punto final a la destrucción. Para acelerar el armisticio en esta guerra.

—La guerra acabará pronto de todas formas, Jürgen —replicó Hart—. Puede que en Navidad.

—Ahí se equivoca. Eso es lo que no entiende usted. En este preciso instante, mientras nosotros estamos hablando aquí, Alemania está preparando una importante nueva ofensiva en Occidente que cogerá por sorpresa a los aliados. Y eso no es más que el comienzo de lo que nos ha prometido nuestro Führer. El flamante submarino que nos ha salvado la vida no es más que uno entre los cientos que se están construyendo ahora mismo, que pronto cambiarán el rumbo de la guerra naval. El Reich fabrica un nuevo tipo de avión con un motor a reacción revolucionario. Además, Alemania fabrica también unos cohetes capaces de llegar a América. La guerra no ha terminado ni de lejos, Hart. Puede durar años y años. A menos que

actuemos nosotros. A menos que alcancemos el éxito.

«Y tú no me revelarías esos secretos a menos que no estuviera a punto de ser sacrificado», pensó el piloto con tristeza.

—De modo que se me ocurrió utilizar el microbio, pero no como medio para una matanza en masa, sino para la salvación en masa. Para acabar con esta guerra de una vez por todas. Para que el mundo recupere el juicio. Porque con tu antibiótico, Greta, de pronto ya no amenazamos con la muerte. Ofrecemos la vida.

—¿Cómo?

—Incluso en el caso de que consiguiéramos propagar la enfermedad y proteger totalmente a nuestra población, Alemania seguiría corriendo peligro. El adversario tomaría represalias. Corren rumores de que los Estados Unidos de América trabajan en un armamento potentísimo: un nuevo tipo de bomba. Los científicos alemanes opinan que dicha bomba tardará años en ver la luz, pero ¿quién sabe? ¿Y si conseguimos una escalada en la guerra y los estadounidenses responden por su lado? La muerte engendra muerte. Esa lección nos la ha proporcionado el siglo en que vivimos. Pero ¿y si ofreciéramos vida a cambio? ¿Qué ocurriría si proporcionáramos a los aliados la oportunidad de curar una terrible enfermedad a cambio de la firma de un armisticio? ¿Si consiguiéramos un alto el fuego con nuestras propias estipulaciones? ¡En efecto, la paz! Por medio de la urgente tarea del estamento médico y sanitario alemán que pusiera fin a la plaga que puede invadir Washington, Londres o Moscú.

La pareja estaba perpleja.

—Pero —protestó Greta— ¿cómo se difundiría la plaga, Jürgen?

—Mediante cohetes —respondió él con gran naturalidad—. O bien aviones, submarinos, incluso camiones. Habrá que soltar las esporas. Lo más rápido sería utilizar un cohete V—2 de noche. El elemento patógeno se adueñaría de ciudades enteras en cuestión de poquísimo tiempo. Ahora bien, la población no tendría que morir de forma indefectible si los aliados aceptaran rápidamente la ayuda alemana a cambio de la paz. Entonces se pondría fin a la guerra.

—¿Infectarías una ciudad entera?

—Sí. Y luego la salvaría. Para acabar con la guerra. Para equilibrar el horror con la clemencia, y conseguir así la paz. Cuando se hicieran cuentas, nosotros seríamos los héroes. —Les miró, a la expectativa.

—Pero ¿y las mujeres? ¿Y los niños? —protestó Greta—. La población huirá, los problemas a la hora de destruir un antibiótico...

—Eso no son más que detalles. Funcionará. ¡Funcionará! Si lo hacemos funcionar nosotros. Y todo empieza aquí, en esta cueva. Ya ves, Greta, que no soy un monstruo, sino un hombre con amplitud de miras. El único hombre capaz de ver con claridad la forma de acabar con esta guerra poniendo los alemanes las condiciones.

Ella le miraba consternada.

Intervino Hart:

—Pues yo abandono.

Drexler suspiró.

—Hart, usted no puede abandonar sin mi permiso. —La amenaza estaba clara.

—Deja que la guerra acabe por sí misma, Jürgen... —dijo Greta desesperada.

—¡No! Me niego a convertirme en víctima de los acontecimientos cuando tengo la posibilidad de dirigirlos. Contamos aquí con una posibilidad impresionante, mucho más de lo que habíamos esperado la primera vez que pisamos la Antártida. Eso es lo que esperaba decirte. Lo que esperaba compartir contigo. ¿Colaborarás?

Greta estudió el rostro de su marido durante un buen rato. Luego asintió lentamente, llena de tristeza.

—Haré lo que tenga que hacer, Jürgen.

—¿Están dispuestas las cargas? —preguntó Schmidt amablemente, encogiéndose ante el frío viento del árido valle. El tono quedaba apagado por la máscara antigás.

—Efectivamente, doctor. Será un bonito espectáculo. —El agente de las SS empalmaba los cables al detonador.

Schmidt observaba con expresión avinagrada el humeante volcán que se levantaba ante ellos; la panorámica quedaba empañada por los rayados cristales de la máscara. Las nubes de ceniza le habían puesto nervioso durante el rato que habían estado recogiendo esporas en el extremo superior del helado lago y deseaba estar de vuelta en el submarino antes de que llegara aquella maldita mujer; podía mostrarse irracional si constataba que no sólo había recogido unas cuantas esporas para hacer la prueba del antídoto, si comprendía que habían llegado hasta allí para hacer acopio tanto de la enfermedad como del remedio. Sin embargo, aquélla no era la única razón que le tenía inquieto: no soportaba el aire libre y esperaba impaciente llegar a la atmósfera controlada del submarino. Odiaba asimismo la pegajosa goma de la máscara, a pesar de que sabía perfectamente que era lo único que le mantenía vivo hasta que Greta volviera con el antídoto. Los cadáveres momificados que habían visto en el valle le sirvieron como advertencia. Casi no se atrevía a respirar para no inhalar una spora.

Quedaba claro que las bacterias llegaban a la superficie transportadas por el agua caliente, que se secaban allí y que: luego el viento las esparcía por la isla. Resultaría imposible aislar del todo su origen, aunque sí factible mantenerlo oculto, cuando menos hasta el fin de la guerra, por si los aliados llegaban hasta allí. El Reich disponía ya de suficiente cantidad de esporas para iniciar el cultivo masivo en los laboratorios. Al vertiginoso ritmo con el que se desarrollaban las bacterias, en unas semanas dispondrían de la cantidad que les hacía falta. Estarían a punto justo en el momento en que tuvieran los cohetes al alcance.

Schmidt consideraba absurdo el elaborado plan de Drexler para mantener las capitales aliadas como rehenes de la paz.

Aquello era demasiado complicado. Mejor sería acabar con el máximo número de enemigos mientras esperaban poder echar mano del avanzado armamento alemán. La guerra se centraba en la muerte, y no en la psicología. De todas formas, Drexler desplegaba más energía cuando podía recurrir a sus ingenuos sueños; por ello el médico le permitía la cháchara. Pero todo seguía siendo discutible hasta que tuvieran en la mano tanto la enfermedad como el remedio. Schmidt se sentía satisfecho de poder dejar la estrategia final a otros: como científico, prefería la pureza de la investigación.

Tenía ganas de fumar y deseaba poder quitarse la máscara para encender un cigarrillo. Bueno, como mínimo habían dado el primer paso. Ya era hora de iniciar el camino de regreso.

—Detonación —ordenó tranquilamente. El soldado hizo girar la manivela.

Acto seguido, un estruendo resonó en el glaciar, planeó en el extremo del valle y un geiser de nieve y barro irrumpió en el aire mientras se iban abriendo grietas en el hielo. Le siguieron una explosión tras otra; algunas se elevaron a gran altura en la helada punta. Como contrapunto, el profundo estrépito de la avalancha. Una masa acuosa de nieve, pedazos de hielo, fragmentos de piedra glacial que descendían, empujando la blanca nube.

—¡Espléndido!

Aquella máscara le daba a Schmidt el aspecto de un insecto gigantesco. Tras ella, sus ojos brillaban al observar el desplazamiento de la capa superficial de la montaña. Todos los miembros de las SS volvieron la cabeza al notar la fuerza de la onda expansiva, que les hizo tambalearse arrojando sobre ellos una ventisca de nieve y polvo. Cuando se detuvo la avalancha y reinó de nuevo la calma, vieron cómo los manantiales de agua caliente quedaban sepultados bajo las piedras, el barro y los pedazos de hielo. Unas volutas de vapor se arremolinaban en dirección ascendente.

Los agentes de las SS aclamaron la hazaña, aunque el sonido quedó amortiguado por las máscaras. El médico estudió su trabajo. Se había producido cierta licuación, pero el terreno había quedado cubierto, con lo que se evitaba que otros pudieran repetir la operación. El secreto estaba sellado.

—Caballeros, el Reich dispone ya del monopolio en la baza más importante de la historia —les dijo—. Vamos a trasladar el tesoro al barco.

CAPÍTULO 33

Greta estaba agotada; se había dejado caer sobre una caja del improvisado laboratorio del submarino tras una jornada de treinta horas sin parar. Estaba sola. Schmidt, tras conseguir la multiplicación de los microbios para poder probar el antídoto, se había retirado alegando el cansancio de la edad. Allí, abandonada, respirando con dificultad a través de la máscara, con las manos cubiertas por los guantes, contemplaba las cajas con una sensación de haber alcanzado una triste victoria. Habían muerto tres conejillos, sus cadáveres estaban en un estante, con aire atormentado. Greta veía los blancos dientes que había dejado al descubierto la mueca de dolor definitiva. Quedaba claro que el organismo de la cueva no inmunizaba contra la enfermedad: se lo habían administrado a aquellos animales antes de inyectarles la enfermedad y no había dado resultado. No obstante, el resto había sobrevivido, tras haber sido infectados con el microbio y tratados posteriormente con el antídoto. Algunos habían manifestado al principio algún síntoma, se habían contorsionado en la jaula, pero luego se habían recuperado. Como remedio, el material funcionaba.

No soportaba matar a los animales de laboratorio. Pero quizá disponía ya de un curioso medio para salvar vidas humanas y evitar que la locura fuera en aumento, como apuntaba Jürgen. ¿Había hecho lo que debía? ¿O tal vez facilitaba la propagación del microbio al combatirlo? Hundida por la fatiga, tenía la impresión de haber perdido la brújula moral, y de pronto recordó con nostalgia la seguridad de que hacían gala las monjas que la habían educado. Sin embargo, luego se preguntaba a qué dilemas tenían que enfrentarse aquellas monjas que se encontraban siempre a salvo. Deseaba tener a Owen a su lado para hablar con él.

La bióloga se desperezó, extenuada pero incapaz de conciliar el sueño. ¡Qué rudimentario era su equipo! Una simple conducción de agua y un tosco desagüe. Un hornillo de alcohol. Habían colocado allí unas tablas de madera a modo de mesa para los cultivos microbianos de Schmidt, las esporas recogidas en el árido valle. El médico se había negado a recurrir a la provisión microbiana custodiada por los alemanes por el riesgo que conllevaba, según él, transportar los cultivos a bordo sin disponer de antídoto. Le había comentado a ella que era mejor que las esporas entraran en el submarino cuando llegaran a Átropos. En aquellos momentos, los cultivos se encontraban bajo la luz de unas lámparas: recipientes Petri atestados de elementos patógenos. Junto a ellos, otros cultivos de enfermedades más benignas, que

entrañaban menos peligro para el traslado, según decía. Por el momento, el antídoto parecía igual de efectivo en todas ellas.

Greta había intentado convencerles de que había que destruir los cultivos de la enfermedad antes de zarpar. Ya no les hacían falta. ¿Qué sentido tenía correr riesgos?

Los experimentos indicaban que la expedición podía ser un éxito. Las primeras pruebas en el recipiente demostraron que podían cultivar y multiplicar el medicamento en Alemania. Greta había conseguido asimismo convertir aquella masa viscosa en un polvo seco y estable, fácil de almacenar y utilizar, por medio del calor y la evaporación. Los animales a los que se había inyectado el remedio ya tratado habían experimentado una recuperación tan rápida como los que habían ingerido la materia sin tratar. De modo que el antídoto funcionaba, al menos aplicado a los animales y en los recipientes. Había que reconocer, no obstante, que un medicamento es algo tan misterioso y variable que no puede determinarse su efectividad real hasta llevar a cabo las pruebas clínicas en el lugar adecuado. A pesar de todo, lo tenían en su mano, y aquello significaba que Jürgen debía mantener su promesa: dejar salir a Owen de la cueva para reunirse con ella en el submarino. ¿Lo haría?

De pronto, la idea la deprimió. La vuelta de Owen implicaría el intento de fuga, y aunque consiguiera hacerlo efectivo —algo poco probable, admitía él mismo—, deberían permanecer separados como mínimo hasta que acabara la guerra. Con Owen ya fuera de su alcance, cerrarían de nuevo herméticamente el submarino para emprender el largo viaje de regreso y ella seguiría presa en aquel microcosmos del Reich que tanto despreciaba. Otra vez encerrada junto a Jürgen Drexler. Ansiaba poder escapar con Owen, pero era consciente de que el mero intento de hacerlo dispararía la alarma inmediatamente y sus posibilidades quedarían reducidas a cero. A bordo, incluso podía retrasar o hasta complicar la persecución. Para salvar a Hart, tenía que renunciar a él. Así habían tramado el plan.

La urgencia se hacía imperiosa.

Con la sensación de llevar a cabo un lúgubre objetivo, abrió un cajón, cogió una mochila que tenía allí guardada y se dirigió hacia la cocina con la esperanza de encontrar suficientes provisiones para mantener vivo a un hombre durante —ella apenas se atrevía a calcularlo— unas cuantas semanas.

Hart soltó un gruñido. Hans le despertaba de nuevo azuzándole con la punta de la bota. Era por la mañana, si es que se podía llamar así en la gruta, donde no llegaba la luz del sol. El piloto tenía aún el cuerpo magullado a causa del arrebato de la noche anterior. La arrogancia del nazi le había espoleado a pegarle un puñetazo al cabrón de pelo rubio, y como resultado, se había encontrado en el suelo con las rodillas del nazi contra su pecho.

—Me lo pone demasiado fácil, Hart. Me gusta pelear, pero con usted no es ni una

distracción. —Hans le había pegado un sopapo como quien no quiere la cosa, pero le había partido el labio—. Tendría que aprender a luchar. Es algo imprescindible en un hombre.

Hart le escupió en la frente y el otro le esposó con tal fuerza que hasta la cabeza le retumbaba. Se quedó tumbado, inmóvil, derrotado.

—Es como un gatito —dijo Hans a Rudolf.

El piloto estaba también agotado de tanto nadar en el estanqué para recoger aquel organismo diáfano. Los agentes de las SS no le echaban nunca una mano; se limitaban a recoger el material cosechado, sentados junto a la cascada, jugando a las cartas a la luz de la lámpara. Era consciente de que pretendían minarle las fuerzas con la misma determinación con que él intentaba conservarlas. Era su esclavo, y cuando hubiera acabado con la recogida, ellos acabarían con su vida. Aún no había visto posibilidad alguna de fuga. Como para recordárselo, oyó un sonido metálico al levantar la pierna para incorporarse. Todas las noches Hans le encadenaba con una esposa a una serie de recipientes que hacían las veces de alarma.

—Como si fuera el cencerro de una cabra —comentaban los de las tropas de asalto.

En aquellos momentos había bajado a desayunar otro agente de las SS llamado Oskar y estaba descargando su pesada carga con un bufido de alivio. Entonces, desataron la cadena que unía la pierna de Hart con los utensilios de cocina, les pasaron agua rápidamente y encendieron el hornillo. Hart se acercó a ellos cojeando a buscar un trozo de pan. No le dieron casi nada, teniendo en cuenta el trabajo realizado. Pero en una ocasión en que se había quejado, Espinete derramó su sopa en la arena.

—Está de suerte, americano —le dijo el nazi de malas formas—. Tenemos ya material suficiente para salir del agujero. ¡Un día más! Está cansado de nadar, ¿no?

—Estoy cansado de nadar.

—Pues tendría que aprender a cansarse de las mujeres. —Le acercó una cuchara al piloto—. No traen más que problemas. Usted mismo lo demuestra. —Todos se echaron a reír.

—Yo mismo lo demuestro. —Hart masticó con aire taciturno, pensando—. Ha traído usted un enorme bulto, Oskar —dijo por fin—, teniendo en cuenta que ahora lo que hay que hacer es subir de nuevo.

—Realmente pesa. Pero voy a dejarlo aquí.

—¿Dejarlo aquí?

Se miraron entre sí. Hans se encogió de hombros.

—Explosivos —explicó Espinete—. Para concluir la tarea que inició el coronel en 1939. Sellar este lugar para que únicamente Alemania posea el medicamento. ¡Patapam! —extendió las manos, sonriendo. Luego simuló un gesto de sospecha—.

Me imagino que no se sacará de la manga otra salida, ¿verdad?

—¿Piensa que si las guardara se lo contaría a usted?

El otro adoptó un aire despectivo.

—Usted me contaría lo que a mí me diera la gana.

—Pues la verdad es que no, pero creo que esto se derrumbará de todas formas. ¿No han notado los temblores? ¿Lo del otro volcán? Como el derrumbamiento anterior.

Hans y Oskar parecían intranquilos, pero Espinete asintió.

—Perfecto. Vamos a echarle una mano a la madre naturaleza. —Juntó las manos con un chasquido—. Y ahora se acabó el entretenimiento. A nadar, Hart.

El piloto se levantó con un esfuerzo, cogió las botas y la ropa y las metió bajo una piedra junto a la manta. Fue chapoteando hasta el borde de la cascada, se agarró a la cuerda fijada e hizo una mueca de disgusto al notar el frío del agua subterránea. Si quería huir tendría que despistar a aquellos cabrones de cabeza cuadrada en el ascenso. De todas formas, primero había que abordar el umbrío estanque.

—No estaría mal que me echaran una mano —gritó.

—Nosotros tenemos que recoger su maldita mugre —dijo Oskar—. Ya es ayuda suficiente.

Había empezado el turno de vigilancia de la mañana y Schmidt se había levantado con los marineros, sin afeitarse, con el pelo gris enmarañado y apelmazado. En la cubierta superior aspiró el humo del cigarrillo y, pensativo, echó una ojeada a la laguna, exteriorizando su opinión sobre la marcha de la misión. Había ocultado ya una gran provisión de esporas en un recipiente hermético y durante aquel día se recogería suficiente antídoto. Suponiendo que las pruebas de frau Drexler siguieran demostrando su efectividad, pronto estarían en casa. El siguiente paso consistía en procesar el resto del lodo de la cueva antes de que llegaran más provisiones. Bajó al laboratorio.

Greta estaba ya allí, observando con inquietud sus cultivos microbianos en la mesa.

—Vaya, ya veo que su amor al trabajo también la hace madrugar —le dijo Schmidt.

Ella levantó la vista.

—No estoy acostumbrada a tanto entusiasmo a primera hora de la mañana, doctor. ¿A qué viene la alegría?

—¿Por qué no? —Con gesto instintivo, fue a coger otro cigarrillo, pero luego recordó que se había prohibido fumar en las cubiertas inferiores—. Estamos a punto de hacernos a la mar, hacia el Reich, y el alto mando quedará encantado con nuestros presentes. Imagino que los datos recogidos siguen indicando un ciento por ciento de

eficacia en el medicamento reducido a polvo...

—No podemos afirmarlo con seguridad hasta que no se administre a algún ser humano. Espero que el antibiótico resulte efectivo contra una amplia gama de bacterias. Si se confirman mis sospechas de que la sustancia resulta muchísimo más eficaz que la penicilina, podremos salvar la vida de muchos enfermos.

—Evidentemente.

La miró lleno de curiosidad. ¿De verdad creía que estaba allí para curar la gripe? Greta se percató de la mirada.

—Sé que le da igual. Estoy al corriente de que usted y Jürgen se han marcado otra meta.

—¡No me diga! —Schmidt parecía divertirse.

Ella se echó un poco hacia atrás con gesto fatigado.

—Comprendo a medias la perspectiva de Jürgen. Él es un soldado. Desea la victoria. Pero usted es médico, Schmidt hizo un juramento...

—Yo no hice más que un juramento personal: seguir la senda de los conocimientos, me llevara a donde me llevara. Los organismos que usted y yo hemos recogido durante los últimos días, la contribución de uno y otro al Reich, constituyen la forma más elevada de eficacia, la biología más pura. Sólo el ignorante se aparta del conocimiento, en especial del conocimiento que puede utilizarse para defender la patria. Greta le miró y se puso triste.

—Me mintió, ¿verdad? Usted no llevó los microbios a Alemania. No ha recogido las esporas para llevar a cabo estos experimentos, sino para llevárselas de vuelta.

—Si ha sido capaz de adivinarlo, frau Drexler, ha sido la última del barco en percatarse. La recolección es imprescindible justamente por la mezquina reacción que tuvo usted en 1939, cuando destruyó los cultivos y traicionó a la ciencia.

—De modo que si no hubiera decidido volver esta vez para salvar a Owen, no existiría el peligro del contagio. —Su tono era apagado.

—No se dé tantos aires. Yo habría venido de todas formas a buscar las bacterias. Aunque debo reconocer que nos ha sido útil. Ahora usted tiene el medicamento y yo el microbio. Hemos recogido esporas más que suficientes para nuestro objetivo. Y en el caso de que el enemigo siga la misma ruta que nosotros, no encontrará nada.

—¿De qué me está hablando?

—¿Cree que somos tan imprudentes como para permitir que otras naciones sigan nuestro ejemplo? Hemos dispuesto explosivos para enterrar los manantiales de donde surgen las esporas. Vamos a dejar que los aliados den palos de ciego si aparecen algún día. No encontrarán más que escombros. Y hacia marzo, el Reich tendrá cultivos suficientes para destruir a todos sus enemigos.

Greta le miraba consternada. Sin embargo, notaba que el corazón le latía con más fuerza, que una chispa de emoción empezaba a combatir el cansancio.

—¿De modo que lo que tenemos ahora mismo en el submarino son las únicas esporas de que disponemos? —precisó.

—Es oro en paño —exclamó él entusiasmado. La miró con cautela—. E imagino que se prestará como voluntaria para ayudarme a salvaguardar el alijo: para protegerlo como hizo usted en el Schwabenland. La verdad es que no tiene que preocuparse. El microbio se ha convertido en una cuestión de seguridad estatal, y he encontrado un lugar a bordo, que únicamente conozco yo, para almacenar las esporas que quedan. Ella lo miraba inquieta.

—Eso es peligroso, Max. ¿Y si un marinero tropieza con ellas? ¿Qué ocurriría si Freiwald descubriera lo que ha metido en el submarino?

—El lugar es más seguro que si estuviera bajo su custodia. Más seguro que sí lo dejáramos en este laboratorio.

Greta no supo qué replicar.

Schmidt se volvió para marcharse.

—Las esporas son más, el medicamento, suyo. Le voy a dar un consejo: concéntrese en el medicamento. Como quiera que parece que ha funcionado su proceso de purificación, le sugiero que concentre más cantidad de limo para que podamos transportar más. Dentro de poco traerán otra carga de la cueva.

CAPÍTULO 34

De repente, la oscuridad aumentó en el estanque subterráneo.

Hart se detuvo, moviendo los pies en el agua. No se encontraba totalmente a oscuras, pues seguía divisando un leve reflejo azulado en el hielo del techo, pero se dio cuenta de que se había apagado la luz de la lámpara situada junto a la cascada. Esperó un minuto a que los de las tropas de asalto la encendieran de nuevo, pero fue en vano. El piloto gritó. No obtuvo respuesta. Apenas divisaba la trémula claridad del salto de agua, pero empezó a nadar hacia allí. La luz no se encendía.

Llegó al saliente rocoso al pie de la cascada, descansó un instante y se encaramó en él. Cada vez más intrigado fue recorriendo la piedra, avanzando de lado y palpando en busca de la cuerda. Esta había desaparecido.

—¡Hans! —gritó—. ¡Rudolf!

Silencio.

Le habían abandonado.

¡Vaya con las promesas de Drexler! Greta habría triunfado con el medicamento y la pareja ya no tenía utilidad para ellos. Preocupado, se preguntó si Drexler le haría daño a ella.

Hart contaba con que esperarían a haber transportado la última carga al submarino. En su plan de fuga —que era más una desesperada ilusión que un plan— había incluido en todo momento la cooperación de Greta. Ella les despistaría de alguna forma y procuraría proporcionarle alguna provisión, lo imprescindible para emprender la inimaginable hazaña.

Pero al dejarle solo en aquel oscuro agujero, Drexler parecía haber cortado toda posibilidad. Intentó pensar. Se habrían contentado con la idea de que no conseguiría seguirles, a pesar de que les había hablado de su ascenso anterior a oscuras. ¿Cómo podían estar tan seguros? ¿En qué se basaban?

¡Claro! Si el propio Rudolf lo había dicho. Iban a volar la cueva.

—¡Válgame Dios!

Se estremeció. «¡No te dejes llevar por el pánico! De lo contrario no verás más a Greta».

Se dio cuenta de que le quedaba una salida. Habrían dispuesto tener tiempo suficiente para abandonar la gruta: el esqueleto de Fritz les habría demostrado lo poco estables que se mantenían los conductos cuando la explosión se producía cerca. No

hacía tanto que se había apagado la lámpara. Estaba clarísimo: tenía que alcanzarles antes de que se disparara el temporizador.

Se agarró con fuerza al risco. Les alcanzaría.

Había trepado tantas veces por el salto y la chimenea agarrado a la cuerda, que sabía dónde colocar los pies y las manos a ciegas y sin apoyo. Ahora tendría que demostrarlo. Estiró el brazo en la fría agua en busca del asidero que tenía en mente, lo encontró y colocó luego el pie. ¡Efectivamente! Tal como recordaba. «¡Reflexiona! Avanza lentamente para poder reflexionar».

¿Cuándo ocurriría la explosión?

Empujó hacia arriba notando el azote del agua en la oscuridad, apartándose un poco para recuperar el aliento. ¡Malditos soldados! Pero enseguida comprendió que el enojo le quitaba concentración. Poco a poco, iba pensando. Tres puntos de la roca a la vez. Primero sólo una mano o un pie. Arriba...

La oscuridad le desorientaba, pero siguió el ascenso hasta que el eco le indicó que había llegado al punto en el que el agua descendía sin seguir el conducto, hacia el lago. Extendió el brazo hacia atrás y palpó la piedra con la palma. ¡Exactamente! Siguió el impulso, rozando con la espalda la otra parte de la chimenea a fin de hacer cuña. Ya podía subir con más tranquilidad.

¿Cuántos minutos habrían pasado? ¿Cómo estaría programado el temporizador?

El camino era duro: en un punto, el salto se ensanchaba tanto que tuvo que usar los brazos en lugar de la espalda como apoyo, y la tensión le hizo temblar. Consiguió superar el tramo, y tanto el sonido como el tacto le revelaron que había llegado por fin a la parte superior de la cascada. Inclinando el cuerpo llegó al lugar desde el que podía lanzarse a la impetuosa corriente por encima del salto de agua y buscó ansioso un punto de apoyo entre el limo para no verse arrastrado hacia el estanque. Dándose impulso y agitando los pies aquí y allá, llegó a la corriente, donde se arrodilló, jadeando, con la mano apoyada en la raíz de una enredadera.

¿Una enredadera?

La soltó con un sobresalto. Tenía que tratarse del cable de la carga para la demolición.

«¡Santo Dios!». Se balanceó y recuperó el aliento. Aquello estaba oscuro como boca de lobo. Se arrastró con gran tiento contra la corriente hasta que rozó el cable con la barbilla y, deliberadamente, puso un pie encima de éste. Se le ocurrió una idea. Si los alemanes se habían molestado en colocar explosivos en el extremo de la gruta donde el agua descendía y el río iba a tomar una nueva dirección, a buen seguro los habrían puesto también en la parte superior de la corriente. Allí tendría que ir con pies de plomo.

¿Cuánto tiempo le quedaba?

Iba contando los pasos, intentando visualizar la gruta. «Una oportunidad, una

oportunidad», se repetía.

Según sus cálculos, se encontraba cerca del lugar donde dormía. Ni un ápice de luz. Todo estaba más negro que la noche, más negro que una tumba. Pero si lo habían hecho con prisas... Salió del río a rastras y palpó la arena; el olor mineral del caliente manantial le proporcionaba una rudimentaria brújula. ¡En efecto! ¡La lana de su manta! Saltó por encima de ésta, localizó una piedra, puso la mano debajo de ella... ¡Menos mal! Habían dejado lo que él tenía escondido allí: la parka, las botas y el casco. El casco de minero. Aquellos cabrones eran demasiado arrogantes o demasiado perezosos para recoger sus cosas. ¡Qué estúpidos! Entre sollozos dio gracias a Dios por ello.

Encontró la pila y encendió la luz; el leve resplandor le pareció de un brillo extraordinario. Cogió la ropa y las botas rápidamente y siguió ascendiendo con el casco; puesto; el haz iba enfocando con cierto parpadeo el extremo de la cascada. Detectó un cable que conectaba dos cargas situadas a uno y otro lado del agua. Una caja, un reloj. Lo inspeccionó, ¡La manecilla del temporizador marcaba cero! ¿Habría fallado la explosión? Se acercó un poco más y se dio cuenta de que seguía el tictac. La manecilla estaba a punto de llegar al punto marcado. Muy cerca. ¿Quedarían dos minutos?

No tenía ni idea de lo que podía ocurrir si intentaba desconectar el cable.

Echó a correr contracorriente, chapoteando en el agua, con el casco moviéndose continuamente. Ante él, el agujero negro del túnel por donde se salía de la gruta. Saltó, haciendo cuña con los brazos, y empezó a ascender. Su chaqueta tropezó con otro cable. ¡Maldición! Con sumo cuidado, se quitó la parka y pasó por encima serpenteando como un gusano, perdiendo la cuenta de los segundos que iba contando mentalmente. La bota se le enganchó, y se quedó rígido a la espera de oír una explosión, pero ésta no se produjo. En cuanto hubo atravesado el cable, se arrastró frenético por el estrecho túnel, comprimiendo el esfínter ante la idea de la explosión que iba a oír de un momento a otro a sus espaldas. Llegó a aquel lugar tan estrecho por el que habían pasado él y Greta y, contorsionándose, presa del delirio, avanzó con la ropa completamente mugrienta. Siguió hacia adelante y cada metro se iba añadiendo a la cuenta que tenía hecha sobre su salvación...

Algo le empujó con fuerza desde atrás y un estruendo le ensordeció. La explosión le obligó a pegar un salto hacia adelante; notaba un calor de mil demonios y el estruendo le hizo saltar el casco, y con ello la pila salió disparada. Cayó al suelo soltando una imprecación, y una ráfaga de calor, humo y escombros se precipitó hacia él impidiéndole respirar. Oyó que en alguna parte se desprendía una inmensa roca.

«¡Arrástrate, maldita sea! ¡Arrástrate!».

Se agarraba al suelo, con el casco echado hacia atrás, contorsionándose, hasta que

consiguió colocarse a gatas, para pasar luego a la posición de cuclillas y seguir así el camino rozando con la espalda la piedra viva. Le iba faltando el aire a medida que el techo cedía detrás de él; cada derrumbamiento provocaba otra reacción en cadena. Logró emprender la carrera semiagachado cuando el túnel cedió con gran estrépito. Algo muy pesado le bloqueó como una garra... y un instante más tarde había superado el lugar del derrumbamiento. Tosía desesperadamente entre la nube de polvillo y humo, y su cabeza retumbaba mientras la milagrosa luz de su casco se torcía.

Como mínimo, seguía vivo de momento.

Se detuvo un instante, aturdido. Luego recordó vagamente que no tenía tiempo para descansar: los del grupo de asalto se encontraban bastante lejos y sin duda preparaban los explosivos de la entrada. Siguió a duras penas y notó que la neblina se disolvía al trepar por la cuesta formada por rocas basálticas. Ante él se encontraba la chimenea vertical que llevaba a la salida de la montaña. Trepó hasta la boca que obturaba la base de la chimenea.

La inquietud se apoderó de él. ¿Habrían volado la entrada? Todavía no. Todavía no, por supuesto: los alemanes no habían tenido tiempo de llegar arriba. ¡Un asidero! Jadeando, se abrió paso entre las desmenuzadas rocas hasta que, enfocando con la luz del casco, pudo distinguir la inmensa chimenea.

A lo lejos, muy arriba, divisaba el movimiento de una serie de luces como la suya, tan remotas como las estrellas, tan imprecisas como las bombillas de colores. Eran ellos. Los agentes de las tropas de asalto. Seguían ascendiendo hacia el exterior de la cueva con sus mochilas cargadas con el material orgánico, trepando lentamente por la chimenea hacia el túnel que había de llevarles a la otra salida. Aquellas luces constituían un provocador faro.

No sabía cómo, pero les había alcanzado. Iba sujetándose al muro. ¡Pues sí! Estaban transportando toda la carga que no habían trasladado con las cuerdas. ¿Por qué preocuparse? Con la explosión inicial, el americano habría muerto y la cueva habría quedado inservible. Por ello habían abandonado la cuerda que seguía el primer pozo y llegaba al hueco vertical. Hart la agarró, tirando con todas sus fuerzas con lúgubre satisfacción. «Tenías que haberla cortado, Espinete. Tenías que haberte detenido para asegurarlo. ¡Vaya chulería! ¡Vaya haraganería!». Adelantó un pie para ascender.

La cueva se estremeció y Hart extendió la mano para no perder el equilibrio. ¿Otra explosión? No, un temblor del volcán gemelo. Un eco provocado por simpatía a causa de la explosión. Oyó los gritos de alarma de los alemanes que estaban arriba, y tras él, el estruendo de una roca que se había movido. Los pedazos rebotaron por la chimenea y él se agachó mientras oía los lamentos y murmullos de los demás. ¡Santo Dios, en qué horrible antro se encontraba!

Reinó de nuevo el silencio en la cueva. El eco se fue apagando. Tanto Hart como los alemanes reemprendieron el ascenso; él a la máxima velocidad, sin perder de vista las luces de arriba. Como mínimo, él no llevaba la maldita carga. Estaba a punto de conseguirlo.

Siete metros. Quince. Veinte. Calculaba tocando la cuerda. La cueva estaba tan oscura que tenía la impresión de ascender por el espacio. Se convirtió en una especie de acompañamiento, y tan sólo le distrajo otro desprendimiento, en esta ocasión provocado por alguien que se encontraba arriba. Se agarró al muro de la chimenea cuando los fragmentos pasaron zumbando con una enorme energía, como furiosos insectos que se arremolinaban a su alrededor. «Eso ha sido accidental», se dijo. Era imposible que los alemanes arremetieran contra él. Nadie podía ver a Owen Hart sin luz, al espectro al acecho.

Llegó al saliente del túnel por donde él y Greta habían entrado a la cueva por primera vez, y se arriesgó a encender durante un breve instante la luz. Vio otra cuerda de ascenso en su lugar. La agarró.

—¿Qué ha sido eso? —La voz procedía de arriba.

—¿Qué?

—Creo que he visto una luz.

Hart esperó. Los faros de los cascos de aquellos hombres no se movían.

—No veo nada.

—Estás muerto de miedo —exclamó alguien—. Vamos a salir de este pozo. —El piloto reconoció la voz de Hans—. Me sentiría más a salvo en el frente ruso.

Las luces se movieron de nuevo; Hart siguió adelante mientras oía los gritos con los que unos les decían a los otros que aseguraran bien la carga.

Finalmente fueron desapareciendo las luces: los alemanes habían llegado al empinado túnel del extremo de la chimenea que iba a llevarles afuera, y ascendían lentamente por él. Esperó a comprobar que hubiera desaparecido el último, y luego, ya tranquilo, encendió su propia luz y quedó cegado un momento. ¡Otra cuerda! ¡Aún podía conseguirlo! Los malditos nazis tendrían que detenerse a la salida para colocar más cargas. Allí les alcanzaría.

Gracias a la luz podía avanzar con más rapidez. En su vida lo había pasado tan mal: le dolían los pulmones y sus músculos chirriaban. «Arriba, arriba, arriba». El terror de quedar atrapado en la montaña le electrizaba. Conseguiría al fin llegar donde estaba Greta, recoger las provisiones, despedirse...

—¡Maldita sea!

Aquel juramento hizo estremecer a Hart. Oyó una detonación y una bala zumbó por el hueco; el piloto agachó la cabeza con gesto instintivo. Otra, más cercana. Apagó la luz del casco.

—¿Qué es eso?

—¡El americano! ¡Nos sigue ascendiendo por la cuerda! —Otro disparo.

—¡Qué dices! ¡Imposible! ¡Rápido, corta la cuerda, corta la cuerda!

—No, espera. Creo que puedo alcanzarle.

Otra bala pasó rozando junto a la cabeza del piloto. Owen se situó en un saliente y apretó su cuerpo contra el muro intentando fundirse en él. Oyó más disparos, terroríficos en la oscuridad. Detectó el resplandor de un faro que parecía intentar localizarle.

—¡Ahí está!

Hart quedó inmóvil ante la iluminación.

—Ya lo tengo... La cuerda se aflojó.

—¡No!

Hart se agarró al risco.

—¡Cielos! —El grito de arriba acabó en un chillido y el resplandor del faro empezó a girar. Uno de los alemanes había cortado la cuerda mientras que el que disparaba se había agarrado a ella. La cuerda resbaló hacia Hart, su extremo le pegó en la cara al tiempo que el del arma se precipitaba hacia abajo, cortando el aire, mientras sus chillidos retumbaban y la luz del casco rebotaba por el pozo. Se oyó un estrepitoso ruido sordo muy abajo, y la luz se apagó.

—¡Dios mío! ¿Qué ha ocurrido?

—¡Era Oskar! Se ha precipitado abajo, imbécil.

Se hizo el silencio. Luego se oyó:

—¿Dónde está Hart?

—¿Cómo demonios voy a saberlo?

—Si hubieras disparado contra él en el fondo, como te ordené...

—¡Basta! Voy a bajar a buscarle.

—¡No! ¡No hay cuerda! —Se hizo una pausa—. No puede seguirnos.

—Tal vez no. Ven aquí. —Las voces bajaron el tono. ¿Estarían ascendiendo de nuevo?

Hart temblaba y temía que la inestabilidad le llevara abajo. No tenía más remedio que pelear hacia arriba. Se arriesgó a encender la luz, casi esperando oír un disparo, y al comprobar que el gesto no había tenido consecuencias, aprovechó los agarraderos que había usado antes. ¡Resultaba curioso comprobar todo lo que almacenaba el cerebro! Siguió trepando como un poseído, sin perder de vista ni por un instante el agujero superior del túnel. El foco del casco iba perdiendo intensidad, le temblaban los músculos, la cabeza le ordenaba no pensar en los cientos de metros de negrura que había dejado atrás. Por fin llegó al túnel, agitando los exhaustos brazos y ascendiendo con gran frenesí; jadeaba terriblemente, el sudor casi le obligaba a cerrar los ojos. Apagó la luz para disimular y se arrastró por el túnel de lava. ¡Tiempo! ¡Tiempo! Dentro de poco colocarían las últimas cargas. En su penoso avance, durante

el que tenía que sortear alguna piedra que se desprendía, aguzaba el oído para comprobar si los alemanes emitían algún sonido. Silencio. ¿Le habrían dejado atrás?

De pronto apareció una cegadora luz y se encontró ante un casco con faro. El gigantesco cuerpo de Hans ocupaba todo el túnel; levantaba la cabeza, sonriéndole a Hart, con las rodillas a punto para actuar.

—¿Vamos a pelear por última vez? —fue el saludo del alemán. Luego arremetió contra él con las botas.

Hart se echó hacia atrás y por milímetros el cuero no se clavó en su nariz. El piloto descendió hacia las sombras, agarrándose fuerte y gritó:

—¡Demasiado lento, gorila nazi!

—¡Ven aquí, Hart! ¡Lucha como un hombre, gallina!

Owen recompuso el mapa mental de donde se encontraban. Conectó un instante la luz y detectó un túnel lateral. Apagó el foco y, retorciéndose, se metió en él.

—¡Pegas patadas de niña, Hans! ¡Pelear como tu madre!

Soltando una blasfemia, el alemán disparó. La bala silbó en la roca. Se oyeron más disparos, una furiosa descarga como desahogo de la rabia desatada. Hart oyó el clic del nuevo cargador introducido en el arma.

—¡Hart!

El piloto permanecía en silencio. Hans descendía por el túnel en su busca. Owen esperó.

—¿Hart?

El silencio como respuesta.

—¿Dónde estás, Hart?

Con cautela, blandiendo el arma, el alemán se deslizó por debajo del túnel lateral hacia la confluencia del conducto y la chimenea.

—¿Hart? ¿Te he dado, rubio?

El piloto pasó al conducto principal y se dejó caer contra el alemán. Hans se retorció jurando, intentando apuntar con el arma en el angosto conducto, pero antes de conseguirlo, Owen le pegó una patada con la bota, dándole de lleno en la nariz. El hombre soltó un aullido y se deslizó hacia el abismo con la vista nublada por su propia sangre. El arma se deslizó con él.

—¿Hace daño una bota? —le gritó el piloto.

Hans había dado contra el conducto en el borde de la chimenea; agitaba las piernas en el aire para detener la caída.

—¡Hijo de puta! —gritó—. ¡Te voy a estrangular! ¡Voy a apretar hasta que te arrodilles ante mí!

—¡Que te zurzan, Hans!

Owen se armó de valor, ascendió alejándose del alemán, cogió una piedra suelta y la lanzó con todas sus fuerzas. Con el impulso perdió el agarre y él mismo se deslizó

tras la piedra, que se dirigía hacia el soldado. Éste se protegió el rostro con las manos con gesto instintivo; un funesto error: se desasíó.

—¡Mierda!

Seguidamente, un ruido sordo al caer la piedra, un alarido de rabia y un movimiento de piedras que iban soltándose. Se apagó la luz del casco de Hans. Él mismo había desaparecido.

Hart utilizó los brazos y las piernas como freno en el extremo de la chimenea, se detuvo un instante y escuchó entre fascinado y horrorizado el larguísimo chillido. Éste paró en seco, y el sonido murió en sus propios ecos.

«Dos abajo, queda uno». Jadeando, se dispuso a ascender de nuevo, arrancando las cintas de señalización de la ruta que había dejado durante el primer descenso.

Al acercarse a la superficie, encendió la luz y se arrastró con precaución. ¿Había colocado las cargas y huido del lugar el nazi que quedaba? Hart esperaba que fuera así. Estaba demasiado agotado para otra pelea. Sudando, calculaba las probabilidades.

Se arriesgó a gritar:

—¡Rudolf! —El grito resonó en la cueva.

—¿Hart? —La voz parecía recelosa.

Owen disimuló la suya, haciendo como que estaba sufriendo.

—Soy Hans. Hart me ha herido, pero he acabado con él. ¡Socorro!

—¿Hans?

—¡Ayúdame, maldita sea! ¡No puedo subir! ¡He perdido la luz!

Se hizo un incómodo silencio. Luego se oyeron unos arañazos, al iniciar el alemán el lento descenso.

—¡Voy! —Y añadió como advertencia—: ¡Llevo un arma!

—¡No dispaes, por el amor de Dios! —Hart se deslizó hacia el túnel lateral que había explorado antes—. ¡Ayúdame! ¡Estoy sangrando!

—¡Intenta trepar, Hans! ¡Tenemos que apresurarnos! ¡Los temporizadores están puestos!

—¡Por favor! ¡Me duele mucho!

—¡La puta!

El alemán seguía escarbando en su descenso. Su luz se reflejaba en las paredes del conducto. Hart retrocedió hacia el túnel lateral.

—¡Aquí!

Surgió una intensa luz. Espinete seguía, sudando.

—¡Esto es demasiado estrecho! ¿Qué haces ahí?

—¡Estoy perdido! —gruñó Hart—. ¡Deprisa! Acto seguido, se dejó caer en silencio hacia el conducto principal, disponiéndose a alcanzar la superficie.

—¡Hans! ¿Dónde estás? ¿Hans?

Deprisa, muy deprisa.

—¡Voy! ¡Ya no quedan señales! ¿Hans? —Silencio—. ¿Dónde coño estás? Tiempo. ¿Cuánto tiempo quedaba? Surgió la pista.

—¡Hart! Hart, ¡hijo de puta! —Espinete se dispuso a rehacer el camino—. ¡Un callejón sin salida! ¿Dónde están las malditas señales? Hart, eres un cabronazo...

Owen encendió su foco para ganar tiempo. Espinete debió ver el reflejo, porque sonó un disparo, cuyo impulso quedó amortiguado por un rebote.

—¡Hart...!

El piloto se tambaleó en el pequeño recinto cubierto de arena de la abertura de la cueva. Tenía las pilas prácticamente acabadas; la luz era más tenue que la de una candela. A través del débil resplandor y la pálida luz de la cercana entrada vio los explosivos conectados como antes. Por debajo de él oía los furiosos gritos del alemán, que intentaba encontrar la forma de salir de la cueva. El piloto miró los temporizadores. Once minutos. Demasiado tiempo. Respirando a fondo, situó la minutería en el uno, esperando no haber alterado el mecanismo.

—Se acabó, Rudolf —murmuró.

Se precipitó hacia arriba, utilizando las manos y las rodillas, en dirección a la abertura de la cueva, anhelando aquella luz. Asomó la cabeza, notó el azote del frío antártico, rodó por encima del saliente y se dejó caer en la nieve clavando los dedos y los pies para no resbalar. Clavó el rostro en la nieve medio derretida y esperó.

La ladera de la montaña se convulsionaba.

Se oyó un rugido y un torrente de piedras formó una humareda en la entrada de la cueva. Los fragmentos pasaron por encima de la cabeza del piloto y se esparcieron en el cono situado más abajo de donde se encontraba Hart. Desde allí oyó el rechinar del derrumbamiento interno.

¿Había terminado todo?

Luego se produjo un imponente retumbar en la parte exterior. Levantó la cabeza. Más allá de la neblina de humo y polvo de la abertura del conducto derrumbado, pendiente hacia arriba, se había desencadenado una avalancha que avanzaba amenazadora. Hart se acercó tambaleándose al afloramiento de basalto y se tumbó. La impetuosa avalancha de nieve pasó zumbando sobre su cabeza y se precipitó contra la pendiente donde había descansado él momentos antes, agitándose como una trilladora, ocupando todo el espacio. El se acurrucó en el afloramiento. La avalancha siguió por las pendientes inferiores y cesó el temblor de la montaña. El estrépito perdió fuerza.

Se levantó, entumecido. La cueva había desaparecido, las piedras la habían borrado del mapa. Estaba solo, y en el mundo reinaba la quietud.

Se volvió para contemplar la inmensidad de la Antártida. Una ráfaga de helado viento atravesó sus sucias ropas. La gruta inferior seguía visible.

Respiró una profunda bocanada de aire. Había llegado el momento de volver con

Greta.

CAPÍTULO 35

En el U—4501 reinaba otra vez la calma; la mayor parte de la tripulación dormía. Había oscurecido y el submarino se mecía suavemente mientras el viento empezaba a arreciar y las olas salpicaban su flanco. Greta estaba sentada en su litera, impaciente, enojada. Owen y los otros tenían que estar ya de vuelta de la cueva. ¿Les habría traicionado Jürgen? Metió los pies por debajo de la litera. En lugar de tocar la única caja que había guardado allí, sus pies distinguían dos, una de ellas llena de comida, de provisiones robadas por ella misma, así como cuerda.

Había tomado una decisión. Si Dios le concedía lo que le había pedido y veía de nuevo a Owen, se iría con él. Había empezado a ver con claridad su situación tras la conversación con Schmidt. Había comprendido perfectamente —suponiendo que en algún momento lo hubiera dudado— que vivía en las tinieblas de la traición. De permanecer en el submarino, de volver a su país con Jürgen, las tinieblas iban a intensificarse. Jürgen seguiría ejerciendo su poder sobre ella, utilizándola como testigo de sus disparatados planes. ¡Algo tan desesperado, tan demencial! ¡La indescriptible desgracia que iba a generar!

Al pensar en su futuro, veía a Owen como la única luz. Era suficientemente realista para comprender que dicha luz podía ser efímera, que dos personas no conseguirían la travesía que él se planteaba en un pequeño bote. Pero pensaba también que moriría con cierta satisfacción. Con la conciencia de que, si bien no había llevado una vida ejemplar, su muerte sí lo sería, junto al hombre a quien amaba.

Para disimular los preparativos, se había mostrado arisca con todo el que se atrevía a asomar la cabeza por la cortina de su compartimiento, exigiendo el derecho a la intimidad como mujer. Le había dado resultado, pues los marineros la habían dejado en paz. Ahora le tocaba esperar. ¿Dónde estaría él? Sin poder controlar el nerviosismo, se levantó para ir en busca de su marido.

Antes de llegar a la escalera, se encontró con Schmidt, que llevaba un recipiente metálico del tamaño de una salchicha.

—¿Otra caja fuerte para sus microbios, Max? —le preguntó en tono sarcástico.

—Pues no, para su antídoto. El medicamento en polvo cabrá en este cilindro de gas, el recipiente más recio que he podido encontrar. Por si nos atacan de nuevo en el camino de vuelta.

—¡Ah! Pues en ese caso también habrá que poner a buen recaudo o destruir los

cultivos de laboratorio que ha desarrollado usted con las esporas. No podemos correr el riesgo de que se estropeen.

—En efecto, pero estoy experimentando con una serie de variables. ¡Una de las colonias está en plena expansión! Creo que podré utilizar el descubrimiento para acelerar la producción en cuanto llegemos a Alemania. Quiero proporcionarles el máximo tiempo. No se preocupe. Ya me ocuparé de los cultivos antes de zarpar.

Ella le miró con cierta preocupación.

—Ya ha puesto sus esporas fuera de mi alcance. No corra riesgos innecesarios con las que ha reproducido ya.

—Ningún riesgo, frau Drexler. Nosotros, los médicos, respetamos la enfermedad.

Ella se mordió el labio y señaló con la cabeza el fondo del pasillo.

—¿Está Jürgen en su camarote?

—No, se encuentra en cubierta, preparándose para ir a la orilla. Aún no han vuelto los últimos soldados de la cueva. Organizaré una patrulla de búsqueda.

Ella tuvo un sobresalto. Su semblante reveló la consternación.

—¿Ha habido algún problema?

—¡Quién sabe! —Schmidt sonrió ante la debilidad que ella mostraba por el piloto—. Eso es lo que iré a comprobar él.

Greta se puso la parka y subió a cubierta. Estaba muy oscuro y la fuerza del viento la cogió por sorpresa. En el interior del submarino apenas tenía conciencia de los elementos. El cielo parecía una vela hecha jirones; unas nubes que parecían serpentinillas iban ocultando las estrellas. Se estaba preparando una tormenta y aquello la acongojaba. ¿Nada se pondría de su lado?

La lancha motora se encontraba al lado del navio y topaba contra el casco mientras subía a bordo de ella el grupo de asalto que había organizado Jürgen, iluminados por la luz de los focos. Avanzó por la húmeda cubierta azotada por las olas.

—¿A por más esporas?

El se sobresaltó ante el amargo tono.

—¿Qué haces ahí arriba?

—¿Y tú qué haces? ¿A la busca y captura de nuevos microbios, como tu extraordinario médico?

Él le dirigió una agria mirada, irritado al verse acusado de traición.

—Debo salvaguardar nuestra misión.

—Me mentiste de nuevo, Jürgen se encogió de hombros.

—¿Tiene alguna importancia a estas alturas? Aquella indiferencia la hirió.

—No, ya no la tiene. —Miró a los hombres que se habían embarcado—. ¿Adonde vas, pues? Él reflexionó antes de responder.

—Para tu información, querida, te diré que voy en busca de tu maldito piloto.

—¿Cómo no ha vuelto?

Drexler señaló hacia las paredes del cráter.

—Eso es lo que vamos a investigar. Tampoco han vuelto Hans, Rudolf y Oskar. Se presenta una noche terrible y no quiero que se pierdan en una tormenta.

—¿Esta vez no vas a llevar anclas sin él?

Él la miró con resentimiento.

—Si está vivo, no.

—¿Y eso qué significa?

—¡Nada! Por el amor de Dios, ¿no puedes dejar ni por un instante de soñar con ese Owen Hart? Ve abajo y duerme un poco, te hace falta.

Ella se quedó allí quieta con aire frustrado. En parte necesitaba que él le asegurara algo, que le prometiera que Owen estaría a salvo. Pero sabía también que las promesas de Jürgen ya no servían para nada. Para nada. Ahora sólo le quedaba confiar en Dios.

Rezando para sus adentros, volvió abajo.

Hart observó cómo las luces de la lancha se alejaban del submarino y sintió cierta satisfacción. ¡Por fin! Había recuperado las fuerzas a pesar del frío y el hambre. Seguía vivo, y sus verdugos, como mínimo algunos de ellos, habían sido derrotados. Notaba la poderosa sensación de libertad que no había experimentado desde que le detuvieron en Berlín.

Tras la explosión, se había deslizado hacia la acogedora cueva que había divisado desde el afloramiento, comprobando que seguía existiendo lo que había descubierto seis años antes, con la satisfacción de que su desesperado plan no era del todo imposible. Luego ascendió de nuevo al borde del volcán, se sentó allí, recuperó el aliento y contempló el submarino atracado en la laguna, como el ave rapaz que vigila su presa. Al anochecer, descendió al cráter y buscó cobijo en la abertura del conducto de lava que él y Fritz habían encontrado en aquella ocasión. Tras el derrumbamiento no quedaba más que un pequeño resguardo para protegerse del viento. El submarino permaneció horas imperturbable, anclado en la fría laguna con la lancha sujeta al flanco. Sabía, sin embargo, que la desaparición de los hombres de las SS tarde o temprano provocaría una respuesta. Los nazis iban en busca de ella, ofreciéndole la oportunidad de llegar hasta Greta.

Habían desaparecido las últimas estrellas y empezaba a nevar. Perfecto: la tormenta disimularía sus movimientos. Convencido de que la oscuridad le mantenía invisible, salió de la cueva y descendió la pendiente que llevaba a la playa del cráter, y a partir de ahí siguió la línea de la costa hacia el punto donde parecían dirigirse las luces eme divisaba. Se fue apagando el sonido del motor de la lancha, se apagaron las luces y pensó que el bote había alcanzado la orilla. Unos minutos después divisó otras

luces y a través de ellas siguió el ascenso del grupo de asalto por la pendiente del cráter. Eran las linternas de la búsqueda.

Oyó una detonación y una estrella roja parpadeó en la noche. ¡Una bengala! Hart se tiró al suelo. La iluminación era débil con la nieve que arreciaba y pensó que iba más bien dirigida a atraer la atención de los agentes de las SS perdidos que a su localización. Con todo, le confirmaba que uno de los hombres seguía en el bote, un centinela. Cuando la trémula luz roja desapareció del todo, el piloto se sentó, se quitó una de las botas y llenó el calcetín con gravilla de la playa. La idea de lo que iba a hacer no le permitía el descanso. Se puso otra vez la bota y siguió su camino.

Volvió a tirarse al suelo cuando una segunda bengala formó un arco en el cielo. «A intervalos de diez minutos», pensó. Cuando la oscuridad se apoderó de nuevo del cielo, siguió avanzando y al cabo de poco se agachó y cubrió los últimos metros a rastras.

El centinela estaba encogido, de espaldas al viento; un leve resplandor demostraba que estaba fumando. El pie de Hart crujió en la gravilla. El centinela se volvió e intentó montar la metralleta.

—¿Quién vive?

—Oskar —respondió Hart.

—¡Gracias a Dios! Temíamos que...

El piloto cogió impulso y el calcetín pegó con fuerza contra la sien del soldado, esparciendo la gravilla. El hombre quedó tumbado y Hart saltó encima de él. En la cueva se había salvado de una mortífera pitón de acero, había sido lo suficientemente fuerte para esquivar los pedruscos. Buscó en el interior de la parka del hombre al que había dejado sin sentido, empujó y cortó. El chorro de sangre le salpicó pese a la retirada instintiva. Con expresión sombría observó cómo descendía la cabeza del centinela.

Se produjo otro estallido y una nueva refulgencia rojiza. Hart se puso de pie en el acto para que quien pudiera observar desde el submarino o desde arriba le confundiera con el centinela. Los copos de nieve eran cada vez más espesos. Al apagarse el resplandor, observó cómo la cadena de trémulas luces llegaba al borde del cráter. Nadie se había alarmado.

Oía el gorgoteo moribundo del centinela. Él no sentía otra cosa que alivio. ¡El cuarto cabrón! Arrebató la metralleta al moribundo, la secó con su parka y la metió en el bote. En sus bolsillos encontró una linterna, una navaja, otro cargador y unos papeles. Cogió un sobre, lo vació, se agachó, recogió un guijarro y lo metió dentro. Arrastró al muerto hacia la fría agua, y le ató una de las amarras al torso. El piloto apartó el bote de la playa, saltó a bordo y apretó el botón de puesta en marcha, recordando cómo lo habían hecho los alemanes. Puso marcha atrás y luego rumbo hacia el submarino. Poco después redujo la marcha y cortó la cuerda de amarre. El

cadáver se hundió.

Cuando topó con un movimiento inexperto contra el submarino, el marinero que estaba de guardia dijo:

—¿Dónde están los demás?

—Siguen la búsqueda. —Hart imploró al cielo que el hombre no le reconociera la voz—. El coronel me ha dado un mensaje para la mujer. —Le entregó el sobre—. Ella está recogiendo más material. Dígale que venga. —Hart no se atrevió a entrar en el submarino, ya que podían reconocerle, y además llevaba la parka salpicada de sangre. El marinero vacilaba—. Ya mantengo yo la vigilancia. ¡Dese prisa, maldita sea! ¡Hace un frío de mil demonios! —El marinero desapareció bajo la escotilla.

Hart se colocó la metralleta sobre el regazo y la observó minuciosamente. Nunca había utilizado un arma como aquélla. Localizó el seguro, pero no se atrevió a apretar el gatillo para asegurarse del descubrimiento; la dejó a su lado para poder echar mano de ella si hacía falta. Se inclinó hacia los aparejos de emergencia guardados en el fondo de la lancha para examinarlos a tientas entre la nieve. Puso también cerca de él la vela y los cabos.

Echó una ojeada inquieta al submarino, esperando ver a Greta, temiendo al mismo tiempo la inminente despedida. El hecho de que ella tuviera que realizar el viaje de vuelta con los alemanes, la única opción realista, le revolvió el estómago. La quería a su lado. La necesitaba. Sin embargo sería una locura que fuera con él...

Se abrió la escotilla, y de ella salió una caja que se deslizó por la cubierta. Luego otra. Apareció luego el marinero, quien se inclinó para ofrecer su mano a Greta. Allí estaba ella, una esbelta silueta que arrastraba las cajas por la cubierta llena de nieve y cenizas hacia la lancha. Hart puso el motor en marcha sin saber a ciencia cierta qué debía esperar.

Greta saltó a bordo.

—¡Gracias a Dios que estás aquí!

—¿Debo decirle algo al capitán? —preguntó el marinero desde la cubierta.

—Infórmele de que no ha actuado con suficiente rapidez —saltó Hart—. Siga con su turno de vigilancia.

Esperaba haber conseguido el tono arrogante de un SS. El marinero dudó un instante, algo dolido, y luego escupió en el agua y se retiró hacia la torre.

—¿Ha ocurrido algo en la cueva? —preguntó Greta en voz baja—. Cuando el marinero me ha dicho que la lancha había vuelto, he pensado que me encontraría con Jürgen informándome de que habías muerto. ¡Pero cuando he abierto el sobre he estado a punto de soltar un grito de alegría!

Hart sonrió. La piedra había vuelto a dar resultado.

—Los soldados intentaron dejarme en el estanque y colocaron explosivos en la cueva. Salí justo antes de la explosión. Ellos no.

—De modo que Jürgen mintió al decir que podrías marcharte. —Se puso rígida al comunicarle su resolución—: He resuelto ir contigo, Owen. Utilizaremos el bote para huir. Jürgen está en la orilla. Le dejaremos abandonado allí.

El piloto, conmovido, agitó la cabeza.

—No puedes hacerlo, Greta. Yo voy a intentar cruzar el océano más tempestuoso de la Tierra. Es algo imposible.

—Mucho más imposible intentarlo solo.

—No. Es una locura que tengamos que morir los dos. Además, si utilizamos esta lancha dispararemos la alarma demasiado pronto. Yo me voy al volcán, como habíamos planeado, y tú te quedas en el submarino.

Ella negó con la cabeza.

—No puedo quedarme aquí viendo cómo me dejas otra vez, Owen. No lo haré. Sea cual sea la suerte que nos espera, nos enfrentaremos juntos a ella.

—No. —Hart no quería la muerte de ella y tenía que convencerla—. Si huyes conmigo, nos perseguirán.

—El océano es inmenso, Owen, y si Jürgen cree que estoy enfadada en mi compartimiento, es probable que no me eche de menos en horas.

El la miró a los ojos. La realidad de encontrarse juntos —a pesar de que arriesgaban sus vidas— desdibujaba la posibilidad de una separación permanente. Ella no estaba dispuesta a aceptar un no por respuesta.

—De acuerdo —dijo él por fin tragando saliva. Tenía los ojos húmedos—. Es una locura, pero la acepto. Aunque encontremos la muerte, estarás a mi lado.

Ella asintió.

—De todas formas, dejaremos la lancha en la playa y así no irán en su búsqueda con el submarino —puntualizó él—. Iremos a pie hacia la cueva.

—Entendido. Pues apresurémonos... Espera. —Se incorporó—. Un momento, un momento. Me dijiste que habían volado la cueva. ¿Qué ha ocurrido con las remesas del organismo del lago?

—Enterradas con los nazis, me imagino.

—¡Santo Dios! —le agarró por la parka—. ¡Aún podemos detenerles!

—¿Cómo?

—¿No te das cuenta? Todas las reservas del organismo están en el submarino y Schmidt todavía no lo ha cerrado herméticamente; espera otra remesa con Jürgen. ¡Si lo destruimos, no podrá reproducirse en Alemania! Dispondrán de la enfermedad, pero no del remedio, y a menos que hayan perdido totalmente el juicio, no se atreverán a difundirla. Podemos impedirlo, Owen. ¡Si nos apresuramos!

—¿Volver al submarino? Me reconocerán, Greta. Me harán muchas preguntas.

—Lo sé. Lo haré yo. Es muy tarde, todo el mundo duerme. Me daré prisa.

—¿Y si alguien ve lo que haces?

—Lo haré con rapidez y sin ruido.

—No, es un riesgo excesivo...

—Confía en mí, Owen.

Y sin darle tiempo a sujetarla, saltó a cubierta y echó a correr hacia la escotilla. La abrió y desapareció.

Apareció el marinero en la torre. La mano del piloto se deslizó hacia la metralleta y esperó, nervioso.

—¿No se iba con usted? —La pregunta estaba cargada de sospecha, a pesar de que la expresión del marinero no se distinguía en la oscuridad.

Hart se encogió de hombros.

—Pues sí, pero olvidó algo. —Escupió—. Usted ya me entiende... ¡Mujeres!

CAPÍTULO 36

Greta bajó a la cubierta principal y se mantuvo a la escucha. El submarino soltaba el típico zumbido monótono de un buque de guerra, además de un fuerte olor a lubricante, aunque permanecía quieto. El apático marinero de turno en la sala de control apenas reparó en ella cuando descendió con el corazón, desbocado por la escalera que llevaba a su laboratorio. Abrió la escotilla con sumo cuidado. Comprobó que no había nadie, entró y la cerró.

A pesar de los esfuerzos que había hecho para ordenar la estancia aquello seguía abarrotado. El recipiente de Schmidt lleno de medicamento quedaba al descubierto sobre una caja que hacía las veces de mesa; los tubos que había vaciado en él estaban esparcidos por el suelo. Junto a uno de los mamparos se veían los restantes frascos del limo orgánico. Al otro lado, la mesa, cubierta por los cultivos de la enfermedad. Una serie de vasos de precipitados, frascos y botes mostraban aún restos. Los conejillos de Indias supervivientes rascaron con furia en las jaulas al oír el ruido, temiendo sin duda otra inyección. Ella, que había pensado que dejaba atrás aquella claustrofóbica madriguera, se encontraba de nuevo allí.

Actuó con decisión. Colocó una muestra del lodo del medicamento en un frasco, que se metió en el bolsillo. Levantó luego el pesado recipiente y se dispuso a echar el resto en el desagüe. El organismo sin procesar pasaría al sistema de desagüe del submarino y de él al agua. Fue engullendo con pasmosa lentitud, pero por fin no quedó nada. Arrojó el recipiente y cogió otro. Seguía con toda la ropa puesta y estaba sudando.

Oyó un clic, un golpe y la escotilla se abrió. Tuvo un sobresalto, pero siguió con su tarea. Sería Jacob, el que cuidaba de los animales; Greta sabía cómo quitárselo de encima. Con un solo movimiento que le insinuara la enfermedad. ¡Fuera! ¡Eso es peligroso!

Oyó el retumbar de unas botas en el suelo. Se dispuso a volverse de pronto, irritada.

—¿Qué quiere?

Pegó un brinco. ¡Era Schmidt! Le miró sorprendida, incómoda al percatarse de que se había fijado en lo que hacía. Le pareció desconcertado y fatigado al mismo tiempo.

—¡Max! ¡Creí que estaba durmiendo!

—Me tomé un café. —Su expresión empezó a endurecerse—. Últimamente me cuesta conciliar el sueño, y como quiera que el vigía me ha comentado que estaba usted aquí, he sentido curiosidad. —La miraba con aire sombrío—. Tiemblo sólo de pensar en lo que podría haber ocurrido de no decidir acercarme para investigar. Ponga el maldito recipiente en su sitio. ¡Ahora mismo!

Greta obedeció a regañadientes.

—Sólo quería...

—¿Sólo quería qué? ¡Sólo quería destruir todo nuestro trabajo! Apártese del desagüe, frau bióloga. Menos mal que van a traer más de la cueva. —Se calló un momento, observando su ropa a aquellas horas de la noche—. ¿O tal vez no? ¿Tal vez se nos ha adelantado usted, Greta? ¿Sabe quizás algo que yo ignoro?

—Sería difícil, Max, teniendo en cuenta que usted lo sabe todo. —Su semblante reflejaba un intenso odio. Y además, el triunfo.

—¡Zorra! —Le pegó una bofetada que la envió contra los recipientes llenos de algas, algunos de los cuales cayeron al suelo. Se soltó la tapa de uno de ellos y su contenido se desparramó por el suelo metálico, hacia el pantoque. Ella movió la cabeza, algo aturdida. El golpe había sido tan fuerte que le había nublado la visión.

—La violencia parece su fuerte, Max —dijo mirando de reojo los contenedores aún llenos de algas. De repente, se volvió directa a los recipientes y quitó la tapa antes de que Schmidt le saltara encima.

—¡Quite las manos de ahí!

La agarró por el pelo y la arrastró, intentando golpearla con el otro puño. Las torpes arremetidas fueron bloqueadas por el brazo que levantó ella para desviar el ataque. Si bien el hombre era más alto que ella, también era más viejo, y la fuerza no era su principal característica. Greta se retorció, le pegaba patadas y le hacía estremecer de dolor. De pronto el forcejeo aumentó y Greta empezó a utilizar los puños, los dientes y las uñas para librarse del hombre. Este consiguió pasarle el brazo alrededor de la tráquea y decidió estrangularla. Cayeron al suelo, atenazados en una dolorosa lucha; ella perdió la voz y Schmidt resollaba en su desesperado intento por dominar a una mujer treinta años más joven que él. Greta se dio cuenta de que estaba perdiendo el mundo de vista y estiró frenéticamente el brazo que tenía libre, buscando algo con lo que sacudirle. Sus ojos rozaron un cilindro de cristal, lo rechazaron y un segundo después lo asieron. ¡Efectivamente! ¡Una de sus malditas agujas hipodérmicas!

Se la clavó. La aguja penetró en el hombro de Schmidt, junto al cuello, y el médico soltó un chillido, dejándola libre para acercar la mano al punto que le dolía. Greta, aprovechando el gesto, hundió aún más la aguja. El se tambaleó y cayó desplomado. La rudimentaria mesa cedió en sus soportes y poco a poco fueron haciéndose añicos los vasos de precipitados, los frascos y los recipientes Petri, que

esparcieron sus contenidos por todo el laboratorio. Al igual que en la reproducción de los hongos, una nube de esporas de un tubo de ensayo roto se dispersó por el aire.

Schmidt, atrapado entre los escombros, observaba el panorama con los ojos abiertos como platos, aterrorizado. La aguja hipodérmica sobresalía en su hombro y parecía absorber la gota de brillante sangre que había provocado. El cuerpo del hombre quedó cubierto de fragmentos de cristal y material procedente del cultivo microbiano. Se incorporó apoyándose en los codos.

—¡Me ha infectado! —exclamó jadeando, sin conseguir creérselo. Por fin arrancó la aguja con un gemido—. Qué débil fue al traerla aquí...

Greta le golpeó con un cilindro de medicamento en polvo en la cabeza. El hombre se desplomó inconsciente con un ruido sordo.

—¡A callar, viejo morbosos! —Las palabras surgieron de su seca garganta como un graznido.

Aguzó otra vez el oído, pero no oyó más que el zumbido del barco. Al parecer, Schmidt había cerrado la escotilla al bajar. Tenía que pensar: considerar las probabilidades. Medio temblando, suspiró. «¡Santo cielo, qué desastre!».

Medio aturdida, con gesto casi maquinal, tiró el resto del contenido de los recipientes por el desagüe del pantoque. Era todo lo que podía hacer con el temblor que se había apoderado de su cuerpo. Schmidt continuaba inmóvil. Greta no tenía idea de si estaba vivo o muerto y estaba demasiado asustada para comprobarlo. Demasiado conmovida para preocuparse por ello. «¡Piensa!».

Levantó el cilindro del medicamento. Los gérmenes nocivos estaban esparcidos por todas partes; probablemente algunos se habían pegado a su ropa. Tenía que tomar el tratamiento. Y también Owen. Y... El zumbido del barco. ¡Alabado sea Dios! Clavó la vista en la abertura del respiradero, que renovaba el aire y absorbía las esporas. Si se llevaba lo que quedaba del medicamento...

Si se lo llevaba y el submarino se convertía en otro Bergen, todos aquellos hombres morirían.

Aquella idea la hizo palidecer.

¿Y si lo dejaba allí? Si seguían vivos, podrían volver a Alemania con la enfermedad y suficiente medicamento para iniciar los cultivos y la reproducción. Si vivían, podrían seguir persiguiéndoles a Owen y a ella.

Schmidt soltó un gruñido y se movió. A menos que decidiera matarlo allí mismo, tenía poco tiempo.

¿Qué dirían sus monjas?

¿Qué diría Owen?

Schmidt se lamentó de nuevo. ¡Maldito hombre! Le dio otra vez con el cilindro en la cabeza y lo inmovilizó. Lo amordazó, le ató las manos y los tobillos. ¿Por qué tenía que entrometerse? Luego, con aire taciturno, con uno de los recipientes del

medicamento bajo el brazo, saltó del submarino a la lancha.

—Misión cumplida —murmuró.

Owen le dijo que había hecho lo adecuado. Lo único que podía hacer.

—Son asesinos, Greta. Intentaron matarme.

La pareja se dirigió hacia la playa, con el temor de que Schmidt pudiera moverse en el laboratorio y desencadenar la alarma. Cada metro que iban superando les proporcionaba una nueva sensación de seguridad.

—Quienes intentaron matarte fueron los de las SS, Owen, no los marineros. —Se estremeció; tenía los ojos inundados.

—Estupideces. Esos cabrones levantaron el brazo con el saludo nazi cuando Jürgen les expuso el plan. Forman parte de lo mismo.

Greta se apoyó en; él.

—Lo sé, lo sé muy bien. Pero condenar a sesenta hombres, alemanes como yo, a...

—Ellos mismos se han condenado.

—¿Crees que podré apartarlos de mis sueños?

—¡Sueños! ¿Y qué me dices de la pesadilla que vivimos despiertos? Con la ayuda de Dios, habrás salvado a millones de personas. ¡Millones! La única que no se ha salvado aún eres tú.

Una extensión blanquecina surgió en la oscuridad: la playa. El bote chirrió en la arena y Hart apagó el motor.

—A partir de aquí seguiremos andando. —Había trazado el plan mientras esperaba la vuelta de Greta—. Si nos lleváramos la lancha nos perseguirían por mar, mientras que si la dejamos, primero se dedicarán a batir la isla. Con eso ganamos tiempo.

Ella se puso pálida.

—Si la dejamos, Jürgen llegará al submarino.

Owen asintió, mirándola con expresión grave.

—Es lo que pretendo, Greta. Ella no respondió.

—Quiero que contraiga la enfermedad. Greta volvió la cabeza, aterrorizada.

—Escúchame bien, Greta, yo no puedo decidir por ti. No puedo, y espero que no dudes de mí el resto de tus días. De modo que ahora mismo puedes coger el recipiente, ir a salvar a esos hombres y zarpar hacia Alemania. Te convertirás en la salvadora de esos marineros y tendrás muchas más probabilidades de sobrevivir que si decides huir conmigo. Puedes mantenerte leal al Reich. Puedes salvar a tu marido. Si no, tendrás que echarlo todo por la borda, hasta el último resquicio, y seguirme en este demencial plan para huir de la isla. Una posibilidad que tal vez nos robe la vida a los dos.

Aquello la hizo sonreír.

—¡Qué persuasivo eres! ¿Y por qué tendría que ir contigo?

—Porque te quiero.

Greta asintió.

—Un buen argumento —dijo finalmente—. El mismo que se me ocurriría a mí.
—Miró hacia las estrellas como en busca de inspiración. Luego añadió—: Voy contigo.

El sonrió.

—Pues hay que apresurarse antes de que amanezca. Cuando quedemos fuera del alcance de la visión del submarino nos repartiremos el antídoto.

Drexler dirigió a sus hombres hacia el borde del cráter al alba, medio muerto de frío y agotado. La tormenta remitía, pero habían pasado una noche abominable, esforzándose en vano, gritando sin obtener respuesta y disparando cohetes. Quedaba claro que los tres hombres de las SS habían desaparecido. ¡Qué isla tan inmunda!

Jürgen se sentía frustrado. Habían volado la entrada de la cueva tal como él había ordenado. ¿Se habrían matado entre ellos los muy idiotas? Ni un rastro. ¿Tal vez se habían perdido en la tormenta? Tampoco había señales de ello. Algo le rondaba por la cabeza: aún quedaba una parte de la búsqueda por finalizar. Pero no acertaba a ver cuál. Todos estaban medio congelados y se sentían inquietos. Necesitaban comer, calentarse y descansar en el submarino.

La lancha seguía donde la habían dejado. En la playa. Pero no se veía por ninguna parte al centinela. Jürgen frunció el ceño indignado.

—¿Dónde está Johann?

El sargento de las SS puso mala cara.

—Se le dijo que no se apartara de la lancha. Tendría que estar aquí.

—¡Claro que tendría que estar aquí! ¿Pero dónde está?

—¿Volvería al submarino en medio de la tormenta?

—¿Cómo volver al submarino sin la lancha, imbécil? El sargento se puso rígido.

—Por supuesto.

Drexler echaba chispas. Esta vez la eliminación de Hart no le había producido una sensación de triunfo. Tenía miedo de tenerse que enfrentar a Greta y decirle que el americano se había perdido otra vez, en la cueva o a causa de la tormenta. Dudaba que le creyera. Sentiría alivio al acabar por fin con ella, pensaba. Eso. Alivio.

—¡Esta maldita isla se está tragando a mis hombres! ¡Y eso no me gusta! ¡Vamos a marcharnos de aquí! —Miró a sus hombres. No observó ningún gesto de desacuerdo—. ¡Vamos, a la lancha!

Se dirigieron hacia el submarino.

—¿Habéis visto a Johann Prien? —gritó Drexler a los marineros al subir a bordo.

—Anoche pasó —respondió uno con aire cansado—. Tal como le ordenó usted. La frente de Drexler se arrugó.

—¿Cómo?

—A recoger a la mujer. Y las cajas.

—¿A Greta? ¿A mi esposa?

—En efecto. Dijo que llevaba un mensaje para ella y se fueron los dos.

El marinero observó con curiosidad al grupo, fijándose en que no estaban con ellos los agentes de las SS que se habían perdido.

—Yo no mandé ningún mensaje. —El hombre pareció sorprendido, y un destello de terror se desencadenó en el cerebro de Drexler—. ¿Pero vio usted a Johann?

—Por supuesto. En la lancha.

—Me refiero a si le vio la cara. ¿Le reconoció?

El marinero empezaba a comprender.

—No... Estaba muy oscuro. Anoche nadie habría reconocido a nadie.

Los hombres de Drexler entraban ya al submarino por la escotilla. El nerviosismo del coronel iba en aumento.

—¿Podía haber sido aquel hombre, el americano?

—Creía que el americano estaba con usted.

—¡Qué barbaridad! ¿Y Greta se fue con ese hombre?

—Sí. —El marinero miró a Drexler casi metiéndose en su pellejo.

—¡La puta! —gruñó—. ¡La puta! ¿Dónde está el doctor Schmidt?

—Abajo, supongo. No lo he visto.

Drexler saltó a la cubierta principal, se quitó la parka y se dirigió a la parte de popa.

—¿Max? —gritó. Se encontró con Freiwald—. ¿Dónde está el maldito médico?

El capitán miró a Drexler con aversión.

—No sigo la pista de sus sabuesos, coronel. ¿Cómo voy a saberlo? Pruebe en el laboratorio.

Drexler miró hacia abajo. Vio la escotilla cerrada, pero le pareció algo normal. Se acercó de un salto y la abrió.

—¿Max? —Sin respuesta. Vio fragmentos de cristal en el suelo. Aquella estancia apestaba. Se metió dentro con la premonición de que algo terrorífico había ocurrido—. ¡Santo Dios!

Era como si una bomba hubiera explotado allí. Las tablas de la mesa estaban astilladas y por todo el suelo se veían trozos de recipientes Petri y limo microbiano. Aquella peste recordaba el estanque subterráneo. Todos los recipientes que habían trasladado con tanto cuidado de la cueva estaban vacíos.

Schmidt estaba en el suelo, agitándose, amordazado. Tenía sangre en la cabeza.

El capitán del submarino bajó por la escalera tras Drexler y de pronto se detuvo,

horrorizado.

—¡Fuera de aquí! —le ordenó el coronel de las SS—. Cierre la escotilla.

Jürgen se dispuso a liberar a Schmidt. Al arrancarle de un tirón el esparadrapo de la boca, el médico soltó un chillido. Respiró con dificultad.

—¿Ha sido Hart, Max? ¿Eso lo ha hecho el piloto?

Schmidt escupió, agarrándose la cabeza.

—Lo hizo frau Greta Drexler. —Schmidt pronunció el apellido en tono mordaz—. Me cogió por sorpresa y me empujó contra la mesa. Ha contaminado el barco.

Drexler palideció al recordar el horror del Bergen.

—Es una víbora —murmuró—. Me casé con Medusa.

—¿Ha perdido el juicio?

—Lo pierde siempre que se le pone el americano delante. —Creí que él ya estaba muerto. Jürgen hizo caso omiso del comentario.

—¿Seguimos disponiendo del arma? ¿Aún tenemos el remedio?

Schmidt se incorporó, sujetándose aún la cabeza, y echó una ojeada al recinto con una mueca de dolor.

—Tengo las esporas a buen recaudo porque recordé el arranque que le dio la última vez. Pero no el medicamento. Por lo que parece, tiró el material y se llevó el concentrado. ¿Han traído más de la cueva?

Drexler notaba un insoportable zumbido en la cabeza al comprobar que se habían arruinado todos sus planes, todas sus esperanzas.

—No. Mis hombres no lograron salir.

—Pero podemos conseguir más, ¿verdad?

—No. La cueva está hundida. Mis hombres no salieron de ella.

—¡Si acaba de decir que Hart salió!

—Eso es lo que sospecho. —Lo dijo con un hilillo de voz—. Greta jamás habría hecho esto sola. —Fijó la vista en los fragmentos de los recipientes Petri—. Eso significa que somos hombres muertos, Max, a menos que la cojamos. Si es cierto que se ha llevado el medicamento, ella es nuestra única esperanza de sobrevivir. —Tragó saliva volviendo la vista hacia la escalera—. He cerrado la escotilla. Puede que el microbio no se propague.

—¡Bromea usted! —Schmidt le señaló los respiraderos—. Los que escapan son los gérmenes, y no los conejillos de Indias. A estas alturas estarán ya por todo el submarino. Todos están ya infectados. Ocurrirá como en el Bergen. ¿Cómo demonios confió en ella?

Drexler parecía hundido.

—No confié en ella. Creí poder controlarla. —Clavó la vista en Schmidt—. ¡Pensé que usted podría controlarla!

—¡Santo Dios, dejarse atar por una mujer! ¡Por una zorra, cómplice de...!

Drexler levantó la mano, agotado de pronto.

—Está bien. Ya basta, basta de recriminaciones. ¿Cuánto tardarán en aparecer los síntomas?

Schmidt movió la cabeza.

—Horas. Tal vez un día.

—¿Y adonde fue? ¿En qué lugar de la isla se esconden? ¿En otra cueva?

—¡Buena pregunta! —respondió Schmidt—. De todas formas, no pueden estar muy lejos. Quizá podamos encontrarlos y conseguir el remedio. —Reflexionó un momento—. Además, solos no pueden llevar el submarino. No serán capaces de salir de la Antártida sin nosotros. Si morimos nosotros, ellos también, ¿no le parece?

—No creo que morir entrara en sus planes. ¿Cómo quiere que dos tortolitos piensen en el sacrificio?

—Entonces tendrán un plan alternativo —razonó Schmidt—. Una radio. Un rescate. Un avión...

Aquella última palabra dio una pista a Drexler. El Dornier que él había divisado en el nevado altiplano durante el último viaje; el hidroavión que había permitido al americano huir. ¿De modo que esta vez dispondría también de vehículo? ¿Dónde lo tendría? ¡Ah, claro! ¡Ya lo recordaba! ¡Le vino a la memoria aquello que no consiguió recordar durante la búsqueda nocturna! ¡La furtiva conversación que tuvo la pareja en la entrada de la cueva! La minúscula bahía que miraban los dos. ¡Aquella era su espita de escape! Algo había allí. Algo que iba a permitirles la huida. Se habían dirigido hacia allí.

—Creo que sé adonde han ido —le confió a Schmidt—. A la bahía del otro lado del volcán, por debajo de la nueva cueva. Allí podemos detenerles. Pero no por el borde, tardaríamos demasiado. Nos acercaremos allí por mar. Si lo conseguimos, viviremos.

Schmidt miró al coronel de las SS con una chispa de esperanza. Abrieron la escotilla y salieron.

—¡Freiwald!

El capitán se encontraba en la sala de control con aire inquieto.

—¿No están soltando...?

—Está ya suelto —le cortó Drexler bruscamente—. Por todo el barco. Usted mismo lo está respirando. —El capitán parecía horrorizado—. Dejémoslo. ¿Cuánto tardaríamos en descender?

—Habíamos decidido no hacerlo hasta dentro de un par de días.

—Queda claro que nuestros planes han cambiado. El capitán frunció el ceño.

—Los técnicos están desmontando los motores. Se trata de la rutina de mantenimiento. Tardaremos unas horas en montarlos de nuevo.

—¿Cómo?

—No podemos zarpar antes del mediodía. Schmidt miró su reloj medio atontado.

—¡Dios santo!

—No podemos esperar tanto —dijo Jürgen—. Iré a buscarles con mis hombres en la lancha. Ustedes nos seguirán con el submarino. Si no consigue poner pronto en marcha el navío, capitán, todos ustedes morirán. ¿Me entiende? Owen Hart y mi esposa han huido con el antídoto y ellos constituyen nuestra única esperanza.

Freiwald movió la cabeza, aterrorizado, y entreabrió los labios para decir algo.

En lugar de ello estornudó.

—¡Jesús! —dijo Schmidt.

CAPÍTULO 37

El endeble material en el que se basaba el resquicio de esperanza de huida de la pareja le parecía a Greta, exhausta en aquellos momentos, una especie de cuna en la nieve, un refugio en el que deseaba acurrucarse y abandonarse al sueño hasta que se encontraran lejos, muy lejos. Sabía, no obstante, que no resultaría tan sencillo. La propia presencia del bote salvavidas constituía el tétrico recuerdo de lo difícil que había resultado en otro momento huir de la isla antártica. Los dos noruegos supervivientes del Bergen habían fracasado en su intento.

La primera vez que Hart había salido a rastras de la cueva, seis años antes, la pura fatiga le había llevado a dirigir la mirada hacia la embarcación. Se había desplomado en el saliente de lava, tan extenuado que ni siquiera podía levantar la cabeza; entonces, tras ajustar la visión a la desnuda luz polar, se encontró resiguiendo la convulsa geometría de la línea de la costa, en la lejanía, hacia abajo. Lo que le llamó la atención fue la regularidad de la forma ovalada de la borda del barco abandonado. Decidió inspeccionarlo, y supuso que se trataba del bote salvavidas noruego, perfectamente conservado por el seco hielo antártico. El recuerdo había permanecido en su mente desde entonces.

La embarcación seguía inmune a los efectos del tiempo. La madera se había decolorido, adquiriendo un tono grisáceo, pero parecía tan consistente como el primer día en el que sirvió al Bergen. Sólo los accesorios estaban algo oxidados. Sobre sus planchas del fondo se veían aún latas de comida, una manta y una gorra de marinero congeladas, desafiando la gravedad. Los cabos seguían allí, rígidos por el hielo, aunque algo descompuestos. Le habían quitado el mástil, que ahora estaba amarrado toscamente a los asientos, y el fleco de ajada lona dejaba constancia de lo ocurrido. La embarcación de los noruegos había naufragado en una tormenta y había vuelto a la isla. O una ola la había arrojado hacia la orilla o los propios balleneros la habían arrastrado fuera del alcance del oleaje. Luego aquellos hombres habían desaparecido. El piloto imaginaba que no podían encontrarse lejos de allí, sepultados en la nieve.

—No es la embarcación más adecuada para cambiar nuestra suerte —admitió él.

—A mí me parece precioso, porque es nuestro —respondió Greta—. Lo primero en nuestra nueva vida.

Utilizaron las hachas para hielo, desencajaron la barca del hielo y la estabilizaron.

Hart clavó el mástil, sujetó el botalón y amarró la vela que había cogido de la motora, utilizando tanto los cabos del bote como los que llevaba Greta en una de las cajas. No casaba exactamente, pero haría su servicio. Con los hombros contra la popa, empezaron a empujar.

—¡Hacia arriba! —gritó Hart—. ¡Hacia arriba! ¡Levántala tanto como puedas!

Ella se inclinó y soltó un grito de valquiria. El bote salvavidas se deslizó en el agua mientras Owen aguantaba el cabo de popa para que no avanzara a la deriva.

Greta echó una ojeada a la pendiente volcánica por encima de la cueva. Ni rastro de Jürgen.

—Aún no nos han localizado. Tal vez lo consigamos.

—Si nos damos prisa. Estamos lejos de mar abierto y tendremos que remar un buen tramo hasta superar los témpanos.

—¿Aún te quedan fuerzas para remar?

—Remaría hasta Nueva York con tal de huir de aquí.

Los témpanos constituían también un obstáculo para la lancha alemana. Drexler, tras salir de la entrada a la laguna con su grupo formado por cinco supervivientes de las SS, tuvo que virar en redondo junto a la isla para evitar el hielo compacto. Le ponía nervioso alejarse del cráter protector y salir a mar abierto. El mismo admitía que no soportaba la vasta extensión vacía de la Antártida. ¡Cuánto tiempo hacía que no sentía la emoción que le produjo la idea de aquel continente en el momento de zarpar de Alemania a bordo del Schwabenland! Tenía la sensación de que aquel lugar era tan temible por encontrarse fuera del control humano. Por no haber en él una casa, una luz, un cobijo, una senda. Su mente era incapaz de considerar aquella inmensidad como liberadora: pensaba que él mismo tenía que estrujarse para evitar quedar hecho añicos en el vacío antártico, y evitar también que los fragmentos de sus propios cuerpos salieran disparados en todas direcciones como en una explosión en el espacio. Así pues, todo lo que había anhelado últimamente era la protección que podía ofrecerle el cuchitril del submarino de acero en el largo viaje de regreso, con el triunfo asegurado por los perfectamente etiquetados frascos de una biología revolucionaria. Sin embargo, se encontraba navegando por unas aguas tan frías que parecían un oscuro jarabe, por un mar tan congelado que al caer sobre él los copos de nieve no se derretían, sino que formaban olas en su superficie dándole el aspecto de una piel grisácea. ¡Un lugar monstruoso!

Batallaba por vencer el pesimismo. El antídoto había desaparecido, la cueva se había derrumbado y el submarino estaba contaminado. El otro volcán humeaba amenazadoramente y una erupción a gran escala les imposibilitaría el retorno. Todo lo cual significaba que la mujer a quien había amado había destrozado sus sueños. ¡Casi destrozado! ¡Cuánto la odiaba!

Oyó un topetazo, miró hacia el agua y vio unos fragmentos de hielo que rozaban el flanco de la lancha. Se estremeció. No sabía nadar y se preguntaba cuál era la profundidad del océano. Parecía no tener fondo.

—Focas. —Uno de los del grupo de asalto señaló hacia allí.

Sobre un témpano, había un grupo de ellas reunido, impasibles como siempre. Recordó que Greta había contado que algunas especies eran temibles depredadoras, enormes y veloces. ¡Qué idea más absurda! Aquellos aletargados animales apenas hacían más que bostezar y defecar. Se sumergían, parían y poco más. Peor aún: mostraban una gran indiferencia hacia los alemanes, no les importaban sus inquietudes. Una especie de arrogancia que molestaba muchísimo a Drexler. Algo así como la indiferencia de Dios.

—Páseme el arma.

—¿Mi arma?

—¡Démela!

Los indolentes animales no temían al hombre. Aquello tenía que cambiar. Tiró para atrás el cerrojo de la metralleta para montarla y disparó; el estruendo pareció inmenso en la quietud reinante. Una de las focas retrocedió, soltando un grito marcado por la sorpresa y el dolor, y de pronto la nieve se tiñó de rojo. En una fracción de segundo, la manada se echó al agua.

—¡Malditas bolas de grasa! —Drexler pasó de nuevo el arma al soldado.

Los demás se miraron con cierta incomodidad. Mala suerte.

—¿Qué ha sido eso? —Greta levantó la cabeza.

Hart echó una ojeada al entorno, inquieto.

—Puede que un iceberg se haya partido o se haya resquebrajado un témpano. —Frunció el ceño. Por el sonido, habría dicho que se trataba de unos disparos.

Habían estado remando lentamente, con gran cuidado, siguiendo su camino entre el hielo hacia mar abierto. El piloto se encaramó al mástil aferrándose a él con los pies.

—¡Cuidado! —le advirtió Greta.

El bote se balanceaba peligrosamente.

Hart forzó la vista a través del hielo. Distinguió un leve movimiento en un lugar que de otro modo hubiera permanecido en total calma. Bajó, desanimado.

—Son ellos. Con la motora. O bien nos han visto o han imaginado lo que íbamos a hacer. Intentarán bloquearnos el paso en alta mar. ¿Cómo se les habrá ocurrido?

Ella parecía inquieta. Luego puntualizó:

—Jürgen siempre lo imagina todo. Pero yo no pienso volver con ellos.

—Aún no hemos llegado a ese punto. Voy a izar la vela. Quizá consigamos dejarles atrás con ese hielo.

Soplaba suficiente brisa para hinchar la vela. La fijó y el bote escoró ligeramente.

Habían amarrado el timón en medio del barco; lo soltó y empezó a maniobrar mientras sujetaba el botalón.

—No te muevas de la parte superior del bote para mantener el equilibrio.

—No es la primera vez que navego. Puedo ayudar en el viraje si tú me das las órdenes.

Empezaron a avanzar sin esfuerzo; la oscura agua gorgoteaba por la parte de popa. ¿Cuántos miles de millas les quedaban? Hart miró hacia el punto donde había localizado a los alemanes.

—¡Greta! Puedes empezar a preparar la metralleta. Tal vez les sorprenda comprobar que la llevamos.

—¡Coronel! ¡Una vela!

Los agentes de las SS señalaban lo que habían visto y Drexler cogió los prismáticos. Eran ellos, que intentaban escabullirse como si hubieran iniciado un viaje de placer en el Havel, fuera de Berlín. Drexler les imaginaba riendo, convencidos de que habían contaminado a todos aquellos insoportables alemanes y bromeando sobre los cuernos que le habían puesto a Jürgen Drexler. Lo que no sabían era que Jürgen Drexler no estaba enfermo, al menos de momento. Y suponiendo que notara algún síntoma, que sintiera un leve indicio de fiebre en el cerebro, no había que alarmarse. Tenía todo el tiempo del mundo para atraparles, darles su merecido e ingerir el medicamento.

—¡A toda marcha! —El motor rugió y el timonel aceleró—. ¡Cuidado con el hielo! ¡Pero adelante, adelante, adelante!

El viento que les azotaba a raíz de la aceleración era más frío aún. Mientras el timonel controlaba el timón, los demás comprobaron el armamento y se agacharon para que la borda les protegiera, un triste consuelo para el león.

—¡Acelere, maldita sea! —Un pequeño témpano chocó contra el casco y Drexler recordó irremediamente el percance del Schwabenland—. ¡Pero con cuidado!

Entonces divisó una amplia vía sin obstáculos y se la señaló al timonel:

—¡Por ahí!

Avanzaban a más velocidad que el bote de vela y podían bloquear con un giro el paso a la embarcación, que no contaba con motor. Con aquel patético mástil destacando como una bandera, la pareja adúltera no tenía dónde esconderse. ¡Ya eran suyos! ¡Vaya si eran suyos!

Los alemanes volaban surcando las aguas; la espuma formaba un arco ante la proa, atrás, una estela de grasiento humo del motor. Ciada ola sobre la que cabalgaban les proporcionaba una mejor perspectiva de la vela en movimiento, que iba cambiando de rumbo. La rapaz y la presa, el fuerte y el débil. ¡Así funcionaba el mundo! Los del grupo de asalto se encontraban ya entre el bote y mar abierto. Owen

y Greta quedarían atrapados en la isla.

—¡Por allí! ¡Siga ese camino! ¡Les interceptaremos!

La estela de la motora batía las aguas haciendo subir y bajar los témpanos. La vela se veía cada vez más cerca, agitándose sin rumbo mientras la pareja luchaba por seguir la dirección del viento. Drexler imaginaba su pánico. Casi notaba el terror que sentían. Le parecía una dulce venganza imaginar cómo vivían el momento en que los soldados se acercaban inexorablemente hacia ellos. ¿Lloraría por fin Greta? Si lo hacía, ya no iba a conmoverle. Ahora lo tenía claro.

Se agitaron un instante al pasar por una corriente y acto seguido se encontraron en la misma línea libre de obstáculos que seguía el bote. ¿De dónde lo habrían sacado? Drexler echó de pronto una ojeada a los alrededores, al ocurrírsele que el piloto podía contar con algún aliado dispuesto a rescatarle. Pero comprobó que no, que no se divisaba nada en el horizonte. A pesar de todo, tuvo la impresión de que Hart tenía algo de mago, pues conseguía llevar a cabo imposibles huidas y echaba mano de uno u otro recurso en el último momento. Aquello le desconcertaba: el piloto se había convertido en una plaga para él desde aquella primera noche en Karinhall. Pero la confrontación llegaría por fin. Se acabaron las estratagemas.

La vela bajó bruscamente y la pareja tuvo que recurrir a los remos. Intentarían llegar al extremo del hielo y huir a pie. Drexler hacía sus cálculos. Los nazis les alcanzarían a unos metros del objetivo.

—¡Más deprisa!

De repente Drexler oyó un disparo. Un chorro de agua se levantó cerca del bote. Uno de los soldados había abierto fuego.

Drexler le increpó:

—¡Todavía no, insensato! ¡Hay que esperar a recuperar el medicamento! —¡Vaya inútiles! ¿Sería verdad que era la única persona con dos dedos de frente en aquella expedición?

Hart se inclinó, se sentó y soltó una ráfaga.

—¡Tiene un arma! —gritó el timonel mientras se alzaba una nube de astillas y gotas y uno de los soldados empezaba a gritar. La motora efectuó un brusco viraje, dando un bandazo hacia el hielo, en el punto opuesto a la pista libre. Recibieron un fuerte golpe y Drexler y los demás quedaron tumbados en el fondo.

—¡No me aplastéis! —exclamó él intentando salir del embrollo.

La pareja seguía remando, aprovechándose de la confusión creada en la lancha de los nazis. Hart y Greta llegaron al otro lado del hielo, saltaron y empezaron a arrastrar las cajas.

—¡A por ellos, maldita sea!

Pero Hart ya había amarrado el bote y los dos se alejaban corriendo como un par de zorros burlones.

—¡La puta! Ahora tendremos que perseguirles a pie.

Oyó un gruñido y bajó la vista, irritado. Era Walther, uno de los agentes de las SS. Le habían herido en el estómago y estaba ensangrentando la maldita lancha. Alguien iba a envidiarle, suponiendo que no recuperaran el medicamento. Y caso de conseguirlo, ya sería demasiado tarde para salvarle a él. No seguiría lamentándose mucho tiempo.

—¡Nos estamos hundiendo! —gritó uno de los hombres al detectar que el agua entraba en la motora por el agujero que había abierto una bala.

—Da igual —respondió Drexler—. Cogeremos su bote.

CAPÍTULO 38

A Greta le pasó por la cabeza que tal vez estaba atrapada en un sueño. Aquella persecución tenía el punto de alucinación y cámara lenta de una interminable pesadilla. El mundo era una panorámica monocromática en blanco y negro. Bajo sus pies el hielo crujía y chirriaba, mientras la pareja avanzaba a duras penas por su superficie salpicada de nieve. La cabeza le daba vueltas al jadear sin parar en aquella atmósfera. Durante unos minutos creyeron haber alcanzado la libertad. Luego volvió a aparecer Jürgen, como si tuviera el poder de leer hasta el último pensamiento que pasaba por su cabeza, de conocer cada plan tramado. Ansiaba despertar: terminar con todo.

Tenían a los alemanes encima, como una manada de lobos, cinco en total. Owen dijo haber contado seis al principio, de modo que tal vez había liquidado a uno. Poca importancia tenía en aquellos momentos. ¿Cómo podían enfrentarse a tantos?

—No podré seguir durante mucho más tiempo, Owen.

Greta jadeaba y notaba la caja pesada como la cruz. En cuestión de minutos iban a alcanzarles.

—Yo tampoco —dijo él moviendo la cabeza—. Tendremos que dejar las cajas, alejarnos de los soldados y luego volver a por ellas. Puede que podamos detenerlos.

Se pararon en una grieta donde la presión del hielo había levantado una serie de bloques. Aquella barrera les protegió un momento.

—Dejaremos las cajas aquí —dijo Hart—. Coge el frasco del antídoto y sigue adelante, en dirección a aquel iceberg. Yo voy a despistarles con algo. —Dejó su carga y cogió la metralleta—. ¿Podrás?

Ella asintió, inquieta.

—No tardes.

Greta oyó una ráfaga a sus espaldas y también los gritos y chillidos de los alemanes que les perseguían. Los soldados dispararon a su vez y las balas dieron contra la nieve que se había depositado sobre los bloques de hielo. Owen echó a correr tras ella, más veloz ya sin la carga y el arma.

—Le he dado a uno de esos cabrones y los demás se han echado al suelo —le explicó—. La metralleta no tiene ya munición y yo me he quedado sin ideas.

—Aún nos queda una baza —dijo ella esperanzada—. Estarán atacados por la enfermedad. Si logramos seguir otro trecho, eso les impedirá mantener el ritmo.

—Ojalá actúe rápido la bacteria. A mí me han parecido rebosantes de salud.

El iceberg formaba una nudosa colina que se había ido deslizando hacia el mar hasta quedar atrapada en el hielo. El soporte que lo mantenía en pie constaba de dos grandes islas de hielo separadas por una negra extensión de agua que seguía durante cientos de metros en una y otra dirección. El propio iceberg constituía el único puente que cruzaba dicho canal. Hart dudó un instante, mirando hacia atrás. Los alemanes se habían parado a registrar las cajas que habían dejado ellos, como voraces perros en busca del medicamento. Al no encontrarlo, siguieron la batida, ya con aire más receloso, con las armas a punto. No se habían percatado de que Hart había enterrado la metralleta en la nieve.

—¡Vamos, Owen! ¿Por qué nos paramos?

Él miró al frente.

—Los icebergs a veces son inestables. Van fundiéndose lentamente y al cambiar de forma se desplaza su centro de gravedad y se ladean. A veces el mero peso de una persona, de una foca o incluso de un pingüino provoca la inclinación definitiva. Si subimos a él y se hunde, estamos perdidos.

Ella lo miró con aire impaciente.

—Si esperamos aquí también estamos perdidos.

—Lo sé, lo sé. Pasa tú primero, para empezar con el mínimo peso. Creo que si me quedo aquí, dudarán, pensando que llevo un arma. Luego te seguiré.

Entonces fue Greta quien vaciló.

—¡Vamos! ¡Rápido!

Greta saltó el delgado canal de agua y empezó a trepar por el iceberg, esforzándose en no pensar en aquella gigantesca roca. Tal como había previsto él, sus perseguidores redujeron el paso al verle plantado allí. Uno de ellos disparó una ráfaga a modo de prueba, pero la distancia era excesiva: las balas se perdieron. Hart miró hacia el otro lado. Greta había desaparecido tras la cima del iceberg.

Saltó al hielo y el iceberg se convulsionó bajo sus pies. Siguió los pasos de Greta implorando que el puente permaneciera estable. Otra ráfaga silbó junto a sus oídos al alcanzar la cima. Inició el descenso por el otro lado, hacia un resquicio de oscura agua y saltó de nuevo. El hielo más plano se resquebrajó bajo su peso, pero no cedió.

Greta le cogió la mano.

—¡Deprisa!

Siguieron avanzando; el mundo se había convertido en una miasma blanca. Habían perdido el sentido de la orientación y sólo les quedaba la idea de huir.

—¡Hart! ¡Owen Hart!

Se volvieron. Era Drexler, de pie en la cima del iceberg, blandiendo una metralleta.

—¡Vuestras vidas a cambio del medicamento, Hart! ¡Aún estamos a tiempo para

hacer un trato!

Se detuvieron un momento para discutirlo.

—Si accedemos —dijo Greta—, puede que sobrevivan y puedan llevar el microbio a Alemania.

—Y que nos maten de todas formas. —Hart levantó el brazo.

Drexler les enfocó con los prismáticos. Vio que el otro había levantado el dedo corazón. ¡El muy cabrón!

El nazi decidió seguir la persecución descendiendo por el iceberg mientras sus hombres llegaban a la cima. Bajaron en un grupo compacto, se acercaron al extremo... El iceberg giró.

Fue un movimiento tan espectacular como súbito. La cresta de hielo se tumbó como un barco al hundirse, y el extremo que quedaba más cerca de Owen y Greta penetró en el agua. Los soldados chillaron al verse derribados, intentando desesperadamente evitar ser tragados por las amenazantes aguas. Drexler pegó un salto agitando las piernas y extendiendo los brazos. Aterrizó en un bloque estable, y con el rugido perdió la respiración. El iceberg siguió girando tras él y los tres soldados restantes resbalaron hacia el mar, tras lo cual cientos de toneladas de hielo les sepultaron. Sus chillidos quedaron cortados con la rapidez con la que desciende un hacha.

—¡Cielos! —murmuró Hart—. Lo había oído contar, pero nunca lo había visto.

El iceberg que había dado la vuelta se estaba tambaleando, en busca de un nuevo equilibrio. El agua descendía por sus costados formando mil cascadas.

Lentamente, Drexler se situó a gatas.

Uno de los soldados sacó la cabeza del agua como una boya, empujando hacia arriba.

—¡Socorro!

El sonido salió de sus pulmones, pero se oyó débil y frágil en la vasta extensión de hielo. Jürgen volvió la cabeza hacia atrás. La mano del hombre sobresalía en la superficie.

—No tiene ninguna oportunidad —dijo Hart—. El agua está demasiado fría.

El soldado había alcanzado el extremo del hielo y se impulsaba con gran denuedo, moviéndose como un pez. Era todo súplicas, no paraba de repetir a Drexler algo que ellos no pudieron oír. Al principio el nazi no respondió. Pero a medida que el soldado fue avanzando a duras penas hacia Jürgen, el coronel de las SS decidió incorporarse. El soldado iba cada vez más despacio. Su ropa se veía cada vez más blanca.

Drexler le dirigió una fúnebre mirada y se dispuso a apuntar con la metralleta. El soldado levantó la cabeza. Sonó un estampido y el hombre que estaba en el agua se convulsionó, para quedar luego paralizado.

Entonces, el coronel de las SS miró hacia los dos fugitivos, que se encontraban a unos cien metros de él al otro lado del hielo. Con gran resolución, reemprendió la persecución.

El submarino parecía una planta de hospital reservada para tuberculosos. Los hombres tosían y estornudaban; el sudor empapaba ya sus enrojecidos rostros. Schmidt también se sentía mal, pero para protegerse contra los airados marineros seguía junto a Freiwald en la sala de control, agarrado al periscopio. Por lo menos el submarino volvía a circular. Habían encontrado la motora de Drexler y determinado hacia dónde se dirigía Hart; perseguían el antídoto... Echó una ojeada a la cerrada estancia. Tiempo. Tiempo.

Se fijó en un calendario que estaba junto al timón. Se acercaba Navidad. Tendría que haber empezado el ensamblaje de los cohetes. Se estaba terminando el laboratorio en las minas del Ruhr. Se estaban realizando las pruebas de las cabezas de los cohetes con ántrax. ¡Qué cerca estaban! ¡Qué cerca! ¡Cuánto deseaba arrancar la vida a aquella traidora zorra!

—¿Hasta qué estadio de la enfermedad podemos tomar el antídoto y conseguir vivir, doctor? —preguntó Freiwald.

El hizo un gesto de indiferencia.

—¡Quién sabe!

—¡Pues tendría usted que saberlo! Schmidt suspiró.

—Los conejillos de Indias vivieron. Un marinero de la primera expedición tomó un poco cuando ya estaba contaminado y vivió. Hart, maldita sea su estampa, vivió. O sea, que debemos tener esperanza.

El capitán parecía deprimido.

—A mí me da igual, pero mis hombres... Si empiezan a morir, doctor, le echarán la culpa a usted. Por traer las esporas a bordo. Debería usted saberlo.

Schmidt asintió.

—¡Qué importa! Yo soy más viejo y resisto menos. Además, fui el primero en contaminarme. —Sonrió abiertamente; sus labios caídos mostraban aquellos dientes amarillentos—. Les precederé a todos en el infierno.

—¡Dios mío, Owen! No se ve más que mar.

Se detuvieron jadeando. Habían estado corriendo sin parar y sin perder de vista la implacable silueta de Jürgen Drexler pegada a sus talones, impertérrito como una sombra. Corrieron hasta quedar con la ropa empapada de sudor a pesar del frío glacial, hasta que notaron la quemazón en los pulmones y les dolieron los costados. Ya no podían correr más. La superficie de hielo terminaba en una extensión de agua

negra y brillante como el asfalto. No había camino. Se encontraban bloqueados entre Jürgen Drexler y el mar. La pareja miró hacia atrás. Su perseguidor había reducido la velocidad y seguía con paso cansino, con la metralleta a punto por si decidían volver al borde del hielo. Tenía que estar tan agotado como ellos. Probablemente notaba ya los síntomas de la enfermedad. Pero no les quedaba tiempo para esperar a que se derrumbara.

Hart echó una ojeada al entorno. El mundo era una extensión de gasa grisácea, helado y lóbrego. El hielo, una llanura inhóspita cuyas únicas señales eran sus huellas. El volcán que tenían atrás humeaba con más furia, y por primera vez oyeron su ruido sordo. De haberles acompañado la suerte, habrían abandonado la condenada isla justo a tiempo. El infierno boqueaba. Fuego y hielo.

—Lo siento, Greta. Ya no me queda ni un arma. Ni siquiera la menor fuerza.

La miró con cariño, con tristeza. «Como mínimo, la he conocido —pensó—. Y por ello mi vida ha sido positiva».

—Tranquilo, Owen —respondió ella como si leyera sus pensamientos. Le cogió la mano.

Jürgen se detuvo a unos seis metros, bloqueándoles la salida en una pequeña península de hielo. Su aliento humeaba, y llevaba la parka cubierta de escarcha. Parecía enfermo.

—De modo que nos juntamos por última vez.

—Abandone, Jürgen —tanteó Hart agotado—. Sus hombres han muerto. El submarino está contaminado. Todo ha terminado.

—No, Hart. —Tosió—. Lo que usted no entiende, lo que no ha entendido nunca, es que nada termina hasta que lo ordeno yo. ¿De verdad piensa que permitiré que destruya mi trabajo y huya con mi esposa? Aún no sé qué es lo que más me impresiona de usted: su irremediable estupidez o su irrefrenable persistencia. Un hombre de menos talla ya se habría rendido. Tal vez no sea usted, tan cobarde, después de todo.

—Me disculpará usted, pero me importa un pepino.

Drexler movió la cabeza.

—En momentos como éste, otras cosas parecen más importantes, ¿verdad? Yo estoy enfermo y usted ha agotado sus recursos. Todos pensamos en cómo debería haber ido todo.

—Por favor, Jürgen —le suplicó Greta—. Aún podemos optar por la vida...

—¿La vida? —La miró sorprendido—. ¿La vida? ¿Con mi mando destruido? ¿Con mi tripulación contaminada? ¿La vida en este lugar baldío? No hay más que verte a ti, Greta. ¿Ves tú misma algo vivo en alguna parte de este lugar donde impera la muerte? —Tosió de nuevo; luego apuntó la metralleta hacia el pecho de Owen—. Voy a darle a escoger al fin, Hart: un disparo o morir ahogado.

—¡Al diablo!

Greta apartó la mirada mientras Drexler hablaba, examinando las oscuras aguas. Un torbellino oscuro le había llamado la atención. Pero se había hundido sin emitir sonido alguno. Se metió la mano en el bolsillo y sacó el recipiente de acero.

—Un momento, Jürgen. Si matas a Owen, arrojaré el medicamento al mar. La enfermedad te matará y la muerte será horrible.

El seguía respirando con dificultad.

—Pues déjalo aquí.

—A cambio del arma. Para que podamos vivir todos. Drexler se humedeció los labios.

—No. Déjalo aquí o dispararé y te lo arrebataré. —¿Prometes no matarnos?

—Prometo matarte si no me lo das ahora mismo.

Greta miró a Owen. El agitó la cabeza. Ella levantó el brazo.

—¡No! —exclamó Drexler—. ¡No lo tires!

Ella lo hizo.

—¡Maldita seas!

El recipiente cayó en la nieve, al borde del agua, y estuvo a punto de hundirse. Ninguno de los dos hombres vio claro si había tenido intención de lanzarlo al agua o a Drexler.

—Lo siento. Siempre se me han dado mal los lanzamientos.

—¡Zorra infecta! —Sin dejar de apuntar con la metralleta, se agachó con cuidado para recogerlo—. ¿Te das cuenta de que mi vida quedó destrozada desde el momento en que te conocí? Nunca has comprendido nada: no me has comprendido a mí, no has comprendido Alemania ni la ciencia... —Se inclinó.

El agua se arremolinó.

Hart saltó hacia atrás como si le hubieran disparado. El campo visual quedó asombrosamente empañado, a excepción de aquella inmensa boca que se abría mostrando los blancos dientes. Un grito, un sonoro plaf y Jürgen Drexler desapareció.

—¡Cielos! —exclamó el piloto.

—Una foca leopardo —dijo Greta en tono grave—. Creí que se trataba de un pingüino.

El frío era como fuego; la agitación fue tan inmensa que Drexler ni siquiera se dio cuenta de que el animal había clavado los dientes en su muslo. El arma y el recipiente del medicamento fueron resbalando. Luego, impresionada por el bocado de tela y carne que había arrebatado, la foca lo soltó. El nazi no sabía nadar, pero la conmoción despertó el instinto. Luchó para alcanzar la superficie, en una nube de sangre, soltando un tremendo chillido.

—¡Socorro!

Hart dudó un momento. Luego avanzó unos pasos y estiró el brazo.

—¡No, Owen!

El piloto no hizo caso a Greta. Se agachó y Drexler ascendió por el hielo, jadeando.

—¿Por qué lo has hecho?

—Porque él posee algo que nos pertenece.

El hielo iba formando placas en la ropa de Drexler. Todo su cuerpo temblaba de forma incontrolable. Sus fuerzas y su capacidad de coordinación le abandonaban; el cerebro se desconectaba.

—Por favor...

—Jamás le comprenderé, Jürgen —dijo Hart agachándose del todo—. Tuvo el paraíso. Tuvo a Greta. Y escogió el infierno. —Abrió la parka del alemán y empezó a buscar en sus bolsillos—. ¿Dónde está, maldita sea?

—Por favor...

—El recipiente cayó al agua con él, Owen. Ha desaparecido. —Ella miró hacia el humeante volcán—. Puede que fuera la voluntad de Dios.

—No estoy buscando eso. —Levantó a Drexler de la nieve y abrió la cremallera de su bolsillo interior—. ¡Aquí está! —Luego soltó al alemán y retrocedió.

Drexler tenía los labios morados, la boca abierta. Su vista ya no enfocaba. El chorro de sangre de la herida salía con menos fuerza. Sus movimientos eran lentísimos.

Greta lo miraba sin reflejar expresión alguna.

—Todo lo que siento es alivio, Owen —confesó—. Mi compasión ha muerto.

—El mismo la ha matado. Y en definitiva, ha tenido más suerte de la que merecía. La enfermedad habría acabado con él con más lentitud. —Se volvió hacia ella y le abrió la mano. Puso en ella el colgante en forma de pingüino—. Por eso lo saqué del agua. Se regodeó mostrándomelo. —Se quitó los guantes con los dientes, abrió la joya y la inspeccionó—. Veo que perdió el guijarro. —Abrió la cadena—. Bájate la capucha. —Greta lo hizo e inclinó la cabeza. Hart le abrochó la joya. Ella se la dejó un rato fuera de la ropa para poder contemplarla.

—Entregué el guijarro a mi padre —dijo ella—. Para que nos lo guardara.

—¿Estabas segura de que no lo vendería? —Lo dijo con una sonrisa burlona.

—El no lo haría. Ya no. Hart le puso de nuevo la capucha.

—Ahora debemos conservar al máximo el calor y la energía. —Los dos miraron el cadáver de Drexler—. Te has vuelto a quedar viuda.

Ella asintió, aunque no con expresión triste, sino aliviada.

—Pues sí. Pero soy una viuda con futuro.

Le dirigió una mirada tímida.

La de él combinaba el júbilo con la aprensión.

—Eso creo yo. Si conseguimos sobrevivir.

CAPÍTULO 39

Owen y Greta recorrieron en silencio el largo camino que les separaba del bote. El agotamiento hacía sentir sus efectos, y la excursión fue algo sombría. Pasaron junto al soldado que había quedado congelado en el iceberg, dieron un rodeo al mar y descendieron hacia donde habían dejado las cajas con las provisiones. Pasaron también junto al cadáver del otro soldado contra el que Hart había disparado y encontraron al tercero tumbado en la lancha medio hundida. El piloto había pensado en utilizar aquella lancha y abandonar el hielo con más rapidez gracias al motor, pero comprobó que un disparo suyo la había agujereado. El cadáver del miembro del grupo de asalto yacía en un charco rosado que cubría hasta la mitad de la borda; su superficie tenía ya una capa de hielo. Así pues, la pareja llevó la carga hasta el bote del ballenero y fue alejándose del hielo remando entumecida.

Cuando habían recorrido ya una cierta distancia, Hart amarró el bote a otra isla de hielo. Se tumbaron en el fondo y se cubrieron con una manta y un toldo. La nieve, que caía despacio, salpicaba la cobertura. Se besaron medio exhaustos en su refugio y se acoplaron como dos cucharas: Greta contra Owen. Luego se quedaron dormidos. Por primera vez en muchas semanas no les acosaron oscuros sueños.

Los dos se despertaron rígidos, aunque algo recuperados; salieron del toldo como animales que escarban. Hart echó una ojeada a su alrededor. El paisaje era gris, el agua tenía el color del plomo. El cielo parecía apagado bajo una capa de nubes. No tenía idea de qué hora podía ser, ni siquiera de qué día. El tiempo se había parado o había perdido importancia. La isla de Átropos seguía rugiendo; el humo del volcán empujaba bajo la capa nubosa, como un vientre a punto de explotar. La niebla desdibujaba los glaciares que se divisaban a lo lejos y la nieve caía sobre ellos, indolente. Mirara donde mirara, no veía más que un vacío absoluto: una tierra, un paisaje totalmente desprovistos de vida, de calidez, de historia. Se encontraban en un congelado limbo, y el único sonido que distinguían en aquel gélido yermo era el del latido de sus corazones, las únicas chispas de calor, las que guardaban ellos en lo más profundo de su ser. Hart se dio cuenta de que en definitiva lo más importante eran el uno para el otro.

—Tengo la impresión que somos los últimos seres vivos que quedan en la Tierra —le dijo él.

Greta mordisqueaba un trozo de pan, tenía los ojos brillantes. Abrir los ojos

aquella mañana había sido como despertar de un terrible sueño. Nunca se había sentido tan confortada.

—No, Owen. El mar sigue vivo. Mira. —Señaló hacia allí.

Se oyó un silbido. Una nube de maloliente vapor, que demostraba la existencia de otro inmenso corazón que latía, se elevó por la superficie del agua. Esta ascendió al aparecer el prominente lomo de una ballena. Se sumergió de nuevo y la cola azotó la superficie, agitándose. Les llamaba hacia el mar.

—Es una buena señal —auguró ella—. A pesar de los kilómetros que nos quedan por cubrir, lo conseguiremos.

Hart soltó las amarras del bote y empezó a remar siguiendo la dirección de la ballena. Poco a poco se fueron alejando de las placas de hielo pegadas a la isla.

Cuando fueron acercándose a mar abierto, el viento empezó a arreciar. Izaron la vela y se acurrucaron en la parte de popa como protección; el bote se balanceaba lentamente mientras se deslizaba entre las olas. Pasaron junto a un iceberg por la parte de estribor y vieron unos pingüinos sobre él. Efectivamente, allí seguía latiendo la vida.

—¿Queda muy lejos la tierra firme? —preguntó ella.

—Unos cuatro mil kilómetros hasta África.

—¡Válgame Dios! —Era obvio que la empresa era imposible.

—Hay que intentarlo.

Siguieron navegando. Curiosamente, su estado de ánimo no estaba marcado por la desesperación, sino por la alegría. Estaban solos los dos. Eso les bastaba. El mar seguía gris, las olas encrespadas, pero aún no amenazaban con dominar su pequeño navio. Empezaron a aparecer aves marinas que fueron siguiéndoles, volando a favor del viento, describiendo largos y ondulados círculos. Se despejó el cielo y en él se destacó un seductor claro de un azul intenso. Tras él, la isla parecía una oscura y gigantesca nube.

Pasaron las horas. Greta durmió un rato en los brazos de Owen, arrullada por el movimiento del mar. Luego se desperezó poco a poco y contempló el agua. Era algo hipnotizante: las olas seguían un ritmo eterno. Forzó la vista y su mirada se centró en algo que rompía la monotonía. Un objeto consistente.

—¡Dios mío! ¿Será un barco? —Señaló hacia allí.

El siguió la indicación del brazo de Greta y pareció inquietarse.

—Creo que es el submarino. El U—4501, parece. No. —La rodeó con sus brazos—. Sería una exageración. Hart observó a fondo el navio.

—Podría ser. Creo que intenta interceptar nuestro camino.

—¿Nos habrá localizado? ¿Sería mejor arriar la vela para disimular?

—No —respondió él, más desconcertado que alarmado—. No se trata de eso. Me parece que no pretende nada. Creo que ha muerto.

—¿Muerto?

—La enfermedad. —Se dirigió hacia la embarcación.

El submarino se bamboleaba lentamente, avanzando a la deriva como si hubiera perdido toda la potencia. Tenía la cubierta principal inundada; tan sólo sobresalía la torre, que se balanceaba como una boya solitaria.

—No veo a nadie —dijo Greta en voz baja.

Owen se levantó y observó un rato el submarino intrigado.

—No —respondió—. No creo que podamos ver a nadie. Se ha convertido en un barco fantasma, como el Bergen.

—O sea, que los maté yo. Estoy contemplando su tumba. —No, se mataron ellos mismos.

Greta hizo la señal de la cruz. Él giró el timón y se alejó del barco.

—La torre parece hundirse poco a poco —comentó mirando aún al submarino, que iba desapareciendo.

—Puede que Freiwald lo esté sumergiendo. Tal vez haya entrado agua en él.

—¿De modo que ha terminado de verdad?

—Por lo menos este episodio.

Siguieron navegando mientras el día tocaba a su fin. Comían, llevaban el timón y descansaban por turnos. Los dos estaban terriblemente cansados. La euforia de la huida iba en retroceso y las necesidades vitales y la preocupación sobre los posibles peligros influían en su estado de ánimo. Cayó la noche, nublada y oscura como una cueva, y luego la madrugada gris les mostró el vacío océano. Algunos icebergs se deslizaban a unas cuantas millas de ellos, pero ya habían perdido de vista la isla del horizonte sur.

—Vamos a hablar de nuestro futuro —dijo Greta—. Un futuro que ha de animarme.

—De acuerdo. —Hart reflexionó un momento—. ¿Cómo será nuestra casa?

—Con mucho sol —respondió ella enseguida—. Con un árbol y una mesa bajo él. No será grande, como la que tuve en Berlín, pero sí muy clara.

Él se echó a reír.

—Creo que podemos permitirnoslo. ¿Y qué me dices del coche?

—¿Tiene coche la gente normal en América?

—Algunos sí. Tú necesitarás tenerlo. El país es muy grande.

—Pues también quiero un coche. Pero que no sea negro. De un color alegre.

—¿Como los de los libros infantiles?

—Exactamente.

Las nubes se abrieron un poco y durante un rato el horizonte brilló. Se juntaron de nuevo y el viento empezó a soplar con fuerza. El minúsculo bote era como una hoja en un prado; el mar se embravecía y las olas mostraban su blanca espuma. El cielo se

iba oscureciendo. Hart arrió un poco la vela.

—A esta latitud le han dado el nombre de los Furiosos Cincuenta —dijo él—. Ahora comprobaremos por qué.

El bote descendía como en un tobogán por un lado de las olas y ascendía a duras penas por el siguiente, mientras el viento silbaba en las jarcias. La espuma que llegaba de la zona de proa les empapó. La segunda noche sería muy larga.

Greta contemplaba el frío paisaje con su cabellera al viento y el semblante triste y ausente, que recordó al piloto sus días en el Schwabenland. Se preguntó cómo se imaginaría ella los Estados Unidos de América y qué iba a opinar del país cuando llegara allí. El bote se inclinó peligrosamente y Greta cambió de posición para mantener el equilibrio. Un chorro de agua se proyectó desde la popa. Ella empezó a perder el control al no verse capaz de seguir el ritmo de la lluvia y las olas.

—No lo conseguiremos, ¿verdad, Owen? —preguntó por fin cuando consiguió descansar un instante—. Será imposible, como dijiste tú.

El miraba hacia el horizonte, medio cerrando los ojos, esbozando una sonrisa.

—Me equivoqué. Lo conseguiremos.

—¡Vaya con el optimismo americano! —No pudo evitar devolverle la sonrisa—. Tú no te rindes con facilidad, ¿verdad?

—Ya no.

—¿Y cómo sabe que lo conseguiremos, señor Hart?

—De entrada, nos quedan sólo tres mil novecientos kilómetros por recorrer. Mucho menos si lo calculamos en millas náuticas.

Ella se echó a reír.

—¡Me imaginaba que estábamos muy cerca!

—Además, llevas un ángel en el hombro.

—¿De verdad? —Se volvió para mirar—. Creo que es diminuto. Como te prometió tu amigo esquimal, ¿no?

Hart asintió.

—Y Elmer tenía razón.

Greta se dejó caer en el fondo del bote, acurrucándose contra el frío.

—Ojalá estuviera ahí, pero yo no veo el ángel, Owen. Se diría que esos seres me han abandonado.

—No creas —dijo él señalando su hombro—. Estás equivocada, yo lo veo.

Ella ya ni volvió la vista hacia donde indicaba Hart. Se le cerraron los ojos.

—¿Greta? —exclamó él impaciente.

—¿Hum?

—Saca la bengala que había guardado, por favor.

—¿Qué? —Greta puso unos ojos como platos.

—Para el ángel.

Hart señaló de nuevo el mismo punto que antes. Esta vez ella volvió la cabeza. Se veía una gris silueta en el horizonte. Otro barco.

—¡Dios mío! ¡Es cierto!

La expresión de Owen era radiante, su tez salpicada de agua, el pelo agitándose al viento.

—Claro que es cierto. Y creo que se debe a la persona que tengo a mi lado. —Se inclinó, la cogió y le dio un beso apasionado, feliz—. ¡Saca ya la bengala!

Así lo hizo Greta, y una estrella roja ascendió en la oscuridad. Esperaron unos momentos. Luego disparó otra.

El barco se dirigía hacia ellos.

Owen soltó un chillido y empezó a agitar frenéticamente la mano, como si pudieran verle a aquella distancia. Luego miró a su compañera:

—¿Te he dicho alguna vez que las mujeres traen suerte?

El destructor estadounidense *Reuben Gray* les recogió al anochecer. Greta fue la primera que subió por la escala de cuerda; los marineros la ayudaron en el último tramo, maravillados ante la novedad de ver a una mujer a bordo.

Un marinero, señalando con aire inquieto la escala, gesticulaba dirigiéndose a Hart.

—¡Háblame en inglés, muchacho! —le dijo el piloto. El otro quedó boquiabierto.

—¡Parece americano!

—De Montana. En mi vida creí ver esta maldita extensión de agua.

El otro se dio cuenta de que el bote noruego estaba lleno de agua a causa de los embates de las olas que lo habían azotado durante tanto tiempo. No habría aguantado una noche más. Hart se agarró a la escala y subió a bordo.

—¿De dónde salen? —preguntó el marinero asombrado, indicando el vasto mar.

—Del cielo. Y del infierno.

Hart echó un último vistazo al bote. A la segunda había funcionado.

—¡Una inmensa ola! —gritó alguien desde la cubierta, señalando hacia el agua. Los dos hombres miraron donde les indicaba. Una gran montaña negra se elevaba hacia la popa del destructor.

—¡Agárrese! —gritó el marinero empujando a Hart.

El piloto no necesitaba que le animaran. Pasó el brazo por la barandilla. La popa del barco descendió bajo la amenazadora montaña de agua gris. Rompió la ola, batiendo contra la parte posterior del navio como si fuera un acantilado.

Se oyó el sonido de algo que se hacía añicos. Ascendió la popa, giró y volvió a descender. El destructor se ladeó, como en busca del punto de equilibrio.

Hart se soltó y miró hacia el flanco. El bote noruego había topado con fuerza contra el acero del casco y se había añicos. De él quedaba tan sólo un trozo de

madera sujeto a uno de los cabos. El destructor empezó a acelerar, buscando un rumbo más favorable entre las olas, estabilizándose. Por fin la isla quedó realmente en la lejanía. Estaban a salvo. ¿Pero qué hacía un destructor estadounidense allí?

Owen se dirigió hacia una escotilla en la que brillaba una luz amarillenta. Allí encontró a Greta, con la capucha bajada y un halo de luz alrededor de su cabellera. Pero no estaba sola.

—¿Qué curiosa es la suerte!, ¿verdad, señor Hart? —Realmente increíble.

Otto Kohl sonreía con el aire del propietario de un yate particular.

—Ha tenido suerte de que les encontráramos a tiempo. Y yo la he tenido de que nos hayan encontrado a nosotros. Creo que el capitán estaba dispuesto a tirarme por la borda si no detectábamos un submarino que hundir o una isla que invadir. Tenía miedo de que me obligaran a colaborar en la muerte de los dos. En cambio, les he salvado. Ahora tal vez usted conseguirá convencerle de que decía la verdad.

Hart entró y el calorillo le produjo un efecto extraño.

—Lo intentaré. Pero ¿qué hace usted aquí?

—Acudí a los estadounidenses. Se lo confesé todo. No me creyeron hasta que interceptaron una señal radiofónica de su submarino. Entonces me convirtieron en guía cautivo, desconfiando lamentablemente de mi palabra.

—Ya es demasiado tarde para encaminarles hacia ellos, Otto. Todos han muerto, incluso Jürgen. El submarino ha desaparecido, la isla volcánica ha entrado en erupción, se han perdido los microbios y el medicamento. Para siempre, espero. Sería una locura volver allí.

—El submarino... ¿ha desaparecido?

—Cuando lo vimos por última vez, estaba completamente contaminado y se hundía poco a poco. Este destructor puede resultar muy práctico para artillería naval, pero no creo que pueda llegar hasta ellos.

—¿Se salvó algo de la embarcación?

—Evidentemente no. ¿Quería un recuerdo?

Kohl suspiró.

—No. Pero resulta que Jürgen guardaba unos... papeles míos.

—Ah, ya vi que los llevaba a bordo. ¿Algo importante?

El alemán reflexionó un momento. Luego agitó la cabeza.

—No. No son importantes. Ya no lo son. Porque la vida sigue, diría yo. Porque ha llegado el momento de empezar de cero y compensar el pasado, ¿no?

Hart asintió.

—El almirante Byrd comentó en una ocasión que la Antártida le ofrece a uno la oportunidad de rehacer su vida. Quizá tuviera razón. Pero me sabe mal lo de sus papeles, Otto. No sé de qué otras pruebas podremos echar mano para respaldar su historia.

El se encogió de hombros.

—La prueba radica en ustedes. ¿Por qué, si no, se encontrarían en estas latitudes en un bote? El piloto movió la cabeza asintiendo.

—Exactamente.

—Y otra cosa. —Greta se metió la mano en el bolsillo y sacó un frasco—. Un alga, una esponja, un organismo extraño. Quizás algún científico confirmará la novedad.

—¡Greta! ¿Guardaste una parte? —El piloto estaba asombrado.

—Tan sólo esta muestra, al destruir el resto. Como científica, siento curiosidad. Otto clavó la vista en ello.

—¿Es eso lo que ha provocado tanto revuelo?

—Eso y la mala utilización que pueden hacer de ello los seres humanos.

Kohl asintió.

—Lo comprendo perfectamente. —Se calló un momento observando cómo se miraban Hart y Greta—. Y ahora, ¿no sería lo más apropiado un regalo de compromiso?

—Apropiadísimo —exclamó Hart.

Greta sonreía.

—Me alegro. Porque he llevado esto mientras recorría medio mundo y no tengo ni idea del porqué. —Se metió la mano en el bolsillo y le entregó a Greta algo atado a una sucia cinta—. Pero lo guardé tal como me pediste.

Greta sacó la piedra, radiante.

—¿Qué demonios significa ese guijarro?

Ella se sacó el colgante del interior de la ropa y lo abrió.

—Un recuerdo, papá. —Metió la piedrecita en su interior y cerró el relicario—. Hay que llevarlo muy cerca del corazón.

Su padre movió la cabeza.

—Y ahora los dos se irán hacia...

—Hacia California, espero. —Greta miró a Owen con aire tímido—. Dicen que es más cálido que Montana. Y quiero vivir cerca del mar para estudiar las ballenas. Pero no para cazarlas, sino para aprender de ellas.

—¿Y usted, Owen?

—Imagino que la aviación comercial experimentará un auge después de la guerra. Quiero volar, y espero que California sea un lugar tan bueno como otro para empezar. Ya pasé allí una temporada.

—Estupendo. Y yo me dedicaré a reconstruir lo que destruimos cuando por fin muera el Reich. Imagino que necesitarán a Otto Kohl.

Un alférez entró en la estancia.

—El capitán quiere hablar con los tres. Tienen muchas cosas que explicarle.

—¡Evidentemente, evidentemente! —exclamó Kohl con gesto de asentimiento—. ¡Vaya historia tenemos que contarle! ¡Usted primero, joven! —Puso la mano con cautela en el hombro de Hart—. El capitán Reynolds y yo nos estamos convirtiendo en buenos amigos —murmuró—. Lleva su tiempo, pero empieza a mostrarme su simpatía. Por ello creo que tendríais que dejar la conversación en mis manos.

El trío subió hacia el puente y Owen Hart rodeó con su brazo a la mujer que amaba.

NOTA DEL AUTOR

La obra está inspirada en un hecho real. En 1938—1939, la Alemania de Hermann Göring organizó y envió una expedición a la Antártida a bordo del navio Schwabenland. Así pues, sus pilotos fueron los primeros en sobrevolar las cadenas montañosas de la Tierra de la Reina Maud y bautizaron algunos puntos con nombres que todavía existen en la actualidad. Los alemanes lanzaron dardos con la esvástica grabada en ellos con el fin de reivindicar la soberanía del continente y saludaron a los curiosos pingüinos que salían a su paso con el «¡Heil Hitler!». Bautizaron la zona con el nombre de Nueva Schwabenland.

A excepción de Hermann Göring, sin embargo, los personajes de la novela son imaginarios. Ninguno de los protagonistas pretende representar a algún miembro de la expedición alemana del Schwabenland. La historia que se relata aquí es fruto de la imaginación del autor. No obstante, y hasta el límite de lo posible, sus descripciones se basan en relatos históricos de los lugares, la época, la población, etcétera, del período nazi.

El lector que esté familiarizado con la historia y la geografía de la Antártida identificará determinadas fuentes en cuanto a las ideas de la novela. La isla de Átropos, por ejemplo, está inspirada en la isla Decepción, que existe en realidad. En la zona se encuentran valles áridos como el que se describe en la narración. Lo mismo ocurre con las focas leopardo.

La enfermedad que aparece en la historia es fruto de la imaginación del autor, si bien últimamente los científicos han descubierto ecosistemas subterráneos de bacterias que se alimentan de elementos químicos y de la energía calorífica de la Tierra. La idea del medicamento surgió a raíz de la historia de la penicilina, que fue descubierta por casualidad en 1928 al saltar unas esporas de moho de alrededor de la ventana de un científico y caer sobre unos recipientes que contenían bacterias. La cepa que se desarrolló como antibiótico durante la Segunda Guerra Mundial, el *Penicilium chrysogenum*, procede de un cantalupo enmohecido que encontró un investigador en un contenedor de basura de un supermercado de Peoría, Illinois, lo cual puso de manifiesto una vez más que la verdad es como mínimo tan sorprendente como la ficción.

El libro no habría visto la luz si su autor no hubiera podido realizar dos visitas a la Antártida en su calidad de periodista científico contratado por el Seattle Times para participar en un programa llevado a cabo en colaboración con la *National Science*

Foundation. Desde aquí, deseo expresar mi agradecimiento al Times, a la NSF y a todas las personas que conocí allí. Tanto ellos como el continente sur me impresionaron profundamente.

La Antártida es un lugar extraordinario que suele producir un enorme impacto sobre el visitante. No existe otro continente en la Tierra que combine de tal modo la hostilidad y la belleza. Durante el siglo XXI probablemente experimentará las consecuencias de la presión ejercida por las naciones ávidas por explotar sus excepcionales recursos. Sin embargo, no cabe duda de que resulta imperativo conservar ese insólito lugar como parque natural y de investigación en las condiciones actuales.